

QUE ALGUIEN ME PARE
NO QUIERO HACER ESTAS COSAS TAN TERRIBLES

RIVALIDAD LETAL

UN
THRILLER DE
KIM STONE

JENTAS


Angela
MARSONS
QUE ALGUIEN ME PARE
NO QUIERO HACER ESTAS COSAS TAN TERRIBLES
RIVALIDAD
LETAL
UN
THRILLER DE
KIM STONE
JENTAS

Rivalidad letal

Rivalidad letal

Título original: Deadly Cry

ePub: Jentas A/S

Traducción: Jorge de Buen Unna, © Jentas A/S

ISBN: 978-87-428-1316-4

First published in Great Britain in 2020 by Storyfire Ltd trading as Bookouture.

—

De la serie de la detective Kim Stone:

Grito del silencio

Juegos del mal

Las niñas perdidas

Juegos letales

Hilos de sangre

Almas muertas

Los huesos rotos

Una verdad mortal

Promesa fatal

Recuerdos de muerte

Juego de niños

Mente que mata

A Lynda Allen,

mi hermana y amiga.

Prólogo

Extiendo el brazo y grito:

—¡Mamá, mamá, mira esto! —Intento contener el llanto, pero una lágrima se me escapa y rueda por mi mejilla. Me alivia haber pillado a mi madre en la puerta principal.

—Ahora no, cariño, llego tarde al trabajo —responde, sin mirarme siquiera.

Pongo mi brazo delante de ella.

—Por favor, mamá, mira, duele —le digo—. Incluso tengo una marca roja.

Deja el bolso y me agarra del brazo con brusquedad. Tiene el rostro endurecido. Está molesta conmigo. Eso también me duele, aunque de otra manera.

—¿Dónde? —me escupe. Me fuerza a retroceder.

—Aquí..., aquí. —Y señalo.

Ella mira más de cerca.

—Aquí no veo nada. Deja de hacer el tonto como una criatura.

Se desatan mis lágrimas y sollozo. Quiero abrazarla por las piernas e impedir que se vaya. Aquí hay algo. La piel todavía me escuece por los dedos que la han retorcido.

Suelta mi brazo y me da un empujón suave.

—Y no molestes a papá con tus tonterías. Esta mañana tiene una conferencia telefónica importante.

Me mira un momento, como valorando la idea de inclinarse y darme un beso antes de marcharse. Mi corazón martillea de

esperanza.

Aguardo.

Se le pasan las ganas. Puedo ver que a su cabeza acuden una docena de pensamientos sobre el día que tiene por delante. Esboza una débil sonrisa, como si supiera que debería hacer algo más.

Se da la vuelta, sale y cierra la puerta con un golpe definitivo.

Vuelvo a mi habitación con una sensación de vacío; es como si alguien me hubiera extraído las entrañas.

No tardarán en aparecer nuevas señales. ¿Cuántas veces más tendré que explicárselo?

Porque no escucha.

Nadie me escucha nunca.

Capítulo 1

Kim se tapó los ojos con las manos.

—Uff, Bryant, pídeles que quiten eso —gimió. Diez minutos. Era cuanto quería. Le había pedido a Bryant que parara delante de la cafetería y le comprara algo. Después de la charla de reciclaje de Reconocimiento de la Diversidad, en Brierley Hill, le urgía un café con leche.

Para comprender el trato diversificado a las personas por su color, edad, raza o sexo no necesitaba una mañana muerta de aburrimiento con un PowerPoint. Ella no tenía prejuicios hacia nadie ni contra nadie. En general, era igual de grosera con todo el mundo.

Echó otro vistazo a la televisión.

—Bryant, te lo ruego —le dijo al sargento detective. Fueran a donde fueran, por lo visto, no tenían forma de escapar a la inminente visita de Tyra Brooks, una celebridad de dudosa reputación, reconocida por haberse acostado con un notable futbolista —casado, por cierto— y haber escrito un libro provocador sobre el tema.

En todos los telediarios y boletines locales habían aparecido menciones a la gira literaria de la mujer, ese mismo fin de semana, y la presentación de su libro en la imaginativa librería The Book Store, en el centro comercial de Halesowen.

Incluso allí, en un café medio vacío de una callejuela de Brierley Hill, la pequeña pantalla de televisión repetía el relato de la chica. Intercalada con esa historia, la superintendente Lena Wiley, de West Mercia, instaba a la paz y al orden en los nueve actos programados en las Midlands.

—Vaya celebridad del new age —dijo Bryant mientras intentaba llamar la atención del dueño del café, que, de espaldas a ellos, veía las noticias

—*. Hoy todo son parejas de celebridades, revolcones y telerrealidad. Recuerdo cuando uno debía tener alguna habilidad para ser…*

—Vale, vámonos de aquí —dijo ella en cuanto se terminó la bebida. No era que estuviera en desacuerdo con su colega, sino que no estaba de humor para un viajar al pasado.

Antes de seguirla hasta la puerta, Bryant miró con tristeza el resto de su bocadillo.

—¿Qué co…? —exclamó Kim. Había estado a punto de chocar con un guardia de seguridad uniformado que salía de una de las tiendas. Otro, radio en mano, cruzaba la calle a la toda velocidad.

Kim sabía que muchas de las tiendas estaban asociadas en un programa de vigilancia de comercios minoristas y compartían información sobre los delincuentes locales. A través de la pequeña red, se comunicaban los avistamientos de ladrones y alborotadores conocidos para que cada socio estuviera atento a los posibles problemas.

Se volvió para seguir al guardia.

—Jefa…

—Cosas de policías, Bryant —dijo ella, y aceleró el paso.

Sabía por experiencia que el personal de seguridad de las tiendas salía de su local solo cuando un miembro de la red pedía ayuda urgente: por ejemplo, si un ladrón se ponía violento, si se estaba cometiendo algún delito de orden público o si había algún problema relacionado con niños.

Kim siguió a los agentes de seguridad hasta un Shop N Save situado entre un banco y una tienda benéfica de Blue Cross. Navegó por los largos y estrechos pasillos llenos de gangas y artículos a bajo precio, entre muebles para el hogar, juguetes y productos alimenticios.

En el fondo de la tienda había una hilera de cajas registradoras. Al acercarse, vio a un pequeño grupo de personas, aunque no se oían gritos ni había indicio alguno de pelea.

Bryant mostró su identificación a los guardias de seguridad.

—Apartaos —dijo Kim.

Cuando la gente se hizo a un lado, vio a una niña de cuatro o cinco años que sujetaba un pequeño oso gris. Alguien había sacado el juguete de un estante, junto a las cajas, y se lo había dado. Kim se situó en medio de la multitud.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

Una dependienta, arrodillada junto a la silla donde estaba sentada la niña, dijo:

—No he podido encontrar a su madre.

La pequeña levantó la vista y miró a Kim con ojos enrojecidos y asustados. Tenía las mejillas manchadas por surcos de las lágrimas. Sin embargo, Kim respiró aliviada. Era mejor tener al hijo que a los padres.

—¿Hace cuánto? —preguntó. Por lo general, los padres se reunían con sus hijos en cuestión de minutos.

—Casi un cuarto de hora.

—¿Tiene una descripción? —preguntó.

—Vaqueros y chaqueta azul —respondió la dependienta. La niña abrazó el oso y lo apretó contra sus mejillas manchadas de lágrimas. De su pequeño cuerpo brotó un sollozo aislado.

Otra dependienta acababa de aparecer con una bolsa de caramelos.

La niña sacudió la cabeza de un lado al otro y enterró la cara en un costado del oso. Kim dio un paso atrás y le hizo señales a Bryant para que él también retrocediera. Había demasiada gente agolpada sobre la pequeña.

Uno de los dependientes, que miraba por detrás de la detective, dijo:

—Jimmy ha ido a ver los vídeos de seguridad.

Kim relajó el gesto. Bryant, mientras cogía una llamada, se volvió para descubrir a dos uniformados, un hombre y una mujer, que se acercaban a la escena.

El hombre le dirigió una mirada inquisitiva. ¿Qué hacía el Departamento de Investigaciones Criminales atendiendo esa clase de incidentes?

—Solo pasaba por aquí —explicó ella.

Detrás apareció una segunda pareja de agentes. Bryant, en tanto, colgó el teléfono.

—Woody te quiere de vuelta en la comisaría. Ahora mismo.

Kim cayó en la cuenta de que su jefe ya casi nunca la citaba personalmente; en su lugar, llamaba al colega que Woody le había asignado para tranquilizarla. Quizás el jefe había notado que Kim interpretaba los «Ahora mismo» de una manera un tanto libre, mientras que Bryant le daba mayor urgencia a esas peticiones.

Se volvió hacia la dependienta que tenía más cerca.

—Aleje de aquí a algunas de estas personas. Esta pobre niña debe de estar...

—Jefa... —la instó Bryant, con lo que confirmó su teoría.

Kim se alejó de la multitud de dependientes, agentes de seguridad y policías. Había gente más que de sobra como para ocuparse de una madre despistada.

Hizo una seña de asentimiento a su concienzudo colega y se dirigió a la puerta.

En realidad, aquel era un pequeño incidente que no tenía nada que ver con ella.

Capítulo 2

Kim se quedó mirando al inspector jefe de detectives Woodward durante todo un minuto. Esperaba que a la declaración inicial de su jefe le siguiera algún remate.

Pero, tras la mirada inquebrantable de Woody, no encontró más que silencio.

—Con el debido respeto, señor, ¿trata de jo...? Quiero decir, ¿me está tomando el pelo?

—No, Stone, no te estoy tomando el pelo. El Equipo de Planificación Técnica se reúne hoy a las cuatro. Necesito que estés allí.

Kim ya conocía al EPT o, como ella prefería llamarlo, el grupo INEPT. Se reunían para preparar cualquier acontecimiento importante que pudiera repercutir en el público general. Sabía que, en el pasado, los habían reunido para vigilar las propuestas de manifestación de la Liga de Defensa Inglesa, para debatir los aumentos en el nivel de amenaza terrorista y para otros asuntos importantes. Sin embargo, que los reunieran ante la inminente visita de una maldita modelo glamurosa que iba a firmar unos cuantos libros era una señal de que el EPT no tenía mucho que hacer.

—Entiendo que, como Departamento de Investigaciones Criminales, normalmente no nos involucramos, pero es que no hay nadie más disponible.

—Señor, mi escritorio está lleno de...

—Nada que no pueda esperar una hora. —Dio unos golpecitos en el borde de su mesa de trabajo—. Y, hablando de escritorios, tienes que empezar a pensar un poco en este —dijo—. Aún no estoy en edad de jubilarme, pero llegará el día...

—No quisiera ofenderlo, señor, pero ese escritorio le queda perfecto. Prefiero que el mío sea un poco más móvil mientras estoy fuera atrapando a chicos malos que hacen cosas malas, y no atendiendo…

—Y creo que ya es hora de que aprendas a jugar limpio con la gente que no pertenece a tu equipo inmediato.

Kim se rio a carcajadas.

—Muchas gracias por su fe en mí, señor, pero apenas soy capaz de jugar limpio con mi perro, y eso que es mi mejor amigo. ¿No hay forma de enviar a Bryant a la reunión del INEPT? Su trato con la gente es mucho mejor que el mío.

—Eso no es ninguna noticia, Stone, pero debe ir un inspector. Tengo entendido que los planes de transferencia de West Mercia a nuestra jurisdicción están en proceso y que esta reunión es solo para ultimar detalles antes del recorrido que habrá este fin de semana.

—¿De verdad se necesita semejante nivel de planificación para meter a una exmodelo de glamur en un centro comercial para…?

—Tiene una buena dosis de haters en redes, Stone. Muchos la consideran una rompehogares. Ya hubo un par de refriegas en Leamington Spa. Nadie quiere que en su guardia ocurra nada. Cuando West Mercia nos la mande, su seguridad será problema nuestro.

Como siempre, Kim estaba atónita ante el doble rasero. Era el futbolista quien había sido infiel y, sin embargo, los ataques virulentos se dirigían contra la mujer. Ella no era quien tenía un problema con la monogamia.

—Si debe de ser un inspector, podríamos ascender a Bryant temporalmente durante el resto del día —propuso, esperanzada—. Incluso, si usted quiere, lo llamaré jefe. —Había puesto esa carta sobre la mesa por pura desesperación. No le iba nada bien en esas reuniones.

Mientras Woody negaba con la cabeza, sus facciones expresaban un tedio creciente.

No había nada más que decir.

La batalla se había librado, y Kim la había perdido.

Capítulo 3

Kim dejó en el escritorio las bebidas que acababa de traer de la cafetería.

—Vale, chicos, ¿qué tenemos? —preguntó. Esperaba que los refrescos sirvieran para reanimar a su equipo del bajón en el que parecían haber caído esa tarde, a primera hora.

—Archivo —dijo el sargento detective Penn.

—Reorganización de expedientes —respondió Stacey.

Bryant entrelazó los dedos y se puso a girar los pulgares.

—Reflexiones existenciales —respondió.

Era magnífico ver a su equipo trabajar así de duro. Los últimos días habían sido inusualmente tranquilos. Un asalto grave en Hollytree había ido a parar a Brierley Hill, junto con uno de sus informantes. También se habían suspendido las pesquisas por una agresión sexual después de que la mujer admitiera que estaba ebria y que era probable que hubiera consentido. Además, habían tenido que actuar en un pleito por cánnabis, aunque el asunto había terminado en manos del equipo de estupefacientes.

A Kim, de algún modo, no le importaba tener menos trabajo, pensó mientras miraba a Penn apilar papeles sobre su escritorio. Hacía apenas una semana, ese hombre había enterrado a su madre. Aun así, al día siguiente del funeral, había insistido en volver al trabajo.

Si bien Kim aceptaba que su equipo estaba formado por adultos de alto rendimiento, al mirar a Penn no pudo evitar sentir en la nuca un escalofrío de preocupación. No había detectado el menor cambio en el estado emocional del sargento. Comprendía que tanto él como su hermano ya esperaban ese desenlace, pues hacía meses que a su madre le habían diagnosticado un cáncer de pulmón terminal. Y la mujer había resistido con valentía mucho más tiempo del que los

médicos le habían pronosticado. Aunque los hermanos habían tenido tiempo para prepararse, algo no encajaba en la reacción de Penn ante la muerte de su madre. Kim notó que faltaba un táper entre su escritorio y el de Stacey. Estaba claro que Jasper aún no había encontrado ánimos para volver a la cocina. Ese chico de quince años con síndrome de Down vivía para cocinar y proporcionaba a diario sabrosos manjares para todo el equipo. La ausencia de ese táper entristecía a Kim.

Y era paradójico que Stacey Wood, la colega de Penn, quien se sentaba justo enfrente de él, fuera un manojo de emoción y nervios contenidos con la cercanía de su boda, a finales de mes. Kim sabía que la asistente de detective disimulaba su entusiasmo en un acto de consideración por la pérdida de su colega.

Miró a su derecha. Bryant era Bryant, otra vez. Después de haber tomado algunas decisiones difíciles en relación con un antiguo caso, se había descubierto a sí mismo dentro de una zona gris de la justicia que no le sentaba nada bien. Pero poco a poco había vuelto a ser el de siempre. Hacía unos días, incluso, les había hecho señas para que bajaran al aparcamiento a admirar su nuevo coche. Había tenido que dar por perdido el anterior después de que, en el último caso importante, tuviera que estrellarlo contra una valla metálica.

Expectantes, los tres habían seguido a su compañero hasta la nueva y preciada posesión. Sin embargo, nadie había dicho nada; tan solo habían intercambiado miradas de desaliento.

Kim había roto el silencio:

—Eeeeh..., es un Astra Estate —declaró—. Igualito al anterior.

Pero Bryant sacudió la cabeza.

—No, este es el modelo de 1,5 litros y tres cilindros con turbo...

Kim cortó su perorata con una carcajada.

—¿Tenías un turbo? Si apenas pasas de los cincuenta en la autopista. Sí, has tomado una buena decisión, Bryant, pero no deja de ser un Astra Estate. Es hasta del mismo color.

—Aaah; no exactamente, el otro era gris plomo…

Kim no quiso oír ni una palabra más y se giró para volver a la comisaría. Si bien unos años más nuevo, era, en esencia, el mismo coche. Al único que tenía impresionado era al propio Bryant.

De nuevo en el presente, Kim centró su atención en Stacey.

—¿Algo en la baraja?

La baraja era una iniciativa anual que Woody había puesto en marcha tres años antes. Cada equipo del distrito de Dudley pasaba a otro sus casos sin resolver con la esperanza de que los revisaran desde el principio con otra mirada y, con suerte, ofrecieran una nueva perspectiva para la investigación. De los veintisiete casos incluidos en la baraja, nueve habían sido resueltos por un equipo diferente al de origen, lo que demostraba, a las claras, el gran valor de la iniciativa del jefe. Y Kim, por mucho que odiara que los miembros de su equipo se ensañaran con el trabajo de otros detectives, estaba dispuesta a apoyar cualquier cosa que sirviera para atrapar a los maleantes.

—Vale, Penn, sigue archivando; Stace, sigue barajando; y tú, Bryant, dales un descanso a tus pulgares y llévame a esa reunión.

Cogió su chaqueta y se encaminó hacia la puerta.

—Oye, jefa —dijo Bryant en cuanto estuvieron bastante lejos de la sala de la brigadacomo para que no los oyeran—, ¿cómo ves a Penn?

—Si él dice que está bien, tenemos que respetarlo —contestó. Al llegar al final de la escalera, se toparon con Jack, el sargento de guardia, que acababa de sacar de la máquina expendedora un montón de paquetes de caramelos.

—Maldita sea, Jack, ¿andas bajo de azúcar? —quiso saber.

—La asistente Monaghan tiene una pequeña visitante. Hace un rato, la niña se ha separado de su madre en…

—¿Aún no se han reunido? —preguntó Kim ante la mirada de

preocupación de su colega.

Jack negó con la cabeza.

La detective hizo un breve alto. Se sentía tentada de regresar y asegurarse de que la niña estuviera bien, pero se obligó a sí misma a salir del edificio.

De verdad, aquello no tenía nada que ver con ella.

Capítulo 4

Antes de abrir la boca, Stacey observó a su colega durante un minuto.

—Oye, Penn, escucha: si quieres…

—Estoy bien, Stace —dijo él sin levantar la vista del ordenado montón de papeles que estaba poniendo en su escritorio.

La asistente había recibido esa misma respuesta una y otra vez.

Por lo que sabía, Penn tenía pocos amigos, quizás debido a que había cambiado de fuerza un par de veces y a que dedicaba la mayor parte de su tiempo libre a cuidar de Jasper. Con todo, una de sus antiguas colegas de West Mercia, Lynne, había asistido al entierro de su madre. Stacey tan solo esperaba que su compañero hubiera abierto su dolor a Lynne con más candidez de lo que lo había hecho con cualquiera de ellos.

—¿Cómo está Jasper? —le preguntó. Miró con nostalgia el espacio vacío donde solían estar las galletas o las magdalenas.

—Bien.

—Podría pasarme y…

Penn le dio un buen corte en más de un sentido:

—Entonces, ¿qué tienes en la baraja? —le preguntó.

Stacey ya sabía que su colega se guardaba las emociones. Esa escueta respuesta era una señal de que se estaba enfadando y que no quería estallar con ella.

Y ella entendió la indirecta.

—Vale, escucha: tengo un robo a mano armada en Wolverhampton. Ocurrió hace dos años. El equipo sospecha que se trata de un asunto

relacionado con bandas, ya que, media hora antes del incidente, avistaron por la zona a un conocido miembro de una. Es el típico modus operandi, solo que los detectives no encontraron testigos.

Penn negó con la cabeza.

—No pierdas el tiempo con eso. Wolvo conoce la cultura de sus bandas mejor que tú. Si sus informadores no les han dado nada, no tienes ninguna posibilidad.

Después de haber leído el expediente, ella había llegado a la misma conclusión. Si los agentes de Wolvo, es decir, Wolverhampton, con lo bien que conocían la localidad, no habían conseguido a nadie que se atreviera a señalar culpables, el asunto estaba frito antes de empezar siquiera. No había heridos y la estación de servicio seguía en plena actividad, por lo que a Stacey no tenía ningún deseo de implicarse. Cerró la carpeta y la dejó a un lado.

—Vale. El que sigue: hace casi dos años, tres desconocidos asaltaron a un joven de dieciocho a las puertas de un negocio de patatas fritas. Hubo cortes y magulladuras, pero ningún hueso roto. A los agresores nunca los detuvieron. —Volvió al principio del expediente—. Y este es de Dudley.

—¿Cuál fue la última actuación registrada?

Stacey hojeó el archivo hasta el final y leyó las últimas entradas.

—Una visita de la madre y una llamada telefónica para pedir novedades.

Penn negó con la cabeza.

—Perderías el...

—No puedes descartarlos todos solo porque son difíciles. Si fueran fáciles, ya estarían resueltos —protestó Stacey. Ese caso le hacía hervir la sangre. El chico había quedado bastante malherido.

—De acuerdo, pero el chaval tiene ahora veinte años. Para un adolescente, dos años son media vida. Si fueron los padres quienes pusieron la denuncia en vez de él, lo más probable es que el chico

haya pasado página, y es tu mejor fuente de información.

Stacey entendió su punto de vista. Al reabrir una investigación pendiente, con la esperanza de desenterrar información que condujera a resolver el caso, no solo se volvía dependiente de la memoria de la víctima, sino también de su compromiso y entusiasmo.

Dejó a un lado el expediente y buscó otro de hacía dos años.

—Vale, aquí tenemos una agresión sexual. Es semejante a otro caso que terminó con una condena, pero Brierley Hill no consiguió suficientes pruebas para que la Fiscalía de la Corona presentara cargos por el segundo ataque.

Por fin, Penn levantó la cabeza.

—Sí, ese es.

—Aún no te he contado nada —respondió Stacey. Estaba encantada de verle la cara en lugar de la coronilla.

Él se encogió de hombros.

—Es una violación. Ningún violador debe quedar impune.

Ella estaba de acuerdo, por supuesto. Una lectura inicial de los expedientes le había confirmado que era el caso que quería resolver en primer lugar. Sin embargo, tras una inspección más detallada, había comprobado que el segundo asunto ni siquiera se había presentado a la Fiscalía de la Corona. Volvió a leer los detalles.

Lesley Skipton había sido violada mientras regresaba a casa tras una fiesta organizada por el Ayuntamiento de Dudley en el parque de Himley Hall. El acto había terminado a la una de la noche. A la joven de veintidós años la habían dejado inconsciente de un golpe en la nuca. Cuando volvió en sí, tenía a alguien encaramado y agrediéndola sexualmente desde atrás con un objeto extraño. La chica, con la cara hundida en el suelo, no había podido decir una sola palabra.

Stacey se tomó un momento para reflexionar en lo aterrorizada que

debía de haber estado.

El equipo de Brierley Hill había señalado como sospechoso a un constructor de la localidad a quien, unos días antes, habían investigado por otra violación; sin embargo, no habían encontrado ninguna prueba física para acusarlo.

La primera agresión sí había llegado a los tribunales y Sean Fellows había sido condenado por la violación de Gemma Hornley. Pero Lesley Skipton seguía esperando justicia.

Sobre el papel, no había ninguna duda de que el atacante de Lesley había sido el mismo: Sean Fellows. Eso había pensado el equipo de investigación. Y Stacey también.

La única pregunta que rondaba por la cabeza de la ayudante era si sería capaz de demostrarlo y ofrecerle a Lesley Skipton la justicia que merecía.

Capítulo 5

A las cuatro menos dos minutos, Bryant se detuvo frente a la puerta principal del Hotel Copthorne.

Kim se desabrochó el cinturón de seguridad.

—¿Sabes, Bryant?, por una vez podrías haberte tomado tu tiempo —gimió. El modo de conducir de su compañero, excesivamente lento, la sacaba de quicio cuando acudían a la escena de un crimen o a interrogar a un testigo clave, ya que cada segundo contaba; sin embargo, no le habría importado llegar un poco tarde a esa reunión.

—Diviértete y sé buena con los otros niños —dijo él con una sonrisa.

Ella le respondió con un portazo y caminó hacia la entrada.

El hotel había sido construido en los años ochenta, en el límite del complejo The Waterfront. Se trataba, en aquel entonces, de un lugar nuevo y reluciente, con piscina cubierta e instalaciones para conferencias.

Pero, tras tres decenios, se le notaba la fatiga. El vestíbulo parecía más apagado que antes. Las paredes desconchadas de color magnolia estaban oscurecidas por una pátina que ninguna limpieza podría borrar.

En el mostrador de conserjería, una mujer de mediana edad levantó una expectante mirada.

Kim le mostró su identificación.

—Reunión del EPT.

La encargada señaló unas puertas dobles de cristal y madera. Kim asintió. Ya había estado muchas veces en esas salas de conferencias.

La Hackett Suite era la más pequeña de las nueve. Cuando llegó, se encontró con la puerta abierta de par en par.

Había unas cuantas personas de pie repartidas por la sala. Con timidez, sostenían en las manos pequeñas tazas blancas de una pila que había junto a una tetera plateada. Un par le sonrieron y asintieron. Los ojos de Kim, mientras tanto, exploraron las tarjetas que asignaban los asientos y que habían sido escritas con letra apresurada, dobladas y puestas delante de las sillas. Junto a cada tarjeta había un paquete informativo.

Decidió renunciar al café. Ya desde lejos, era capaz de saborear su amargura barata, una que no había modo de atenuar con ninguna cantidad de leche o azúcar.

Se sentó ante una tarjeta marcada como «Policía de WM». No habían puesto su nombre porque no sabían quién acudiría a esa reunión por parte de West Midlands.

Contó otras seis tarjetas. Luego se tomó un momento para relacionar a las personas con los asientos designados.

Nikita Jackson, una mujer de aspecto grave y corte de pelo militar, era, sin duda, la representante del Servicio de Ambulancias de West Midlands. Orbitaba alrededor de un hombre con sobrepeso a quien Kim conocía como Clive Young, del Servicio de Bomberos. A ambos los convocaban a cualquier evento en el que se esperaban multitudes y existiera la posibilidad de que se produjeran lesiones o incidentes, ya que decidían qué clase de trabajadores debían escogerse.

También estaba Bill Platt, el responsable de eventos del Ayuntamiento de Dudley, quien se afanaba en sacar agua caliente de la tetera. Cada pocos segundos, hacía una pausa para acomodarse las gafas en el puente de la nariz.

A las otras dos personas no las conocía. Supuso que el hombre que estaba contra la pared, consultando algo en su teléfono móvil, era Christopher Manley, el fundador de Sistemas de Seguridad Integral, mejor conocida como SSI, una empresa privada que ofrecía servicios de vigilancia a control remoto, custodia de llaves

comerciales y residenciales, personal de vigilancia y apoyos en presentaciones públicas. Hacía tres años que había ganado un contrato para proporcionar servicios de seguridad durante los programas públicos del Ayuntamiento de Dudley. Kim había dado por hecho que el dueño de la empresa sería un hombre mayor, pero este parecía tener treinta y muchos años.

Había un nombre más: por eliminación, supuso que el rostro enmarcado en una gran melena de rizos rubios naturales pertenecía a Kate Sewell, la agente de la celebridad, Tyra Brooks.

Solo quedaba una persona por identificar: un hombre que estaba sentado frente a ella en la mesa rectangular.

Todas las cabezas se volvieron hacia la puerta cuando Lena Wiley, la superintendente de West Mercia, entró en la sala.

Kim no se sorprendió ante el dominante porte de esa mujer, no menos evidente en persona que en la pequeña pantalla que, una hora antes, había visto en la cafetería.

Con una estatura similar a la de Kim, Lena Wiley era dueña de una presencia que exigía atención. No pesaba más de la cuenta y, aun así, su físico era sólido y tranquilizador. Sin ser masculina, era segura y exhibía confianza en sí misma.

Kim sabía poco de esa mujer, aunque había oído de rumores por ahí. A sus asistentes personales —se decía en broma— les expedían pases semanales para el aparcamiento, ya que, desde el día en que había asumido el puesto, a Lena nadie le había durado más de siete días. Si bien la comisaria había ostentado, hasta hacía pocos años, el récord de rotación de personal de West Midlands, Kim sabía que no debía juzgarla solo por eso. También había oído que era competente y no temía a la autoridad. Para Kim, esas no eran malas cualidades. En última instancia, Lena había ascendido hasta alcanzar un rango decente en un momento en que las estadísticas no estaban de su parte. Eso era digno de respeto.

La comisaria Wiley saludó con un gesto de cabeza que abarcó a todos los presentes. Luego, haciendo caso omiso de las placas, se sentó a la cabecera de la mesa.

Kim notó el gesto de irritación del responsable de eventos del Ayuntamiento de Dudley, cuyo trabajo consistía en coordinar tanto el evento como la reunión.

—Siento llegar tarde —dijo Lena. Los demás fueron ocupando el asiento que tenían más cerca. Justo enfrente de Kim se sentó el propietario de la empresa de seguridad.

El concejal Platt tosió.

—Gracias a todos. Como sabéis, tendremos un evento este jueves...

—Si los detalles no han cambiado desde la última reunión, estoy segura de que podemos prescindir del blablablá —lo interrumpió Lena Wiley—. Y quien no haya estado presente podrá enterarse con el paquete informativo.

En la sala, los ojos giraron hacia la agente de policía visitante: Kim.

Platt enrojeció.

—Por supuesto, pero...

—Sugiero que repasemos el plan de acción, tal como lo habíamos bosquejado, y que al final se planteen las preguntas.

Aunque la pausa que Lena hizo enseguida indicaba que estaba a la espera de la aprobación del concejal, la sala ya sabía quién estaba dirigiendo la reunión.

Kim imaginó que Lena Wiley no había llegado hasta donde estaba por ser una pusilánime. Además, si esa mujer, gracias a ese enfoque tan directo, la expulsaba pronto de esa reunión para devolverla a su verdadero trabajo, la vitorearía con gusto.

—De acuerdo —dijo Lena. Con un dedo, dio unos golpecitos en el paquete informativo, aunque no lo abrió—. La señorita Brooks nos será entregada el jueves a la una de la tarde. La escoltaremos al centro comercial Kingfisher, en Redditch, donde firmará durante una hora y...

—O hasta que la multitud se haya ido —intervino Kate Sewell—.

Tyra firmará hasta el último libro.

Lena la fulminó con la mirada, aunque no dijo nada sobre la interrupción.

—Después, dará una charla en la que...

—Nada de charlas —volvió a interrumpir Kate.

Lena le lanzó una mirada más dura aún, antes de hacer como si hojease la carpeta informativa.

—Y esto, ¿cuándo ha cambiado?

Kate se encogió de hombros con indiferencia.

—Hemos decidido que ese encuentro no es una buena idea. Solo por razones de seguridad.

Lena entrecerró los ojos.

—¿Ha habido algún tipo de amenaza directa? —preguntó.

Todo el mundo sabía que una personalidad como esa atraía tanto a admiradores como a detractores. Muchas jóvenes idolatraban a la glamurosa modelo, cuyos seguidores en Instagram pasaban de los dos millones; pero había también quienes no veían con buenos ojos que hubiera destruido la familia de una leyenda del fútbol local.

—Ninguna amenaza directa —respondió Kate de inmediato. Tanto Kim como Christopher Manley repararon en la celeridad de la respuesta—. Esas charlas no la harán vender más libros, eso es todo.

Lena pareció aceptar la excusa y continuó:

—Escoltaremos su coche durante el traslado de Worcestershire a Halesowen. A la entrada del edificio, en el patio de servicio del centro comercial, se la entregaré al inspector Plant.

Lena miró a Kim, por si la detective quería aportar algo., pero ella movió la cabeza de un lado a otro. Aquello no era asunto suyo. Estaba haciendo lo que le habían pedido. A esta reunión no había

llevado más que un par de oídos.

Lena reprimió una leve expresión de molestia y abrió su paquete informativo. Miró a Bill Platt, quien inclinó la cabeza como diciendo «Tú convocaste esta reunión, aquí la tienes».

Los ojos de Lena exploraron las páginas.

—Tengo entendido que, desde el punto de entrega, para evitar contactos innecesarios con el público, el inspector Plant escoltará a Tyra Brooks por los pasillos de servicio hasta la parte trasera de la librería. —Sin hacer el menor esfuerzo por ocultar su desdén, dirigió la mirada a Christopher Manley—. Los puntos clave estarán vigilados por guardias del SST que...

—Oficiales —interrumpió él con un gruñido bajo.

Kim conocía a muchos jefes de seguridad a quienes se les ampollaba la piel de solo oír el término «guardias», ya que, en la actualidad, el personal tenía que aprobar exámenes, estudiar y superar pruebas. Muchos oficiales recibían formación en primeros auxilios y reanimación cardiopulmonar, así como adiestramiento en el uso de desfibriladores. Atrás habían quedado los días en que a cualquier tipo le ponían un uniforme y lo colocaban en una puerta.

Lena lo ignoró.

—¿De cuántos guardias dispone para esto? —preguntó.

—De siete —respondió él sin mirarla.

Kim estaba al tanto de que un buen número de policías despreciaban a las empresas de seguridad. Veían a su personal como aspirantes a policías, y muchos no estaban de acuerdo con que participaran en actos públicos, pero Kim consideraba que su contribución daba libertad a los agentes y los dejaba hacer aquello por lo que se les pagaba. La policía de West Midlands se había negado a dotar de personal al Ayuntamiento de Dudley, así que al concejal no le había quedado más remedio que subcontratar. Nadie quería que, bajo su vigilancia, le ocurriera nada a esa celebridad.

De modo que Christopher Manley bosquejó las posiciones que tenía

pensadas para su personal. En ese momento, Kim notó que el teléfono empezaba a vibrar en su bolsillo.

Lena Wiley ahogó un bostezo mientras Kim escuchaba los planes. No necesitaba consultar un plano del centro comercial marcado con pequeñas cruces. Conocía bien el inmueble, pues, durante su época de agente, había tenido que intervenir en muchos sucesos.

Su teléfono dejó de vibrar. «Dame un minuto», pensó.

—Vale. Gracias, señor Manley. Nos ha dejado muy claro dónde apostará a cada uno de sus guardias, y...

—¿Y la escalera nueve? —la interrumpió Kim, que intervenía por primera vez.

Ahora, el enfado de Lena se dirigió hacia ella, pero esta no le hizo caso y siguió concentrada en Christopher Manley, quien reprimió una sonrisa.

El hombre volvió a consultar sus planos.

—No tenemos una escalera nueve en estos esquemas.

—Mmm, perdonad —dijo Lena—, ¿no lo podrías discutir después de esta...?

Kim desoyó a la superintendente y se inclinó sobre el otro lado de la mesa.

—Aquí mismo —dijo, y clavó el dedo en una zona del plano que parecía ser una pared de ladrillo—. Antes de las reformas, era una escalera de servicio que llevaba al nivel superior. Todavía queda una puerta que conduce a un grupo abandonado de almacenes y un pasillo que lleva de vuelta a la nueva sección.

Kim lo sabía porque, en la persecución de un sospechoso de alcoholemia que, de repente, se le había perdido de vista, había terminado por extraviarse en esa área.

Christopher sonrió para darle las gracias y colocó una cruz en el lugar. Miró al concejal.

—Supongo que serán ocho, entonces.

Bill Platt negó con la cabeza. No habría más presupuesto.

Christopher volvió a mirar a Kim. En ese mismo instante, el teléfono volvió a vibrar.

—Estará cubierto —aseguró él.

—Por brillante que esto haya sido —dijo Lena—, si pudiéramos pasar a...

Kim dejó de prestarle atención mientras hurgaba en su bolsillo en busca del teléfono. Quienes de verdad importaban sabían que no debían molestarla. Woody la había enviado allí. Bryant la espera fuera. Aquello solo dejaba a una persona, alguien que nunca llamaba para perder el tiempo.

Lena miró fijamente a la detective y guardó silencio durante un instante. Todos se volvieron hacia Kim.

Dos llamadas perdidas de Keats.

—Mmm, oficial, ¿le importaría guardar el teléfono? —Kim no hizo caso y echó la silla hacia atrás. El rostro de Lena Wiley enrojeció de rabia—. ¿Hay algún otro sitio en el que deba estar?

Kim no se disculpó. Se dirigió a la puerta sin que le importara un pito.

—Eh, sí. Hay un lugar donde, por lo visto, me necesitan mucho más que aquí.

Capítulo 6

Stacey tamborileaba con los dedos sobre el escritorio a la espera de que el sargento Michaels le contestara el teléfono y le diera algo que acallara sus cavilaciones. Quizá no debía meter las narices en ese caso, en vista de que el equipo que debía ocuparse de él ni siquiera lo había presentado a la Fiscalía de la Corona.

—Michaels —contestó una voz grave al otro lado.

—Soy la asistente Wood, de Halesowen.

—Perdona que te haya hecho esperar, cariño, estaba cagando.

Stacey movió la cabeza de un lado al otro. Algunas cosas nunca cambiarían, pero no le sobraba tiempo para reaccionar contra todos los agentes misóginos de la vieja escuela.

—Sí, gracias. ¿Tienes un minuto para hablar de la violación de Lesley Skipton? —Silencio—. Dirigiste el caso contra...

—Sé de quién se trata, cariño. Me estoy preguntando por qué quieres hablar de ella.

Aunque, a veces, sí que se tomaba el tiempo para reaccionar.

—Me llamo Stacey, no «cariño». No soy tu hija ni tu sobrina. Tengo el caso en la baraja.

—¿Te lo han enviado? —preguntó él. Estaba tan sorprendido que ni siquiera reaccionó a la reprimenda.

Ahora, ella estaba sorprendida de que él estuviera sorprendido.

Stacey sabía que los agentes encargados de los casos no elegían cuáles enviar a la baraja. Las decisiones las tomaba el inspector jefe de detectives o alguna instancia superior.

—¿Por qué te extraña?

—Creía que solo barajaban casos que tenían posibilidades de cambiar las estadísticas.

Stacey sintió era una visión basada en el hastío. Por supuesto, la fuerza quería anotar más casos resueltos en sus libros. No le dolía que las estadísticas nacionales compararan fuerza contra fuerza, como si se tratara de un simple marcador, pero prefería creer que la prioridad era resolver casos, atrapar a los malos y proteger a las víctimas.

—¿No crees que el caso se pueda resolver?

—Ah, sí, si se puede. Y creo que lo resolvimos, pero nunca llegará a los tribunales.

Stacey sintió que su irritación crecía. Detestaba a los derrotistas. Sus propias dudas, las que había tenido al principio, se estaban desvaneciendo. Trabajaría en ese caso sin importarle lo que Michaels tuviera que decir.

—¿Así que estás convencido de que Sean Fellows violó a Lesley Skipton? —preguntó.

—Sí, sí. Estamos seguros de que él es el responsable del ataque a Lesley. Y menos mal que lo cogimos por la violación de Gemma Hornley; si no, el cabrón seguiría suelto.

—No lo entiendo —dijo Stacey. Trataba de descifrar lo que el detective parecía no querer decirle.

—Mira, sabes tan bien como yo que, para progresar en un juicio por violación, necesitas a la víctima. No importa lo que tengas, porque, para un jurado, si no exhibes a la víctima traumatizada, las pruebas físicas no pasan de ser puro sexo.

—¿Entonces?

—No pudimos subir a Lesley al estrado.

Stacey se quedó de piedra. Nada en los archivos decía que Lesley se hubiera negado a testificar.

—¿Por qué?, ¿cambió de opinión?

—No me estás entendiendo, cariño. No podíamos dejar que se acercara a la sala por lo que pudiera decir.

—¿Qué?

Él hizo una pausa de unos segundos.

—Ve a verla, Stacey —Por fin usó el verdadero nombre de la asistente—. Habla con ella de la violación, y entenderás por qué no pudimos subirla al estrado.

Capítulo 7

Al llegar al lugar del crimen, Kim reparó, antes que nada, en la chaqueta azul y los vaqueros. Eran los únicos datos que tenían de una mujer que, horas antes, se había separado de su hija.

Tras haberse escapado de la reunión del INEPT, había escuchado el mensaje de voz que Keats le había dejado en la segunda llamada. Le decía que tenía un cadáver y dónde estaba. Nada más.

Fielder Road era una calle lateral que partía de Brierley Hill High Street. En el lugar había habido un par de carnicerías y fruterías antes de que se instalara un supermercado Asda. Ahora, seis de las tiendas estaban tapiadas y otras dos ya habían sido demolidas. Keats le había pedido que fuera allí.

Al cerebro de Kim le llevó apenas un instante calcular que la escena del crimen estaba a menos de cien metros de aquel Shop N Save por el que habían pasado esa mañana.

Ahora mismo, lo que tenía delante era una mujer rubia con un asombroso parecido a la niña cuya madre había desaparecido.

La invadió una oleada de tristeza al recordar a esa niña agarrada al osito de felpa que los empleados de la tienda le habían regalado. La pequeña se había aferrado al juguete en ausencia de una madre a la que nunca volvería a abrazar con fuerza. Esa misma mañana, de compras con ella, la niña llevaba una vida normal, como otros miles. Kim siempre se asombraba de que un día tan ordinario pudiera convertirse en el peor de tu vida. ¿Dónde estaba la alarma? ¿Dónde estaba la advertencia de que, en el futuro, ese día se volvería tan importante?

—¿La han movido? —preguntó al médico forense.

Keats negó con la cabeza y señaló el sencillo bolso negro, al lado del cuerpo.

—Lo he abierto para buscar su identificación. —Le entregó a Bryant un pedazo de papel—. Se llama Katrina Nock y esta es su dirección —dijo—. Veinticinco años.

Kim supuso que Keats había obtenido el dato del carné de conducir. El documento, junto con el bolso y el resto del contenido, sería empaquetado para enviarlo al laboratorio.

Kim rodeó el cadáver y estudió su postura.

La mujer yacía boca abajo, con el pecho pegado al suelo. Tenía las piernas dobladas a la altura de la rodilla y el lado derecho de la cara apoyado en la tierra, entre ladrillos, trozos de yeso gris, restos de clavos y tornillos. Kim sintió que la rabia le presionaba el vientre. La mujer había sido asesinada y dejada entre podredumbre y basura, en las tripas de un edificio que ya nadie quería y en una zona abandonada. Este simple hecho ya le decía mucho sobre la persona que la había matado.

Apartó esos pensamientos, ya que no le servían de nada a la víctima.

—¿Lesiones visibles? —preguntó. No había heridas de arma blanca ni charcos de sangre ni traumatismos que ella pudiera ver. La mujer parecía haberse echado a dormir la siesta entre los materiales de construcción esparcidos.

Keats movió la cabeza de lado a lado.

—Creo que le han roto el cuello. Podré confirmarlo en la morgue.

Kim volvió a estudiar la posición del cuerpo e imaginó a la mujer arrodillada, con el asesino a sus espaldas. Una buena y fuerte torsión. Muerte inmediata y, luego, el cuerpo sin vida, desplomándose.

Un asesinato rápido y funcional sin el frenesí de los crímenes pasionales. No se apreciaban heridas múltiples de arma blanca, cortes ni contusiones. No había pruebas de agresión sexual. En la ropa de la mujer, todo parecía estar en orden.

¿Dónde estaban los sentimientos?, ¿dónde las emociones? ¿Por qué

matar a una joven madre que había salido de compras con su hija?

—Calculo que han transcurrido de dos a cinco horas —dijo Keats sin que Kim le hubiera preguntado nada. Ella habría sido capaz de resolver la hora de la muerte por sí misma.

Dado que era última hora de la tarde, supuso que harían la autopsia al día siguiente.

—Será lo primero —dijo él, leyendo sus pensamientos.

Minutos después, mientras se dirigían al coche, Bryant exclamó:

—Ay, Dios, conozco ese ceño fruncido. ¿Qué ocurre?

—No tenía por qué morir —dijo Kim, y enseguida se preguntó de dónde habían salido sus palabras.

—Bueno, alguien la quería muerta, porque ella no ha sido capaz de romperse su propio…

—No me lo explico —dijo ella, y se volvió a mirar la escena—. Es como si fuera algo de usar y tirar, Bryant. No hay pasión ni odio ni frenesí. No hay mensaje ni declaración. Y la han dejado ahí, en medio de toda esa mierda. A menos que Katrina Nock llevara algún tipo de doble vida, aparte de ser esposa y madre, tengo la sensación de que no tenía por qué haber muerto.

Kim volvió a pensar en la niña, cuya vida había cambiado para siempre. Le tocaba darle la mala noticia.

Capítulo 8

Kate Sewell cerró la puerta del coche y echó un vistazo a su bolso Hermès. Si había podido comprarlo, había sido gracias a la comisión por el contrato que su clienta había firmado con una de las cinco grandes editoriales.

Tyra Brooks no era una clienta como cualquiera de las que había tenido. Pero el fondo mismo del Black Country, el culo del mundo, no era donde quería verse a sí misma a sus treinta y tantos. «La necesidad obliga», se dijo a sí misma.

Se necesitaban una a la otra.

A los veintiocho años, Tyra tenía los días contados como modelo de glamur. La falta de interés en sus atributos físicos había provocado que la agencia, después de haberla representado durante diez años, la menospreciara. Justo por esos días, Kate acababa de perder a su último cliente bien pagado. El tipo había caído en las redes de una gran agencia que prometía llevar su mediocre talento interpretativo a otro nivel y convertirlo en un nombre conocido. «Buena suerte», pensó. Ryan Hardwick era un hombre guapo y arrogante cuyos delirios estaban muy por encima de su capacidad. También era un autosaboteador. A la primera señal de un papel decente, el éxito lo asustaba y aumentaba su consumo de alcohol. No era ella quien lo había estado reteniendo; era él quien se estancaba a sí mismo, quien permanecía en su sitio. Pero Kate quería que sus nuevos representantes lo descubrieran por su cuenta.

A pesar de sus defectos, Ryan y su trabajo a destajo habían mantenido el negocio en marcha, lo mismo que la otra media docena de clientes que le quedaban. Y, si aún tenía las manos llenas, era porque Tyra era una ilusa de la talla de Ryan.

La única persona que no sabía que la carrera de Tyra estaba en pleno declive era la propia Tyra. Unos labios más carnosos y unas tetas más grandes no habían reavivado el interés, aunque la mujer

creyera que su vuelta a la cima era solo cuestión de tiempo. Estaba pasando por un bache. Un período de sequía. De lo que no se había dado cuenta era de que cada cirugía la hacía parecerse menos a sí misma y que las tetas gigantescas la habían convertido en un artículo de novedad. Antes de ponerse en contacto con Tyra para ofrecerle ser su representante, Kate se había planteado una serie de contratos menores durante uno o dos años, explotando, a duras penas, los últimos vestigios de la carrera de esa mujer. No tenía otra intención que ayudarse a pagar la hipoteca hasta conseguir un par de buenos clientes.

Hasta que Tyra le reveló que se había acostado por accidente con un conocido futbolista tras una noche de juerga en un club de Birmingham. Kate no se tragaba mucho aquello de que había sido un error, pero, mientras se preguntaba cómo podía una acostarse accidentalmente con otra, vio de inmediato las oportunidades económicas.

Juntas diseñaron un plan para maximizar la exposición y pusieron en marcha la campaña de mercadotecnia que daría a conocer la noticia. Irían dejando caer pistas a través de las redes sociales y el canal de YouTube de Tyra. Y, bueno, con el tufillo a escándalo en el aire, los seguidores de la modelo se triplicaron en todas las plataformas. Después, Kate había elegido el momento perfecto para desvelar la identidad del futbolista. Al desmentido del hombre, había respondido con fotos que Tyra había tomado con su propio teléfono. Y las redes sociales habían estallado. Unos hashtags cuidadosamente elegidos habían hecho que la noticia fuera tendencia durante días. Las ofertas empezaron a llegar: apariciones en televisión, entrevistas radiofónicas, podcasts. Tras una entrevista con un periódico nacional, enseguida tres editoriales pujaron por un «cuéntalo todo»; sobre todo, después de que Tyra dejara caer que el futbolista no era la única celebridad que había pasado por su cama. El trato se cerró y los recuerdos de Tyra se convirtieron en un libro gracias a la pluma de un escritor fantasma a quien Kate ya había utilizado en alguna ocasión.

Había sido un trabajo duro: diecisiete horas diarias durante meses. Y gran parte de ese tiempo lo había pasado adulando el ego siempre hinchado de su clienta. Esta disfrutaba su papel protagonista. Estaba ansiosa por exprimir de la situación hasta la última pizca de

dramatismo.

Pero la corriente había empezado a cambiar el curso. Y Kate podía notarlo. El digno silencio de la esposa agraviada perjudicaba su campaña. Una buena pelea de perras habría sido mucho mejor negocio.

Ajena al cambio de tono de algunos de los mensajes, Tyra aprovechaba minuto a minuto los saldos de su fama. Sin embargo, cada vez aparecían más troles de la nada; los insultos eran más y más crueles. Eso sí, las amenazas de muerte de los ociosos guerreros del teclado recibían siempre la misma respuesta: el menosprecio y el bloqueo. Eran mensajes vagos, virulentos y llenos de agresividad que el remitente olvidaba a los pocos minutos. Nada fuera de lo normal. Cualquiera en el ojo público era un imán para los odiadores.

No era una situación que Kate no hubiera experimentado antes, pero la naturaleza humana dictaba que los personajes odiosos ganaban más dinero.

En la reunión le habían preguntado si había habido alguna amenaza directa contra Tyra Brooks y les había dicho que no.

Fijó la mirada en el soporte del manos libres, donde estaba su teléfono móvil.

Había mentido.

Capítulo 9

Stacey se lo pensó un poco antes de llamar a la puerta de Lesley Skipton. Si volvía a sacar ese asunto a la luz, cuando todo el mundo pensaba que no había ninguna esperanza real de darle un buen cierre, ¿de verdad sería justa con esa mujer?

Como víctima de una violación, Lesley ya había sufrido bastante. No solo por la agresión física, sino por lo que había venido después.

Las investigaciones en materia de violación habían avanzado en los últimos veinte años y, aun así, las mujeres aún tenían que luchar contra la incredulidad y la duda que veían en los ojos de las personas a quienes contaban su historia: agentes de policía, personal médico, abogados, jurados y, a veces, incluso amigos y familiares.

De cuantos delitos conocía Stacey conocía, la violación era el único en el que todo el mundo buscaba de inmediato un resquicio legal. ¿La mujer estaba borracha?, ¿estaba siendo provocativa?, ¿llevaba la falda muy corta?, ¿había sido ella quien lo había seducido? A las víctimas de atraco nadie las acusaba de andar por ahí agitando la cartera. Tampoco se culpaba a las víctimas de robo de andar anunciando sus bienes en los escaparates. Solo en los casos de agresión sexual se hacía sentir a las afectadas que habían incitado al delincuente. Stacey no podía imaginarse nada que una mujer fuera capaz de hacer para incitar a una terrible agresión sexual.

No, se dijo a sí misma, determinada, mientras llamaba a la puerta. No se estaba equivocando al intentar conseguir justicia para una víctima de violación. Y, si el equipo investigador original consideraba que el asunto no tenía más recorrido, ¿qué? Si algo había aprendido de su jefa, a lo largo de los años, era que no debía abandonar nada solo porque pareciera difícil.

Enseguida le abrió la puerta una chica rubia que llevaba la mayor parte del pelo recogido en una coleta. Algunos mechones sueltos

enmarcaban un bonito rostro enrojecido por la actividad. La ropa deportiva revelaba que estaba entretenida con de ejercicio físico.

Stacey levantó su placa y se la mostró por encima de la segunda cadenilla.

—¿Puedo pasar?

Lesley frunció el ceño.

—¿Para qué?

Stacey habría preferido explicárselo dentro, pero entendía la reticencia de la mujer a permitir que una extraña entrara en su casa.

—Vengo de la comisaría de Halesowen. Estoy echando otro vistazo a su caso.

Lesley entrecerró los ojos, como si hubiera pillado a Stacey en una mentira.

—El asunto es de Brierley Hill —dijo.

—Por favor, llame a Halesowen y verifíquelo. Puedo esperar —dijo Stacey, y se alejó un paso.

Lesley cerró la puerta y echó el pestillo.

La asistente retrocedió un paso más y observó la pequeña cámara que la vigilaba. A la izquierda de la entrada, el contenedor verde de basura rebosaba de cajas de reparto rotas. Delante había dos botellas de leche vacías.

Stacey oyó deslizarse los cerrojos y la puerta se abrió por segunda vez, solo que con mayor amplitud.

—Vale, lo que ha dicho es verdad; pero sigo sin entender por qué está aquí.

—¿Puedo entrar y explicárselo?

Lesley suspiró y se apartó.

Stacey entró en el piso de planta baja y estuvo a punto de tropezar con una caja de Jane's Kitchen, el proveedor local de alimentos saludables.

La mujer recogió la caja y la llevó a la cocina.

—Lo siento, esto acaba de llegar —dijo, y señaló el salón.

La asistente notó que en el salón había pocos muebles rígidos. Vio un sillón extragrande y algunos pufs esparcidos. Delante de la ventana había una bicicleta estática con un ordenador portátil en el manillar. Lesley desconectó el aparato.

—Por favor, siéntese —dijo—. Estaba en mi clase diaria de Pelotón.

Stacey ya había oído algo de esos ejercicios a distancia que se anunciaban en la televisión, aunque le entraban sudores solo de pensar en ello. Hacía un mes, durante su desastroso intento de perder peso a tiempo para la boda, llegó a pensar en apuntarse a un gimnasio. Aunque, al final, había decidido no desembolsar una mensualidad por algo que no le gustaba y que probablemente nunca utilizaría.

Ocupó el asiento que acababan de señalarle. Lesley se sentó en un puf.

—Me han pedido que eche otro vistazo a su caso —empezó. Luego se tomó un momento para explicarle el proceso de barajado.

Mientras hablaba, vio que en el rostro de la mujer revoloteaban diversas emociones. Y el miedo no era la menos importante.

Lesley cogió del puf un pedazo de algodón suelto.

—¿Por qué ha elegido mi caso? —preguntó.

—Porque quiero que haya una condena. Quiero que el responsable pague por lo que le hizo.

Lesley bajó la cabeza un momento y luego volvió a levantarla. Ese

instante bastó para que Stacey viera caer la máscara. La chica de las emociones ocultas acababa de hacerse a un lado para revelar a la verdadera, a la que se escondía tras la pantalla.

La que ahora movía la cabeza de un lado al otro.

—Lo siento, pero no creo que pueda pasar por todo eso otra vez. Usted ni siquiera podría empezar a entenderlo.

—Cuéntemelo —dijo Stacey. Quería averiguar qué habían visto los agentes de Brierley Hill para no subirla al estrado. ¿Cómo era posible que poner a Lesley ante un jurado tuviera el potencial de debilitar el juicio contra Sean Fellows? Sin duda, dos víctimas eran más que una para sustentar un caso.

Ahora mismo, lo que tenía delante era una joven con muy buena presencia y bastante elocuencia. Habría sido auténtica y creíble en la sala del tribunal.

—Es demasiado —dijo Lesley, y sacudió la cabeza—. Las preguntas, las duda en la mirada de la gente cuando les cuentas lo más horrible que te ha pasado en la vida, la vergüenza de que te haya ocurrido... Lo siento, pero, no, no puedo pasar por eso otra vez. Ese ataque lo sufrí hace casi dos años. Por favor, elija otro caso. Yo he conseguido dejarlo atrás. He seguido adelante con mi...

—Bueno, eso no es del todo cierto, ¿no? —dijo Stacey con voz amable—. Ha puesto doble cerrojo en la puerta principal y una cámara de circuito cerrado para ver quién se acerca. Recibe sus comidas a domicilio y le envían de Amazon casi todo lo demás. El lechero la mantiene abastecida de lo básico, y se ejercita a través de Internet. —Hizo una pausa—. Dígame, ¿cuándo fue la última vez que salió de casa?

Lesley se quedó mirándola un momento y rompió a llorar.

La asistente de detective se preguntó si su exposición de lo mucho que había cambiado la existencia de esa mujer, de cómo se había desviado de lo normal, le serviría de espejo para enterarse de lo que estaba haciendo con su vida. ¿Habría sido gradual?, ¿una retirada paulatina a la seguridad detrás de su puerta? ¿O no se había

enfrentado al miedo a salir de casa después de la agresión?

Stacey intentaba comprender el significado de que le hubieran arrebatado ese derecho básico de circular con libertad.

Por alguna razón, un recuerdo pasó por su cabeza. Tenía trece años y el equipo de netball del colegio acababa de jugar contra el de otra escuela de la localidad. Stacey, que era la encestadora, había anotado el último gol, el de la victoria. Tres chicas del otro equipo la habían seguido hasta su casa, insultándola a coro. Al llegar a la puerta, una pelirroja larguirucha le había dicho que se quedarían esperándola y que, cuando saliera, le darían una paliza. Recordó haber subido las escaleras a toda velocidad y, después, durante las dos horas siguientes, haber mirado por la ventana cada pocos minutos para comprobar si seguían allí. Al final, las niñas se habían aburrido y se habían marchado, y ella no había vuelto a verlas. Sin embargo, durante ese par de horas, se había sentido indefensa, asustada y atrapada, aunque nadie le había puesto un solo dedo encima.

Extendió una mano y tocó el brazo de la mujer con suavidad.

—Por favor, Lesley. De verdad, me gustaría ayudarla.

Capítulo 10

Bryant aparcó frente a una estrecha casa adosada, en un lateral del centro comercial Merry Hill.

—Oye, jefa, no vas a interrogar a la niña aún, ¿verdad? —preguntó.

Ella sí que se lo había planteado, pero la nota de advertencia en la voz de su compañero acababa de convencerla de lo contrario.

—Maldita sea, Bryant, ¿qué clase de monstruo crees que soy?

Él miró de un lado al otro.

—Ibas a interrogarla, ¿verdad?

Como respuesta, Kim resopló y salió del coche. A veces Bryant la conocía demasiado bien.

Eran casi las seis y media y el sol se estaba poniendo en el que había sido un día triste y gris. Apenas acababan de salir de la sala del escuadrón cuando Andrew Nock había llamado a la comisaría. Después de identificar a su hija, se la había llevado de ahí. A Jack, el sargento de guardia, le había tocado supervisar la entrega, comprobar la identificación del padre y, lo más importante, presenciar la reacción de la niña al verlo. Dado que Jack desconocía los detalles, había informado al hombre de que un agente iría más tarde a hablar con él.

Así que el padre había salido de la comisaría sin tener ni idea de lo que le había ocurrido a su esposa. Más tarde, en su casa, abrió la puerta principal antes de que los detectives llamaran siquiera.

—¿La han encontrado? —preguntó, lleno de esperanza.

Kim no quiso responder. Le pidió permiso para entrar.

—Por favor, pasen a la cocina —dijo él en voz baja.

Mientras lo seguían, Kim vio a la niña dormida, acurrucada en el sofá, aún abrazada al osito de peluche de la tienda.

—Mia está agotada —explicó el padre, y cerró la puerta.

—Ah, hola —dijo Kim a una mujer que limpiaba la encimera con un paño de cocina.

—Es Ella, mi hermana —explicó Andrew—. La he llamado para preguntarle si había visto a Kat, así que ha venido enseguida.

De haber visto a Ella unos segundos antes, Kim no habría necesitado ninguna explicación de qué relación tenían esas dos personas. Los hermanos tenían el mismo pelo rubio pajizo y la mandíbula cuadrada. Supuso que la mujer tendría unos diez años más que los veintinueve de él.

—¿Kat está bien? —preguntó Ella, aunque Kim vio en sus claros ojos azules que ya intuía que no. La expresión del hermano, en cambio, estaba llena de nerviosa esperanza.

—Señor Nock, por favor, siéntese —dijo Kim. Era agobiante que los cuatro estuvieran de pie en esa estrecha cocina.

—Solo dígame...

—Señor Nock, si pudiera...

—Siéntate, Andy —dijo la hermana, como si supiera lo que estaba a punto de ocurrir.

Él se sentó y Kim hizo lo mismo. Bryant se alejó hasta la puerta para ofrecerles un poco más de espacio.

Mientras, Ella se secaba las manos en un paño de cocina de tartán.

—Señor Nock, siento decirle que su mujer no está bien. Está...

—Yo tenía que haberle dicho que no, ya lo sabía —afirmó el hombre, y se pasó la mano por el pelo—. Me di cuenta de que no estaba bien, por su estado de ánimo, pero habíamos hecho los controles habituales y...

—¿Qué controles? —preguntó Kim. Había estado a punto de decirle que su mujer había muerto, pero sabía que cualquier cosa que pudiera averiguar en ese momento podría desvanecerse después, en cuanto él recibiera la noticia.

—Mi esposa tiene problemas, oficial. Sufre depresión y ansiedad. Se niega a tomar la medicación, y suele estar bien, lo lleva bien, pero esta mañana la he visto desayunar en platos sucios que ha sacado del lavavajillas.

—¿Y los controles? —preguntó Kim. No estaba segura de no haber hecho lo mismo en alguna ocasión, aunque por accidente, sin que significara que estuviera deprimida o ansiosa. Habría sido en algún momento de distracción, sin duda, con algún problema de la moto que estuviera restaurando en ese momento o con un caso que tuviera entre manos.

—Ella me dice adónde va exactamente, y yo la llamo cada dos horas.

Como adivinando cuál sería la siguiente pregunta de su jefa, Bryant sacó su libreta.

—¿Y adónde iba su mujer hoy?

—Tenía cita con el médico a las diez. Luego iba a Brierley Hill a comprar algunas cosas en el Asda y en el Shop N Save. Más tarde tenía que llevar a Mia a la ludoteca, a la Ball Factory.

—¿Y usted la llamó?

—Unas tres veces durante la mañana, tal vez. Después del almuerzo ya no conseguí localizarla, así que llamé a Ella y salí a buscarla. He estado entrando y saliendo de las tiendas y, como no la encontraba por ninguna parte, he hecho algunas llamadas: primero al hospital, luego a la comisaría. Quería saber si había tenido algún accidente. —Andrew juntó las manos—. ¿Se ha metido en algún lío, oficial? ¿Ha hecho algo malo?

«Dentro de un minuto vas a desear que lo hubiera hecho», pensó Kim, y respiró hondo.

—Señor Nock, siento mucho decirle que su esposa ha muerto.

Sin importar la envoltura con que la presentara, esa última palabra tenía que salir de su boca. No había forma de suavizarla.

En la habitación, lo único que se movió fue el paño de cocina, que cayó de las manos de Ella al suelo.

Andrew Nock se limitó a mirar fijamente a la detective y a mover la cabeza en un gesto automático. Su mirada se dirigió a la puerta del otro lado del pasillo, donde dormía su hija.

Kim observó cómo un abanico de emociones cruzaba el rostro de ese hombre.

Pero la hermana fue la primera en registrar la noticia.

—¿Cómo…? O sea…

Por lo que Kim dedujo, Ella creía que Katrina se había hecho daño a sí misma. Detestaba darse cuenta de que todo iba a empeorar en cuanto les diera el resto de la noticia. Había visto muchos métodos de suicidio, pero romperse el cuello no era uno de ellos.

—Lamento mucho comunicarle que Katrina ha sido asesinada.

—No…, no…, no… —Andrew gritó.

Kim comprendía el dolor del hombre. La primera bomba no había terminado de caer cuando Kim ya estaba lanzando la segunda.

Él seguía moviendo la cabeza, negando, la incredulidad dibujada en sus facciones. Todavía no había lágrimas. Vendrían después, con la aceptación.

—Tiene que ser un error. Esto una pesadilla. Algo va mal. No tiene sentido. ¿Por qué alguien querría matar a Kat?

Miró a la detective como si ella supiera la respuesta, cuando, en realidad, ella esperaba enterarse a través de él.

—Eso es lo que pretendemos descubrir —dijo, y miró del uno al

otro—. ¿Sabe de alguien que guardase algún tipo de rencor contra Katrina?, ¿de algo extraño que le haya ocurrido en estos días?

Ambos negaron con la cabeza, como si le siguieran la corriente, a la espera de que les dijera la verdad.

Una leve tos de Bryant le confirmó lo que ella estaba pensando: esas personas necesitaban espacio y tiempo para asimilar la noticia.

—Vamos a dejarlos solos por ahora, pero un oficial de enlace familiar está en camino. Responderá a cualquier pregunta que tengan. Nosotros vendremos de nuevo para hablar.

Se puso de pie.

Andrew Nock seguía mirando al frente, como si no le hubieran dicho nada. Kim habría deseado tener palabras de consuelo para aliviar su sufrimiento, pero no había nada más que decir. Con el paso de las horas, el hombre comprendería que la pesadilla era real. Habría lágrimas, dolor y más lágrimas mientras pensaba en cómo decirle a su hija que mamá no volvería a casa.

—Los acompaño fuera —dijo Ella.

Kim pasó por delante de la puerta del salón, donde dormía la niña. Sintió una punzada en el corazón. Al despertar, la vida de Mia nunca volvería a ser la misma.

Ella respiró hondo.

—¿Será necesario identificar el cuerpo, oficial? —preguntó.

Kim presentía que la mujer que tenía delante era una luchadora, una de esas personas que se crecen ante la tragedia. Justo el tipo de persona que uno necesitaba en momentos como ese.

—Sí, cuando su hermano esté...

—Podría ocuparme yo —afirmó.

Kim vaciló.

—Quizás su hermano tenga que hacerlo para aceptar la situación —dijo. Volvió a mirar hacia el interior de la casa y notó que el hombre no se había movido ni un milímetro.

—Más tarde decidiré si está preparado —dijo Ella en tono paternal. A Kim no la sorprendió la actitud autoritaria de la mujer. A veces, en situaciones así, era lo que la gente necesitaba—. Por cierto, inspectora —dijo con la mano en el pomo de la puerta—, cancele lo del oficial de enlace, por favor. Mi hermano me tiene a mí. No necesita a nadie más.

Capítulo 11

—Era la una y media de la madrugada, más o menos —empezó a narrar Lesley, con la mirada en la lejanía. Stacey supuso que aquel era su último recuerdo de una vida despreocupada y sin miedo—. Hacía un rato que había terminado el último acto y los guardias de seguridad nos estaban apremiando para que saliéramos. Incluso a esa hora, los taxis y los vehículos de los padres estaban alineados en la calle. Yo vivía a menos de un kilómetro, así que no le había pedido a nadie que me recogiera. Le di las buenas noches a mis amigos, y ellos, después de apiñarse en algunos coches, siguieron calle arriba. Aún tenía el ritmo de la banda en los oídos. Quizás por eso no oí a nadie detrás.

Lesley hizo una pausa para dejar pasar por su mente una docena de «Y si hubiera...».

—A mitad del camino, sentí un dolor punzante en la nuca. —Se llevó la mano derecha a ese lugar, detrás de la cabeza—. No sabía que me habían dado un golpe. No me enteré de nada hasta que recuperé el conocimiento. Incluso entonces, el dolor cegador pasó a un segundo plano, por detrás del olor.

—¿El olor? —preguntó Stacey.

Lesley asintió.

—Estaba boca abajo en el jardín delantero de alguien. Me apretaban la cabeza contra la tierra, entre un lecho de geranios; es un aroma que nunca olvidaré. Ahora no puedo olerlo sin querer llorar.

Stacey sabía que, debido a la agresión que habían sufrido, algunas víctimas retenían desencadenantes que hacían aflorar los recuerdos, por más que no tuvieran el ataque en primer plano. Podía ser el sonido del tráfico, el claxon de un coche o ciertas palabras o frases utilizadas por el agresor. Para Lesley, siempre sería el empalagoso aroma de los geranios.

—Me sentí asfixiada por el olor incluso antes que por el dolor en la cabeza, que era brutal, o por la comprensión de lo que estaba ocurriendo. Mientras el tipo me agredía desde atrás, con una mano me agarraba justo por donde me había golpeado. Ya no era solo el dolor; cualquier movimiento provocaba que las náuseas me subieran hasta la garganta. Pensé que terminaría ahogada en mi propio vómito. Creí que iba a morir —susurró. Parpadeó para contener las lágrimas.

Stacey asintió, aunque sin decir nada. No quería meterle prisa. Había que dejarla contar la historia a su ritmo, a su manera.

—Solo entonces fui consciente de lo que me estaba haciendo. Sentí algo frío y duro que entraba y salía de mi vagina. Yo tenía los pantalones cortos y las bragas enredados a la altura de los tobillos. Él estaba a mi izquierda, sujetándome la cabeza con una mano y, con la otra..., bueno...

Stacey asintió. Trataba de mantener un rostro inexpresivo a pesar de la rabia que crecía en su interior. No necesitaba que la chica lo repitiera. Con una vez que la contara, la experiencia ya era bastante horrible.

—Intenté gritar, pero tenía la boca enterrada. Traté de forcejear, solo que mi cuerpo estaba más que agotado, como si tuviera cada extremidad sujeta con pesos de plomo. Y así siguió durante unos minutos. Luego acabó. Yo aún podía oler las flores y ya no tenía el peso sobre mi cabeza, pero no podía levantarla. Todavía no. Ni siquiera me había dado cuenta de que había estado llorando. Las lágrimas se habían mezclado con la tierra. De repente, me sentí rodeada de un silencio abrumador.

Stacey esperó.

—Por fin, conseguí arrastrarme hasta la puerta principal de la casa y llamar. Al principio, el anciano que vivía allí pensó que estaba borracha y me amenazó con llamar a la policía. Apenas conseguí graznar que acababan de violarme. Él llamó a la policía y se sentó a mi lado, con cuidado de no tocarme. No dejaba de decirme que no me iba a abandonar y que la policía ya estaba en camino. Llegaron diez minutos después.

Lesley abrió las manos expresivamente, como si dijese: «Y eso es todo».

Pero, mientras hablaba, Stacey había anotado en su mente una lista de preguntas. Aún no entendía por qué a esa mujer se le había negado la oportunidad de testificar en el tribunal. Era clara y concisa, recordaba bien los acontecimientos y los relataba serena.

La ayudante de detective sabía que cuanto le pudiera preguntar ya había sido formulado en los tiempos del ataque, pero, con suerte, esta narración del suceso había sacado a relucir algún detalle olvidado.

—¿Él dijo algo?

Lesley negó con la cabeza.

—Ni una palabra.

—¿Había algún olor obvio, aparte de las flores?

La chica soltó un fuerte suspiro, como si deseara tener algo más que ofrecer.

—Ninguno.

—¿Y usted no vio nada en absoluto?

Volvió a negar con la cabeza.

—Cuando se fue, no quise moverme durante mucho tiempo, por si volvía para matarme. Pensé que iba a morir, así que estaba demasiado asustada para mirar.

—¿Tiene idea de lo que él usó para violarla?

—Lo siento, pero no. Era algo duro y liso, pero no frío. Pudo haber sido algo de vidrio.

Stacey sabía que en la escena no se había encontrado nada.

—El informe dice que usted tenía daños y hematomas mínimos en

la vagina. Ese hecho, al principio de la investigación, puso en duda su relato.

—No fue violento.

—¿Cómo? —preguntó Stacey, sorprendida. La agresión le había parecido horrible.

—No fue brutal. No me malinterprete. Lo que me hizo ese hijo de puta me ha hecho sentir humillada, enfadada, dolida, avergonzada y me ha cambiado para el resto de mi vida. Probablemente nunca vuelva a confiar en un hombre, pero usted no me ha preguntado si tuve alguna sensación.

—¿Y la tuvo?

La chica asintió.

—Me dio la impresión de que todo estaba fuera de su control, de que en realidad no quería hacer lo que estaba haciendo.

Stacey apoyó la espalda en el asiento. Se esforzaba por no mostrarse sorprendida, sin embargo, por fin había entendido por qué Lesley Skipton no podía subir a un estrado.

Capítulo 12

He sido yo. Yo la he matado, y retorcerle el cuello ha sido tan satisfactorio que me ha traído una gratificación morbosa. Qué cosa tan simple, no ha opuesto mucha resistencia; y, aunque lo hubiera hecho, no habría importado. Habría muerto de todos modos.

En el proceso de matarla ha habido muchas fases de las que disfrutar: la planificación, el cómo y el dónde y, finalmente, el quién. He sentido poder al decidir qué vida iba a segar. He disfrutado de la expectativa, del dominio que he tenido. Imagino esas vidas y el dolor que esto les causará. He querido infligir el máximo dolor tanto a la víctima como a su familia.

El acto en sí es casi la mejor parte. Mucho antes de tocarla, ya había decidido cómo iba a matarla. La verdad es que ha sido un poquito decepcionante. Torcerle el cuello ha sido mucho más difícil de lo que había pensado. Incluso con una mano en su barbilla y otra en la parte superior de su cabeza, no ha habido un crujido evidente al romperse la médula espinal. No ha emitido un sonido como el que se oye en las películas. Me habría gustado oírlo. En lugar de eso, la mujer se ha dejado caer sin fuerzas contra mí, con los ojos mirando hacia arriba, de una manera muy decepcionante.

Debo tratar de no pensar en eso. Mi disfrute pierde color ante los temas prácticos. Prefiero recordarlo como lo había visualizado. Y, de todos modos, ha sido rápido, limpio. Nunca me atraparán, eso es lo más importante.

He vuelto a ver tu rostro. Lo veo cada vez que mato a alguien. Hago como si te matara a ti, en lugar de a mi víctima, y no pasa nada, porque puedo seguir matándote un millón de veces, y otra vez y otra vez.

Sí, cada pequeña parte del asesinato me es muy satisfactoria; pero nada es comparable con mi parte favorita.

Mientras saco el móvil, pienso en que lo mejor no ha llegado aún.

Capítulo 13

—Cuéntamelo de nuevo —dijo Kim después de que Stacey la hubiera puesto al día sobre el caso del barajado.

—Siente algún tipo de compasión por su agresor —repitió la ayudante—. Incluso está agradecida de que, al terminar, el tipo le subiera los pantalones cortos y la cubriera. Ahora veo con claridad por qué no les era útil —admitió.

Kim podía entenderlo.

—Era como un testigo de la defensa. El abogado lo habría tergiversado para hacer que pareciera un acto consentido.

—Exacto, jefa, y eso habría debilitado el caso de la primera víctima, el de Gemma Hornley. El criminal podría haber salido libre y sin pagar por ninguno de los dos delitos.

Kim estuvo de acuerdo.

—Bueno, dado que tenemos una investigación por asesinato…

—¿Me deja quedarme con este caso, jefa? —preguntó Stacey—. Sigue siendo una víctima a la que, por haber dicho la verdad, se le ha negado justicia.

Kim abrió la boca para decir que no, pero reaccionó ante la ironía implícita en las palabras de Stacey. La verdad y la justicia no iban siempre de la mano, pero ellos tenían que dar lo mejor de sí mismos.

—Vale, pero si tienes que dejarlo mientras Bryant y yo…

—Eh…, presente y listo para el servicio, jefa —dijo Penn, y levantó la mano para indicar que él haría cualquier cosa en nombre de Stacey.

—Tomo nota —dijo Kim.

A pesar de esa oferta, no estaba dispuesta a dejar que la asistente se dispersara demasiado. El sargento vivía un duelo y, aunque no había pedido nada, Kim no podía evitar ser un poco más laxa con él. Ahora era el único cuidador de su hermano, lo que implicaba un periodo de adaptación para ambos.

—Vale, chicos, esta noche no podemos hacer con respecto al asesinato de Katrina, así que id a casa, dormid bien y volved a las siete en punto.

Eran casi las ocho, lo que les daba un buen margen de once horas.

Para ella, no tantas. Aún tenía que informar a Woody de la reunión del INEPT. Pero, después de cumplir con ese requisito, su participación en el acto del fin de semana habría terminado.

Capítulo 14

Penn abrió la puerta e inspiró hondo.

Tuvo que tragarse la decepción. Esperaba que lo recibieran los deliciosos aromas de repostería que llenaban la casa cada vez que Jasper cocinaba. El chico no tenía permiso para hacerlo solo desde que un día, después de haber puesto mantequilla a derretir en una sartén, se había entretenido con unos vídeos que le había enviado Billy, su mejor amigo. La sartén se había prendido fuego y Jasper había sido lo bastante sensato para correr a la casa de al lado en busca de ayuda.

El fuego lo apagó Lily, una maestra jubilada. Ella misma le había dicho a Jasper que, cada vez que quisiera cocinar sin Penn, iría a ser su jefa de degustación.

De modo que, cada noche, cuando Penn llamaba para decir que llegaría tarde, lo hacía con la esperanza de que su hermano hubiera aceptado la amable oferta de Lily y hubiera vuelto a hacer lo que más le gustaba hacer.

Pero, por lo visto, al día siguiente decepcionaría a Stacey una vez más. Jasper no había puesto un pie en la cocina desde el funeral de su madre. De hecho, apenas había salido de su habitación.

Penn subió las escaleras y llamó con suavidad a una puerta que ahora estaba siempre cerrada.

La respuesta del otro lado fue un gruñido.

Antes de entrar, el sargento se había asegurado de componer una sonrisa. Alborotó el pelo de su hermano.

—Oye, colega, ¿te apetece probar una nueva receta que acabo de encontrar? Bollitos de queso.

Jasper se apartó y sacudió la cabeza.

Penn hizo lo posible por que ese desdén no le doliera. Su hermano estaba sufriendo. De Penn dependía que todo continuara lo más normal posible.

—Vamos, colega, incluso te dejaré rallar el queso. —Jasper sacudió la cabeza y siguió concentrado en su juego—. Vale, ¿y si te dejo…?

—No, Ozzy —dijo Jasper, tajante.

La ira no era su estado natural, lo que le dijo a Penn que no debía presionarlo más.

—Bien, ¿qué quieres comer?

—No tengo hambre.

—Tío, tienes que comer algo —insistió Penn. —Se había dado cuenta de que su hermano había bajado unos kilos. Para él, esa era la prueba de que había tenido razón al afirmar que Jasper había comido tanto como había horneado—. ¿Quieres tostadas con judías?

No era una comida equilibrada, pero era la favorita de Jasper y estaba caliente y ahora podría comérsela.

El chico movió la cabeza de un lado al otro.

—Colega…

—He comido fideos.

Penn estuvo a punto de discutir, pero se lo pensó mejor. Una de las mayores frustraciones de Jasper era que lo trataran como a un niño pequeño cuando tenía casi dieciséis años. Y conocía su propia mente. A veces había que respetar su derecho a elegir.

—Vale, colega, si me necesitas, estaré abajo. —Salió y dejó la puerta un poco entreabierta.

A mitad de la escalera, oyó que su hermano la cerraba por completo.

Encendió la tetera y revisó la papelera. Efectivamente, en la parte superior había un envase de fideos medio vacío. No era suficiente, pero no podía alimentar al chico a la fuerza.

Para ser sincero, estaba pisando terrenos desconocidos. Todos los días echaba de menos a su madre. Durante meses habían sabido que se moría, pero ni siquiera eso los había preparado para la pérdida final.

Los tres habían ido dando tumbos. La madre había sido una mujer firme, gentil con Jasper, siempre capaz de llegar al chico, y Penn había sido el hermano mayor. Hacía reír a Jasper y lo animaba a probar cosas nuevas mientras trataba de protegerlo de los elementos más duros del mundo. Tanto él como su madre habían ocupado un lugar en la vida de Jasper, habían desempeñado cierto papel en su desarrollo. Pero ¿cómo debía actuar ahora?, ¿como un hermano divertido o como un padre firme? Si tenía que ser ambas cosas, ¿cómo compaginarlas? Lo único que sabía era que su hermano necesitaba verlo fuerte, y eso pretendía.

Mientras vertía agua en la taza, su teléfono empezó a sonar.

Sonrió al ver el nombre de la persona que lo llamaba.

—Hola, Lynne —respondió.

—Hey, compañero —dijo ella. Así lo saludaba desde que trabajaban juntos en West Mercia.

Penn había agradecido a Lynne su apoyo durante el funeral de su madre. Desde entonces, ella lo había llamado un par de veces para ver cómo estaba.

—¿En qué estás metida? —preguntó él. Disfrutaba del sonido de esa voz.

—Acabo de terminar un turno largo y me preguntaba si vosotros dos querríais ayudarme a comerme mi propio peso en pizza.

—¿Dónde está Simon? —Lynne llevaba casi cinco años prometida con el contable.

—Ah, eeeeh... Práctica de squash. No sé para qué, pero, con tanta práctica, tendría que estar mejorando. —Penn rio a carcajadas. Qué buena sensación. Lynne siempre había sido capaz de hacerlo reír—. ¿Qué opinas?

La idea de compartir comida y una conversación informal con su antigua colega era tentadora. Entre ellos, charlar siempre había sido fácil. Además de que compartían gustos cinematográficos, la colección de música de Lynne era tan ecléctica como la suya. Sin embargo, por mucho que apreciara la compasiva misión de su amiga, Penn creía que, esa noche, ni él ni Jasper serían buena compañía.

—Muchas gracias, Lynne, pero tal vez en otra ocasión, ¿vale?

—No hay problema, compi. Avísame cuando estés más animado. Estaré esperando tu llamada.

—Gracias, colega —dijo él, y dio por terminada la conversación.

En cuanto la línea se cortó, desapareció la breve luz que había brillado en su mente. Le habría venido bien la compañía de Lynne, pero una parte suya se negaba a ser el invitado de honor en una fiesta por compasión.

Sabía que la gente se compadecía por lo que le había tocado vivir. No tenía la misma libertad que la mayoría de los jóvenes de su edad. Tras la muerte de su madre, Jasper era su responsabilidad número uno y siempre sería su máxima prioridad.

Capítulo 15

En cuanto la llamada se cortó, Lynne tuvo que plantarle cara a una decepción que le dejó mal cuerpo. Llevaba todo el día deseando pasar un par de horas con su antiguo colega.

El día que Penn se fue de West Mercia supo que lo echaría de menos. Su sencilla relación de trabajo se había convertido en una firme amistad. Y ella valoraba esa amistad y pretendía preservarla. Sin su compañero de fechorías, las jornadas laborales eran mucho más largas. Sonrió con tristeza al recordar los años que habían trabajado juntos.

Con lo buen policía que era, a veces Penn no se percataba de las cosas que tenía delante de las narices.

En ese tiempo, ella lo había visto lidiar con la difícil decisión de dejar su antiguo equipo para volver a casa con su madre enferma. Había reparado en el compromiso del sargento con su hermano menor, algo por lo que él no buscaba comentarios ni elogios.

Y, en algunos de los días más duros, ella lo había invitado a tomar una copa.

Pero, solo después de que Penn se hubiera marchado, Lynne reparó en que entonces tenía más ganas de ir a trabajar que de volver a casa, y que él había sido una parte importante de ese sentimiento.

Esa noche quería verlo, tenía la esperanza de que por fin empezara a darse cuenta.

Quería que se enterara de que no buscaba su compañía por lástima, sino que de verdad le gustaba que pasaran tiempo juntos. Quería que él se fijara en su nuevo peinado y en el toque de maquillaje, que rara vez se aplicaba para ir a trabajar.

Pero, sobre todo, tenía intenciones de que Penn viera su dedo y notara la ausencia del anillo de compromiso. Sí, una parte de ella

quería agitar la mano izquierda delante de su cara, pero ¿y si él no sentía lo mismo? ¿Estaba dispuesta a correr el riesgo de estropear una amistad genuina y perderlo por completo? Para ella, no era una opción. Si él sentía lo mismo, tendría que esperar a que él despertara; a que, a su debido tiempo, se encontrara con sus propias emociones.

Pero eso no ocurriría esa noche, pensó cuando la luz se encendió en el dormitorio delantero.

Arrancó el coche, miró las cajas de pizza en el asiento del copiloto y se alejó lentamente del bordillo.

Capítulo 16

Eran más de las once cuando Kim entró en casa.

Se agachó y acarició la cabeza de Barney.

—Eh, muchacho —dijo.

Charlie, el vecino del fondo, le había devuelto el perro sobre las siete de la tarde, según le decía en un mensaje de texto seguido de un emoji con un perro jadeante. Había algo surrealista en que un hombre de casi setenta años hubiera descubierto los emojis.

—¿Has tenido un buen día, compañero? —preguntó al perro, que la siguió a la cocina.

El día de Kim había empezado a las seis de la mañana con una carrera alrededor del parque, antes de que apareciera otra alma. Barney nunca había reaccionado bien ante otros perros y ella no hacía nada por forzar la situación. Además, tampoco era hábil para relacionarse con la gente. Si alguien trataba de obligarla a hacerlo, respondía con hostilidad y agresividad, igual que Barney. Al perro le interesaba mucho más interactuar con humanos, y ella no perdería su confianza obligándolo a cambiar de manera de ser.

—¿Has tenido una buena tarde con Charlie?

Inquieta, habría jurado haberlo visto asentir.

Tenían un gran acuerdo, algo que funcionaba bien para todos. Años atrás, Charlie había perdido a un perro muy querido y echaba de menos su compañía, pero ya no deseaba hacerse responsable de las visitas al veterinario ni de atender enfermedades. Lo que había empezado como alguna visita de Charlie para pasear a Barney un rato, se había convertido en recoger a Barney por la tarde, dar una vuelta a la manzana, llevarlo a su propia casa y mimarlo durante unas horas antes de traerlo de vuelta. Charlie se imaginaba que, de haber tenido sobrinos, los habría tratado así: todo lo bueno, pero

sin responsabilidades. Por suerte, no se oponía a que Barney pernoctara en su casa si era necesario.

Y Kim se lo había planteado esa noche, pero la idea de volver a una casa vacía la había disuadido de pedir el favor.

—Eh, ven aquí, grandísimo bobo —dijo, y se agachó hasta el suelo. El día había sido largo y duro. Solo necesitaba descansar el cerebro durante unos minutos.

Barney corrió a la cocina y volvió con los restos inertes de un peluche que había abierto y destripado un par de días antes. Ahora, ese guiñapo era su nuevo mejor amigo.

—Dámelo —dijo ella, y tiró de lo que podría haber sido la cola o una oreja.

El perro reculó y movió el rabo, con los ojos brillantes y vivos.

—Es mío —dijo Kim. Sentía que las tensiones de la jornada iban soltándose mientras jugaba con el perro al tira y afloja.

Al cabo de unos minutos, Barney soltó el juguete y se acurrucó.

Ella le rascó la piel bajo el denso pelaje.

—Ah, esto es lo que querías, ¿eh? Ya es hora de que la tía Dawn venga a por ti, muchacho.

Barney había aprendido a tolerar a la peluquera. La chica iría a recogerlo al final de la jornada para atenderlo aparte de sus otros clientes.

El perro frotó la nariz en su dueña y miró hacia la encimera, el lugar donde ella siempre dejaba la correa.

Kim se puso de pie.

—Vale, chico, pero primero vamos a tomar café. —Abrió la puerta trasera por si Barney estuviera desesperado por salir a orinar.

Él conocía la rutina. Fuera la hora que fuera, la cafetera se encendía

antes del paseo nocturno.

Los expertos en sueño habrían chasqueado la lengua en ese momento. Kim sabía que no le hacía ningún bien contar las horas que faltaban para volver al trabajo. Tampoco le funcionaba preparar el café antes de acostarse ni dar una vuelta con el perro a medianoche, a paso ligero. Había tratado de hacer las cosas a su manera, pero tampoco le habían dado resultado. Los audios de relajación le ponían los nervios de punta. La higiene del sueño era un conjunto de reglas imposibles de obedecer.

Solo una cosa tenía el poder de relajarla por completo, pensó mientras abría la puerta que conducía de la cocina al garaje.

Hacía una semana, había vendido a un coleccionista japonés la última moto que había restaurado. El dinero del pago ya estaba en la cuenta de Enterprise Electronics. Se usaría para actualizar el equipo de comunicación que utilizaba Lucy Payne, una adolescente con distrofia muscular, muy lista y valiente, a quien Kim había conocido durante uno de los primeros grandes casos del equipo. Ni la chica ni el padre sabían de dónde venían esas donaciones anónimas, cosa que le iba genial.

Pero, ahora, el área de trabajo de su garaje estaba vacía. Las herramientas descansaban limpias y ordenadas en el lugar que les correspondía. Sobre el iPod, lleno de música clásica, había una fina capa de polvo. Kim no había visto nada tan deprimente en su vida.

Cerró la puerta, volvió a la cocina y sacó el teléfono.

Al cuarto timbrazo, le respondió una voz espesa por el sueño.

—¿Qué coño…?

—Dobbie, ¿ya me has conseguido ese chasis? —preguntó. Era el chatarrero local y proveedor de muchos de los chasis de sus motocicletas.

—No me jodas. ¿Sabes qué puta hora es?

—Sí, pero soy tu mejor clienta. ¿Ya lo tienes?

Le había pedido que le consiguiera el bastidor de la Vincent Black Shadow que pensaba reconstruir desde cero.

—Maldita sea. Esto es acoso policial, y lo sabes.

—Todavía no, pero podría serlo. ¿Entonces?

—Son tan comunes como la mierda de un caballito de madera, pero puede que tenga algo para mañana. Te daré un toque en algún momento, a una hora razonable.

—Trescientas libras, ¿no? —dijo ella por confirmar el precio que habían acordado.

—Sí, sí, ahora, vete a la m...

Kim colgó antes de que el chatarrero la insultara otra vez.

Sonrió esperanzada mientras cogía la correa de Barney. Tener un proyecto de restauración salvaguardaba su cordura. La mantenía ocupada. Canalizaba sus pensamientos. Ese era el foco donde dirigía las tensiones al terminar del día. La ayudaba a mantener a raya su mal genio y su agresividad natural.

Ojalá Dobbie la llamara temprano.

Todos preferían a la Kim que tenía un proyecto.

Capítulo 17

—Venga, chicos, a por ello —dijo Kim. Se sentó en el borde del escritorio de reserva y dejó su café a un lado.

Estaba contenta de ver que los datos de Katrina ya estaban en la pizarra. Su equipo sabía bien lo que ella pensaba con respecto a la identificación de las víctimas. Ayer, a esa hora, Katrina Nock era solo una desconocida. Hoy era su máxima prioridad. La relación del equipo con la víctima ya era primordial. Sabían dónde vivía y conocían a su familia. Al terminar, también conocerían a su asesino. Cada víctima tenía una identidad y una historia.

—Gracias, Bryant, pero ¿por qué has puesto un circulito sobre la i del nombre de Katrina, en vez de un punto? —preguntó.

Él sonrió, satisfecho.

—He querido confundirte imitando la caligrafía de Stacey.

Kim enarcó una ceja.

—Si fuera así de fácil engañarme, ¡qué jodidos estaríamos! —Se cruzó de brazos—. ¿Alguien tiene alguna idea sobre el asesinato de nuestra víctima o sobre el homicida? —preguntó.

Stacey movió la cabeza de un lado al otro.

—No entiendo nada, jefa —dijo—. Era una madre joven que salía de compras con su hija. No era llamativa ni formaba parte de ninguna banda. No tenía enemigos, que sepamos, y el método ha sido limpio.

Kim estaba de acuerdo. La ausencia de sangre, rabia y violencia evidentes era desconcertante.

—Es casi como si no fuera un asunto personal —observó Penn.

—Pero, entonces, ¿por qué ella? —preguntó Bryant—. Si el objetivo era solo matar, ayer, a la hora del almuerzo, había sujetos más fáciles por Brierley Hill.

—¿Y eso por qué? —preguntó Kim—. ¿La hora del día en que fue asesinada? —Por experiencia, sabía que la mayoría de los homicidios ocurrían en la oscuridad.

—Extraño momento para matar a alguien —opinó Stacey—. Hay mucha actividad, con compradores alrededor, testigos potenciales. ¿Un amante de emociones fuertes, quizás?

Kim negó con la cabeza.

—El asesinato no ha sido lo bastante aparatoso.

—Así que tal vez sí se trate de Katrina —respondió Penn—. Quizás todo tenga que ver con ella. A lo mejor, las intenciones del asesino eran que esta mujer en particular desapareciera.

—Tal vez —respondió Kim.

Su equipo acababa de poner en palabras los pensamientos y la confusión que habían rondado su cabeza toda la noche. ¿Por qué correr el riesgo innecesario de atraer a una joven madre en pleno día si no era la persona concreta a la que buscabas?

—Vale, Penn, te harás cargo de la autopsia, que es lo primero.

—Sí —dijo él, y se frotó las manos.

Con el tiempo, Kim se había acostumbrado al entusiasmo de Penn por la parte más espeluznante del trabajo. No era sed de un entretenimiento macabro. Él disfrutaba de verdad con la ciencia que había detrás del proceso. Al joven sargento le gustaban los rompecabezas y examinar lo que un cadáver podía revelar.

—Stace, revisa los registros sanitarios de Katrina. Sufría depresión. Necesitamos saber si ha estado alguna vez ingresada y hasta qué punto eran graves sus problemas. Colabora también con el inspector Plant para recoger las declaraciones de los testigos.

Un equipo de agentes había recibido el encargo de hablar con los tenderos y los posibles testigos.

Stacey podía hacer esas tareas mientras seguía trabajando en el caso de violación. Kim confiaba en que la asistente sabría priorizar.

—¿Y nosotros? —preguntó Bryant.

Aún había muchas cosas que ella no entendía sobre los sucesos de ese asesinato.

—Nosotros, Bryant, vamos a volver a la escena del crimen.

Capítulo 18

Antes de seguir indagando sobre la violación de Lesley Skipton, un asunto que había estado en su mente durante la mayor parte de la noche, Stacey se dispuso a completar las tareas que la jefa le había encomendado.

Los sentimientos de Lesley hacia su violador le resultaban incomprensibles. Había leído lo suficiente acerca del síndrome de Estocolmo como para comprender la psicología de una víctima que se encariñaba con su captor.

Había casos famosos, algunos bien documentados, entre los que destacaba el de Patty Hearst, nieta del magnate editorial estadounidense William Randolph Hearst. Patty había sido secuestrada por el Ejército Simbionés de Liberación en 1974. Tras diecinueve meses de cautiverio, la policía la detuvo, ya que estaba cometiendo delitos graves junto con sus captores.

Aún más sorprendente había sido el caso de Colleen Stan, secuestrada por un matrimonio, Cameron y Janice Hooker, mientras hacía autostop en 1977. Durante siete años la tuvieron en un féretro, bajo la cama de la pareja, como esclava doméstica y sexual, y ella nunca intentó escapar. Después de que Janice la liberara, Colleen guardó silencio acerca de los abusos, tal como le habían pedido sus captores.

Pero todos los casos de síndrome de Estocolmo que Stacey conocía implicaban a una víctima que había pasado tiempo con su secuestrador. El apego crecía durante años, meses, incluso semanas. Nunca había oído algo así con respecto a una víctima de violación.

Apartó sus pensamientos cuando un agente apareció en la puerta.

—Las primeras declaraciones estarán listas en un par de horas —dijo este, y dejó caer el correo sobre el escritorio de reserva.

—Gracias, John —lo despidió Stacey, y el agente se perdió de vista.

Escribió un correo electrónico al médico de Katrina y pulsó el botón de enviar. Atrás habían quedado los días en que uno podía obtener información médica por teléfono.

Y bien, con los deberes hechos, buscó el expediente de Lesley Skipton, aunque el que de verdad quería era el de Gemma Hornley. No se lo habían enviado, puesto que el caso estaba resuelto y Sean Fellows cumplía condena.

Buscó el caso electrónicamente. Si Sean Fellows las había violado a las dos, ¿por qué los sentimientos de su primera víctima no eran similares a los de Lesley?

Leyó la primera declaración de Gemma, la que la chica había prestado la noche del asalto.

Salía de un pub de Hagley. De nuevo, solo se trataba de un corto paseo a casa. Al igual que Lesley, recibió un golpe en la nuca. Luego la arrastraron a alguna casa mientras estaba inconsciente. Cuando recobró el conocimiento, con una mano le sujetaban la cabeza contra el suelo y con la otra le introducían por la vagina un objeto en un salvaje vaivén.

Stacey saltó al informe médico, que corroboraba la descripción de Gemma. Los hematomas y cortes en la vagina y muslos eran, en efecto, el resultado de agresiones feroces.

El atacante no había abierto la boca. Lo mismo había ocurrido en el ataque a Lesley, pero con una diferencia significativa: tras la agresión sexual, Sean Fellows había cogido un cuchillo para lastimar a Gemma en una nalga. La herida medía apenas un centímetro y estaba formada por pequeños cortes. ¿Por qué Sean Fellows no había hecho lo mismo con Lesley?

Cuanto más leía sobre el ataque de Gemma, más desorientada se sentía. Los casos eran muy similares y, a la vez, completamente distintos.

La propia Gemma Hornley había identificado a Sean Fellows. Momentos antes, había fornicado con su agresor en el baño del pub. Después, cuando se marchaba, este se le había acercado para pedirle un bis, pero ella se había negado. El tipo se enfadó. Las

cámaras de seguridad daban cuenta de una acalorada discusión. Luego se veía a Gemma marchándose, furiosa, y que él desaparecía en la misma dirección.

Gemma estaba convencida de que el agresor había sido Fellows; la policía y el jurado, también.

De repente, Stacey tuvo un pensamiento ridículo que en Brierley Hill ni siquiera parecían haberse planteado: ¿y si Sean Fellows no era el responsable del ataque a Lesley Skipton? ¿Y si habían estado persiguiendo al hombre equivocado?

Sabía que tenía que contactar con Gemma, la primera víctima. Después de haber hablado con Lesley, estaba en condiciones de comparar los ataques.

Se recordó a sí misma que lo de Gemma era un caso resuelto y que en Brierley Hill no les haría ninguna gracia tenerla husmeando por ahí y haciendo preguntas a una de sus víctimas.

Pero, tanto si eso la hacía popular como si no, iba a tener que hacerlo.

Capítulo 19

Kim apuntó la pantalla con un dedo.

—Ahí está —dijo.

El detective de la tienda Shop N Save había tenido la amabilidad de grabar en un disco las imágenes de las cámaras de seguridad, y era lo que analizaban en ese momento.

Observaron cómo Katrina Nock y su hija entraban en la tienda. De inmediato, Mia empezó a tirar de la mano de su madre para que la llevara al fondo, donde estaban los juguetes. Katrina, que miraba hacia el puesto de tarjetas de la entrada, pareció protestar durante unos segundos, pero terminó por ceder y siguió a su hija hasta quedar fuera del alcance de las cámaras.

El operador del circuito cerrado no tenía motivos para seguirlas, así que las dos desaparecieron de la vista en cuestión de segundos.

La pantalla se quedó en blanco y el ordenador saltó al siguiente fragmento del disco. Era un plano general, con la madre y la hija al fondo, mirando juguetes. La cámara estaba encuadrada sobre un varón adolescente que llevaba una sudadera con capucha y unos vaqueros holgados.

—Juego limpio —dijo Bryant, y Kim supo a qué se refería.

El operador del circuito cerrado había hecho un estudio minucioso de todas las secuencias grabadas para encontrar cualquier momento en el que Katrina o Mia hubieran aparecido en las cámaras. Sus esfuerzos les habían ahorrado horas de trabajo a Stacey o a Penn.

La cámara se alejó de la madre y la niña cuando el operador decidió seguir al conocido ratero hasta la puerta.

Allí se detuvo un instante. Kim vio al guardia de la tienda, que envió un mensaje de radio a los otros negocios para advertirlos de

la presencia del ladrón.

Enseguida, la cámara recorrió la tienda para volver a su posición habitual, cerca de las cajas.

—Pon esa parte otra vez —dijo Kim.

Bryant rebobinó la grabación y la reprodujo en cámara lenta. En el viaje de vuelta, la lente había captado a Katrina, que recorría el pasillo de los artículos de aseo, mientras Mia seguía en los juguetes.

Kim echó un buen vistazo. Katrina no se relacionaba con nadie, nadie parecía prestarle atención.

La pantalla volvió a quedarse en blanco hasta la aparición del último fragmento. Veían, otra vez, el ángulo de la cámara fija de la entrada. En un puesto, justo al otro lado de la puerta, Katrina leía tarjetas de felicitación y elegía algunas. A sus pies tenía una cesta con pequeñas compras. Antes de mirar por encima del mostrador, hacia la parte trasera de la tienda, devolvió una tarjeta a su lugar.

—Está vigilando a Mia —observó Bryant. Satisfecha, sin duda, de que su hija estuviera a salvo, alargó la mano para coger otra tarjeta, pero se detuvo y giró la cabeza hacia fuera de la tienda.

—Despacio —dijo Kim.

A cámara lenta, vieron cómo la mujer parecía escuchar a alguien que le hablaba desde el exterior.

Katrina asintió y empezó a señalar con las manos.

Kim sintió la urgencia de girar la cámara para captar quién estaba fuera de la tienda, pero, por supuesto, aquello no era un directo: se trataba de una grabación y no había manera de alterarla. Observó los gestos de Katrina.

—Direcciones —dijo—. Alguien le estaba pidiendo direcciones.

Vio cómo Katrina volvía a echar un vistazo hacia los juguetes antes de dirigirse hacia la salida.

Tuvo el impulso de gritarle que no lo hiciera, que no diera esos últimos pasos que la llevarían a la muerte.

La mujer siguió avanzando hacia la puerta mientras la mente de Kim le gritaba esas palabras.

La vieron cruzar el umbral y perderse de vista.

La detective sabía que acababan de presenciar el último instante en que Katrina Nock había sido vista con vida.

Capítulo 20

—Eeeh..., ¿te importaría retroceder un poco, Penn? —dijo Keats, que se dirigía hacia la balanza con un riñón en las manos.

—Ah, claro —dijo el sargento, y se apartó del cuerpo de Katrina Nock.

—Para ser sincero, me halaga tu diligente interés por mi trabajo, muy pocos observadores están dispuestos a acercarse tanto durante el proceso.

Penn se encogió de hombros y esperó. Si el médico forense lo estaba llamando «raro» de un modo indirecto, no era la primera vez que le hacían semejante observación, y no lo molestaba en lo más mínimo.

Su cerebro analítico se interesaba por la mecánica, por los detalles: cómo la suma de las partes hacía que algo funcionara. Recordó que uno de sus amigos del colegio se había caído de un árbol durante una excursión escolar. Los niños y los profesores lo habían rodeado, preocupados; entre ellos, Penn. Después de que los gritos le dieran la tranquilidad de que Jimmy estaba vivo, se centró en los ángulos de los miembros rotos. Se sentía cautivado por la imagen de la carne desgarrada entre los huesos astillados e imaginó los músculos retorcidos y los tendones ocultos. Estaba tan absorto que se sintió decepcionado cuando los paramédicos se llevaron a Jimmy al hospital.

No es que no sintiera empatía por las víctimas; era solo que no le gustaba perder el tiempo con las cosas que no podía cambiar.

De haber podido evitar que Jimmy Ryland se cayera del árbol, lo habría hecho. Si en su mano estuviera resucitar a Katrina Nock y enviarla a casa con su familia, lo haría sin pensárselo dos veces, pero era inviable. Ahora tocaba averiguar todo lo posible para atrapar a quien la había matado y ofrecerles algo de consuelo a sus seres queridos.

Por suerte, nunca había sido aprensivo. Podía contemplar desapasionadamente el espectáculo que tenía ante sí y ver en ese cuerpo la compleja y milagrosa secuencia de partes que una vez trabajaron juntas para conferir vida.

Keats anotó una medida antes de, con sumo cuidado, volver a colocar el órgano en el cuerpo. De haber albergado alguna duda sobre la causa de la muerte, habría tomado muestras de cada uno y las habría enviado al laboratorio para que las analizaran.

—Normal —dijo en voz alta.

«Como todo lo demás», pensó Penn. Hasta ahora, no había nada fuera de lo común en Katrina Nock. Estaba en buena forma física y sus órganos principales habían funcionado bien. Nunca había fumado, no tenía huesos rotos, tenía una buena dentadura y había desayunado un tazón de cereales.

Keats ya había tomado muestras de su sangre y su orina para los análisis toxicológicos, con el fin de descubrir la presencia de drogas, medicamentos u otras sustancias químicas naturales del organismo. De todas formas, Penn no esperaba nada fuera de lo normal.

«Limpia» era la palabra que pasaba por su cabeza. Todo estaba limpio. El asesinato en sí había sido limpio: Keats confirmó la fractura de cuello y, según explicó, cuando este se rompía cerca del cráneo, ocurrían tres cosas: no podías moverte, dejabas de respirar y tu cuerpo perdía la capacidad de controlar el corazón, lo que provocaba una muerte instantánea.

—Pero no es tan fácil como lo pintan en las películas —había dicho Keats—. Los huesos y los músculos del cuello ofrecen cierta resistencia, así que hablamos de una fuerza física considerable para ejecutar un asesinato así.

Penn ya había visto lesiones mortales como esa en colisiones de tráfico, pero nunca a consecuencia de un asesinato.

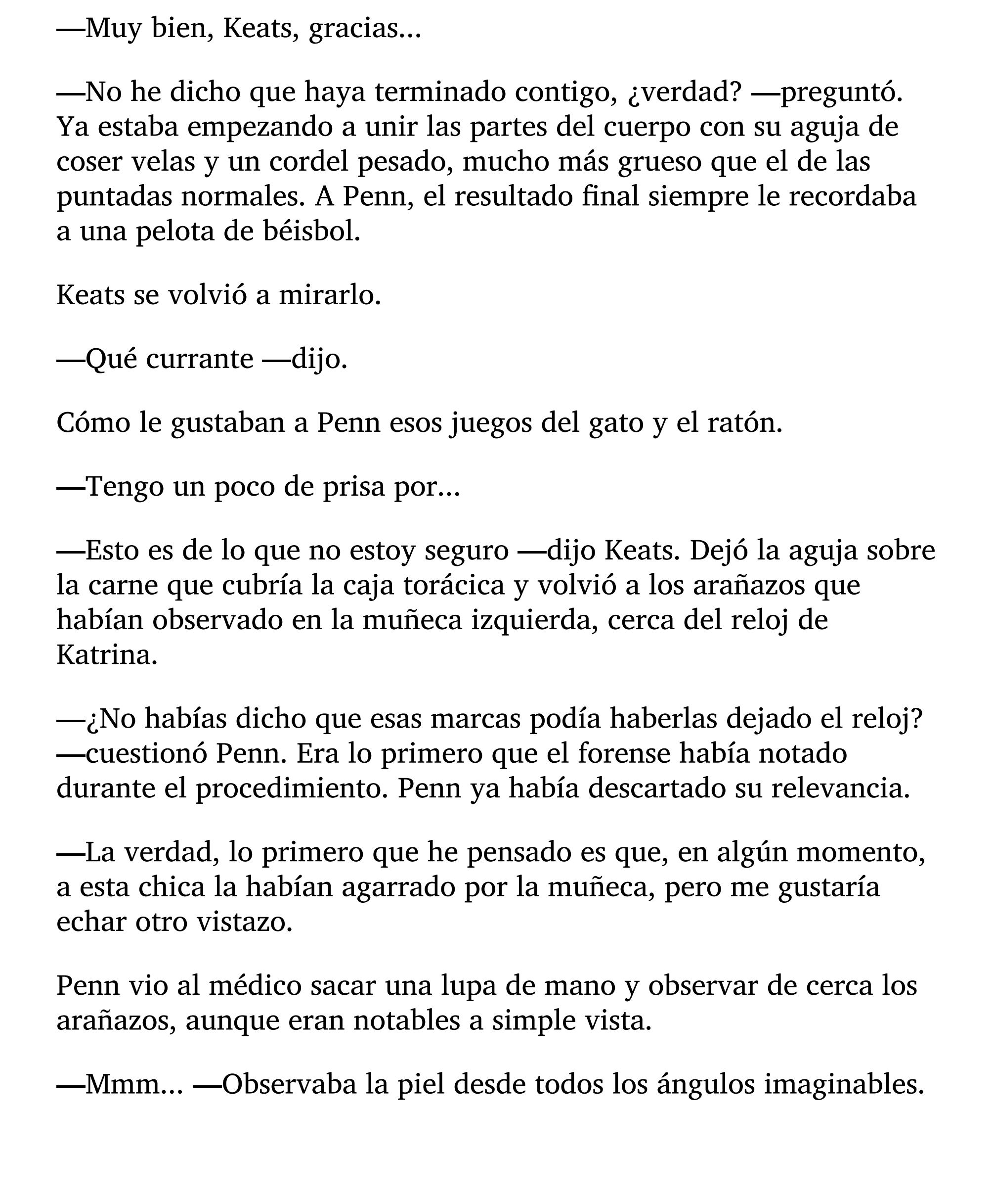
No había sangre, nada de heridas caóticas ni moratones ni sufrimiento ni emoción. Era como si se tratara de otra clase de asesinato: algo educado, con buenos modales, gentil. Sin excesos

violentos. Sin desorden.

Keats interrumpió sus cavilaciones.

—Vale, Penn, voy a cerrarla —dijo.

El sargento fue a quitarse la mascarilla.



—Muy bien, Keats, gracias…

—No he dicho que haya terminado contigo, ¿verdad? —preguntó. Ya estaba empezando a unir las partes del cuerpo con su aguja de coser velas y un cordel pesado, mucho más grueso que el de las puntadas normales. A Penn, el resultado final siempre le recordaba a una pelota de béisbol.

Keats se volvió a mirarlo.

—Qué currante —dijo.

Cómo le gustaban a Penn esos juegos del gato y el ratón.

—Tengo un poco de prisa por…

—Esto es de lo que no estoy seguro —dijo Keats. Dejó la aguja sobre la carne que cubría la caja torácica y volvió a los arañazos que habían observado en la muñeca izquierda, cerca del reloj de Katrina.

—¿No habías dicho que esas marcas podía haberlas dejado el reloj? —cuestionó Penn. Era lo primero que el forense había notado durante el procedimiento. Penn ya había descartado su relevancia.

—La verdad, lo primero que he pensado es que, en algún momento, a esta chica la habían agarrado por la muñeca, pero me gustaría echar otro vistazo.

Penn vio al médico sacar una lupa de mano y observar de cerca los arañazos, aunque eran notables a simple vista.

—Mmm… —Observaba la piel desde todos los ángulos imaginables.

Penn sabía que no debía molestarlo hasta que hubiera terminado, así que se limitó a mirar por encima de su hombro. Antes se había mostrado de acuerdo en que los pequeños rasguños y arcos eran el producto de una manipulación brusca del reloj, así que no le había dado más importancia al hallazgo.

—Mmm… —repitió Keats—. Creo que me he equivocado.

—Informaré de eso a la jefa —bromeó Penn.

Keats lo miró por encima de sus gafas antes de continuar.

—Ya no opino que estos arañazos fueran causados por el reloj. —Penn esperó—. Creo que fueron infligidos post mortem.

El joven sargento sopesó las palabras. Los arañazos y marcas ocasionados antes del ataque no significaban nada. Las heridas sufridas durante el ataque hablaban por sí solas de la lucha, el forcejeo, la capacidad física y las posturas. Las heridas infligidas después del crimen significaban algo muy distinto. Eran mensajes.

Finalmente, con una extraña sensación de alivio, empezó a quitarse las prendas protectoras.

El asesinato no había sido tan limpio, al fin y al cabo.

Capítulo 21

Kim se colocó justo donde Katrina había estado gesticulando. Bryant estaba fuera, en el punto hacia donde la mujer miraba desde el puesto de las tarjetas.

La detective fue a la puerta, como lo había hecho Katrina, y miró a su alrededor. Observó a la gente que entraba y salía de las tiendas con la mirada baja, con la mirada en el destino, con la mirada en el teléfono. «¿Por qué aquí?, ¿por qué Katrina?», se preguntó por enésima vez.

Hizo un alto en medio de la acera, se giró por completo y descubrió algo que no había notado el día anterior: entre el Shop N Save y la farmacia de al lado, dos locales unidos por una vieja verja blanca, había un hueco. En ese momento, la puerta estaba cerrada.

Abrió la verja y se asomó al callejón.

—Ven, Bryant —dijo. A lo lejos, veía la parte trasera de una furgoneta blanca que conocía bien. Una furgoneta forense.

—Mierda.

Bryant avanzó para alcanzarla, pero ella levantó una mano para que se detuviera.

—Espera. Vamos a representar la escena —dijo, y ocupó la posición de su compañero, justo al otro lado de la puerta—. Tú serás Katrina. —Ella sería la asesina y sabía lo que iba a hacer. Bryant era la víctima y no tenía ni idea de lo que pasaba por la mente de su jefa.

Salió de la tienda y dio un par de zancadas hacia Kim, agitando los brazos tal como Katrina había hecho.

En cuanto él estuvo fuera de la tienda, ella lo agarró por el codo, lo arrastró con fuerza al callejón y, de una patada, cerró la verja.

—Jefa, ¿qué co...? ¡Ah! —Siguió la mirada de Kim hacia donde Mitch sacaba algo de su furgoneta.

Bryant, que no tenía ni idea de lo que su jefa se había propuesto hacer, no había tenido tiempo para reaccionar en las tres zancadas que ella había necesitado para ocultarlo. A pesar de las diferencias físicas entre los dos, el factor sorpresa había estado del lado de Kim.

—No tenía ni idea de que este callejón estaba aquí —dijo. Se encaminaron hacia Mitch, quien parecía sorprendido por la dirección de la que venían.

—Él tampoco —observó Kim.

Mitch dio un golpecito en el brazo de un compañero y señaló algo. El técnico cogió un rollo de cinta amarilla para acordonar la zona. Mientras pasaba junto a los detectives, hizo un gesto de asentimiento.

Mitch se acarició la barbilla recién rasurada.

—Para lo que nos va a servir... —dijo.

—Si juegas demasiado con eso, se te va a caer —dijo Kim.

—Mi madre me dijo algo así una vez, cuando era pequeño. Sin embargo, ahora que lo pienso, no se refería a nada que tuviera que ver con mi barba.

Bryant gimió y sacudió la cabeza.

El técnico forense señaló las cajas de plástico transparente donde estaban guardadas las pruebas.

—Espero que no hayáis hecho un viaje especial para venir aquí —continuó—. Está limpio. Absolutamente nada de interés hasta ahora.

Kim percibió la frustración en esa voz. Dado que la mera insinuación de una huella dactilar parcial o de una fibra ajena al lugar tenían el poder de electrizar a ese hombre, la detective ya podía perder cualquier esperanza de encontrar algo de valor

forense. Si él decía que no tenían nada, no tenían nada.

—Nuestro hombre tuvo mucho cuidado de no dejar pistas —dijo con pesar.

Todos conocían la teoría de la transferencia y, por tanto, sabían que no podía ser cierto, pero era indispensable tener un punto de partida.

Había muchas cosas que ayudaban a encontrar pruebas forenses en un cadáver: el tiempo que el asesino había pasado con la víctima, la intensidad del contacto físico, la pasión implicada en el crimen, eran factores que ofrecían posibilidades de que el asesino dejara algo de sí mismo en la escena.

Kim miró hacia la puerta por la que habían llegado. En su opinión, el agresor y la víctima habrían estado juntos menos de dos minutos: agarrarla, caminar, torcerle el cuello. Muerta. Para Kim, era un asesinato en su versión de citas rápidas.

Todo en ese caso parecía casual; una víctima elegida solo Dios sabía por qué. Sin embargo, había un gran riesgo en seleccionar a una joven madre que salía de compras con su hija; había habido un plan trazado con meticulosidad para que nadie viera el asesinato. Algunas cuestiones insinuaban que Katrina había sido elegida solo como un medio, pero Kim sabía que, según las estadísticas, era poco probable.

Los estudios le decían que el ochenta por ciento de las víctimas de homicidio, más o menos, eran asesinadas por alguien que las conocía.

«Pero ¿qué había hecho Katrina?», se preguntaba, mientras sus pensamientos se perseguían unos a los otros.

Antes de juzgar si esa mujer había sido la víctima prevista, necesitaba saber más sobre ella.

Y sabía por dónde empezar para obtener una opinión sincera.

Capítulo 22

Antes de que Stacey saliera corriendo por la puerta, murmurando algo sobre entrevistar a una segunda víctima de violación, Penn casi había conseguido captar las apresuradas instrucciones de su compañera.

Había oído las frases «Historial médico», «Circuito cerrado de televisión» y «Acosar a los tenderos».

Stacey ya había comprobado que Katrina, en efecto, había acudido a su cita matutina con el médico de cabecera, tal como había declarado el marido. Penn también sabía que su colega estaba a la espera de recibir el historial médico de la víctima. Así que supuso que lo que ella acababa de pedirle era que estuviera al tanto, por lo que se apresuró a enviar un correo electrónico a la consulta. Tanto él como Stacey solían compartir copias de la mayoría de sus cosas, por si uno se veía obligado a intervenir en lo del otro y colaborar en los deberes.

En segundo lugar, envió un correo electrónico colectivo a todas las tiendas del programa de socios de High Street para pedirles que le facilitaran cualquier grabación de videovigilancia en la que apareciera Katrina Nock.

Satisfecho de haber cubierto dos de las tres tareas, se preparó para la última. En respuesta a las peticiones que Stacey había hecho por correo electrónico, y a partir de los datos que ella misma había proporcionado, tenían imágenes relevantes tanto del Asda, en Brierley Hill, como del Ball Factory. La jefa acababa de examinar la grabación del Shop N Save, pero había una copia de lo que ella había visto y Penn quería analizarla de nuevo. Se concentraría en buscar a alguien que apareciera en más de un sitio, lo que sería una señal de que a Katrina la habían seguido.

Le esperaba una larga jornada de trabajo; por eso, ya había visitado la cafetería y devorado un plato de patatas fritas con salsa. Además,

había cogido una magdalena para reponer fuerzas más tarde. Solo le faltaba servirse un café de la máquina. Con eso, estaría listo para el largo viaje.

Dejó la taza sobre el escritorio y sacó los auriculares del cajón, como hacía siempre que quería concentrarse por completo.

Echó un vistazo a la mesa donde había depositado el correo. Normalmente, él o Stacey lo abrían a la hora del almuerzo.

Se puso los cascos y cargó el primer archivo de imágenes.

Estaba seguro de que en el correo no había nada urgente.

Capítulo 23

Una de las primeras cosas que Kim notó de aquella terraza victoriana fue la pulcritud. Las viviendas vecinas tenían cestas colgantes con fucsias que perseguían al sol y se inclinaban hacia sus últimos rayos. Frente a las casas, la mayoría de los pequeños espacios habían sido decorados de alguna manera para dotarlos de personalidad. La fachada de la casa de Ella era de hormigón. No había ninguna maceta a la vista y ninguna cesta colgaba delante de la sencilla puerta principal. Una puerta que, por cierto, se abrió antes de que tuvieran oportunidad de llamar.

La mujer vestía unos vaqueros y un jersey color crema. Llevaba dos bolsas en la mano.

—¡Ah…! —exclamó, y miró a los detectives, de uno a otro.

—¿Podemos hablar? —preguntó Kim.

—Voy de camino a…

—Solo será un minuto —dijo Kim, y se situó justo delante.

Ella dudó y dejó las bolsas en el suelo. Kim supuso que eran suministros de emergencia que llevaba a casa de su hermano, aunque creía que nada de lo que hubiera en esas bolsas podría tentarlo en esos momentos.

La mujer se hizo a un lado para que Kim entrara en el recibidor. Este daba paso a un comedor de planta abierta por el que entraba la luz del jardín trasero.

Kim tomó asiento en una pequeña mesa redonda que le resultó familiar.

—¿No tiene su hermano una mesa idéntica a esta?

Ella sonrió.

—La mía es de roble macizo. La suya es una imitación de las de Argos.

—Ah, vale —dijo Kim, que acababa de recibir más información de la que necesitaba.

Ella miró el reloj, un gesto que molestó a la detective. El hermano no iría a ninguna parte, ni tampoco su dolor.

—Queremos molestar a su hermano lo menos posible. Esperábamos que usted pudiera contarnos algo más sobre Katrina. ¿Cómo la describiría?

—Frágil. A menudo, distraída, apática, como si solo estuviera a medias. No me sorprende lo más mínimo que se haya marchado y que haya dejado a Mia…

—No tenemos motivos para creer que Katrina hiciera nada malo. Mia nunca estuvo en peligro —añadió Kim. Sentía el compromiso de defender a la víctima. —Ella se encogió de hombros, como si no le importara—. ¿Sufría depresión?

La mujer puso los ojos en blanco.

—Sí, había consumido diferentes medicamentos en los últimos años, pero ya no tomaba nada. Había dejado las últimas pastillas debido a los efectos secundarios, así que intentaba arreglárselas sin los fármacos. Para mí, eso era lo correcto: esa porquería en su sistema no hacía otra cosa que empeorar las cosas. Le dije que espabilara, que se buscara un pasatiempo.

Sí, Kim estaba segura de que hacer algo de macramé resolvería el desequilibrio químico de su cerebro.

—¿Y qué opinaba su hermano sobre la enfermedad? —Echó mano de esa palabra con toda intención.

—Eeeh, la mimaba demasiado, en mi opinión. En los peores momentos, le quitaba tiempo a su trabajo para dedicárselo a ella. La llamaba por teléfono innumerables veces al día para ver cómo estaba.

Aquello sonaba perfectamente razonable para un marido cariñoso que vivía con una persona aquejada de depresión.

—¿No suena como un matrimonio feliz? —afirmó Kim por debajo de la frase entonada como pregunta.

—Para ellos, tal vez.

—¿Perdone?

—Creo que feliz y sano son dos cosas muy distintas. Así que, sí, probablemente eran felices, a pesar de tener una relación desequilibrada y disfuncional. —Kim no tardó en darse cuenta de que Ella valoraba su opinión como un regalo y que estaba encantada de darla una y otra vez. No hizo falta que le pidiera que continuase—: Andrew le demostraba unos niveles de paciencia inigualables. Tenían pocos amigos, ya que a Katrina le costaba conservar amistades más allá de su matrimonio. No socializaba con muchas personas.

—¿Preferían la compañía mutua? —quiso aclarar Kim. A ella no le parecía una imagen disfuncional, siempre que marchara.

—Se podría decir así, supongo —dijo Ella con un ligero resoplido. Por lo visto, una vez compartida, la opinión de esa mujer debía ser aceptada por todo el mundo.

—¿Katrina no lo hacía sentir frustrado? —preguntó Kim. Andrew Nock empezaba a parecerle un santo.

—Por supuesto. ¿Quién no lo estaría? Los constantes cuidados lo estaban desanimando, desgastando. Siempre estaba preocupado por ella y, luego, por Mia, aunque nunca lo exteriorizaba.

—¿Confiaba él en usted?

Ella frunció el ceño.

—Por supuesto. Soy su hermana. Me lo contaba todo. Yo le dije que pusiera un poco de distancia, que se dieran un descanso, los dos, pero él no quería ni oír hablar del tema.

Cada vez que esa mujer abría la boca, Andrew Nock le gustaba más y Ella Nock, menos.

—¿Usted quería que se separaran? —quiso aclarar Kim.

—Sí, pero él estaba convencido de que podían superarlo. Las cosas parecieron mejorar un poco con la llegada de Mia, aunque sigo pensando que el embarazo fue una gran irresponsabilidad por su parte. La niña no fue buscada. Quiero decir, ¿cómo vas a cuidar de un hijo si apenas puedes vestirte por la mañana? —Kim se preguntó si había algo de lo que Katrina no hubiera tenido la culpa, porque, desde luego, Andrew no había contribuido ni a dejarla embarazada.

«Pero, como he dicho, mejoró con la llegada de Mia. Eso no hizo sino probar mi punto de vista: que mi cuñada tenía que hacer algo más. —Kim se tragó su enfado. Estaba bastante segura de que no era así como funcionaban las cosas: tenía entendido que las personas ocupadas también sufrían depresión—. Cuando Mia cumplió dos años, Katrina volvió a empezar: nueva medicación, días en cama. No sé cómo Andy tuvo tanta paciencia.

—Y ayer, al no conseguir encontrarla, ¿la llamó a usted?

—Por supuesto. Estaba fuera de sí, aterrorizado por si su mujer había hecho alguna tontería y...

—¿Alguna tontería? ¿Había intentado suicidarse?

Ella dudó antes de asentir.

—Yo no los llamaría intentos serios. Eran más bien gritos para llamar la atención. Aun así, Andy no estaba por la labor de encerrarla.

Esa frase terminó de crisparle los nervios a Kim. Katrina no era un inconveniente vergonzoso que apartar de la vista mientras recobraba la cordura.

—¿Así que nunca la hospitalizaron?

Ella negó con la cabeza.

—Ya le he dicho que…

—Andrew no quería ni oír hablar de ello siquiera —terminó Kim. Una vez más, Ella levantó el brazo izquierdo para echar un vistazo a su reloj. La detective no le hizo caso—. Supongo que debía sentirse bastante frustrada por su hermano, ¿no? —preguntó. Ya le había quedado claro que los dos estaban muy unidos.

—Por supuesto que sí, pero no me escuchaba. No tuve más remedio que aguantar.

—¿Se le ocurre alguien que podría haber querido hacerle daño a su cuñada?

Ella negó con la cabeza.

—Oficial, no tengo ni idea y, en realidad, me trae sin cuidado.

Kim no ocultó su sorpresa.

—¿Perdone?

Ella se encogió de hombros, despreocupada.

—Mi prioridad son mi hermano y mi sobrina, y lo serán siempre. Y, ahora mismo, debo ir a verlos —dijo, y se dirigió hacia la puerta.

—Bueno, gracias por su ayuda —dijo con retintín la detective, pero, al parecer, la mujer ni siquiera se dio cuenta. Fue a recoger las bolsas, salió y cerró la puerta.

—¿Qué opinas? —preguntó Bryant mientras la veían alejarse.

Kim no tenía ninguna respuesta, pero sabía que Ella no había preguntado ni una sola vez por el asesino ni el asesinato.

Capítulo 24

Stacey golpeó con fuerza la puerta de una estrecha casa adosada en la pequeña urbanización de Wordsley. No estaba segura de que el sonido se hubiera sobrepuesto a la música grave que venía del otro lado.

Iba a llamar de nuevo cuando le abrió una mujer de unos veinte años, con melena pelirroja, top corto y vaqueros. En la mano izquierda llevaba un cigarrillo y un vaso con algún líquido dorado. Su sonrisa se apagó y a Stacey le quedó claro que esperaba a otra persona.

—¿Gemma Hornley?

—Sí, yo soy esa; quiero decir, sí, esa soy yo —dijo, y soltó una carcajada—. No, a ver, en serio, soy Gemma.

Stacey le mostró su placa.

—¿Podemos hablar?

Gemma se inclinó hacia delante y asomó la cabeza por la puerta.

—¡Bertram Jennings, eres un cabrón y un gilipollas! —gritó a la calle—. ¡Siempre con tus putas quejas, joder! Te juro que están más muertos que..., bueno, que los muertos. No soporta un poco de barullo, pero bajaré el volumen tan pronto...

—No sé quién es Bertram Jennings —aclaró Stacey—. Y esto no tiene que ver con la música.

—Ah, vale —dijo la chica, que recuperó un poco la sobriedad.

—He venido a hablar de Sean Fellows.

Gemma frunció el ceño.

—¿Va a salir? —preguntó.

—Todavía no, pero, si pudiera…

—Pase, pase —dijo, y abrió más la puerta. Levantó el vaso—. ¿Le traigo algo de beber?

—Eeeh, no, gracias —dijo Stacey. Apenas eran las dos.

—Vale, deme un segundo. —Entró en el salón—. ¡Bajad la voz, putos ruidosos! —gritó. En respuesta, la música aumentó unos decibelios—. Imbéciles —dijo, y cerró la puerta para amortiguar el ruido.

Con la cabeza, señaló la cocina. Stacey entró. La mesa estaba llena de latas de sidra barata y un par de botellas de licor.

Gemma cerró la puerta, pero, incluso con la doble barrera, la música retumbaba fuerte y clara.

—¿Están celebrando algo? —preguntó Stacey.

—No, nos espera una buena noche de fiesta, así que solo estoy calentando. Iremos a la ciudad unos cuantos, y la bebida es cara de cojones.

Stacey supuso que se refería a Birmingham. Se preguntó hasta qué punto era necesario calentar el ambiente. Agradeció no tener que compartir el tren o el autobús con ellos más tarde.

Sin poder evitarlo, comparó entre la mujer a la que había visitado el día anterior y la que tenía delante. El mismo atacante, el mismo tipo de agresión sexual, pero con resultados diferentes. Una tenía miedo de salir de casa; la otra no quería quedarse. Una parecía tener pocos amigos; la otra parecía tener la casa llena. Una carecía de confianza en sí misma; la otra tenía más de la cuenta. Se preguntaba si la diferencia estaba en la justicia: el día en el tribunal, la conclusión y la capacidad para seguir adelante. Tal vez, si conseguía justicia de alguna manera para Lesley, también ella pudiera seguir adelante con su vida, igual que Gemma.

—¿Le importa si le hago algunas preguntas sobre la agresión?

Gemma la miró a los ojos.

—¿Para qué? —preguntó. Cualquier indicio de que había estado bebiendo parecía haber desaparecido.

—Se trata de algo relacionado con otra víctima. Estoy tratando de entenderlo.

—Pero ¿no va a salir?

Stacey negó con la cabeza.

—No hay planes de dejarlo en libertad antes de hora. Es el ataque en sí lo que me gustaría discutir, si no le resulta demasiado doloroso.

El cigarrillo parecía haberse consumido solo. Gemma lo dejó caer en un cenicero rebosante. Cogió un paquete que estaba sobre la mesa y encendió otro.

Para cuando la mano temblorosa volvió a dejar el mechero en su lugar, cualquier rastro de embriaguez había desaparecido. Atrás quedaba una joven segura de sí misma que bebía por diversión. Ahora Stacey estaba viendo a la víctima de una agresión sexual.

—¿Por dónde quiere que empiece?

—Por el principio. Desde el momento en que la atraparon —la invitó Stacey. Quería escuchar las palabras de la propia chica.

—Vale, acababa de salir del club e iba a casa. No a esta. Me mudé, ya no quería vivir allí. Sea como fuera, había hecho ese recorrido montones de veces, sin un solo cabronazo por el camino. Era por una urbanización, sin campos, callejones ni rincones oscuros; solo hileras de casas. A mitad del camino, sentí ese puto dolor detrás. Es todo lo que recuerdo. Me desmayé. Cuando volví en mí, tenía al tipo encima. Yo estaba boca abajo y sentí el sabor de la tierra en la boca. Intenté toser antes de que se me colara por la garganta. Me habían puesto una mano encima. Me estaban presionando con fuerza el enorme puto bulto de mi cabeza. Así que volví a desmayarme. Volví en mí por segunda vez y el tipo estaba…

Las dos se sobresaltaron cuando se abrió la puerta de la cocina.

—Oye, Gem, ¿tienes...?

—¡Vete a la mierda! —gritó Gemma a la chica que acababa de asomar la cabeza.

La mujer desapareció en un instante.

Gemma dio una larga calada al cigarrillo y expulsó el humo poco a poco.

Como si la invitada hubiera percibido la gravedad de la escena, la música bajó, milagrosamente, a un nivel razonable. Stacey estaba segura de que Bertram Jennings, quienquiera que fuera, se sentiría aliviado.

—Por favor, continúe cuando esté lista —la instó Stacey.

Gemma respiró hondo.

—El tipo me estaba embistiendo con un objeto. Lo metía y lo sacaba. Era algo grueso y duro y frío. Sentí que me iba a salir por la boca. El dolor me cegó. Era peor que el golpe en la cabeza. Mi mente le pedía a gritos que parara, pensé que me iba a partir en dos.

Con Gemma había sido violento.

Con Lesley, no.

Sin embargo, los dos crímenes se parecían demasiado como para no haber sido cometidos por la misma persona.

—¿Y qué pasó después?

—Ya no sabía si estaba muerta, porque el dolor cesó. Aún sentía las palpitaciones en mi interior, el ardor en los cortes, pero el dolor atroz había desaparecido.

Gemma había sufrido heridas en los genitales.

Lesley, no.

—Entonces, sentí algo en mi nalga desnuda, algo afilado, pero nada comparado con el otro dolor. Ni siquiera me di cuenta de que me había rajado. Ese cabronazo, además, había decido trocearme. No pude sentarme bien durante semanas.

A Gemma le habían hecho cortes.

A Lesley, no.

Eso era lo que más había incomodado a Stacey tras la primera lectura del expediente: tantas similitudes, pero también tantas discrepancias.

—¿Y después?

—Se marchó. Yo me quedé tirada en el parterre de un cabrón e intenté reunir fuerzas para moverme.

El segundo cigarrillo fue a parar al cenicero tras un par de caladas.

Stacey detestaba prolongar el dolor de esta chica, pero tenía que asegurarse.

—¿En algún momento fue tierno con usted? —Odió cada una de las palabras que salieron de su boca, pero necesitaba decirlas.

Los ojos de Gemma se abrieron de par en par.

—¿Está de coña? —Stacey negó con la cabeza—. ¿Algo de lo que le acabo de contar le ha parecido tierno? ¿Cinco puntos de sutura ahí abajo y un juego de tres en raya en mi culo?

Stacey sintió cómo aumentaba la rabia de la mujer. Lamentaba haber sido la causante, pero no quería marcharse con más preguntas en la cabeza.

—Siento mucho presionarla, Gemma, pero ¿hubo algo, cualquier cosa, que sugiriera que no quería hacer lo que estaba haciendo?

Gemma se puso de pie.

—Qué perra. Me importa un pimiento quién sea usted, puede irse a

la mierda...

—Gemma, no dudo de su historia. Sé que a usted la agredieron sexualmente y la marcaron de por vida y...

—Y usted intenta convertir a ese hijo de puta en una especie de pobre alma descarriada. No, por lo que a mí respecta, no lo va a conseguir. El tipo fue brutal y sádico, y pareció disfrutar cada puto minuto. Ahora, lárguese de mi casa.

Stacey obedeció. Las náuseas por el daño que había causado se arremolinaban en su estómago y agravaban el vacío que sentía y que crecía por momentos.

Capítulo 25

Cuando volvió de informar a Woody, Kim se alegró de ver a Stacey ya sentada en su lugar. También notó que la tensión encorvaba sus hombros, así que decidió darle un minuto para que se calmara.

—¿Todo bien, Penn? —preguntó Kim mientras Bryant repartía las bebidas que había traído de la cafetería—. ¿Has averiguado algo en la autopsia?

—Keats es un capullo.

—Quiero decir, ¿algo que yo no supiera? —Aquello no era nuevo para nadie.

—Pero, como médico forense, es condenadamente bueno —lo defendió Bryant. Llevaba años de afectuosa amistad con el hombre.

—Eso también es verdad —admitió Kim, y, por eso mismo, el médico salía airoso a pesar de sus formas.

—No había nada que no esperáramos sobre la causa o forma de la muerte. Sin embargo…

—Venga —lo instó Kim.

—Había arañazos en la muñeca de Katrina.

—¿Causados durante el forcejeo? —preguntó ella. Imaginaba cómo habría sucedido algo así, por supuesto.

Penn negó con la cabeza.

—Infligidos después de la muerte. He ampliado la foto y la he colgado. —Señaló el tablón—. No hubo hemorragias, puesto que el corazón ya se había detenido.

Kim echó un vistazo más de cerca. No era un símbolo ni nada legible, solo una colección de arañazos.

—Hmm..., vale —dijo, y retrocedió hasta el escritorio de reserva.

Recogió la correspondencia mientras Penn continuaba.

—He revisado las cámaras de seguridad y no hay nada fuera de lo normal. Katrina cambió un poco el orden del día y se pasó primero por el parque de bolas, pero fue a todos los sitios a los que le dijo a su marido que iría. Y, jefa, quisiera decirte algo.

—Adelante —pidió ella, y abrió el primer sobre.

—No he visto absolutamente ninguna señal de que Katrina fuera olvidadiza o estuviera confundida o desorientada. Siempre sabía dónde estaba su hija, así que...

Kim asintió. Ella había pensado lo mismo. La muerte de Katrina no estaba relacionada en modo alguno con que hubiera sido una madre negligente o, incluso, olvidadiza.

—¿Hay algo en los testimonios?

Penn negó con la cabeza. Kim, ahora que sabía lo del callejón al lado del edificio y lo rápido que alguien podía ser arrastrado hasta allí, no se sorprendió.

—Stace, ¿qué has estado haciendo? —Sacó de un sobre una solitaria hoja de papel.

—He estado comparando las historias de las víctimas de violación, jefa. Si te parece bien, me gustaría...

Pero Kim dejó de escucharla en cuanto leyó la primera línea de la carta.

Intentó contener la rabia, pero sus palabras retumbaron en el aire mientras miraba a su equipo.

—¿Hace cuánto que ha llegado esto?

Capítulo 26

—Bryant, tráeme una bolsa de pruebas. Stacey, llama a Mitch y dile que venga. Ahora.

Ambos se pusieron en marcha mientras Kim cogía y levantaba la hoja por la esquina superior izquierda. Con la otra mano, sacó el teléfono y sacó una foto del texto.

El folio parecía un papel común y corriente de fotocopiadora, sin marcas de agua ni señales notables que lo distinguieran de cualquier otro. El texto estaba escrito a mano con tinta de bolígrafo azul. Sin cambiar de lugar el pulgar y el índice, lo giró lentamente en busca de algo interesante en el reverso. No había nada que pudiera percibirse a simple vista, pero ¿quién sabía lo que serían capaces de encontrar los forenses?

Dejó caer la carta en la bolsa de pruebas que su colega sostenía abierta. Se volvió para sacar una foto del sobre antes de meterlo en la bolsa, junto con la carta.

Stacey colgó el teléfono.

—Mitch está en camino —dijo.

—¿Cuánto tiempo lleva esto aquí? —preguntó.

—Desde las doce, más o menos —contestó Stacey—. Yo ya estaba aquí cuando la correspondencia…

—Yo acabo de echarle un vistazo por primera vez —la interrumpió Penn.

Una parte de Kim quería reñirlos a los dos. Hacía cuatro horas que tenían esa carta sobre el escritorio, una que, al parecer, era un mensaje directo del asesino.

Kim se tragó la rabia. Tal vez regañarlos por ignorar la

correspondencia la hiciera sentirse mejor, pero la verdad era que rara vez llegaba algo interesante.

—¿Es de él? —preguntó Penn mientras Kim enviaba ambas fotos a Stacey por correo electrónico.

—Imprímelas —dijo, y fue hacia a la impresora. Esta se puso en marcha. Kim cogió la primera hoja.

Apoyada en la mesa, se puso a leerla.

Inspectora detective Stone:

Tiene que evitar que le haga daño a alguien más. No quiero hacer estas cosas tan terribles. Aunque no quiero matar a nadie, no puedo elegir. Debe entender que no soy capaz de detenerme. Siento que esa mujer haya muerto, pero no he conseguido evitarlo. Tiene que detenerme. Usted es la única que puede acabar con esto. Tiene que ser usted quien me escuche. Ayúdeme, antes de que me vea obligado a hacerlo otra vez. Y volveré a hacerlo, porque no tengo alternativa. Nunca la he tenido.

Noah

Kim volvió a leer la carta en voz alta para que la oyeran sus compañeros. Mientras echaba un vistazo al sobre, le entregó la hoja a Bryant.

—La metieron en un buzón de algún lugar de Dudley, la recogieron anoche en el último turno.

—Después del homicidio de Katrina Nock —observó Penn.

Kim se encogió de hombros.

—¿Por qué el asesino trataría de comunicarse con nosotros de una manera tan directa?

—Solo una corrección, jefa: está intentando comunicarse de una manera tan directa solo contigo —señaló Bryant, y echó otro vistazo al sobre.

Esa era otra de las razones por las que detestaba dar ruedas de prensa. Provocaban que todos los locos la tuvieran en el punto de mira. A la hora del té, tras la reunión informativa con Woody, había hecho una breve declaración sin dar nombres. Ahora era el centro de atención. Tenía que tomar en cuenta todas las posibilidades; entre otras, que la carta fuese de alguien que estuviera jugando.

—¿Crees que es de él, de verdad? —preguntó Penn, leyendo sus pensamientos.

—No tenemos datos concretos, así que es difícil decirlo. Apostaría el coche nuevo de Bryant a que no se llama Noah, pero... —Se volvió hacia Stacey.

—Ya he empezado a buscar, jefa —dijo ella.

Kim volvió a leer el texto.

—Si es él, de verdad quiere que lo detengamos...

Tuvo que interrumpir lo que estaba diciendo porque su teléfono empezó a sonar.

Era Keats.

Al parecer, habían tardado demasiado.

Capítulo 27

—Sabes que está cabreada con nosotros, ¿verdad? —preguntó Stacey a Penn después de que Mitch hubiera ido a recoger la carta. Había tenido tiempo de saludar al técnico solo con un movimiento de mano, puesto que estaba atendiendo una llamada urgente de su madre, quien nunca la llamaba durante el día.

—¿Qué quieres decir con que la tía Abebi no puede hacer el pastel? —había preguntado en respuesta a las palabras de su madre, que estaba presa del pánico.

Abebi era su tía paterna. Había llegado al Reino Unido al mismo tiempo que sus padres, hacía treinta y cuatro años. Se había forjado un prestigio cocinando auténticos pasteles africanos para la comunidad nigeriana local. Con el tiempo, había desarrollado nuevas recetas que probaba con amigos y vecinos. Pocos acontecimientos tenían lugar entre la comunidad nigeriana de Dudley sin uno de los pasteles de la tía Abebi, y nadie había dudado nunca de que la tía Abebi haría la tarta nupcial de Stacey.

—Tiene que irse a Lagos mañana. El tío Egbo está muy mal. La entristece tanto decepcionarte que ha estado llorando.

De inmediato, Stacey se sintió apenada por la forma egoísta en que había respondido a la noticia.

—Mamá, por favor, llámala y dile que no pasa nada. No puede irse con esa sensación, pero ¿qué vamos a hacer? —preguntó, a la espera de que su madre tuviera una respuesta mágica.

—Podría intentar...

—No, mamá, no funcionará —se apresuró a decir Stacey. Tenía que admitir que su madre no era una buena repostera. Hacía endemoniadamente bien el arroz jollof y el ñame machacado, pero los pasteles no eran su fuerte.

—Ya se nos ocurrirá algo, cariño —la tranquilizó su madre antes de que Stacey diera por finalizada la llamada.

Y eso era, ni más ni menos, lo que estaba pensando, maldita sea, cuando su prioridad tenía que ser congraciarse con la jefa.

Había impreso más copias de la carta y había colocado una en cada escritorio.

—Sí, entiendo su punto de vista. Esta cosa ha estado ahí durante horas —dijo Penn.

—Eh, para ser justos —se defendió Stacey—: a esta oficina nunca llega nada interesante por correo.

—De acuerdo, pero en el futuro...

—Abriremos la puñetera correspondencia antes —terminó Stacey por él. Hizo una pausa y llamó la atención de su compañero—. ¿Significa que estamos oficialmente en la lista de los niños malos?

Penn se rio a carcajadas. Fue un sonido agradable.

—Sí, deja de tirarme de las coletas —dijo.

—¿Crees que la carta es de verdad de nuestro asesino? —preguntó Stacey.

—Es difícil de decir —dijo Penn—, pero es cierto que a algunos asesinos les da por ponerse en contacto con los investigadores. Trabajé con Travis en un caso hace seis o siete años, en West Mercia, cuando acababan de ascenderlo a inspector detective. Hacía poco, Lynne se había unido al equipo como ayudante y empezó a recibir unos correos electrónicos extraños. Eran de naturaleza sexual, pero había en ellos algo más que le parecía muy inquietante. El primer asesinato fue un apuñalamiento brutal de una estríper de treinta y tres años a la que le habían hecho, además, cortes en los muslos. El autor del correo electrónico se había referido a los muslos de Lynne, pero Travis descartó los mensajes porque creía que eran de alguien que trataba de llamar la atención.

Stacey tomó nota de que había dicho «Primer asesinato».

—¿Y? —preguntó.

—Lynne, a espaldas de Travis, hizo que los técnicos intentaran localizar al remitente. No había habido redireccionamientos de correo electrónico ni intentos de ocultar la identidad. El tipo se llamaba Nicholas Brewin y vivía en Droitwich Spa.

—Deja de hacerte rogar, Penn. ¿Qué leches ocurrió?

—Travis dudó sobre si debía tomarse en serio las preocupaciones de Lynne, y eso le costó la vida a una segunda chica. A Brewin lo detuvieron para interrogarlo no más de una hora después de que hubiera matado a su segunda víctima.

—Mierda.

—Sí, Lynne lo pasó mal durante un tiempo. Sentía que tenía que haber presionado más, que tenía que haber obligado a Travis a escucharla antes, porque el tipo estaba rogando por que lo encontraran. —Se encogió de hombros—. Podría ser lo mismo con este.

—¿Crees que de verdad se llama Noah? —preguntó, dubitativa.

Penn negó con la cabeza.

—No, pero tendremos que comprobarlo.

—Hasta ahora, he encontrado cuatro en el sistema, ninguno detenido por delitos violentos —comentó Stacey.

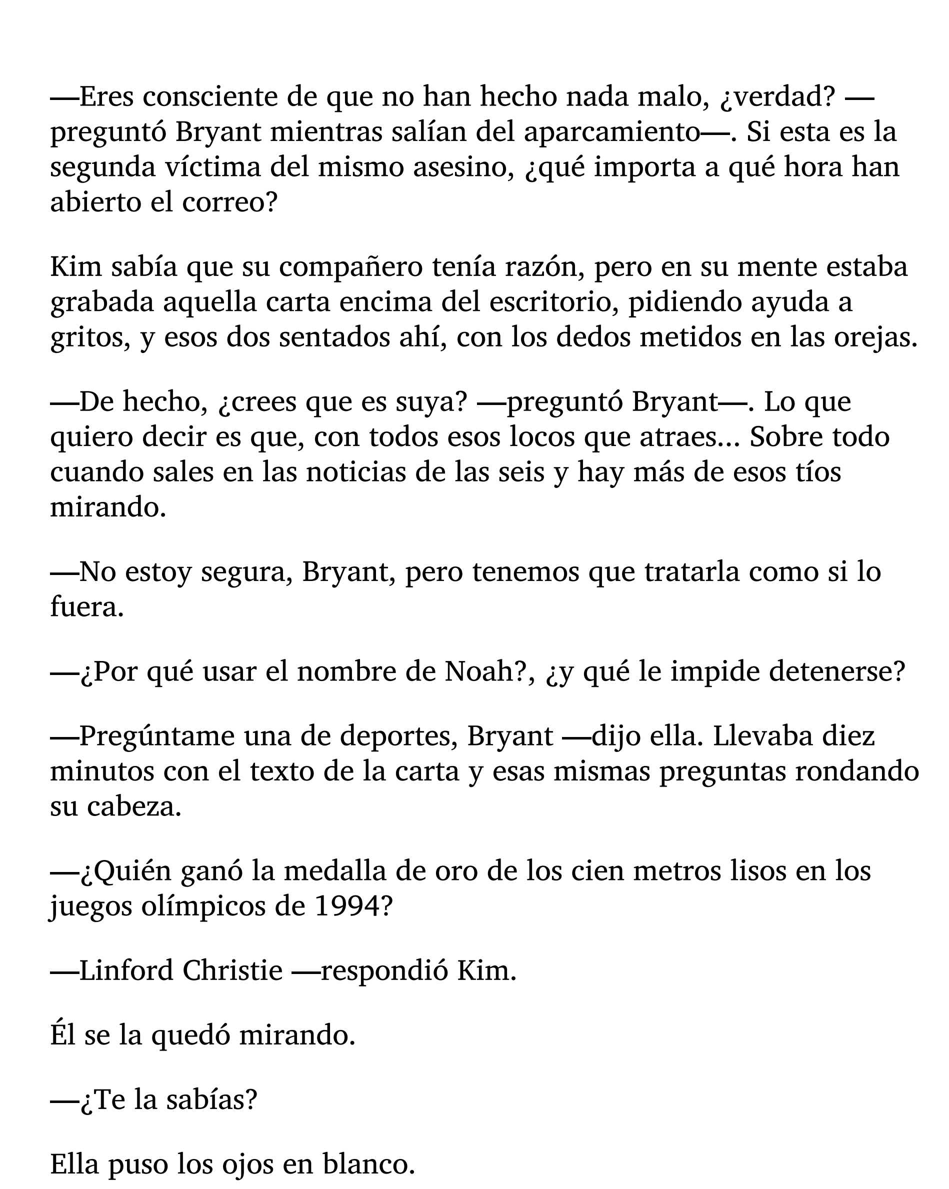
—Pero sabemos que Noé, o Noah, era famoso por las arcas y los animales. Ya es un comienzo. Deberíamos tener su identidad definida para la hora del té.

—Sí, pan comido —aceptó Stacey, y volvió a su ordenador. De inmediato, se giró hacia su compañero. Necesitaba soltar lo que estaba pasando por su mente—. Penn, Keats ha llamado a la jefa para decirle que fuera a verlo. Tiene que haber un segundo cadáver. —Echó un vistazo a las hojas A4 que había colocado en los escritorios—. ¿Crees que podríamos haberlo evitado si hubiéramos abierto la...?

—Espero que no —dijo Penn, y cogió sus cascos.

Maldita fuera. Aquella no era la respuesta que Stacey quería oír.

Capítulo 28



—Eres consciente de que no han hecho nada malo, ¿verdad? —preguntó Bryant mientras salían del aparcamiento—. Si esta es la segunda víctima del mismo asesino, ¿qué importa a qué hora han abierto el correo?

Kim sabía que su compañero tenía razón, pero en su mente estaba grabada aquella carta encima del escritorio, pidiendo ayuda a gritos, y esos dos sentados ahí, con los dedos metidos en las orejas.

—De hecho, ¿crees que es suya? —preguntó Bryant—. Lo que quiero decir es que, con todos esos locos que atraes... Sobre todo cuando sales en las noticias de las seis y hay más de esos tíos mirando.

—No estoy segura, Bryant, pero tenemos que tratarla como si lo fuera.

—¿Por qué usar el nombre de Noah?, ¿y qué le impide detenerse?

—Pregúntame una de deportes, Bryant —dijo ella. Llevaba diez minutos con el texto de la carta y esas mismas preguntas rondando su cabeza.

—¿Quién ganó la medalla de oro de los cien metros lisos en los juegos olímpicos de 1994?

—Linford Christie —respondió Kim.

Él se la quedó mirando.

—¿Te la sabías?

Ella puso los ojos en blanco.

—Solo tú serías capaz de preguntarme algo sin saber la respuesta. Podría haberte dicho cualquier cosa.

En ese momento, Bryant se estaba desviando del camino de Thorns hacia el parque Stevens, el lugar al que Keats les había indicado que acudieran.

Era un parque de siete hectáreas, más o menos, con zonas de césped, algunas abiertas y otras a la sombra. En los últimos años, a las dos pistas de tenis, el gimnasio al aire libre y la zona de juegos infantiles se había añadido una pista de patinaje. Desde que Kim tenía uso de razón, ese parque había tenido un campo de fútbol al que iban a jugar muchos colegios locales.

Bryant se detuvo junto a un coche patrulla al mismo tiempo en que Mitch aparecía detrás de ellos en su furgoneta blanca.

—¿Has recibido la carta? —preguntó ella después de que todos se apearan.

Él señaló con la cabeza hacia la furgoneta.

—Está ahí dentro. Salía de la estación cuando recibí la llamada. Quería llegar aquí más rápido, pero me he quedado atascado detrás del lento conductor de un Astra Estate. Venía a un pícnic en lugar de a una escena criminal.

Tanto Kim como Mitch miraron al conductor infractor del Astra Estate.

—Me mantengo en la legalidad, colegas —dijo él sin el menor remordimiento.

Mientras Mitch empezaba a ponerse el traje protector, Kim se encaminó hacia las zonas de actividades, en el extremo más alejado de los campos de juego.

Al recorrer el parque en su anchura, se acordó de lo grande que le había parecido cuando era niña. Keith y Erica, sus padres adoptivos desde los diez hasta los trece años, la habían llevado a una hoguera y a una feria ambulante antes de que ambos acontecimientos dejaran de celebrarse. Por aquel entonces, había tenido la sensación de que el resplandeciente fuego estaba a kilómetros de distancia de los quioscos de refrescos y los puestos laterales. Ahora, con su larga

zancada, era capaz de recorrer el terreno en cuestión de minutos.

Ya cerca del límite del parque, vio al guardia sentado en la hierba. Había un agente uniformado junto a él.

Bryant siguió la mirada de Kim.

—Me pongo a ello, jefa —dijo.

La detective siguió su camino hacia el médico forense y el cuerpo que se distinguía en el suelo.

Hizo a Keats una señal de asentimiento, miró más de cerca y, de inmediato, por la cabeza de la muerta, por el ángulo en que estaba torcida, como la de un búho al que hubieran sorprendido en pleno giro, dedujo que la habían matado de la misma forma que a Katrina.

Supuso que tendría entre veinte y treinta años. Vestía unos vaqueros piratas, botas negras y una gruesa rebeca abotonada hasta el esternón. Llevaba el pelo oscuro recogido en una coleta y poco maquillaje. Sus ojos castaños, casi negros, apuntaban hacia un cielo que ya no podían mirar. La única joya que Kim vio era una alianza de oro blanco. Otra esposa. Tal vez otra familia despojada de una mujer joven y vital.

—¿Lo mismo que ayer? —preguntó tras haber completado su recorrido alrededor del cuerpo. De nuevo, no parecía haber signos de agresión sexual.

Mitch apareció justo a tiempo para oír la respuesta.

—Eso parece, en definitiva —dijo Keats. Mitch hizo una señal de asentimiento a su colaborador para que empezara a tomar fotos. Habían llegado más vehículos al aparcamiento. Otros técnicos forenses se dirigían hacia allí.

—Le han fracturado el cuello, eso está claro; y no veo más lesiones.

«Igual que a Katrina Nock, entonces», pensó ella. Recordó la carta que había cogido del escritorio de reserva. Aquel era un asesinato que el criminal no había querido cometer, pero lo había hecho de

todos modos. Y muy poco tiempo después del primero.

Keats señaló con la cabeza al hombre que estaba junto a Bryant.

—No ha pasado más de una hora —dijo—. El guarda del parque estaba haciendo la última ronda antes de cerrar.

Habían dejado el cuerpo lo más lejos posible de la entrada.

Kim caminó unos pasos hasta el límite del parque. Era una zona bordeada por árboles a los que se había dejado crecer juntos y formar una valla densa, pero una poda reciente había dejado huecos entre las ramas desnudas y quebradizas. La urbanización, al otro lado, se veía bien.

—Mitch, supongo que habrá huido por aquí —dijo. Se hizo a un lado para asegurarse de no destruir ninguna prueba potencial.

El criminal habría corrido mucho menos riesgo si había aparcado fuera del recinto. Eso explicaría que el cuerpo estuviera tan cerca del perímetro. Una vez consumado el homicidio, la huida habría sido rápida.

—¿Falta algo obvio? —preguntó Kim. Señaló con la cabeza el bolso que estaba en el suelo, a su izquierda.

Keats movió la cabeza de lado a lado.

—Teléfono, monedero, algunos recibos y una botella de zumo medio vacía.

Nada. Igual que Katrina. El robo no había sido el motivo, pero lo del teléfono la desconcertaba, a menos que el asesino supiera que no había manera de vincularlo a través de los registros de llamadas ni de los contactos. Era probable que el asesinato no tuviera nada que ver con la víctima.

—El guarda la ha encontrado al terminar el partido. Una vez que los niños se van, suele hacer una ronda completa —dijo Bryant, que acababa de ponerse a su lado.

—¿Partido?

—El partido de fútbol a la salida del cole, jefa. Dos equipos infantiles de la localidad.

—Ah. ¿Algo más?

—Nada, salvo que el hombre lleva trece años cuidando de este parque; pero mañana no va a volver.

—Mitch —dijo ella, y señaló el bolso.

El técnico se arrodilló en el suelo y dejó a su derecha las bolsas de pruebas.

Abrió el bolso y sacó el permiso de conducir. Al mismo tiempo, Bryant sacó su cuaderno.

—Louise Webb-Harvey, 44, Charleston Way, en Wollescote.

—Gracias —dijo Kim. Se volvió hacia Keats, pero este contestó incluso antes de que ella abriera la boca.

—Por la mañana. A las nueve en punto. ¿Te veré a ti o al raro?

Ella miró al médico forense de reojo.

—Aaay, Keats, ¿me echas de menos? —preguntó.

—No, y soy tajante. Por favor, envía a Penn; me cae mucho mejor que tú.

—Keats, todos te caen mejor que yo —dijo ella, y se giró.

—Quizás deberías apartarte en un rincón y mirarte a ti misma.

—Como si me importara —contestó con desdén.

Como siempre, Bryant, que caminaba a su lado, parecía saber cuándo necesitaba silencio. Ahora mismo, Kim quería estar un minuto o dos con sus propios pensamientos.

Dos mujeres jóvenes y casadas asesinadas en otros tantos días. El método y la forma eran exactamente los mismos. No se habían llevado nada, no había habido forcejeo. Ni tampoco pasión o rabia.

Solo muerte.

Algunos casos tenían que ver más con el asesino que con la víctima. ¿Katrina había hecho algo malo? ¿Y Louise?

Pero, entonces, empezó a preguntarse algo: si los crímenes no tenían nada que ver con las víctimas, ¿por qué eran tan parecidos? ¿Por qué no un hombre?, ¿o alguien más joven o alguien mayor? ¿Ambas habían estado en el lugar equivocado en el momento equivocado? ¿Habían sido observadas y elegidas por alguna razón que ella desconocía?

Y, si la carta era del homicida, ¿por qué este le rogaba que lo atrapara antes de que volviera a matar, sobre todo si sabía que estaba a punto de quitar otra vida? A pesar de lo molesta que se sentía con Stacey y Penn, sabía que ellos no habrían conseguido evitarlo, que no habría sido posible, aunque le hubieran arrancado la carta de la mano al cartero.

Y, si no lo atrapaban pronto, ¿cómo demonios podrían saber quién sería la siguiente en morir?

Capítulo 29

Cuando Stacey colgó el teléfono, Penn entraba en la sala de la brigada con un puñado de aperitivos.

Aunque ya pasaban de las cinco, la llamada de la jefa con el nombre de la segunda víctima había hecho que ninguno de los dos saliera de la oficina durante un rato.

Stacey miró el botín.

—Un Monster Munch y un Twix, por favor —dijo.

Penn, antes de ofrecerse a coger de la máquina expendedora lo necesario para mantenerlos en marcha, había hecho una rápida llamada a Jasper.

Dejó caer sobre el escritorio de Stacey lo que su compañera acababa de pedirle y cogió sus cascos.

—¿Jasper está bien? —preguntó ella. El primer paquete que abrió la ayudante de detective fue el de las papas. Incluso como pobre sustituto de una cena eran más sabrosas que los dulces.

—Sí, muy bien —contestó Penn. Arrugó la nariz al ver que su compañera hacía crujir una garra gigante de maíz frito con sabor a cebolla encurtida. Sacudió la cabeza.

—¿Cómo demonios te comes eso? —preguntó.

La cebolla en vinagre era el sabor favorito de Stacey, aunque el olor la acompañaba durante horas.

—Devon no se me acerca si me he comido esto, así que, como estoy atrapada aquí, lo aprovecharé al máximo. La semana pasada se fue a un curso nocturno. Adivina con qué me di un atracón.

—Stace, me matas.

Ella rio entre dientes.

—¿Qué?

—¿Tu pareja sale toda la noche y tu idea de pasar el rato es un apestoso Monster Munch?

Ella rio. Sí, su colega tenía razón.

Y, una vez más, se negaba a hablar. Para ella, era evidente que Jasper respondía con monosílabos a las preguntas de Penn y, aun si el chico decía más, no eran las bromas habituales que dejaban a su compañero boquiabierto sin que se diera cuenta.

Pero ella no podía hacer otra cosa que ofrecerle el hombro y la oreja.

—Sigue haciendo lo que estés haciendo, Stace. La normalidad ayuda.

Se puso los cascos y se concentró en la pantalla. No importaba si ella respondía o no, ya no iba a oírla.

«Vale, esta chica puede hacer cosas normales», pensó Stacey, y volvió a su ordenador.

Penn estaba con las declaraciones de los testigos del asesinato de Katrina. A ella la habían puesto a cargo de buscar antecedentes sobre la víctima número dos: Louise Webb-Harvey.

A pesar de los acontecimientos del día, el caso de agresión sexual seguía rondando su cabeza. Después de entrevistar a ambas testigos, sabía que lo único que podía hacer para resolver sus interrogantes era hablar con el propio violador; sin embargo, el doble asesinato en el que estaban trabajando era prioritario en su horario laboral.

Por eso mismo, ya había concertado una cita para interrogarlo a las seis de la mañana del día siguiente.

Capítulo 30

Charleston Avenue, una calle sin salida en el límite de la aglomeración urbana de Wollescote, lindaba con una franja de cinturón verde. La zona, clasificada como área residencial de Stourbridge, estaba situada a tres kilómetros al este del centro de la ciudad, en el límite con Halesowen. Había sido un lugar predominantemente rural hasta la década de 1920, cuando empezó a desarrollarse como una densa zona residencial de viviendas privadas y de propiedad municipal. No tenía fama de criminalidad elevada y sus residentes vivían en razonable armonía.

Ya en la avenida, Kim contó cinco conjuntos de viviendas adosadas de estilo Mucklow, con garaje en el lateral de cada casa. Cada propiedad estaba separada de su gemela por un tramo de césped compartido y, en medio, una valla de madera que llegaba hasta la cintura. Las casas eran idénticas, con doble entrada delante del garaje. Kim sabía que las casas de esa zona costaban alrededor de un cuarto de millón de libras. Si en el diccionario hubiera una imagen para describir los suburbios de clase media, sería esa, un lugar donde ambos padres de familia salían a trabajar y nunca pasaba nada fuera de lo normal.

«Hasta ahora», pensó mientras Bryant aparcaba frente a las casas, justo en medio de la curva.

En la entrada, a la espera de un segundo coche, había un Toyota Corolla nuevo.

—Jefa, ¿quieres que yo...?

Ella rechazó su oferta de dar la noticia.

—No. —A quienquiera que estuviese al otro lado de la puerta principal no le iba a importar de qué boca saliera la funesta información. Eso no era lo que recordaría el resto de sus días.

Kim respiró hondo y llamó.

—¿Has olvidado tu…? —dijo una voz femenina mientras la puerta comenzaba a abrirse. Una sonrisa tolerante se apagó en el rostro de la mujer cuando se dio cuenta de que no eran quien esperaba.

Kim mostró su identificación.

—¿Es esta la casa de Louise Webb-Harvey?

La mujer asintió, mirando de ella a Bryant.

—Sí, es mi esposa, pero no está aquí…

—¿Podemos entrar?

—Me llamo Robyn —dijo, y se hizo a un lado.

Kim pasó de largo una escalera que arrancaba del vestíbulo y se dirigió a una cocina luminosa y aireada, formada por muebles blancos brillantes y con una isla en el centro. Una cacerola hervía a fuego lento. El olor del café recién hecho se mezclaba con el aroma de una especie de boloñesa. A un lado de la tabla de cortar vio una copa de vino a medio beber y, junto a la botella, otra copa vacía. Todo en esta cocina estaba a la espera de que alguien volviera a casa.

—Por favor, siéntese, señora Webb-Harvey.

—Robyn. Y, por favor, no me diga que me siente en mi propia casa. ¿Ha pasado algo?

La detective tomó asiento en la mesa del comedor y esperó a que la mujer hiciera lo mismo.

Pero ella no lo hizo. En vez de eso, se apoyó en la isla y cruzó los brazos. Kim vio cómo sus manos apretaban la carne desnuda de la parte superior de los bíceps.

—Robyn, me temo que tenemos malas noticias sobre Louise. Ha habido un incidente.

Robyn echó un vistazo a la habitación y cogió su bolso.

—¿Dónde está? Tengo que verla. —Kim se quedó sentada y negó con la cabeza—. Ha sido el coche, ¿no? Le dije que buscara algo más práctico, de mejor gama, pero...

—No ha sido el coche —dijo Kim—. Siento decirle que Louise ha muerto.

Otra vez, esa palabra maldita.

No hubo reacción.

Kim sabía que la mujer la había oído, pero, en ese instante, su mente trataba de conciliar las palabras de la detective con la cotidianidad de preparar la cena acompañada de una copa de vino, a la espera de que su pareja regresara a casa.

—Lo siento, pero creo que deberían irse —dijo Robyn cuando el color ya empezaba a escurrírsele de la cara. La mujer estaba pensando en que, si los echaba de la casa junto con sus malas noticias, ya no serían verdad.

—No va a venir, Robyn. Lo siento, pero su esposa ha sido asesinada.

La mujer se quedó con la boca abierta y las piernas se le doblaron. Bryant, que se había ido acercando, ya estaba allí para ofrecerle un brazo firme y ayudarla a no caer.

—¿A-asesinada?

—Me temo que sí —dijo Kim.

Bryant guio a Robyn a una silla. En la cocina, el sonido de algo que burbujeaba y silbaba llamó su atención.

Se acercó y cerró las válvulas.

Kim siguió hablando:

—La encontró el guarda del parque Stevens, en...

—Sé dónde es —dijo Robyn. Sus ojos se encendieron con una urgencia repentina, como si hubiera olvidado algo por completo—.

¿Dónde está Archie?

Kim giró la cabeza hacia Bryant.

—¿Quién es Archie? —preguntó. Una bola empezó a formarse en la boca de su estómago.

—Archie es nuestro hijo de seis años.

Capítulo 31

Me despierto con un sobresalto.

Puedo sentir la respiración que llena mi cuerpo. Me siento como un globo inflado de más. Me llena un aire que no encuentra la salida.

Intento respirar, pero algo pesado oprime con fuerza mi cara; siento la nariz como si hubiera inhalado cien plumas, tengo la boca taponada.

Respondo. Intento abrir los ojos para ver la amenaza que se cierne sobre mí, pero los párpados se encuentran con la tela de algo que parece una almohada y que solo solo sirve para aumentar la oscuridad.

Mis piernas se agitan. Una fuerza inamovible me oprime. La mitad inferior de mi cuerpo se convulsiona mientras el pánico y el miedo inundan mis venas, pero mi tronco sigue rígido.

Abro la boca. Estoy jadeando, intento respirar en la tela o a través de ella.

«Por favor, que alguien me ayude», grita mi mente. Una gota de orina se me escapa y corre por mi pierna.

Pero la vergüenza sucumbe de inmediato, tragada por la certeza de que estoy a punto de morir. Mi cabeza empieza a nadar y en mi mente estallan fuegos artificiales.

Ya no me queda tiempo. Estoy muriendo.

Pero, entonces, se ha ido. Ya nada presiona mi cara. Trago aire fresco. Lo meto con fuerza en mis pulmones. Toso y balbuceo en la oscuridad que me rodea. Las estrellas centellean en mi cabeza. Detrás de mis ojos estallan fuegos artificiales.

Los latidos de mi corazón me ensordecen. Más allá, el silencio es

aterrador.

Me quedo inmóvil. No me atrevo a abrir los ojos, por si acaso volviera. Por si acaso no pudiera respirar otra vez.

Al fin, cuando mi corazón ha vuelto a la normalidad, abro los ojos, uno por uno, y miro a mi alrededor.

No hay nadie.

Capítulo 32

—Señor, hay un niño —dijo Kim en cuanto Woody le cogió la llamada.

—¿Qué? —A Kim, el débil ruido de fondo de la emisora de radio que a su jefe le gustaba escuchar le indicó que él ya estaba en casa.

—Nuestra segunda víctima, Louise Webb-Harvey, estaba en el parque con su hijo de seis años. Habían ido a un partido de fútbol. No lo encontramos por ninguna parte.

—¿Han registrado los alrededores?

—Sí.

—¿No ha vuelto al coche? —Se hacía eco de las instrucciones que la mayoría de los padres dan a sus hijos. Era el primer lugar en el que Kim había pedido a los agentes que miraran.

—Comprobado, y no —respondió ella.

En cuanto había oído a Robyn mencionar al niño, Kim había llamado al sargento que estaba a cargo de la escena del crimen. Hasta los técnicos habían dejado de trabajar para registrar la zona en busca de Archie mientras el sargento corría a revisar el coche.

Y Kim había permanecido al teléfono, con los dedos cruzados todo el tiempo.

Las palabras «Nada, señora» habían llenado su estómago de miedo.

El sargento ya había llamado a su inspector y se estaba organizando un amplio registro a pie por la zona.

—¿Hay alguien en casa con la familia?

—Sí, señor, el hermano de Robyn estaba a cinco minutos y un oficial de enlace familiar llegará en una hora.

—Vale, Stone, haré los preparativos necesarios para dar una rueda de prensa. Tendrás que volver a la comisaría. Nos vemos allí.

Cuando colgó, Bryant ya había puesto el coche en marcha y se apartaba del bordillo. El caso había dado un giro siniestro y había lanzado aún más preguntas al aire. El día anterior, Katrina iba acompañada de una niña. Pero a Mia, que estaba a pocos metros de su madre, la habían dejado sola. Intacta.

Entonces, ¿por qué demonios se habían llevado ahora a un niño de seis años?

Capítulo 33

A las nueve y media de la noche, Kim recibió por fin la llamada del funcionario de enlace familiar apostado en casa de los Webb-Harvey. Todos los familiares de Louise ya habían sido informados, justo a tiempo.

Kim llamó a su jefe por el teléfono interno.

—Señor, estamos listos —le dijo.

Los medios de comunicación locales esperaban fuera. Habían sido reunidos por el equipo de Prensa de la comisaría.

Mientras ella cogía su chaqueta, Bryant echó un vistazo por la ventana.

—Veo que Frost está en primera fila —observó.

Kim se dirigió a la puerta, pero luego se volvió hacia el resto del equipo.

—Chicos, fuera, a casa. Necesito que volváis frescos por la mañana. —Todos asintieron. Bryant la siguió escaleras abajo—. Tú también —dijo ella—, vete mientras puedas.

—¿Eres nueva, jefa? Yo me voy cuando tú te vas.

Kim sacudió la cabeza en el mismo momento en que aparecía Woody. A veces, Bryant era testarudo.

—Vale, Stone, ¿recuerdas lo que te he dicho? —preguntó el jefe en cuanto se reunieron al pie de la escalera.

Ella asintió. Woody iba a hablar. Kim debía permanecer callada, a su lado. No podían permitir que la dominaran los nervios y lanzara un mordisco. Eso restaría fuerza al guion y a lo que, en particular, pretendían conseguir con esa declaración improvisada.

Todo estaba programado para que ninguno de los familiares de Louise se llevara un susto de muerte al ver las noticias locales. No podían apelar al público y mostrar la foto de Archie sin revelar la identidad de la madre.

Y necesitaban que la historia se publicara lo antes posible.

—¿Teléfonos apagados? —preguntó Woody al llegar a la puerta.

Tanto ella como Bryant pusieron los suyos en silencio y siguieron al inspector jefe de detectives al exterior.

En los pocos minutos que habían tardado en bajar, un cámara de televisión de Central News ya había llegado y se había instalado justo al lado de Tracy Frost. Pero la reportera no se habría movido de su puesto ni aunque un huracán estuviera arrasando la ciudad.

—Haré de atrezo —dijo Bryant, y se situó detrás de Woody, a la derecha.

Siempre era bueno poner frente a la cámara a alguien de aspecto profesional. Tras catorce horas de trabajo, él no parecía tan fresco como al principio del día y, sin embargo, su presencia seguía siendo tranquilizadora.

Kim se colocó junto a su jefe y puso cara neutra, una expresión que iba muy bien con su rostro.

Por mucho que abominara dar ruedas de prensa, tenía la certeza de que habría sabido manejar esta tan bien como Woody estaba a punto de hacerlo.

—Gracias por venir —dijo él en tono agradable, y pasó la mirada por todos y cada uno de los periodistas.

Vale, Kim probablemente se habría olvidado de decir eso. Y tampoco habría hecho contacto visual con ellos.

—Desde este instante, me gustaría aclarar que no habrá preguntas al final. Estoy seguro de que comprenderán la urgencia que tenemos por compartir nuestra información.

Bien. Que estuvieran enterados incluso antes de empezar. Gestionar las expectativas. Si hubiera tenido un bloc, habría tomado nota de esas directrices.

—Hace unas horas, en el parque Stevens, en Quarry Bank, encontramos el cadáver de una mujer. Podemos confirmar que tenía treinta y un años y se llamaba Louise Webb-Harvey. Nuestro más sentido pésame a sus familiares en estos terribles momentos.

Sí, Kim había hecho el curso de manejo de prensa en incidentes graves y comprendía la importancia de comunicar las condolencias, aunque sabía que Woody las ofrecía con sinceridad.

También recordaba que le habían dicho que pusiera cara de póquer antes de salir del edificio. Hacía pocos años, a un destacado inspector de policía de Birmingham, segundos antes de que saliera a hablar del apaleamiento de un anciano, lo habían sorprendido riéndose entre dientes del comentario de un colega. El llamamiento a los testigos se había perdido, pues el foco de los artículos había sido la insensibilidad del inspector. Y el hombre se había visto obligado a dimitir.

Kim notó que los periodistas se miraban entre sí de reojo. La noticia de la aparición del cadáver ya se había dado a conocer hacía unas horas. Era evidente que se pregutnaban el motivo de la pronta identificación de la víctima.

Woody siguió adelante y llegó muy pronto al núcleo de la improvisada rueda de prensa.

—Trabajaremos día y noche para llevar al asesino de Louise ante la justicia, pero, ahora mismo, nuestra prioridad es localizar a Archie, el hijo de seis años de Louise. Por el momento, desconocemos su paradero. Sabemos que había ido al parque con su madre, a jugar al fútbol, por lo que rogamos a cualquier testigo que se ponga en contacto con nosotros de inmediato.

Woody levantó la foto de un niño rubio que acariciaba a su conejo y sonreía ampliamente.

Frost se inclinó hacia delante.

—¿Este asesinato está relacionado con...?

—Hemos iniciado un registro completo de la zona —continuó Woody, como si Frost no hubiera dicho nada. El jefe sostuvo la foto el tiempo suficiente para que todo el mundo pudiera hacer una buena toma de ella, ya fuera con sus teléfonos o con las cámaras que llevaban colgadas al cuello. La Oficina de Prensa ya se había preparado para inundar con la foto las redes sociales en cuanto Woody empezara a hablar.

Kim captó el ceño fruncido de Frost, que tan bien conocía, cuando esta se dio cuenta de que el único propósito de la sesión informativa era que circulara la foto de Archie. No habían salido a responder las preguntas que ella iba a plantear, pero eso no le impediría intentarlo.

—Inspector jefe de detectives Woodward, ¿tenemos un asesino en serie...?

—Ni qué decir que todos estamos preocupados por la seguridad de Archie y que nos gustaría devolverlo con su familia lo antes posible. Quien cuente con información sobre el paradero de Archie, debe ponerse en contacto con nosotros aquí, en la estación, o llamando al...

Kim salió de sintonía. Al utilizar el nombre del niño tantas veces como le había sido posible, el hombre había hecho un buen trabajo: estaba diseñado para que el captor, en caso de que estuviera viendo las noticias, viera al niño como una persona.

Mientras Woody terminaba su llamada a la prensa y hacía un claro resumen, Kim vio la rabia que transformaba el rostro de la reportera del Dudley Star, más de una vez menospreciada, a pesar de que el inspector jefe de detectives les había advertido desde el principio.

—¡Una última pregunta! —gritó Frost cuando Woody terminaba de agradecer la asistencia de los reporteros. El estómago de Kim se retorció. Los ojos de Tracey, duros y fríos, estaban fijos solo en Woody—. ¿Es cierto que el asesino ya se había comunicado directamente con...?

—Otra vez, gracias a todos por su tiempo. Llevemos a Archie a casa lo antes posible —dijo, y se dio la vuelta. Solo por lo bien que conocía a este hombre, Kim comprendió que esa tensión en los hombros se debía a la bola curva que Frost acababa de lanzarle.

«Maldita sea», pensó. La reportera había estado a punto de reventar la rueda de prensa y desviar la atención del chico desaparecido hacia algo que se estaba ocultando. ¿Cómo demonios sabía lo de la carta?

Siguió a su jefe al interior de la comisaría, echando mano de toda su fuerza de voluntad para mantener el rostro neutro. Ya lejos de las cámaras, Woody se volvió hacia ella con expresión airada, y ella ya sabía por qué. Si no conseguían callar a Frost, la historia sería lo que ella había dicho y no el niño desaparecido.

—¿Qué co... narices ha sido eso? ¿Cómo sabe lo de la carta?

Kim retrocedió. Pocas veces ese hombre había mostrado una rabia tan feroz. Era lo más cerca que su jefe había estado de usar un lenguaje soez.

—Señor, no tengo ni idea de cómo ha podido enterarse.

—Bueno, Stone, será mejor que averigües qué carrera policial acaba de morir delante de las cámaras —gruñó, y subió furioso las escaleras.

—Me pongo a ello, señor —dijo antes de darse la vuelta y salir de la comisaría. De ninguna manera iba a permitir que a su jefe lo sorprendiera una reportera local solo porque había metido la nariz donde no debía. Kim estaba determinada a sácarsela de nuevo.

En lugar de caminar hacia Frost, que ahora estaba junto a su Audi TT, fue a un lateral del edificio, donde nadie pudiera verla, y sacó su teléfono.

Le cogieron la llamada de inmediato.

—¿Qué?

—Frost, atrás, ahora —gruñó.

Ningún bien le haría que el resto de los trabajadores de la prensa la vieran enfrentarse cara a cara con Frost, pues eso daría credibilidad a la pregunta.

Incluso antes de que la mujer apareciera, Kim oyó su taconeo sobre las baldosas. La larga coleta rubia se agitaba detrás de esa mujer, que se movía a una velocidad inusitada.

—¿Qué coño estabas haciendo? —gruñó Kim.

—Mi trabajo, Stone —le espetó la reportera.

—¿A expensas de poner en riesgo a un niño pequeño?

—Estoy un poco harta de que me utilicen —dijo, y se cruzó de brazos.

Kim entrecerró los ojos.

—¿Y desde cuándo esto es una calle de doble sentido, Frost? Dame una fecha. Dime desde cuándo se supone que debemos tener en cuenta los delicados sentimientos de la prensa mientras intentamos llevar a los criminales...

—Sí, ese es el puñetero problema. Recibimos información cuando os conviene darnos un caramelo, si vosotros queréis algo, pero no si nosotros tenemos necesidades.

—Ese no es nuestro problema. Y lo que es más importante: si mencionaras en tu reportaje lo del contacto, podrías poner en peligro a un niño pequeño. Si algo le pasara a Archie, te juro...

—Venga, Stone, dame un respiro. Estaba cabreada con tu jefe porque no me dejaba hacer mi trabajo. —Hizo una pausa y se dio un golpecito en la barbilla—. Deberías saber que algunas personas son más complacientes que los miembros de tu solar. Hay gente a la que le encanta compartir, pero ten por seguro que no diré nada en mi reportaje.

A pesar de la petición de su jefe, Kim se tragó el impulso de exigirle a Frost que revelara su fuente. De ninguna manera podía preguntarle a la periodista de dónde había sacado esos datos.

Hacerlo sería confirmar que había algo y nunca se enterarían. Gracias a la pista que Frost acababa de darle sin darse cuenta, Kim exploraría otras vías para encontrar la fuga de información.

—Estabas mal informada, entonces.

—Ah, así es como vamos a…

—Gracias por la charla —dijo Kim, y se alejó. Frost acababa de confirmarle que no mencionaría la carta en su reportaje, y eso era lo que había ido a buscar.

—Stone, ya deberías haberte dado cuenta de que soy mucho mejor amiga que enemiga.

—Yo también, Frost, yo también —dijo ella mientras su teléfono sonaba.

Capítulo 34

En la cocina, Jasper contaba los ingredientes mientras los volvía a guardar en la alacena. Los números lo tranquilizaban. Eran firmes e inflexibles. No cambiaban. Eran sólidos y fiables.

«No como la masa de las galletas», pensó.

—Una bolsa de harina. Dos barras de mantequilla. Tres huevos. Cuatro pasas. Cinco porciones de azúcar. Seis de levadura en polvo. Siete chocolatinas —contaba en voz alta, sacándolos otra vez.

No sabía lo que iba a hornear. Quería que Ozzy decidiera, ya que Ozzy tenía tantas ganas de que volviera a la cocina. A él no le apetecía mucho, pero Ozzy estaba mostrándose fuerte, así que él también tenía que serlo.

Cerró los ojos y escuchó la sintonía de EastEnders. Había puesto la tele solo para oír el sonido de las telenovelas. Algunas noches, si pasaban varias a la vez, su madre se sentaba y saltaba de una a otra mientras él y Ozzy horneaban en la cocina. Y luego iba a prepararse una taza de té y hablaba de los personajes como si fueran gente de verdad. Jasper miraba a Ozzy y este guiñaba un ojo. Se ponían, entonces, a mezclar las historias con toda intención.

—Yo creía que Sharon estaba viendo a Tommy, y que Gail estaba casada con un hermano de Mitchell.

La madre alzaba las manos, desesperada, y le decía que confundía los culebrones. Jasper intentaba no reírse cuando ella le explicaba pacientemente a Ozzy las líneas argumentales, hasta que este las entendía. Así, hasta la siguiente.

Palmeó y se rio a carcajadas al recordarlo. Ozzy era tan divertido... Siempre lo hacía reír.

Se llevó la mano a la mejilla y se sorprendió al encontrarla húmeda. Ni siquiera se había dado cuenta de que se le había escapado una

lágrima. La apartó con brusquedad.

No podía echarse a llorar. Estaba siendo fuerte. Por Ozzy.

Subió las escaleras. Eran las ocho y Billy estaría en la Xbox. Podrían seguir jugando la partida que habían empezado la noche anterior.

Se detuvo ante la puerta del dormitorio de su madre. Todo seguía igual. Ni él ni Ozzy habían movido nada desde que se la habían llevado a aquel lugar, el que era como un hospital, aunque diferente. Ambos habían simulado que ella volvería. No creía que Ozzy hubiera entrado en esa habitación ni una sola vez desde el funeral, pero Jasper iba todas las noches, antes de que su hermano volviera del trabajo.

Tocó las gafas de lectura que estaban sobre la mesilla de noche. Acarició la cubierta del último libro que ella había estado leyendo antes de que el dolor fuera demasiado intenso. Aún la veía tumbada cuando se quedaba dormida, con las gafas en la nariz y el libro sobre el pecho. Aún conseguía verla en sus recuerdos, pero él quería más.

Cruzó el dormitorio y abrió la puerta del armario. El olor de su madre le llegó de inmediato: una mezcla del suavizante de lavanda y del perfume veraniego que llevaba todo el año.

La vista se le nublaba ante los recuerdos que pasaban por su mente: los viajes que habían hecho; los juegos a los que habían jugado; las noches que habían pasado viendo sus películas favoritas.

Se inclinó hacia el armario y absorbió los olores familiares. Cerró los ojos y la imaginó cerca: su madre le preguntaba cómo había pasado el día, inclinándose para apartarle con delicadeza de los ojos un mechón de pelo.

Abrió los brazos y rodeó un montón de ropa. La descolgó y la extendió sobre la cama.

Sabía que se le iban a saltar las lágrimas. Podía sentir cómo le cerraban la garganta, pero no había ningún problema. Ozzy no estaba allí, así que, durante un rato, no necesitaba ser fuerte.

Se pasó por el torso la manga de una de las chaquetas de invierno, se tumbó entre la ropa y dejó que las lágrimas corrieran libres.

Capítulo 35

—¿Estás segura de que no vas a decirme por qué regresamos al depósito de cadáveres a las diez de la noche? —preguntó Bryant una vez que estuvieron en el Astra.

—¿Te da miedo en la oscuridad? —preguntó ella. La conversación con Frost seguía repitiéndose en su mente.

—Para serte franco, ese lugar me asusta a cualquier hora del día —admitió él.

—Tal vez debería convertirme en la compañera de Penn. Él lo ve como un día de excursión.

—Uf, jefa, solo pensar que quieras emparejarte con otra persona me hiere en lo más hondo. Incluso he llegado a pensar que no te caigo bien, ahora que has hecho nuevos amigos en tu reunión del EPT —dijo adrede con voz quejumbrosa.

—Ya, claro, porque son tan divertidos como un infarto; así que no tienes mucha competencia.

—Vale. Lo acepto. —Sonrió satisfecho—. Pero, en serio, ¿a qué vamos?

Kim se encogió de hombros.

—Sabes que a Keats le gusta mantenerme en ascuas hasta que llego allí.

Cada vez que el médico forense la citaba en la morgue y ella trataba de indagar los motivos, él, sin más, le explicaba que había algo que ella debía ver. Y la conversación con Frost seguía preocupándola. Sacó su teléfono.

—Espera un momento —dijo.

—¿Yo? —preguntó Bryant.

—No, tú sigue conduciendo como si estuvieras en un atasco —respondió Kim. Había pocos vehículos en la carretera a Dudley, pero el oso perezoso conduciría durante todo el trayecto por debajo del límite de velocidad. Para ella, las carreteras vacías eran una tentadora invitación a pisar el acelerador. Un poquito.

Recorrió sus contactos y pulsó el botón. Le traía sin cuidado que esa persona ya hubiera terminado su turno.

—¿Stone?

—Mitch, tienes una fuga. Encuentra al tipo y crucifícalo. La prensa sabe que hemos recibido una carta y...

—Un momento. Estoy en el... —dijo mientras Bryant entraba en el aparcamiento del hospital Russells Hall.

—No ha sido mi equipo, Mitch —insistió ella.

—Mira, solo...

—Sé que nadie quiere una filtración en su departamento, pero deja de discutir conmigo y...

—Joder, Stone, lo que quiero decirte es que estoy aparcando justo detrás de ti. Suelta el maldito teléfono.

—Ah —dijo ella. Miró hacia atrás para ver, por segunda vez ese día, la furgoneta blanca en la retaguardia.

Bryant estacionó el coche cerca de la entrada, y Mitch, a dos plazas de distancia.

Kim continuó la conversación en persona mientras los dos salían de sus coches.

—Vas a tener que averiguar quién es —le dijo.

Los tres echaron a andar hacia la morgue.

—¿Por qué supones que ha sido uno de los míos? —preguntó Mitch.

—Frost ha dicho algo acerca de que no había obtenido la información de mi «solar», que para ella significa la policía en su conjunto. Los únicos que saben de la carta son Keats y tus chicos.

Él se acarició la barba.

—Maldita sea —dijo.

A veces, Kim tenía que hacer un esfuerzo por recordar que los técnicos forenses no eran policías, aunque su pericia en una investigación era fundamental. Eran civiles, y no siempre entendían la necesidad de callar ante la prensa. En algunos casos, incluso, ni siquiera se daban cuenta de que, en realidad, estaban hablando con la prensa. Tracy Frost era implacable si se trataba de conseguir una historia. Pagarle a alguien unas copas para conseguir información no estaba ni siquiera cerca de las profundidades en las que era capaz de hundirse por un buen titular.

—¿A ti también te ha llamado Keats? —le preguntó ella. Sus pasos resonaban por los pasillos vacíos.

Mitch tenía un pequeño laboratorio junto al despacho de Keats, pero la mayor parte de su trabajo la hacía en las instalaciones de Ridgewood House, en Birmingham. Rara vez estaba allí a las diez en punto por voluntad propia.

—Sí, el mensaje críptico de siempre —dijo, y puso los ojos en blanco.

Kim estaba aún más intrigada. Hacer ir a Mitch tenía que significar que el médico forense había encontrado algo de valor probatorio, pero la autopsia no estaba prevista hasta la mañana siguiente.

Abrió la puerta que daba al pasillo de la morgue. La iluminación era un poco más tenue, comparada con los muy iluminados pasillos del hospital. Para Kim, era como un aviso de que te habías equivocado de camino y que debías alejarte mientras estuvieras a tiempo.

Mitch fue el primero en entrar, seguido por Bryant. Después, Kim, cerró con suavidad la puerta y se acercó muy sigilosamente a su

colega, por detrás, tratando de que sus botas hicieran el menor ruido posible.

—¡Buuu! —gritó, y le dio un golpecito en la espalda.

Él saltó hacia delante, como electrificado.

—Maldita sea, jefa, no ha tenido ninguna gracia.

Bah, Kim no estaba de acuerdo, ya que Mitch disimulaba una sonrisa bajo la barba y ella se moría por soltar una carcajada. Había sido un día muy largo, de verdad.

Entraron en el laboratorio.

—Vale, Keats, tu público ha llegado —dijo.

La sorprendió ver que no había ningún cadáver sobre la mesa, ningún indicio de actividad. El lugar estaba reluciente y no se percibía ningún olor a podrido. Hacía tiempo que el médico había metido a su último cliente en los cajones refrigerados.

Kim, después estrechar la mano del forense, notó que Bryant se movía incómodo a su lado.

Le divertía la reacción de su compañero a la visita nocturna a la morgue, pero incluso ella tenía que admitir que había algo inquietante. Los ayudantes de Keats no deambulaban por el fondo y no se oía al personal de limpieza fregar e higienizar las superficies.

Keats señaló con la cabeza las neveras al otro lado del pasillo.

—Tranquilo, Bryant, no salen a jugar hasta pasada la medianoche —dijo.

Por mucho que le gustara ver a Keats molestando a su colega en vez de a ella, la verdad era que los dos llevaban casi quince horas trabajando.

—Vamos, Keats, muéstranos y cuéntanos.

—Ay, inspectora, recuerdo que antes eras mucho más divertida.

—Madura, Keats, nunca he sido divertida.

El hombrecillo miró hacia arriba y a la izquierda.

—Sí, es cierto, tienes razón. —Se acercó al escritorio y cogió una bolsa de pruebas—. Esto se le cayó de los pantalones cuando la estábamos acostando.

A Kim se le revolvió el estómago.

En la bolsa había una sola hoja de papel.

El asesino le había vuelto a escribir.

Capítulo 36

Kim se apoyó en la encimera de la cocina y sacó el teléfono.

En el viaje de vuelta del hospital, se había puesto en contacto con el coordinador de búsqueda. Ya había agentes peinando la zona y se estaba preparando un sistema de cuadrículas para ponerlo en marcha con las primeras luces del día.

Había un mal intrínseco en quedarse en casa mientras un niño estaba en paradero desconocido; pero, si quedarse en la oficina hubiera hecho que Archie reapareciera sano y salvo en su cama, ella habría estado allí, metida en su saco de dormir.

«Encontrar al asesino, encontrar al niño». Esas palabras no dejaban de darle vueltas en la cabeza.

Aunque se estaba realizando una búsqueda por tierra, Kim sabía que el niño no aparecería escondido tras un arbusto. El doble propósito de la búsqueda consistía en encontrar pistas: cualquier cosa que el asesino hubiera dejado atrás.

Kim tenía el corazón puesto en Robyn Webb-Harvey. La mujer no solo había perdido a su pareja; su hijo no aparecía por ninguna parte.

Una llamada rápida a la agente de enlace familiar le había confirmado que Robyn alternaba el sufrimiento con un inquieto deambular, ya que, en su mente, cada una de las emociones exigía su propio espacio. La pena quería cerrarle el cuerpo, pero el desasosiego por su hijo la mantenía en alerta máxima. Kim rezaba por que la mujer consiguiera descansar.

La agente de enlace también la había informado de que los vecinos de la calle sin salida donde vivía Robyn estaban buscando en las inmediaciones, y comprobando garajes y jardines, a pesar de que vivían a varios kilómetros de donde Archie había sido visto por última vez. Pero eso es lo que hacía la gente. Los amigos y los

vecinos tenían que hacer algo, sentir que contribuían, que intentaban ayudar.

Kim cerró la puerta trasera. Barney acababa de entrar y estaba delante de ella, sentado, esperando con paciencia su paseo nocturno.

—Un segundo, chico. —En su teléfono, se desplazó hasta el primer correo electrónico.

Abrió el archivo adjunto de Keats: la carta que había fotografiado y enviado a todos.

Ella la había leído en la morgue, pero quería estudiarla palabra por palabra. Sin embargo, antes de empezar, el móvil anunció una llamada entrante.

—Espero que tengas buenas noticias, Dobbie. —»Tanto para mí como para mis colegas», pensó.

—Bueno, sí y no —dijo el chatarrero.

—Explícate.

—Verás, hay un, ehhh… Hay un problemilla con tu petición.

El radar de Kim detectó dos cosas: el intento de Dobbie de sonar como un hombre de negocios y la nota de timidez en su voz, que le revelaba que el problema sería para ella, no para él.

—Dime —pidió, y entornó los ojos.

—Ya tengo el chasis y…

—Ya tienes mi chasis —lo corrigió.

—Ah. Bueno, ese es el problema, ¿ves? Sé lo raro que es encontrar hoy uno de estos bastidores. He recibido llamadas de dos personas que ofrecen pagar más que tú.

—No era una puja, Dobbie. Tú y yo teníamos un trato.

Se lo imaginó encogiéndose de hombros.

—Sí, pero uno tiene que comer.

El hombre pesaba sus buenos ciento cincuenta kilos. No se había perdido muchas comidas por haber hecho malos tratos.

—Bien lo sabes, Dobbie, El chasis es mío y pasaré a recogerlo en...

—Mmm..., no creo que eso me convenga. Pero te diré lo que estoy dispuesto a hacer para ayudarte.

Ayudarla. Era su maldito bastidor.

—Dime, Dobbie —respondió, rechinando los dientes.

—Te lo voy a guardar hasta mañana a las siete de la noche. Quien venga y me ofrezca más dinero se lo lleva. ¿Ves?, te estoy dando la oportunidad de pujar solo porque me caes bien y quiero ser justo.

—¿Vas a hacer una puta subasta? —preguntó ella.

—Es lo justo, supongo —dijo él, y Kim casi detectó la sonrisa en su voz. Le dolían los brazos por los tirones de potro al cual este tipo la exponía.

Casi podía ver los miles de libras que, a lo largo de los años, habían salido de su propio bolsillo trasero para ir a dar a la caja del chatarrero, y abrió la boca para decírselo, pero se contuvo.

No dudaba de que la demanda de un chasis así fuera aún mayor de lo que él pensaba. La Vincent Black Shadow, una moto capaz de correr a doscientos kilómetros por hora, había sido producida en tres series por la Vincent H. R. D., en su fábrica de Stevenage, Hertfordshire, entre 1948 y 1955. Según los registros oficiales, se habían fabricado solo mil setecientas setenta y cuatro unidades, además de otros quince modelos White Shadow con las mismas especificaciones mecánicas, pero con un motor pulido en lugar de uno esmaltado.

Dobbie aprovechó el titubeo de Kim para insistir.

—Oye, en las subastas, estas cosas se cotizan a cientos de miles. Tengo que cuidar...

—No por el chasis solo, Dobbie —dijo, y puso los ojos en blanco—. Ni tampoco los modelos restaurados. Los que se llevan la pasta gansa son los modelos originales que han estado durante cincuenta años envueltos en papel de seda y plástico de burbujas.

—Sí, pero...

—Allí estaré, Dobbie. —Sabía que no le estaba dejando ninguna alternativa. Él tenía el bastidor y, como Kim bien sabía, eso significaba que tenía las riendas.

—Me parece condenadamente bien —dijo él.

Pudo oír cómo el tipo se relamía y salivaba de ilusión.

Se apartó el teléfono de la oreja.

—¡Y no te atrevas a venderlo antes de que yo llegue! —gritó antes de colgar.

Tuvo que tragarse el enfado. Ya se ocuparía de Dobbie al día siguiente. Ahora tenía que estudiar la segunda carta que le habían mandado.

La volvió a cargar en su teléfono y las palabras iluminaron la pantalla.

Inspectora detective Stone:

Te dije que tenías que detenerme. Te lo supliqué. Te advertí de que esto pasaría. No tenía otra puta opción, ¿no lo entiendes? Me has fallado, y le has fallado a una mujer que ahora está muerta. Su sangre está en tus manos. Está muerta por tu culpa, y tendrás que vivir con eso, igual que yo.

Bueno, inspectora detective Stone, me temo que ya no

podré ayudarte más. Qué cagada la tuya. No me has pillado. Y yo que te he pedido que me escucharas, joder. Pensaba que eras diferente. Supuse que lo habías entendido, pero me equivoqué. Había puesto mis esperanzas en ti para acabar con esto. Debería haberlo sabido. Eres igual que todos. No me has hecho ni puto caso.

No puedo decirte lo que haré a continuación, porque ni siquiera yo lo sé.

Pero puedes estar segura de que va a morir más gente.

Noah

Incluso ella notaba la diferencia de tono con respecto a la primera carta. Un asesino había puesto sus ojos en ella, de manera personal, y ahora estaba muy cabreado.

Capítulo 37

Stacey se agachó y besó a Devon en la mejilla.

—Gracias, cariño.

—¿Quieres que te espere aquí?

Stacey negó con la cabeza. Devon, que era oficial de inmigración, había tenido redada nocturna. Cuando había cruzado la puerta de la vivienda, a las cuatro de la madrugada, estaba demasiado nerviosa para irse a dormir, así que se había ofrecido a llevar a Stacey a la cárcel. Stacey debía pensar en aprender a conducir, lo sabía, pero la verdad era que, cuanto más tiempo pasaba, más miedo tenía.

Bostezó.

—Podría apoyar la cabeza por aquí y...

—No es una señal, ¿verdad, D? —le dijo Stacey.

—¿No es una señal de qué? —preguntó Devon. La miraba como si no la hubiera oído bien.

—Lo de la tarta —le dijo Stacey.

A pesar de lo cansada que estaba, Devon abrió mucho los ojos.

—Nena, hemos contratado a un fotógrafo, flores, acomodadores, pinchadiscos y alimentos, y lo hemos hecho sin problemas, ¿pero quieres cancelar solo porque la tía Abebi no puede hacernos la tarta?

Los ojos sonrientes de Devon decían mucho sobre sus niveles de tolerancia cuando a Stacey se la llevaban por delante las cavilaciones.

La verdad era que aún había momentos en los que la asistente de detective no podía creer que la hermosa, inteligente y divertida

mujer que tenía a su lado la hubiera elegido para pasar el resto de su vida con ella.

Devon se acercó y le apretó el brazo.

—Nena, me casaría contigo en la calle con un ramo de margaritas, mi teléfono con cámara, una cena en un puesto de patatas fritas y un dónut de mermelada con tal de que te convirtieras en mi esposa, así que...

—Dios, cuánto te quiero, nena. Ahora, ve a casa y descansa —le dijo Stacey. Se inclinó y la besó en la mejilla. Devon no tenía que ir a trabajar hasta las dos de la tarde, así que podía irse a la cama y dormir un poco.

—Sí, sí —dijo.

La ayudante de detective se bajó del coche, se encaminó hacia la entrada de la prisión y, al llegar, miró atrás. No se sorprendió al comprobar que el motor del Clio estaba apagado y el asiento del conductor, reclinado.

Devon la iba a esperar.

Sacudió la cabeza mientras cierta luz que le era tan familiar volvía a encenderse en su interior. Era una chica muy afortunada.

La entrada de la prisión le pareció bastante ordinaria, aunque no solía visitar cárceles masculinas.

Featherstone era de categoría C y albergaba a unos setecientos internos. Stacey recordaba haber leído que, a principios de los años ochenta, algunos reclusos habían sido sorprendidos falsificando piezas de cerámica de Bernard Leach. Con el cambio de milenio, se reveló que ese centro tenía el mayor número de presos consumidores de drogas del Reino Unido. La friolera de un treinta y cuatro por ciento se drogaban con algo, aunque fueran las cervezas que fabricaban con Marmite, frutas y verduras. Se preguntaba a menudo cómo usar tanta laboriosidad para hacer el bien, en caso de que pudiera canalizarse en la dirección adecuada.

Entró y se presentó a un agente de seguridad llamado Nathan, que

parecía tener unos dieciocho años. Fuera cual fuera su edad, ella no conseguía imaginar cómo el aspecto juvenil de ese chico podía estimular a alguien a obedecer sus instrucciones.

La ayudante de detective comprendía que la profesión de funcionario de prisiones se habría adaptado a lo largo de los años en función de las directivas sobre diversidad. No se necesitaban músculos, agresividad ni miedo para hacer frente a muchas de las situaciones ni a muchos de los prisioneros. Y, sin embargo, una pequeña parte de ella no pudo evitar pensar que a ese agente no sería el primero a quien le entregarían equipo antidisturbios.

Lo mismo podría decirse de ella, pensó, mientras Nathan le explicaba las reglas del combate.

—Es obvio que se trata de una petición especial, debido a que hay una investigación en curso. No habrá más visitantes en la habitación, pero Daisy permanecerá contigo en todo momento.

Tras esa orden, la Daisy menos guapa que hubiera visto nunca apareció y se irguió larga sobre Stacey. La sonrisa hacía menos inquietante el metro ochenta y tres de estatura en un cuerpo musculado al que, para contemplarlo al completo, Stacey tendría que haber ido a derecha e izquierda. «Vaya, esta sí que conseguiría equipo antidisturbios», pensó.

—¿Lista? —preguntó Daisy con tono agradable.

La ayudante de detective asintió. Nathan guardó sus pertenencias.

Echó a andar junto a la carcelera, quien redujo mucho la velocidad para no incomodarla.

—¿Y cómo es él? —le preguntó.

—No está mal. Es un poco engreído. Se frustra en ocasiones, como algunos de ellos, y jura que no hizo nada. Igual que todos. —Stacey sonrió ante el exagerado entornar de ojos con que la funcionaria acompañó esas palabras—. Te juro que no veo a tanta gente inocente como en el servicio religioso del domingo por la mañana.

Daisy abrió la puerta del centro de visitantes y entró.

Sean Fellows ya estaba sentado a una mesa, en el centro de la sala, con una sudadera gris claro y pantalones de chándal.

Stacey no estaba segura del protocolo que seguir para saludar a un violador convicto. Cuando se encontraba con alguien por primera vez, solía ofrecerle la mano. Desde luego, no sería apropiado.

Mientras se acercaba, él se volvió para mirarla. La sopesó antes de repudiarla. Eso no ofendió a Stacey. Quizás eran los kilos de más; tal vez fuera la piel negra. En cualquier caso, no la disgustaba no ser del gusto visual de un violador.

Y, de todos modos, ella había hecho más o menos lo mismo con él, pero por razones diferentes.

¿Cómo era ese tipo en persona? No habría sido capaz de decirlo después de solo haber visto su cara, pero, de alguna manera, esperaba más. No tenía músculos marcados ni tatuajes visibles. Llevaba el pelo castaño corto y bien peinado. Según sus cálculos, debía de medir alrededor de un metro setenta. Se habría cruzado con él entre la multitud sin mirarlo siquiera. Supuso que esa era la mitad del problema.

—Gracias por acceder a verme —dijo Stacey, y se sentó del otro lado de la mesa.

De solo pensar en lo que les había hecho a dos mujeres inocentes, se le erizó la piel, pero sabía que dejar traslucir sus sentimientos personales no la ayudaría a conseguir una confesión sobre el ataque a Lesley Skipton. Y, en última instancia, a eso había ido.

Él se encogió de hombros.

—Tengo curiosidad, nada más. Estoy a la espera de que alguien se dé cuenta de que la han cagado.

—¿Cagado? —preguntó ella.

—Sí, porque soy inocente, y porque Gemma Hornley es una zorra y una puta mentirosa.

Stacey se mordió el labio para evitar que afloraran sus verdaderos

sentimientos. Si él seguía sin admitir el delito por el que había sido condenado, iba a ser más difícil de lo que había creído. ¿Qué posibilidades le quedaban de conseguir justicia para Lesley?

Decidió dejarlo hablar de Gemma. Podría escapársele algo. A lo mejor decía alguna cosa que ella pudiera aprovechar.

—¿Quiere contármelo?

—Claro, pero no se ponga cómoda, que no es una historia de amor. La vi en un club, me gustó, bailé con ella y follamos detrás del edificio.

El recluso se encogió de hombros, como si aquello fuera el final de la historia, pero ella sabía que no era así.

—¿Y entonces?

—Volví a entrar, bailamos otro poco, la vi cuando nos íbamos y le pregunté si quería echar otro. —»Qué encanto», pensó Stacey mientras asentía para invitarlo a continuar—. Dijo que no, discutimos y se marchó enfadada.

Todos los relatos decían que habían discutido a grito pelado y que él había terminado por enfadarse.

—¿Cómo fue la negativa, exactamente? —le dijo Stacey—. ¿Le dijo «No gracias, estoy bien»?

—No, la zorra me dijo que había sido un puto inepto la primera vez.

—¿Insultó su hombría?

—Digamos que me había costado un poco que se me levantara. —Stacey intentó no reaccionar ante su vulgaridad—. Bueno, tú me lo has preguntado, cariño.

—¿Y eso lo cabreó?

—Claro que sí. Estaba cabreado. Ella me había herido.

—¿Así que usted la siguió?

—No.

—Los vieron salir en la misma dirección.

—Al igual que otras cincuenta personas que se marchaban a la hora en que a uno lo echan a patadas. Al final del camino, giré a la derecha; no a la izquierda, como se dijo en el tribunal.

—¿Y llevaba una botella de cerveza?

—Nunca desperdicio la cerveza —se defendió, como si hacerlo fuera un delito.

—¿La botella nunca apareció?

—Que me aspen si sé dónde la tiré.

—¿Así que usted insiste en que no siguió a Gemma ni la violó con una botella de cerveza?

—¿Qué puto sentido tendría eso? Vaya puta mierda tan extraña. No soy un bicho raro.

—Pero el...

El recluso entrecerró los ojos.

—¿De qué va todo esto, cariño? Son noticias viejas. Yo no lo hice, el jurado dijo que sí, y ahora estoy aquí, cumpliendo la condena de otra persona. Qué bien por ellos, qué mierda para mí.

—¿Y usted nunca conoció a Lesley Skipton?

Él la miró fijamente durante veinte segundos mientras se iba dando cuenta.

—Ah, ya veo de qué va esto, y ya te puedes ir a la mierda. Nunca la conocí y nunca me la tiré. Ni con mi polla ni con nada.

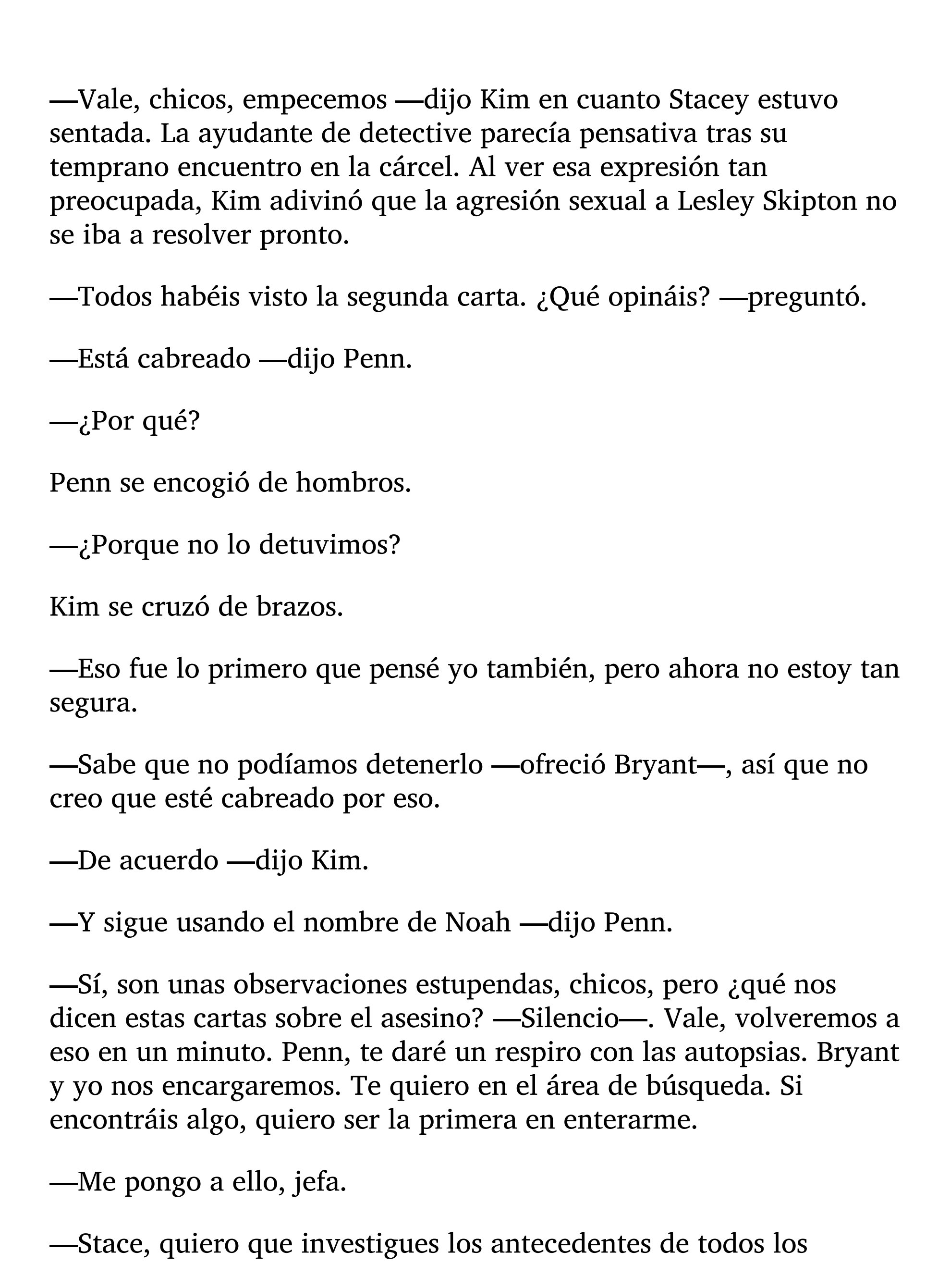
—Las similitudes entre los dos...

—Sí, sí, lo sé. Los polis me preguntaron por ella, pero ¿porqué todos asumen que porque suelto muchos tacos soy tonto del culo? —Stacey negó con la cabeza—. Qué bien, porque no soy tan estúpido como para correr ese riesgo.

—¿Qué riesgo?

Apartó la silla e hizo señas a Daisy de que quería marcharse.

—He terminado. Es la hora del desayuno y no me lo pierdo por estas gilipolleces, así que, si quieres saber a qué me refiero, comprueba las putas fechas, cariño; comprueba las putas fechas.



Capítulo 38

—Vale, chicos, empecemos —dijo Kim en cuanto Stacey estuvo sentada. La ayudante de detective parecía pensativa tras su temprano encuentro en la cárcel. Al ver esa expresión tan preocupada, Kim adivinó que la agresión sexual a Lesley Skipton no se iba a resolver pronto.

—Todos habéis visto la segunda carta. ¿Qué opináis? —preguntó.

—Está cabreado —dijo Penn.

—¿Por qué?

Penn se encogió de hombros.

—¿Porque no lo detuvimos?

Kim se cruzó de brazos.

—Eso fue lo primero que pensé yo también, pero ahora no estoy tan segura.

—Sabe que no podíamos detenerlo —ofreció Bryant—, así que no creo que esté cabreado por eso.

—De acuerdo —dijo Kim.

—Y sigue usando el nombre de Noah —dijo Penn.

—Sí, son unas observaciones estupendas, chicos, pero ¿qué nos dicen estas cartas sobre el asesino? —Silencio—. Vale, volveremos a eso en un minuto. Penn, te daré un respiro con las autopsias. Bryant y yo nos encargaremos. Te quiero en el área de búsqueda. Si encontráis algo, quiero ser la primera en enterarme.

—Me pongo a ello, jefa.

—Stace, quiero que investigues los antecedentes de todos los

familiares de ambas víctimas.

Stacey tomó nota.

—Entendido, jefa —dijo.

—Bien, volvamos a las cartas. No sabemos con seguridad si son de él, pero vamos a apostar a que sí. A partir de ahí, tenemos que extraer todos los detalles que encontremos, tanto de la letra como del contenido. Stace, encuentra a alguien que nos ayude con la caligrafía.

—¿No tendrán los forenses un experto en el laboratorio de Birmingham? —preguntó Penn.

—Quiero que participen lo menos posible hasta que Mitch haya identificado dónde está su fuga.

—No hay problema, jefa.

—Ahora, pasemos al contenido de verdad —dijo, y dedicó a Stacey una mirada fija.

La agente tardó solo tres segundos en darse cuenta de por dónde iban los tiros. Empezó a negar con la cabeza.

—No lo hará, jefa. No ha trabajado en un caso activo desde el último que tuvo con nosotros. Está escribiendo su libro.

Alison Lowe elaboraba perfiles. Era una criminóloga, como le gustaba que la llamaran, y había asesorado al equipo en un par de casos importantes. Hasta hacía un año, cuando un asesino, que había tenido a Kim en el punto de mira, había puesto en peligro la vida de la propia Alison.

—¿Todavía lo está escribiendo? —preguntó Kim.

Stacey asintió.

A partir de aquel caso, Stacey y ella se habían hecho amigas y seguían en contacto.

—Requiere de mucha investigación, por lo que parece.

—¿Quieres decir que se está escondiendo detrás de la escritura de un libro?

—Tal vez —dijo Stacey—; aun así, no lo hará.

Alison ya se había borrado de la lista de asesores disponibles, así que Kim no podía pedirle a Woody que la contratara. No obstante, necesitaba su opinión.

—Llámala —dijo Kim.

Stacey sacó su móvil de la mochila.

—No lo hará, jefa, ya te lo digo.

—Pon la llamada en el altavoz —pidió Kim. Quería oír las excusas ella misma.

Todos observaban el teléfono mientras el timbre sonaba bien alto.

—Eeey —respondió.

—Hola, Alison, ¿cómo estás?

—No —dijo enseguida la criminóloga.

—Ni siquiera sabes para qué te llamo. No te he dicho más que cuatro palabras —protestó Stacey.

—Sí, lo sé, y esas cuatro palabras me bastan. Nunca usas mi nombre cuando me llamas. Nunca suenas tan seria cuando me llamas. El eco me dice que estoy en altavoz. El día apenas ha empezado aún y estás en el curro, así que supongo que ahora mismo estoy hablando con los cuatro. Buenos días, amigos.

Kim no pudo evitar que en la comisura de sus labios se dibujara una sonrisa.

Hizo a Stacey una señal para que continuara.

—Ali, te juro que vas a querer ver esto. Tenemos dos cartas...

—Buen argumento de venta, Stace, pero no va a pasar. Podrías tener a Hannibal Lecter en una celda pidiendo un cara a cara, y ni así…

Stacey la interrumpió para insistir.

—Solo necesitamos adentrarnos en la mente de…

—Nop, a menos que hayáis olvidado que la última vez que trabajé con vosotros casi me muero. Nada de lo que digas me hará cambiar de opinión. No estoy en servicio activo.

Kim comprendía su miedo y se solidarizaba con ella. La mujer había vivido una situación traumática, un calvario, y hacía falta una voz suave y persuasiva para que volviera al ruedo. Quizás era cuestión de paciencia, comprensión y un enfoque empático.

Cogió el teléfono.

—Oye, Alison, tenemos a dos muertas y un niño de seis años desaparecido, así que hazme un favor: ponte tus pantalones de mujer adulta y ven a ayudarnos a encontrar a ese cabronazo.

Capítulo 39

Ya con la oficina vacía, Stacey volvió a llamar a Alison. La línea sonó y, en un momento dado, saltó el buzón de voz. Podía imaginarse a su amiga mirando la pantalla, furiosa. Volvió a intentarlo, pero esa vez no hubo timbrazos. El buzón saltó de inmediato.

—Genial —dijo, y lanzó el teléfono sobre el escritorio. Qué trabajo tan fantástico había hecho defraudando a su amiga. Pero ¿cómo iba a saber lo que la jefa iba a soltarle? Y, aunque lo hubiera sabido, ni siquiera podía asegurar que no estuviera de acuerdo.

Sí, se habían hecho amigas íntimas durante aquella investigación, era cierto. Hablaban un par de veces por semana y quedaban para ir a tomar un café una vez al mes por lo menos. Al principio, Stacey había comprendido la necesidad de Alison de apartarse de su carrera. Había creído que lo de escribir un libro le iría bien. Y, al comienzo del proyecto, el entusiasmo de Alison por la investigación la había mantenido animada y alerta, emocionada de verdad ante el desafío. Pero, las dos últimas veces que se habían visto, apenas había mencionado el proyecto.

Stacey estuvo de acuerdo en que su amiga necesitaba volver a ser consultora. Solo que, con seguridad, no se lo habría pedido como lo había hecho su jefa. Decidió intentarlo más tarde, cuando las aguas se hubieran calmado.

Volvió al ordenador para empezar a comprobar los antecedentes que la jefa le había pedido, pero la reunión con Sean Fellows seguía en el primer plano de su mente.

¿Qué había querido decir el preso con aquello de las fechas?

La reunión la había dejado más confundida que antes. Esperaba avanzar en su investigación sobre la agresión a Lesley Skipton y rezaba por tener un punto de partida en las declaraciones de Fellows. Había dado por hecho que sentiría repulsión al estar en la

presencia de ese hombre, pero no había sentido nada en absoluto.

Cogió la carpeta y una hoja de papel y anotó los acontecimientos en secuencia.

3 de mayo: Agresión a Gemma Hornley.

3 de mayo: Sean Fellows es interrogado.

4 de mayo: Agresión a Lesley Skipton.

7 de mayo: Sean Fellows es interrogado.

11 de mayo: Sean Fellows es detenido.

12 de mayo: Sean Fellows es imputado.

13 de mayo: A Sean Fellows lo interrogan sobre Lesley Skipton.

15 de mayo: El expediente de Lesley Skipton es archivado.

Se quedó estudiando las fechas clave.

«¿Por qué todos asumen que soy tonto del culo?». El hombre le había pedido que las estudiara. Al ver las fechas escritas, comprendió lo que le había querido decir.

¿De verdad habría cometido otra violación tan pronto, cuando la policía acababa de interrogarlo?

Capítulo 40

—Vale, Keats, estamos desperdiciando el tiempo —dijo después de atravesar las puertas automáticas de la morgue por segunda vez en menos de doce horas. Y cada hora que transcurría era una más que Archie, el niño de seis años, pasaba en peligro.

Kim y su colega habían hablado poco en el coche. Él había conseguido cabrearla incluso antes de salir del aparcamiento de la comisaría.

—Perfecto, has tenido muchísimo tacto cuando has hablado con Alison —había dicho Bryant ya en el vehículo.

—Era lo que ella necesitaba oír.

—¿De verdad crees que nos va a ayudar después de eso?

Kim se había encogido de hombros. Si Alison era la mujer que la detective creía que era, dejaría su ego a un lado y se implicaría. Lo que la apasionaba era analizar sucesos y personas, se dijera lo que se dijera a sí misma. Kim se acordó de los exatletas que se dedicaban a entrenar. Pocos eran los que no deseaban seguir compitiendo.

—Y habrás cabreado también a Stacey, seguro.

Ella se giró un poco en su asiento.

—La Virgen, Bryant, ¿te has convertido en la patrulla de los sentimientos? —espetó.

Él le lanzó una mirada de reojo.

—¿Tienes algún proyecto entre manos? —le preguntó.

—No es de tu maldita incumbencia.

Bryant, después de haber captado el mensaje, se había centrado en

conducir.

La verdad era que a ella sí le importaban los sentimientos de las personas. Hasta cierto punto. Había un niño de seis años desaparecido y necesitaban toda la ayuda posible, pero no iba a explicarle eso a su colega, quien, ahora, mientras entraban en la morgue a plena luz del día, parecía mucho más tranquilo.

Desde el fregadero, Keats se volvió con una sonrisa triunfante.

—Aaah, tal como lo sospechaba. Tenía razón —dijo. Kim no sabía con quién había mantenido el médico forense una batalla secreta, pero se alegró de que hubiera ganado—. Sabía que vendrías tú, en lugar de Penn, así que me he tomado la libertad de hacerlo temprano. No me siento igual cuando eres tú quien mira por encima de mi hombro. Si Penn me respira en la oreja es porque, al menos, aprecia el arte.

—¿El arte de qué? —preguntó Kim, y se apoyó en el impecable mostrador de acero inoxidable.

El médico se lo pensó por un momento.

—Hablamos de la diferencia entre un bocadillo y un menú degustación de siete platos.

Ella se volvió hacia su colega.

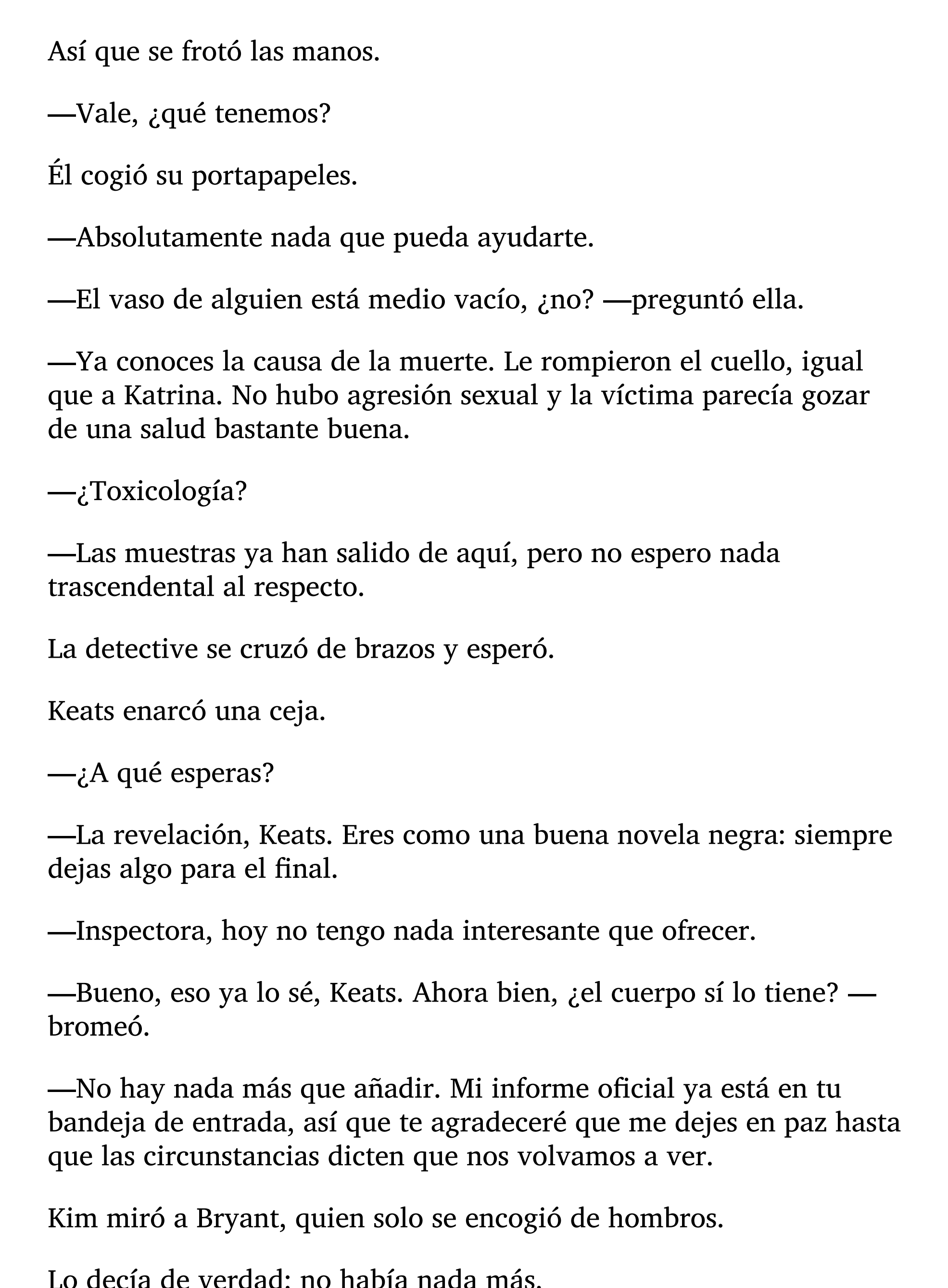
—Escucha eso, Bryant, Keats me está llamando...

—Tú eres el bocadillo —aclaró el médico—. Penn observa el proceso, hace preguntas, aprende de la experiencia. A ti, en cambio, te gusta coger lo tuyo y salir.

—Oye, yo también hago preguntas.

—No sobre el proceso, solo sobre los resultados.

Estuvo a punto de alegar que conocer el proceso no la ayudaba a encontrar a los asesinos, pero prefirió cerrar la boca. Keats estaba molesto, y se alegró de no haber tenido que presenciar la autopsia.



Así que se frotó las manos.

—Vale, ¿qué tenemos?

Él cogió su portapapeles.

—Absolutamente nada que pueda ayudarte.

—El vaso de alguien está medio vacío, ¿no? —preguntó ella.

—Ya conoces la causa de la muerte. Le rompieron el cuello, igual que a Katrina. No hubo agresión sexual y la víctima parecía gozar de una salud bastante buena.

—¿Toxicología?

—Las muestras ya han salido de aquí, pero no espero nada trascendental al respecto.

La detective se cruzó de brazos y esperó.

Keats enarcó una ceja.

—¿A qué esperas?

—La revelación, Keats. Eres como una buena novela negra: siempre dejas algo para el final.

—Inspectora, hoy no tengo nada interesante que ofrecer.

—Bueno, eso ya lo sé, Keats. Ahora bien, ¿el cuerpo sí lo tiene? —bromeó.

—No hay nada más que añadir. Mi informe oficial ya está en tu bandeja de entrada, así que te agradeceré que me dejes en paz hasta que las circunstancias dicten que nos volvamos a ver.

Kim miró a Bryant, quien solo se encogió de hombros.

Lo decía de verdad: no había nada más.

Se encaminó a la salida con la sensación de que había preguntas pendientes.

Keats había enumerado todas las similitudes entre los asesinatos de Katrina y Louise. Su mente volvió a la pizarra, en la sala del escuadrón.

Cuando las puertas automáticas ya se habían abierto, se detuvo en plena salida y dio media vuelta.

—¿Rasguños? —preguntó—. En la piel de Katrina encontraste marcas de arañazos hechos a propósito.

Keats movió la cabeza de lado a lado.

—Ninguno en Louise. Limpia como una patena.

Kim salió de la morgue con el ceño fruncido.

La ausencia de una sola cosa sí era una sutil diferencia con respecto al primer asesinato. ¿Qué significaba?

¿Habían averiguado algo, después de todo?

Capítulo 41

Penn conocía bien el parque Stevens. No era muy grande. No había colinas onduladas que subir ni lagos escondidos ni parajes hermosos. En su longitud, estaba bordeado por una autovía que iba de Quarry Bank a la frontera de Lye. Más allá, lo cercaban edificios industriales y una urbanización que colindaba con los otros perímetros.

No era uno de esos parques campestres donde uno paseaba tranquilo por un fragmento de naturaleza robada. Tenía pocas instalaciones y era popular entre los paseadores de perros de la localidad. Por eso lo conocía Penn.

Cuando Jasper era niño, tenían un perro pequeño, una terrier mestizo. Los padres de Penn habían supuesto que Jasper sería un chiquillo solitario, así que quisieron darle algo que amar. Y a él le encantó. De hecho, todos estaban encantados hasta el día en que Mutley dobló las patas y murió debido a una insuficiencia renal. Jasper estaba inconsolable. Había conocido la muerte demasiado pronto para su edad. Una vez comprendió que Mutley no iba a volver, empezó a sacar del trastero la cama del perro para dormir en ella. Fueron semanas de lágrimas y rabietas. Y eso era lo que preocupaba ahora a Penn. Había visto el dolor de su hermano. Conocía el aspecto que ese dolor tenía si le daba rienda suelta. Había visto su efecto devorador, y no se parecía en nada a lo que estaba presenciando ahora.

«Justo a tiempo», se dijo al ver que se acercaba un agente conocido. Llamó al oficial de pelo cano:

—Planty.

—Inspector Planty para ti, muchacho —dijo él, y le ofreció la mano.

Penn se la estrechó con afecto. Antes de incorporarse al Departamento de Investigaciones Criminales y trasladarse a West Mercia, había trabajado muchas veces como ayudante de ese

hombre, cuando era sargento.

—¿Estás aquí para vigilar nuestro trabajo? —preguntó Plant con una sonrisa.

—No, para agilizar la comunicación —le explicó—. Órdenes de la jefa.

—Sí. Yo también cumpliría sus órdenes.

Penn sabía que no había malicia en esas palabras. Por lo que tenía entendido, los dos habían trabajado juntos en múltiples ocasiones y con un ambiente de cooperación y respeto mutuos.

—¿Tienes algo de lo que informar?

El inspector Plant negó con la cabeza. Su mirada era de frustración.

—Esta mañana hemos tenido bastantes voluntarios.

Penn sabía que siempre aparecían voluntarios para ayudar en las búsquedas, sobre todo si había un niño implicado. Era, al mismo tiempo, una bendición y una maldición. Una mezcla con muchos individuos significaba mayor coordinación e instrucciones constantes.

—¿Cuántos? —preguntó Penn. Llegaron al maletero abierto del coche patrulla de Plant, que en hacía de punto de mando.

—Hasta ahora, cuarenta y ocho, pero el día acaba de empezar. —Golpeó con un dedo la lista en la que llevaban el registro de los nombres—. A todos les hemos asignado tareas por parejas fuera del perímetro. Los técnicos y los policías entrenados han estado en el interior del parque y más allá del límite, en la zona inmediata.

Penn recogió las hojas en las que se detallaban los nombres y el lugar que cada uno tenía encomendado.

Su mirada se posó en un nombre a mitad de la página.

Un nombre que ya conocía.

Capítulo 42

—Bueno, no lo ha hecho tan mal, ¿verdad? —preguntó Kim. Bryant se desvió hacia una carretera arbolada en las afueras de Quinton.

Aunque se encontraba a solo tres kilómetros de Halesowen, la zona pertenecía al distrito de Edgbaston, que limitaba con los suburbios de Harborne y Bartley Green y abarcaba apenas tres kilómetros cuadrados. Llamaba la atención por tener, en la punta de la aguja de la iglesia de Cristo, el punto más alto de cualquier construcción de Birmingham. La zona contaba con unas cuantas urbanizaciones: viviendas sociales y privadas en cantidades equilibradas. Sin embargo, mientras Bryant se alejaba un par de kilómetros del centro, Kim observó que cada propiedad con la que se cruzaban distaba unos cincuenta metros de la siguiente y que ambas estaban separadas por setos frondosos y altos muros. Todas tenían los portones cerrados.

—Venga, ¿cuánto? —preguntó ella, retomando un juego al que jugaban a menudo.

—Yo diría que entre las seiscientas altas y las setecientos bajas.

Era un rango de precio adecuado, y ella estuvo de acuerdo.

—Por mirar caligrafías. —Atravesaron la única puerta abierta de la carretera.

El edificio en sí era una casa victoriana de doble fachada, pintada de blanco puro con detalles azules en las ventanas.

Los árboles prominentes formaban un dosel que obstruía el paso de la débil luz del sol.

Kim salió del coche y echó un vistazo a su alrededor.

—Stacey dijo que era... ¡Dios! —exclamó al ver que una mujer con unas grandes tijeras aparecía de detrás de un tronco de árbol

grueso. Por un momento, le pareció estar en una película de terror de bajo presupuesto en la que todo el que decía algo sufría una muerte lenta y horrible.

Volvió a mirar las tijeras. La mujer les dedicó una sonrisa agradable. Kim supuso que tendría alrededor de setenta años. Su tez lucía bronceada y sana.

La señora dejó las tijeras contra un árbol y se limpió las manos en los vaqueros.

—Ustedes deben ser los policías —dijo—. Reginald tiene muchas ganas de verlos, aunque finja lo contrario —dijo con un guiño descarado que le quitaba años de encima—. Está en el solárium. Síganme, por favor.

Kim obedeció. La mujer los condujo de la parte delantera de la casa a la trasera. Pasaron por habitaciones de techos altos, una tras otra, todas pintadas en colores claros para aprovechar al máximo la luz. Al acercarse al fondo de la vivienda, fue como entrar en otra casa. Las habitaciones estaban inundadas de una luz solar que calentaba mucho el interior.

La mujer bajó a una terraza acristalada que ocupaba la mitad de la anchura de la casa. El espacio estaba lleno de muebles de mimbre y plantas que parecían haber sido rescatadas del frío.

—¿Señor Wilkins? —preguntó Kim mientras Bryant le extendía la mano.

—Reg, por favor. —El hombre dejó a un lado su libro y les pidió que se sentaran.

—¿Café, té? —preguntó la mujer desde la puerta.

Ambos negaron con la cabeza. Bryant dio las gracias.

Ella desapareció silbando.

—Quieran o no, lo tendrán —dijo Reg al comprobar que su esposa ya se había marchado.

—¿Cómo ha dicho?

—Para cuando Henrietta llegue a la cocina, habrá olvidado su respuesta y hará el café de todos modos. —Miró las plantas a su izquierda—. Esas nunca tienen sed.

—¿Tiene…?

—En las etapas iniciales. Nos las vamos arreglando. ¿En qué puedo ayudarlos? ¿La policía por fin ha entrado en razón?

Kim disimuló su sonrisa. Como institución, el cuerpo no se apresuraba a adoptar nuevas formas de hacer las cosas, y evaluar a las personas a partir de su letra no era algo que hicieran abiertamente.

—Es un tema interesante. ¿Cómo se metió en…? —preguntó Kim.

Reg Wilkins se echó a reír a carcajadas. Aparecieron unos dientes blancos y uniformes en un rostro apenas cubierto de barba, coronado con una larga cabellera gris.

—Una inocente pregunta de conversación que oculta toda su valoración de esta entrevista. —Buscó la mirada de Kim—. Quiere conocer mis credenciales, aunque sea usted quien haya acudido a mí. Yo no soy el que tiene demencia, oficial. ¡Aaah, el café, qué bien! —exclamó en cuanto vio a su mujer entrar en la habitación con una bandeja. Mientras ella colocaba las cosas sobre la mesita, Kim se sintió complacida con el gesto del hombre. Había preferido no recordarle a su mujer que habían rechazado su oferta.

—Gracias —dijeron Kim y Bryant al mismo tiempo.

Ella asintió y se fue.

—No es necesario que se lo beban —dijo él, y desvió los ojos hacia las plantas—, pero es un buen café.

Ella interceptó la mirada del hombre mientras Bryant llenaba las tazas.

—Bien, Reg, dejemos el parloteo, ¿cuáles son sus credenciales?

—Así está mejor —dijo él con una sonrisa—. Para responder a su pregunta, empecé a estudiar Grafología en los años ochenta, cuando la British Steel Corporation me despidió. Hice mis estudios en la Escuela de Grafología de Cambridge. Soy miembro del Instituto Británico de Grafólogos, de la Academia Británica de Grafología y...

Ella levantó la mano.

—Vale, gracias —dijo.

—Durante los años noventa, me gané la vida a duras penas, pero, con el cambio de milenio, las horas del día ya no me bastaban. De repente, todas las empresas querían conocer mejor a sus empleados.

Por fin Kim entendía cómo era posible que viviera en esa casa. Unas habilidades recién adquiridas lo habían colocado en el lugar adecuado en el momento oportuno.

—¿Alguna vez ha prestado servicios en asuntos penales? —preguntó Kim.

Él negó con la cabeza.

—Tengo entendido que la policía aún muestra reticencias sobre el tema. —Hizo una pausa—. Y creo que aquí, sentado frente a mí, tengo el ejemplo perfecto.

Kim se volvió hacia su colega, que escuchaba frunciendo el ceño.

—Lo siento, no pretendía ser grosero —respondió Bryant—, pero, para serle franco, me cuesta aceptar esta ciencia cuando a todos nos ha enseñado a escribir nuestro profesor de primaria.

Reg sonrió.

—Reúna a sus compañeros, a ver si ahora todos escriben igual.

Bryant asintió con la cabeza.

—Un momento —dijo Wilkins. Se puso de pie y abrió el cajón de una mesita auxiliar de mimbre. Sacó un papel y un bolígrafo y se lo tendió a Kim.

—Mientras hablo con su colega, escriba lo que espera de mí. —Se dio un golpecito en la sien—. Ya no tengo tan buena memoria.

El hombre volvió a sentarse para seguir hablando con Bryant, y Kim hizo lo que acababa de pedirle

—Todos somos únicos, de pe a pa. Miramos, hablamos, actuamos y nos movemos de formas diferentes. Nuestra forma de escribir es singular. Deja un rastro permanente. Su escritura cambia según su estado de ánimo…

—Entonces, ¿cómo puede determinar algo si…?

—Porque hay componentes que se mantienen constantes. Las aplicaciones de esta ciencia son infinitas. La usamos en personas que cambian de carrera, cuando queremos destacar los puntos fuertes y débiles o la compatibilidad. Puede orientarnos sobre cómo tratar eficazmente con la gente. Desde hace décadas, se utiliza para detectar falsificaciones.

—Pero es una ciencia bastante nueva, ¿no? —preguntó Bryant.

Él negó con la cabeza.

—Los griegos la usaron durante muchos siglos, y también los chinos. Incluso el famoso psicólogo suizo Carl Jung reconocía la validez del análisis grafológico. Se calcula que, en Israel, el noventa y ocho por ciento de los solicitantes de empleo pasan primero por un análisis de su escritura, aunque Europa sigue siendo la región donde más se investiga y utiliza la grafología.

Kim le entregó el apunte de sus expectativas y se sacó del bolsillo trasero las dos hojas de papel.

—¿Le echaría un vistazo a esto?

Él dejó la lista a un lado y se llevó las cartas a los ojos.

—Ah, fotocopias.

—¿Es un problema? —preguntó Bryant.

Él inspeccionó ambos papeles.

—El documento original siempre es mejor, aunque estas son buenas copias —dijo—. Sí, creo que podré hacer algo con esto.

—¿Qué hace diferente al original? —preguntó Kim.

—Se puede saber mucho de una persona por la fuerza con que ha escrito sobre la hoja de papel; pero no importa, tenemos mucho con lo que trabajar. —La miró a los ojos—. Por ahora, no se llevará nada de aquí. Esto no es un autoservicio. Hay más de cien formaciones que identificar en los trazos básicos. —Kim no pudo evitar sentirse decepcionada al ver que no se llevaría ni siquiera una idea del perfil.

«Siento no poder decirle lo que usted quiere oír, pero la imagen general de la escritura, es decir, cosas como dónde está en la página, si los márgenes son anchos o estrechos, si son iguales, si la letra es grande o pequeña, fuerte o suave, clara o confusa... Todo nos dice algo, pero solo en conjunto con las formaciones individuales de los trazos; por ejemplo, dónde están colocadas las barras de las tes, qué longitud tienen los bucles descendentes o si las letras circulares son abiertas o cerradas.

—Pero, sin duda...

—Vale, no hago trucos de magia —dijo. Cogió la lista que Kim acababa de escribir y echó un vistazo a la página—. Mmm..., oficial —dijo—, enseguida me doy cuenta de que usted es una persona decidida. Lo que no distingo es si ese rasgo suele meterla en líos.

Bryant se inclinó hacia delante.

—Sí que la mete en líos.

—Su determinación se mezcla con la imprudencia...

—Sí —volvió a responder Bryant.

Kim miró a su colega con ojos ariscos.

—¿Es decidida hasta la ferocidad?

Kim volvió a mirar a Bryant y este cerró la boca.

—Vale, y no tengo que leer la letra de su compañero para distinguir las señales de su valentía unidas a las del instinto de supervivencia. Conocer un par de rasgos de personalidad no nos dice nada si no vemos cómo funcionan juntos.

Kim aceptó su derrota. Sí, quería una respuesta, pero también quería que fuera precisa.

—¿Cuánto tiempo?

—Por lo general, le pediría de tres a cuatro días.

—Mierda —dijo Kim. Se imaginó los cadáveres apilándose en ese periodo.

—Pero, dada la urgencia —continuó él—, deme veinticuatro horas.

Ella sabía que eso era lo mejor que iba a conseguir si quería hacerse una idea razonable de su asesino.

Se levantó y se encaminó hacia la puerta, pero vaciló.

—Ha dicho que no le interesaban mucho los trucos de magia, así que ¿por qué ha hecho uno? —preguntó.

El señor Wilkins se volvió hacia Bryant.

—Porque, cuando vuelvan mañana, me gustaría que ambos fueran receptivos a lo que tengo que decir. No volveré a justificar mis hallazgos.

—Touché —dijo Bryant, y asintió en señal de que lo había entendido.

—Gracias por… —Dejó de hablar en cuanto oyó el tono de su teléfono—. Disculpe.

Mientras Reg vaciaba su café en una de las plantas, ella se giró y sacó el móvil.

Era Penn, desde el lugar de la búsqueda.

En su imaginación, Kim cruzó los dedos. «Por favor, Dios, que hayan encontrado a Archie».

Cogió la llamada y lo escuchó de camino a la entrada de la casa.

Al llegar a la puerta principal, hizo un alto para verbalizar la pregunta que ya tenía en los labios.

—¿Qué demonios hace Ella ahí?

Capítulo 43

Eran casi las once cuando Bryant llegó al parque Stevens. Una ligera llovizna empezaba a salpicar los parabrisas.

Kim fue hacia Penn, que la esperaba a la izquierda de un coche patrulla con el maletero abierto.

—¿Estás seguro de que es ella? —le preguntó, como continuación de la charla que habían iniciado a su salida de la casa del grafólogo.

Penn metió la mano en el maletero y sacó una hoja de papel.

—Aquí dice que Ella Nock ha llegado a las 8:55 de la mañana. La han emparejado con una mujer llamada Dorothy Birch para buscar a lo largo de Caledonia hasta la mediana y de regreso.

—¿Ha vuelto ya? —preguntó Kim.

Penn sacudió la cabeza mientras la llovizna se convertía en una lluvia torrencial.

—Aquí llegan algunos voluntarios —anunció Penn, y señaló con la cabeza el camino hacia las puertas principales.

Un grupo de cuatro mujeres y dos hombres se acercaba a toda velocidad al punto de coordinación. Sin duda, corrían apremiados por la lluvia.

Kim reconoció a Ella, que se subía el cuello de la chaqueta.

Cuando el grupo ya estaba cerca, el inspector Plant apareció en el coche.

—Gracias a todos por haber venido —dijo. Las tres parejas dijeron sus nombres y describieron la zona que habían registrado.

Kim dio un paso adelante.

—Ella —dijo—, me sorprende verla aquí.

La mujer se encogió de hombros mientras los demás se encaminaban a sus coches.

—Es lo menos que podía hacer, inspectora. Vi en las noticias que un niño había desaparecido. Nosotros hemos tenido suerte, hemos recuperado a Mia, pero...

—Y también recuperaremos a Archie —dijo Kim con más confianza de la que de verdad sentía—. Creía que su hermano la necesitaba más.

—Él quería venir, pero he insistido en que se quedara en casa con Mia. La niña se ha dado cuenta de que su madre no va a volver.

Kim se preguntaba si Andrew Nock siempre hacía lo que su hermana le decía.

—¿Y cómo está su hermano?

Ella enarcó una ceja, como si responder a esa pregunta no tuviera sentido.

—Bueno, si esto es todo, inspectora, me gustaría...

—Por supuesto —dijo Kim. Notó que la mujer tenía el pelo aplastado contra la cabeza.

Ella se alejó, y la detective intentaba apaciguar la sensación de inquietud que sentía en el vientre. A primera vista, al ofrecer su ayuda, esa mujer estaba cumpliendo con un deber cívico. Sin embargo, que fuera pariente de la primera víctima añadía un sabor inusual a su gesto desinteresado.

Kim la observó mientras la veía entrar en su coche y marcharse.

Sacó el teléfono. Stacey le cogió la llamada casi de inmediato.

—Con respecto a los controles de antecedentes de los miembros de la familia, Stace...

—Sí, jefa.

—Pon a Ella Nock al principio de tu lista.

Capítulo 44

Stacey fue a la página que contenía la lista de los nombres de los miembros de la familia y puso un asterisco junto al de Ella Nock.

Volvió a las notas más recientes y al número de teléfono que acababa de garabatear.

Se pondría en contacto con Ella Nock a la primera oportunidad, pero antes tenía que hacer una llamada.

Después de haber leído con detenimiento los documentos del juicio de Sean Fellows, no se había quedado más tranquila que antes.

Por las transcripciones, Stacey estaba segura de que Gemma Hornley había sido una víctima irresistible. Y, después de haber hablado con ella, podía ver por qué.

Sean Fellows, en cambio, se había mostrado agresivo y hostil. Hasta en dos ocasiones, el juez le había advertido de que cuidara su lenguaje y se calmara.

El expediente judicial no había revelado nada que ella no supiera ya. No había habido ninguna prueba adicional, ninguna confesión repentina y dramática en el tribunal. Eso dejaba a Stacey con una única pregunta candente, la pregunta que esperaba responder después de marcar el número escrito en su libreta.

Conseguir información del jurado no había sido una tarea difícil. Al día siguiente del veredicto, Thelma Bird había accedido a hablar con la prensa. Dado que no tenía permitido decir nada acerca de las deliberaciones del jurado, había charlado acerca de cómo se había comportado Sean Fellows en la sala. En el artículo se señalaba que la mujer era de la zona de Willenhall, así que averiguar su número había sido aún más fácil.

Le contestó el teléfono con un simple y amable «Hola».

—¿Thelma Bird? —quiso aclarar Stacey.

—Soy yo —respondió, alegre.

Stacey se presentó y añadió:

—Estoy investigando el caso de Sean Fellows, condenado por violación...

—Ay, ya sé quién es, querida —respondió ella—. Aguarde un minuto.

Stacey esperó. Podía oír ruidos de movimientos al fondo.

—Acabo de cerrar la puerta del salón. Mi marido está durmiendo la siesta. ¿Qué necesita?

Stacey tenía pensadas muchas maneras diferentes de expresar lo que quería decir, pero, en realidad, no había forma de disfrazarlo.

—La verdad es que me gustaría saber por qué lo condenaron.

—¿Cómo?

—Por favor, no me malinterprete —dijo Stacey, sin ánimo de ofender a la mujer—. No digo que se equivocaran, pero me gustaría saber cuál fue el factor decisivo. ¿Fue el testimonio de la víctima?

—En parte. Fue muy creíble y convincente. Pero no, no fue solo eso.

—¿Fue por el enfado de Fellows o porque lo vieron salir en la misma dirección que la víctima?

—La verdad es que no. Todos entendimos que eso era circunstancial.

Stacey estaba confundida. Esa era, más o menos, la suma de las pruebas contra él.

—¿Entonces?

—Fue él mismo, su forma de ser, su actitud. Estaba en plan chulesco y arrogante, como si fuera a salir impune de lo que le había hecho a

esa pobre chica. O sea, la mayoría de los casos de violación ni siquiera llegan a los tribunales, ¿no? —preguntó Thelma, que cogió carrerilla—. Lo he investigado, verá, y, de las más o menos ochenta y cinco mil mujeres que sufren delitos sexuales violentos cada año, solo el quince por ciento los denuncian a la policía. Muy pocos asuntos llegan a los tribunales. Los índices de condena por violación son inferiores a los de otros delitos: en torno al cinco por ciento, si no me falla la memoria.

—¿Así que los números los convencieron? —preguntó Stacey.

—No las cifras. Pero es que teníamos a un violador sentado delante de nosotros, y lo sabíamos. Digamos que, si la víctima cree que fue él, si la policía cree que fue él y si la Fiscalía de la Corona también, algo debe haber. Si el caso había llegado tan lejos en el proceso, teniendo en cuenta tantas cifras negativas, ¿con qué cara íbamos a dejar que ese hombre se marchara?

Stacey volvió a echar un vistazo a la demografía del jurado. Siete mujeres y cinco hombres. ¿Habría sido una especie de votación por sororidad? ¿Habrían tratado el caso como un asunto civil, basándose en el equilibrio de las probabilidades? ¿Era, pues, más probable que lo hubiera hecho a que no?

—Me mantengo firme en nuestra decisión. Sigo pensando que era culpable. Usted debería haber visto su semblante cuando se leyó el veredicto. Le quitamos de la cara esa sonrisa altanera.

Sí, sin duda, y Stacey tenía la sensación de que sabía exactamente por qué.

Capítulo 45

—¿Dónde estás, Stone? —preguntó Woody en cuanto contestó el teléfono.

—Vamos de vuelta a la comisaría para hacer los registros, señor. —Las gotas de lluvia seguían escurriendo por su pelo hasta el cuello.

Bryant y Kim habían permanecido bajo la lluvia unos minutos más mientras el inspector Plant los ponía al tanto de las zonas de búsqueda. Tras haberse dado cuenta de que ni ella ni su equipo podían añadir nada, ordenó a Penn que volviera a la comisaría después de comer. Cualquier novedad les sería comunicada directamente por el inspector Plant.

—Perfecto. Tendrás que desviarte un poco, si no te importa.

Ella frunció el ceño.

—¿Adónde?

—A Halesowen, al centro comercial. El EPT se reunirá para comprobar el recorrido.

Kim se preguntó si había oído bien.

—Señor, sabe que tengo...

—No me insultes con tus siguientes palabras, Stone. Serán diez minutos y necesitamos darle continuidad a eso. Es solo con el personal operativo, así que será breve.

Ella nunca había sabido de ninguno de esos encuentros que fuera breve.

—Señor, de verdad, creo...

—Stone, te lo estoy pidiendo, así que hazlo.

Mientras en sus labios tomaba forma otra protesta, en su mano se cortó la llamada.

—Maldita sea —gruñó, y se guardó el móvil en el bolsillo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bryant—. ¿Tienes que ir a hacer de buena chica con la gente del EPT?

—Solo por esa cara de engreído que has puesto, tendrás que venir conmigo —dijo ella. Por su cuello seguía escurriendo agua. Miró a su alrededor—. Jesús, Bryant, ¿en este maldito coche no tienes nada que pueda usar para secarme?

—No, lo siento. Me han quitado el spa móvil. Ocupaba demasiado espacio. —Pensó por un segundo—. La toalla del perro está detrás, si quieres usarla.

—Bryant, a veces eres un verdadero ca...

—¿Crees que sería mejor llamar a Stace? —la interrumpió.

—Buena idea. —Kim volvió a sacar el teléfono—. Hola, Stace —dijo en cuanto la ayudante le contestó—. Vamos con un poco de retraso, pero deberíamos llegar en media hora.

—No hay problema, jefa.

—¿Qué has hecho los últimos veinte minutos? —preguntó. Prefería charlar con ella por teléfono que con Bryant en el coche.

—Solo quería terminar algo del...

—Stace, te he dicho que nuestro caso actual es prioritario. Cuando te pido que hagas algo, lo que espero es que...

—Lo sé, jefa, lo siento, pero este caso de la baraja se acaba de complicar.

—¿Por qué? ¿Ya no crees que tu chico violó a la segunda víctima?

—Para ser sincera, jefa, es incluso más complicado que eso, porque ya no creo que violara a ninguna de las dos.

Capítulo 46

—Vaya, ahí tenemos un problema muy gordo, ¿no? —preguntó Bryant. Justo entraban por el patio de servicio del centro comercial.

Kim también iba pensando en la revelación de Stacey. Le había dicho a la ayudante que discutirían el asunto cuando estuvieran de vuelta en la comisaría, pero, si tenía razón, mucha gente terminaría cabreada, empezando por los colegas de Brierley Hill. El objetivo de la baraja era zanjar casos sin resolver, no abrir la caja de Pandora de los que ya estaban cerrados. Por una vez, esperaba que su colega estuviera equivocada.

—Parece que el espectáculo ya ha empezado —dijo Kim al ver a los representantes de los servicios médicos de emergencia y los bomberos. La superintendente Lena Wiley estaba entre los dos.

Kim trató de acomodarse un poco el pelo mojado por la lluvia.

—Maldita sea, jefa, por lo general, no te preocupas por tu apariencia. —Ella lo miró enfadada—. Me temo que lo que acabo de decir no ha sonado como yo pretendía.

—Venga, vamos —dijo Kim. Se bajaba del coche justo cuando un BMW negro se detuvo a un lado.

Bryant no se movió hasta que el hombre salió del vehículo.

Christopher Manley les dedicó una amplia sonrisa y, de inmediato, les ofreció la mano. Bryant se la estrechó con afecto.

—Hola, Chris, he oído que te va bien.

En la parte trasera del coche, el hombre buscó la chaqueta que llevaba colgada.

—No me puedo quejar, tío. Estoy haciendo vuestro trabajo.

Bryant rio a carcajadas.

—Alguien tiene que hacerlo, colega.

Chris miró brevemente de uno a otro.

—Ah, estáis juntos.

—Somos compañeros —se apresuró a decir Bryant antes de echar un vistazo a su alrededor—. ¿No hubo un incidente aquí abajo, una vez?

Chris sonrió.

—Sí, sí. Una famosa banda de chicos fue a la tienda de discos a dar un breve concierto. Llegaron borrachos como cubas y estuvieron escondidos hasta la hora de la función. Sin embargo, como había pocos fans que los adoraran y gritaran, al vocalista no le sentó bien, así que puso mensajes en las redes sociales para que todo el mundo supiera que estaban aquí. Las chicas vinieron corriendo, rompieron las barreras y rodearon el autobús de la gira.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó Kim, divertida.

—Tres heridos leves. La presentación se canceló y el autobús de la gira se fue.

—Sí, recuerdo haberlo oído —dijo Bryant.

—Sí, al final, aparecisteis —dijo Chris con una sonrisa irónica. Miró al equipo ya reunido—. Bien, supongo que será mejor que vayamos antes de que su majestad nos castigue.

Bryant señaló con la cabeza al jefe de seguridad.

—Un buen tipo —dijo—. Uno de los nuestros, casi.

Aquello no la sorprendió. Muchos miembros del personal de seguridad habían aspirado a pertenecer al cuerpo, pero se habían desviado por diferentes motivos.

—¿Dinero? —preguntó ella. Todo el mundo sabía que el sueldo no

era muy bueno. Y él se había forjado una vida decente con su propia empresa de seguridad.

—No. Hizo haciendo el entrenamiento y estuve con él en un par de turnos. Una noche, en un pub, se metió en una pelea doméstica. Un tío se puso violento y lo abofeteó. Hubo golpes y el borracho terminó denunciándolo. A Chris se le acabó la carrera policial.

—Vale, así que hoy es oficialmente aburrido —dijo Kim, aunque consideraba una pena que el hombre hubiera perdido su carrera por intentar hacer lo correcto. Esperaba que el balance financiero de su empresa lo ayudara a suavizar el golpe.

—Inspectora Stone, gracias por venir —dijo Lena, aunque a Kim no le quedaba ninguna duda de quién había solicitado su presencia.

El desaire de esa mujer a Bryant demostró una vez más el desprecio que sentía por las personas que consideraba inferiores o que no merecían su tiempo.

Chris y Bryant intercambiaron miradas. Sus llegadas habían sido recibidas con el mismo entusiasmo.

—Bien, empecemos —dijo Lena, y señaló la barrera de entrada al patio de servicio por la que todos acababan de pasar—. Las entregas en esta zona finalizarán una hora antes de la llegada de Tyra. Esta zona debería ser...

—Tengo a un tipo en eso desde las dos de la tarde —dijo Chris sin mirarla.

Lena dio una vuelta completa.

—No me parece que un guardia sea suficiente para todo...

—Tengo a otros dos aquí abajo patrullando desde la una y media —añadió cansado, como si ese no fuera su primer rodeo.

—Espléndido —dijo ella. Se volvió hacia el representante de los servicios médicos de emergencia—: ¿Es un buen lugar para vosotros?

—Nadie saldrá herido aquí abajo —opinó Kim.

El objetivo de la asistencia médica era el público. En aglomeraciones, la gente se aplastaba, se acaloraba y se caía. Y eso ocurriría en el nivel superior, en la zona del centro comercial.

—Hay una salida de incendios justo al lado de la tienda. Estaremos apostados allí —dijo Nikita Jackson.

—Muy bien —comentó Lena—. De acuerdo. Tyra vendrá acompañada de su agente, Kate Sewell. Yo llegaré justo detrás. Cuando la modelo esté a salvo en la trastienda, mi oficial y yo nos retiraremos. —Kim escuchó el mensaje que subyacía a esas palabras: «Una vez os la haya entregado, lo que ocurra no podría importarme menos»—. Así que, si pudiéramos recorrer el itinerario desde aquí hasta la parte trasera de la tienda para comprobar que lo hemos cubierto todo y estamos listos para mañana, me daría por satisfecha.

En dos grupos de tres, continuaron por el patio de servicio hasta llegar al pasillo interior, que conducía a las escaleras. Lena estaba entre el oficial de bomberos y el paramédico; Kim, entre Bryant y Chris.

—¿Por qué me siento como si fuéramos los niños traviesos? —preguntó Bryant.

—Calla o te oirá y nos pondrá copias de castigo para casa —dijo Chris.

—Parece más bajita que en la tele —observó Bryant.

Chris sonrió, satisfecho.

—Deberías decírselo —dijo.

—Sí, claro. Con los años he aprendido a mantener la boca cerrada cuando estoy cerca de una tocapel…

—Ejem —dijo Kim.

—… mujer fuerte —se corrigió Bryant.

—¿No te cabrea que haga eso? —le preguntó Kim a Chris.

No había nada malo en que una mujer fuerte alardeara de su poder, aunque ella habría preferido unos modales un poco más amable, lo que, viniendo de Kim, era mucho pedir.

—¿Que haga qué? —respondió Chris. Ya estaban cerca de la puerta de salida de incendios.

—Te habla como si fueras basura y no reconoce tu presencia en absoluto.

Él se encogió de hombros.

—Estoy acostumbrado.

—¿Has trabajado con ella antes?

—En general, quiero decir. Hay policías que aprecian lo que hacemos; otros, no. Los buenos compensan a gente como ella. Y me gusta recordar que Lena también empezó en el sector de la seguridad.

—¿En serio? —preguntó Kim.

—Sí, como oficial de escolta. Guardaespaldas de gente importante —dijo, y agrandó los ojos.

Seguro que la mujer sentía cierta empatía por el ingrato trabajo que Chris intentaba hacer.

Lena Wiley lanzaba dagas a Chris:

—A ver si dejas de hacerte el interesante y te pones al día, ¿eh?

Ninguno de los tres se había dado cuenta de que se había detenido justo delante de la puerta.

Kim ignoró a Lena y señaló con la cabeza hacia su lado derecho, al mismo tiempo que sonaba el ascensor que bajaba del piso de arriba. Vieron salir a una limpiadora con un carrito de rejilla.

—Esa es la puerta de la que hablaba.

—Tomo nota —dijo Chris—. Habrá un oficial apostado aquí.

—Quiero que apaguen estos ascensores mientras dure la visita —dijo Lena, aunque ya se había desentendido de lo que pudiera ocurrir tras la entrega de Tyra en la trastienda.

Trotó hasta lo alto de la escalera y se detuvo. La uniformidad de los pasillos sin ventanas era desconcertante y alteraba el sentido de la orientación.

—No sé a qué...

Chris se puso al frente del grupo.

—Ah, por favor, dejadme ayudar —ofreció con gentileza—, he colaborado en muchas situaciones aquí.

Lena enrojeció, pero no dijo nada.

—Si vamos a la izquierda, nos encontraremos en un circuito cerrado hasta otro patio de servicio, al otro lado del centro comercial. Por la derecha se atiende a todos los comercios de la planta superior de esta parte.

Empezó a caminar y el grupo lo siguió.

—Justo al otro lado de esta esquina, a mano izquierda, encontraremos la tienda.

—Bueno, no ha sido tan difícil —dijo Lena con sorna.

—Sí, pero ninguno de nosotros conocía el camino, ¿verdad? —espetó Kim, un poco molesta por la actitud despectiva de la mujer. Chris no era menos persona por no ser policía.

—Encantado de ayudar —dijo él, y dio un paso atrás, hasta donde Bryant estaba trasteando con su teléfono.

—Así que, si pudiéramos ultimar los horarios de...

—Ay, lo siento, disculpe —dijo Kim cuando su móvil empezó a sonar.

La detective se giró y contestó mientras Bryant hacía desaparecer el suyo en su bolsillo.

—Sí, señor, sí; estamos a la mitad del recorrido. No debería tardar mucho... ¿Cómo?, ¿ahora mismo? De acuerdo, señor, voy para allá —dijo, con lo que dio por terminada su conversación con el interior del bolsillo de Bryant.

—Lo siento, tengo que marcharme. Órdenes del jefe.

—Ocurre mucho, ¿no? —la desafió Lena.

—Sí, las víctimas de asesinato no respetan las reuniones del EPT —dijo, y puso mala cara. —Pero me alegro de haberla conocido, superintendente Wiley. —.Se dio la vuelta y se marchó.

—Te dije cinco minutos, Bryant, no una hora y media.

—Han sido cinco minutos, jefa —respondió él con una sonrisa.

—Bueno, me ha parecido más largo.

Volvía al coche, a su verdadero trabajo. Había hecho lo que le habían pedido o mandado. Había hecho el recorrido, había puesto buena cara e incluso estaba dispuesta a rellenar una hoja informativa para que Woody la difundiera donde hiciera falta.

Y, por fin, se había terminado.

Capítulo 47

—Qué fuerte, Stace —dijo Kim cuando la agente terminó de hablar. En parte, había deseado que Stacey estuviera exagerando lo que había descubierto, fuera lo que fuera, que sus emociones la hubieran superado, que se hubiera dejado atrapar por las apasionadas reivindicaciones de inocencia de un hombre.

Pero su exposición de los hechos, tras haberse entrevistado con las tres personas implicadas, había sido objetiva y sin emoción.

—Quiero decir, qué fuerte —repitió.

Solo Dios sabía cómo explicarle aquello a Woody. El plan de su jefe había funcionado bastante bien hasta ese momento: cada comisaría dejaba a un lado el orgullo de grupo si otro equipo consiguiera avanzar en un caso abierto o incluso resolverlo. Que ella supiera, ningún equipo había reabierto uno cerrado; pero Kim no tenía más remedio que estar de acuerdo con su colega. No sabía si Sean Fellows era culpable o no, pero sí sabía que no tenía que haber sido condenado. Nunca.

—Jefa —dijo Stacey.

—No te arrepientas de hacer tu trabajo, Stace. —Se calló un «Por muy odiada que te haga», y eso la haría muy odiada en cuanto el equipo de Brierley Hill se enterara. Alguien quedaría en el punto de mira.

«Pero, por ahora, tenemos que dejarlo apartado. Te necesito. Hay dos víctimas y un niño desaparecido. El señor Fellows tendrá que darnos un minuto.

—Entendido, jefa —dijo Stacey. Abrió la puerta del Tazón y se dirigió de nuevo a la sala de la brigada.

Kim la siguió fuera del cubículo privado. «Tengo que pensar cuál es la mejor manera de proceder», pensó.

Echó un vistazo al café recién hecho que, como por milagro, había aparecido durante su reunión con Stacey.

—Buen trabajo, Bryant —dijo.

—Cualquier cosa que te haga la vida más fácil, jefa —bromeó él.

—Tu dimisión —dijo ella, y le tendió la mano.

—Ya quisieras.

Kim fue al fondo de la sala y se apoyó a un lado de la impresora.

—¿Alguna novedad en el sitio de búsqueda? —preguntó a Penn.

—La mayoría de los voluntarios se han marchado debido a la lluvia. Cuando me he ido, no habían encontrado nada.

Maldita sea, habían transcurrido casi veinticuatro horas desde la desaparición de Archie. Habían visitado las casas más cercanas al límite del parque, pero, hasta el momento, nadie había visto nada. Al caer la tarde los visitarían de nuevo a los familiares para hablar con quienes no se encontraban en la primera visita.

—Stace, sé que has estado ocupada, pero ¿tienes algo sobre Ella Nock?

—Hasta ahora, nada que sea motivo de preocupación. No tiene antecedentes policiales, ni siquiera una multa de aparcamiento o por exceso de velocidad. Al igual que su hermano, trabaja de comercial, solo que ella gana alrededor del doble que él. Vende artículos de lujo, como jacuzzis y bañeras de hidromasaje. Andrew vende impresoras de inyección de tinta a clientes comerciales. Le va bien. Trabaja muchas más horas y, aun así, sus ganancias no se acercan a las de su hermana. Dos multas por exceso de velocidad para Andrew, nada de antecedentes penales. Por lo que he visto, ambos fueron a la universidad y destacaron. En el colegio, eran aficionados al deporte y competían a nivel nacional. Ella, en salto de longitud; él, en triatlón.

—¿Y los padres? —preguntó Kim. Sentía la decepción en la boca del estómago.

—Ambos médicos, ambos muertos. La madre, que era ginecóloga, murió hace siete años de un aneurisma. El padre, cirujano cardíaco, falleció, qué ironía, de un infarto masivo cuatro años después.

Eso explicaba lo unidos que estaban, pensó Kim. Hasta entonces, las similitudes podían haber sido un poco extrañas, pero, desde luego, nada revelaba la capacidad ni la motivación para asesinar. Aun así, algo carcomía sus entrañas. La ausencia de algo.

—Sigue buscando, Stace.

—De acuerdo, jefa, pero...

Stacey cerró la boca al ver que una figura familiar aparecía en la puerta.

—Buf, cómo me cabrea que aciertes —dijo Bryant en voz baja.

Kim se había asegurado de dejar un pase temporal en recepción. Ahora colgaba del cuello de Alison Lowe.

Hizo señas a su visitante para que entrara.

—No, no te cabrea —dijo—. Entra, Alison. Ya sabes dónde sentarte.

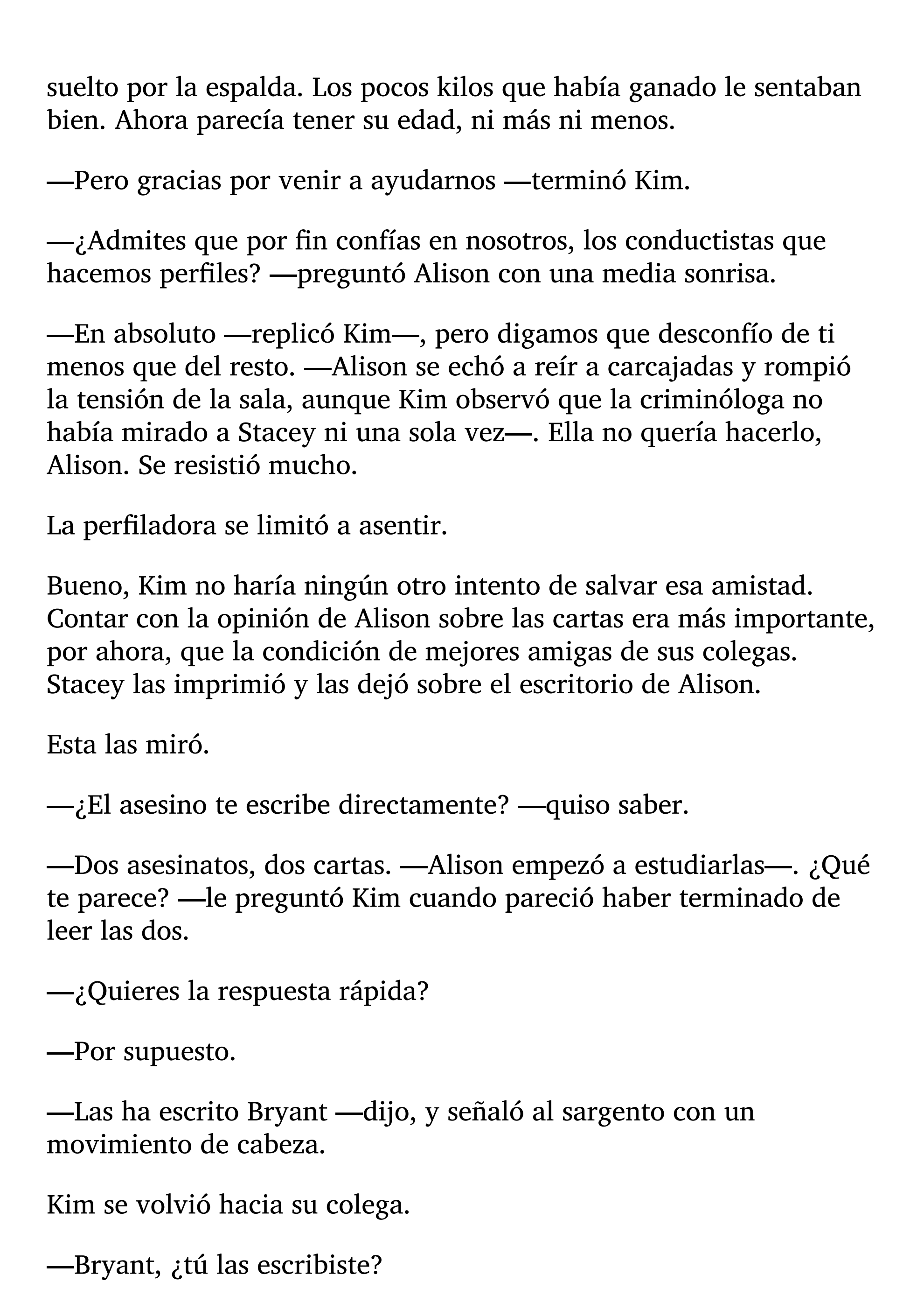
Dando golpecitos a la identificación que llevaba al cuello, la criminóloga se dirigió al escritorio sobrante.

—¿Tan segura estabas? —preguntó.

—Sí —dijo Kim, maravillada con el aspecto de esa mujer: había cambiado mucho desde el día en que se habían conocido, durante el caso del secuestro de dos niñas. Aquel día había aparecido con unos tacones de diez centímetros. Era delgada como un palo, y el traje de negocios que llevaba puesto absorbía cualquier rastro de personalidad. Su coleta era la más tirante que Kim hubiera visto. Parecía tener casi diez años más que sus treinta y uno.

Fundido a negro.

En ese momento, acababa de entrar una mujer con vaqueros desteñidos, sudadera universitaria con capucha y el pelo rubio


suelto por la espalda. Los pocos kilos que había ganado le sentaban bien. Ahora parecía tener su edad, ni más ni menos.

—Pero gracias por venir a ayudarnos —terminó Kim.

—¿Admites que por fin confías en nosotros, los conductistas que hacemos perfiles? —preguntó Alison con una media sonrisa.

—En absoluto —replicó Kim—, pero digamos que desconfío de ti menos que del resto. —Alison se echó a reír a carcajadas y rompió la tensión de la sala, aunque Kim observó que la criminóloga no había mirado a Stacey ni una sola vez—. Ella no quería hacerlo, Alison. Se resistió mucho.

La perfiladora se limitó a asentir.

Bueno, Kim no haría ningún otro intento de salvar esa amistad. Contar con la opinión de Alison sobre las cartas era más importante, por ahora, que la condición de mejores amigas de sus colegas. Stacey las imprimió y las dejó sobre el escritorio de Alison.

Esta las miró.

—¿El asesino te escribe directamente? —quiso saber.

—Dos asesinatos, dos cartas. —Alison empezó a estudiarlas—. ¿Qué te parece? —le preguntó Kim cuando pareció haber terminado de leer las dos.

—¿Quieres la respuesta rápida?

—Por supuesto.

—Las ha escrito Bryant —dijo, y señaló al sargento con un movimiento de cabeza.

Kim se volvió hacia su colega.

—Bryant, ¿tú las escribiste?

Él se encogió de hombros y dio un sorbo a su café.

La criminóloga levantó las hojas impresas.

—Sabes que necesito más que esto. ¿Dónde están los informes de los incidentes, las declaraciones de los testigos, los antecedentes de las víctimas? Esto es como darme un plato sin comida.

Para Kim, esa analogía con la comida no era ninguna sorpresa. En el último caso que habían llevado juntas, Alison se había comido unos cuantos camiones.

—¿Cuánto tiempo necesitas para darnos algo?

Ella sonrió y negó con la cabeza.

—Nunca cambias, ¿verdad?

Kim no se sintió agraviada.

—Intento ser coherente.

—La respuesta es que no lo sé.

—Tú tampoco has cambiado. Sigues negándote a...

El tono del teléfono de Kim la interrumpió.

El corazón le dio un brinco. Ninguna llamada provocaba en ella la misma respuesta emocional que las de Keats.

—Keats, espero que estés de coña. —La habitación se había quedado en silencio.

—Ven al bosque de Uffmoor ahora mismo, y no es para dar un paseo.

Capítulo 48

Penn rompió el espeso silencio que reinaba en la sala de la brigada.

—¿Crees que ha habido otro? —preguntó.

—Bueno, no creo que Keats haya invitado a la jefa a tomar el té de las cinco —respondió una distraída Stacey. Alison aún no la había mirado ni una sola vez—. Oye, Penn, ¿quieres ir a por café recién hecho? —continuó.

—Tú no bebes café —dijo él sin levantar la vista.

—*Ya, vale, pues tráeme una Coca-Cola light.*

—Maldita sea, Stace, ¿desde cuándo soy el chico de los recados?

—Penn, lo que quiere es que salgas de la habitación para poder disculparse conmigo —dijo Alison.

Penn alzó los ojos y miró de una a otra.

—Ah, vale —dijo, y se levantó—. Pausa para ir al baño.

Stacey tomó aire:

—Mira, Alison, de verdad...

—La verdad es que eres un coñazo, pero no tienes que disculparte por nada. Sé lo persuasiva que puede ser tu jefa. Mientras me mantengas bien alimentada y lejos de los edificios altos, estaremos bien.

—Como si mi intención fuera alejarte de la comida —dijo Stacey.

—Pero, para que lo sepas, Stace, ya no seré tu dama de honor.

Stacey se rio a carcajadas.

—Nunca lo habrías sido. No voy a tener.

—Perfecto. Entonces, todo arreglado. Hemos llegado a un acuerdo.

Stacey ladeó la cabeza.

—En vez de eso, ¿podrías hacer un pastel para mí?

—Ja, ja, ja, qué graciosa eres. Que mi risa se interprete como un no rotundo.

Stacey recordó algo que Alison le había dicho.

—Oye, me contaste que una vez organizaste una fiesta de cumpleaños para tu exprometido y que le preparaste una tarta red velvet de tres pisos, su favorita.

—Debiste oírlo mal, Stace. Eso le dije a su madre: que yo la había hecho. Quería caerle bien. Pero no funcionó, porque siguió detestándome. Lo único que hice con ese pastel fue recogerlo de la panadería. ¿Por qué, qué pasa?

Stacey abrió la boca para explicarle que, ante un encargo con tan poco antelación, todas las panaderías y pastelerías de la zona se habían reído en su cara, pero prefirió no decir nada. Hablar del tema la deprimía aún más. A ese paso, tendría que ir al supermercado a comprar una tarta de cumpleaños infantil con un dibujo de Thomas, la locomotora.

—No te preocupes. Pero tú y yo estamos bien, ¿verdad?

Alison le respondió con una pedorreta.

Estaban bien.

No había ninguna duda.

Capítulo 49

El bosque de Uffmoor, un paraje a cargo del Woodland Trust, abarcaba más de doscientas hectáreas. Estaba a solo un kilómetro y medio al sur de Halesowen, al pie de las colinas de Clent. Desde la A456, por Uffmoor Lane, se llega a un aparcamiento; y desde allí, más allá de un poste y dos puertas, había ocho kilómetros de senderos.

Algunas mañanas de verano, muy temprano, Kim llevaba a Barney a pasear por esos campos. Eran días en que las colinas de Clent se llenaban de gente que acudía a disfrutar de las impresionantes vistas.

Pero, a pesar de que era una zona de gran belleza natural, carecía de derechos de paso públicos. En 2017, el bosque había sido cerrado temporalmente por los problemas que originaba el paso continuo de las ovejas, así como por las carreras de motos a campo traviesa, el tráfico de drogas y los perros. Como era de esperar, terminó recibiendo el mote de Peor Bosque de Gran Bretaña.

Kim siguió a Bryant más allá de unos coches que los dos conocían bien y entraron por la puerta de los besos.

—Keats dijo que siguiéramos este sendero unos cuatrocientos metros —repitió Kim mientras saltaba sobre uno de los muchos arroyos que atravesaban el camino.

—Así que ¿quién puso a Bella en el olmo? —preguntó Bryant.

—Bryant, ¿te has vuelto loco?

Él puso los ojos en blanco.

—¿Es que no vives por aquí? —Hizo una pausa—. Vale, aunque no me lo hayas preguntado, te lo diré de todas formas. —Gimió y se quitó de la cara una rama quebradiza.

«En los años cuarenta, me parece, muy cerca de aquí, en el bosque Hagley, cuatro niños que habían salido a buscar nidos se encontraron un cráneo en el tronco hueco de un olmo montano. Dentro apareció un esqueleto casi entero, con un zapato, una alianza de oro y algunos fragmentos de ropa. El médico forense determinó que el cuerpo había sido colocado en el árbol cuando aún estaba caliente, ya que, de otro modo, el rigor mortis habría hecho imposible encajarlo ahí. También se descubrieron restos de tafetán en la boca de la víctima, lo que sugería que había sido asfixiada. Desde 1944 han aparecido grafitis que preguntan quién metió a Bella en el olmo. Sin embargo, a pesar de las exhaustivas investigaciones, la mujer nunca ha sido identificada.

Kim giró a la izquierda en una bifurcación del sendero.

—Bryant, ¿vas a clases especiales para estas cosas? —preguntó.

—No, solo leo libros de la localidad.

—Supongo que ahora me dirás que el bosque está encantado.

—Bueno, resulta que...

—Ya basta —dijo ella. Acababa de divisar la actividad a un poco más de diez metros del camino principal. Reconoció a un joven. Lo vio sentado en un banco, junto a un agente que estaba de pie.

Hacia él se dirigió en primer lugar.

—Hola, Plinky —le dijo. Era el apodo que la corporación daba a aquel traficante de poca monta, a quien apaleaban un par de veces al año por delitos de drogas y quien, aun así, volvía siempre al mismo sitio. La sesera no era su punto fuerte—. ¿Has salido a dar un paseo vespertino?

Él la miró con una expresión vidriosa.

—Sí, así es —dijo.

Kim no sabía si Plinky seguía en estado de shock o si había fumado demasiado de su propia mercancía.

—¿No habrás venido a hacer negocios o algo así?

—No, no, yo no...

—¿Has visto a alguien?

A juzgar por el estado en que se encontraba, a Kim no le habría extrañado que dijera que había visto unicornios y hadas.

—No, os he llamado, nada más.

Traficante de drogas. Aun así, se había quedado junto al cadáver. No tenía cerebro para mentir.

—¿Has tocado algo?

—Vete a la mierda, la zoofilia no me va.

—Deporte equivocado, pero buena actitud. No me refería a contactos sexuales. ¿No se te ha ocurrido llevarte algo, como dinero o un teléfono? —Él sacudió la cabeza con una expresión que revelaba que no lo había pensado, que tal vez había perdido una oportunidad—. Plinky, debes ser el traficante más honrado que conocemos. —Él sonrió débilmente ante el cumplido.

«Vale, tendremos que volver a hablar contigo. Ahora, muéstrale a este amable policía lo que llevas en los bolsillos.

El joven se envaró.

—No tengo nada. No he hecho nada malo, así que tendrás que tratarme como...

—Joder, Plinky, la idea es que te vayas tranquilo a casa, pero tengo que asegurarme de que no llevas encima más de lo que traías. —Rediós, ya no podías hacerle un favor a un traficante de hierba local sin levantar sus sospechas—. Pero está bien, si quieres quedarte aquí horas hasta que...

—Vale, vale —dijo.

Mientras ella empezaba a alejarse, Plinky obedeció. Y, dado que el chico habría podido haberse deshecho de su alijo o, al menos, haberlo escondido antes de que llegara la policía, Kim supo que le

vendrían bien unas lecciones de autopreservación.

Se dirigió al oeste, hacia Keats y el resto del equipo.

—¿Qué tenemos, Keats? —preguntó mientras un par de técnicos le hacían espacio.

—Mujer, treinta y tantos. Aún no he abierto su bolso para identificarla, pero…

—La Virgen —dijo Bryant en cuanto miró el rostro de la víctima.

—¿Sabes quién es? —preguntó Kim.

—Sí, sí; sé exactamente quién es.

Capítulo 50

Alison leyó las dos cartas varias veces. Quería hacerse una idea de la mentalidad del criminal antes de que Stacey le presentara los detalles del caso.

También se quedó mirando la página un rato. Necesitaba unos minutos. Tenía que orientarse y saber cuál era su papel allí.

Habían pasado casi doce meses desde la última vez que había estado en ese lugar, en comisión de servicio, para ayudar al equipo a atrapar a una asesina. Aquella criminal, antes de intentar matar a Kim, había recreado los sucesos más traumáticos de la vida de la detective.

A Alison le habían encomendado la tarea de estudiar a quienes alguna vez habían estado relacionados con Kim. Su tarea era encontrar a la persona con el odio y la motivación suficientes como para llevar a cabo crímenes tan horribles. Y no había conseguido encontrarla. En cambio, la asesina la había encontrado a ella y la había involucrado en un juego enfermizo y cruel en el que Alison había estado a punto de perder la vida. Se había salvado, pero solo gracias a la fuerza física y la determinación de la inspectora detective Stone.

Se estremeció, como siempre, e hizo un esfuerzo por apartar esos recuerdos.

La escena se repetía a diario en su cabeza y, aunque su parte consciente sentía que había salido victoriosa, su subconsciente aún no estaba preparado para darle un respiro. La torturaba con pesadillas y la despertaba empapada en sudor, resistiendo las palpitaciones del corazón.

Sabía que los policías experimentados a menudo se enfrentaban a experiencias cercanas a la muerte, pero ellos las superaban mucho más rápido. El problema era que Alison no era policía, nunca había querido serlo. Era una asesora, una chupatintas, una oficinista que

animaba desde la barrera. Estudiaba personas y pautas, comportamientos y hábitos, rasgos y motivaciones. Eso era lo que la animaba, lo que la apasionaba, y no se había dado cuenta de lo mucho que lo echaba de menos.

Justo después del incidente, se sintió incapaz de afrontar la idea de volver a su puesto de consultora. Al principio le atrajo el proyecto de escribir un libro, así que se lanzó a la investigación con entusiasmo. Sería un descanso del servicio activo, al que ahora consideraba peligroso. No obstante, tenía la sensación de estar haciendo algo productivo, algo que valía la pena.

Con la investigación terminada, hacía meses que había llegado al punto en el que necesitaba escribir las palabras «Capítulo uno», solo que era incapaz de hacerlo. Las lecturas sobre antiguos casos de elaboración de perfiles, las técnicas... Todo había sido interesante, pero eran temas conocidos. No tenía ninguna información nueva que diseccionar. Recitar hechos y explorar teorías no representaba ningún desafío.

Se enjugó las lágrimas. Se daba cuenta de que aquello era lo que tenía que hacer. En este preciso momento, era donde necesitaba estar. Tosió para expulsar las emociones mientras Stacey dejaba caer tres gruesas carpetas de papel sobre el escritorio que tenía delante.

—Puedo verlos girar, ¿sabes?

—¿Qué? —preguntó Alison.

—Los engranajes de esa cabeza tuya. Puede que necesiten un poco de aceite, pero, sin duda, las poleas se están moviendo.

—Sí, y tengo una o dos preguntas para empezar.

—Dispara —dijo Penn.

—¿Por qué Noah? —Ambos policías se encogieron de hombros—. Tendríamos que saberlo, chicos. Podría haberse puesto cualquier nombre. O es su percepción de sí mismo o es una pista de algo; pero, en definitiva, necesitamos saber de qué se trata.



Capítulo 51

—Es Nicola Southall —dijo Bryant a quienes, de repente, habían centrado su atención en él.

—¿Era amiga tuya? —preguntó Kim.

Él negó con la cabeza.

—Nunca la conocí en persona, pero es bastante famosa.

Kim intercambió una mirada con Keats, quien, como respuesta, se encogió de hombros. Por una vez, los dos estaban en la misma categoría, con Bryant del otro lado. Para ser una persona famosa, dos tercios de ese colectivo no tenían ni idea de quién era.

—Es... Era actriz. Apareció en una de las grandes telenovelas, hace unos diez años. Ahora no estoy seguro de cuál era, pero mi señora la veía. Le encantaban los culebrones, solo que a esta mujer la detestaba.

—¿Por qué? —preguntó Kim. La melena rubia enmarcaba un rostro agradable y atractivo de piel clara y suave.

—Hacía de secuestradora. Como no podía tener hijos propios, le robaba el crío a otra. Lo recuerdo solo porque tenía que decirle a Jenny que se calmara cada vez que la veía en la pantalla. Algunos empatizan de verdad.

Kim sabía de personas que veían las telenovelas como si se tratara de hechos reales; como si la trama estuviera ocurriendo por ahí, en una calle o en una plaza de algún lugar. Nunca habría sospechado que la mujer de Bryant fuera tan susceptible a creer cosas de ese tipo.

—Tenía un argumento incendiario, jefa —dijo él, como si acabara de leer sus pensamientos—. Apuntaba a las peores pesadillas de cualquier padre. Imagina que alguien entra en tu casa y se lleva a

Barney…

—Lo entiendo, Bryant; solo que no sé qué relevancia tiene aquí.

—Es cierto —dijo Keats, que estaba de acuerdo con ella por segunda vez. Kim se planteó pedirle al médico la sonda rectal para tomarle la temperatura. Era obvio que el hombre no estaba bien. Y continuó—: La misma muerte que con Katrina y Louise.

Kim ya lo sabía. Mientras Bryant hablaba, su mirada de detective había buscado heridas o lesiones evidentes antes de comprobar el ángulo del cuello.

La víctima iba vestida con vaqueros oscuros, zapatillas deportivas, camiseta morada y una gruesa rebeca de lana. A su izquierda, en el suelo, había un bolso bandolera.

Kim puso un pie al lado.

—Qué raro —dijo. Bryant siguió su mirada—. Lo normal es llevarlo cruzado —explicó.

Se imaginó a Stacey en la oficina, pasándose el bolso por la cabeza una y otra vez. Y esa era la forma lógica de llevarlo cuando uno daba un paseo por el bosque, como sugería el atuendo de la víctima. Para romperle el cuello, el asesino no había tenido ninguna necesidad de quitárselo, así que ¿qué hacía a un lado?

—¿Ya lo han fotografiado? —preguntó Kim.

Keats dijo que sí con un movimiento de cabeza.

Bryant sacó un bolígrafo y se lo tendió a su jefa. Ella lo usó para apartar la bandolera y luego tocó el suelo que había debajo. La hierba aplanada estaba seca. La lluvia había empezado sobre las once, mientras estaban en el parque Stevens, el lugar de la búsqueda, lo que significaba que Nicola Southall llevaba muerta no menos de tres horas.

—Calculo que entre nueve y once —confirmó Keats.

Kim comprendía los estragos que los elementos podían causar en los

indicios. Desde el momento en que el asesino había abandonado el cuerpo, la brisa había aumentado, la lluvia había caído con fuerza y se habían dispersado las pruebas. Kim examinó el suelo alrededor. En algún lugar, justo ahí, podría haber alguna pista valiosa: un pelo, ADN. Quizás estaba de pie sobre algo que la conectaba con el asesino, con la persona que retenía a Archie, y ella ni siquiera lo sabía.

Cogió el bolígrafo y, con el mayor de los cuidados, descorrió el cierre del bolso, que se abrió con facilidad.

Kim alzó la vista hacia Bryant, que la observaba desde arriba.

—Ya estaba abierto —dijo él, haciéndose eco de sus pensamientos.

—Ah, justo a quien necesitábamos —dijo Kim al ver que Mitch se acercaba por el sendero.

—Vaya, me siento como una estrella de rock —bromeó, y se puso a su lado.

—Bueno, Bon Jovi, ¿puedes vaciar y embolsar esto primero? —preguntó ella—. Creo que nuestro asesino lo ha tocado. —Y eso significaba que no quería interferir más de lo necesario.

Mitch abrió una bolsa y sacó una pieza de tela blanca. Con los guantes puestos y movimientos hábiles, en cuestión de segundos, movió el bolso sobre la tela para sacar todo lo que pudiera interesarles.

Sin tocar el cierre, abrió el bolso y mostró su contenido: un pequeño monedero, un diminuto juego de manicura; tres recibos y un paquete de caramelos de menta.

Kim se volvió hacia el médico forense.

—Keats, ¿hay algo en el cuerpo?

Este negó con la cabeza.

Ella se volvió a Bryant:

—El asesino se ha llevado el móvil.

—Los otros teléfonos no los cogió —comentó él.

—Así es —dijo Kim, y se puso de pie—. Porque a esta víctima ya la conocía.

Capítulo 52

Cinco segundos después de haberme alejado del cuerpo sin vida, se ha agotado la batería del móvil. Elegir a un conocido es peligroso, pero me gustan las emociones. Sí, supongo que me he complicado la vida.

No emocionalmente; eso ya lo he superado. Pero, a efectos prácticos, me he vinculado a mi víctima. No es que me vayan a coger. Nunca me atraparán. Tendrían que madrugar para seguir las marcas de derrape que voy dejando.

Todo este juego es secundario, una distracción frívola, como los picos de pan que te comes en lo que tardan en servirte el primero. Es entretenido y te divierte mientras esperas el plato principal. Pero no es la razón por la que estoy en el restaurante.

Esa mujer es buena en lo que hace, solo que no es lo bastante buena. No me ganará.

Había una marcada diferencia en matar a Nicola Southall. Eché de menos la emoción de elegir una vida, de vigilar y observar y saber que la persona escogida no tenía nada que ver conmigo, que el responsable de esa muerte sería alguien a quien ella nunca había conocido ni visto.

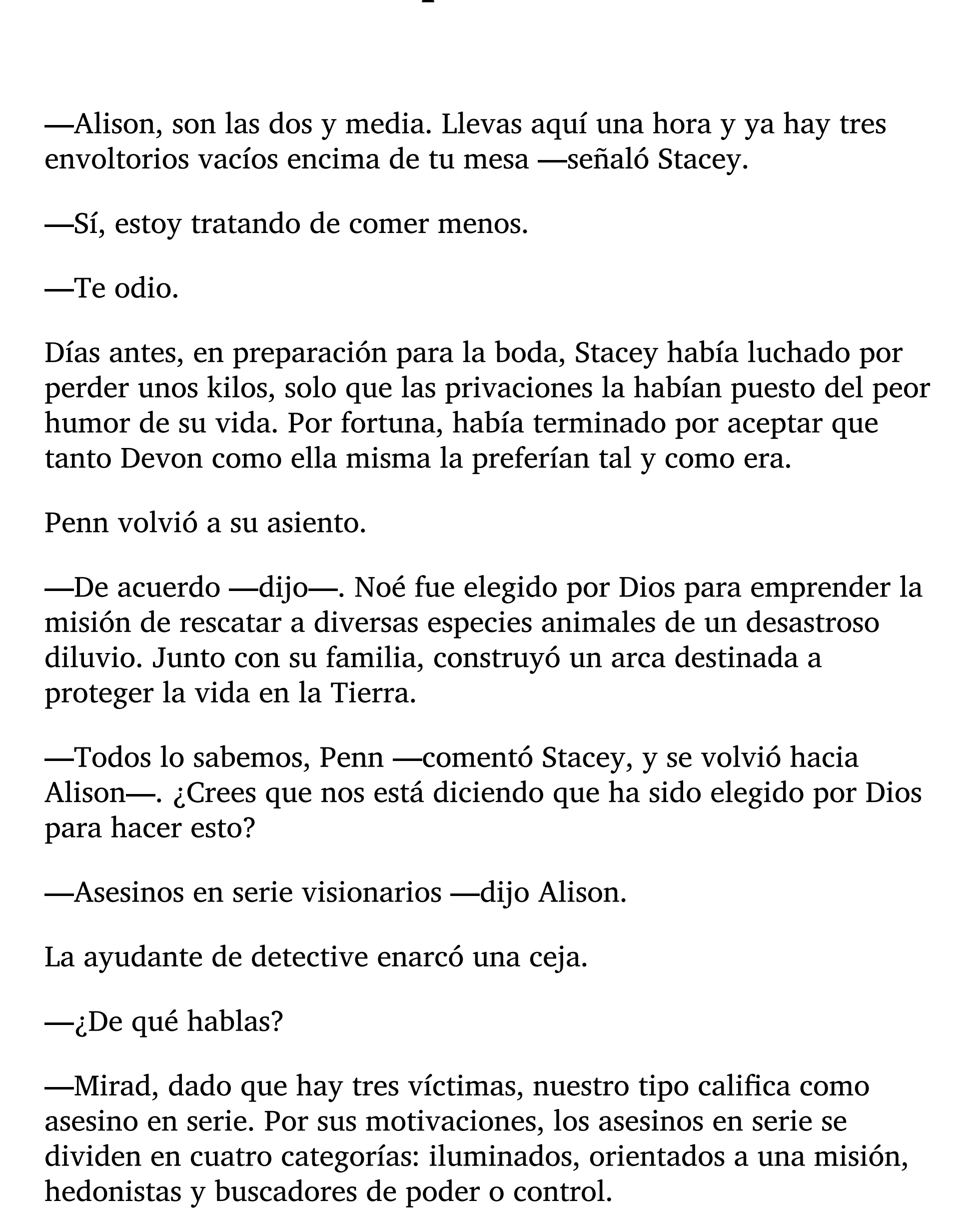
Pero era necesario avanzar. Tenía que haber un ascenso; tenía que haber algo nuevo. Nicola Southall ha sido un medio, una conocida perfecta, un paso más allá de la víctima anterior. Debería llenarla de orgullo que yo la haya elegido para interpretar este papel: el personaje protagonista con el que siempre había soñado. Pero este papel no le traerá odio, rabia e insultos, sino simpatía, amor y flores. Nicola volverá a convocar a un público que la adore. La muerte le traerá el perdón. Sé que, si pudiera comunicarse conmigo desde el más allá, me lo agradecería.

El trabajo está hecho en su parte mecánica, pero la expectación me consume.

Es hora de que se cumpla el propósito de este acto; mi parte favorita, sin duda.

Es hora de sacar mi teléfono y esperar lo que tiene que ocurrir a continuación.

Capítulo 53



—Alison, son las dos y media. Llevas aquí una hora y ya hay tres envoltorios vacíos encima de tu mesa —señaló Stacey.

—Sí, estoy tratando de comer menos.

—Te odio.

Días antes, en preparación para la boda, Stacey había luchado por perder unos kilos, solo que las privaciones la habían puesto del peor humor de su vida. Por fortuna, había terminado por aceptar que tanto Devon como ella misma la preferían tal y como era.

Penn volvió a su asiento.

—De acuerdo —dijo—. Noé fue elegido por Dios para emprender la misión de rescatar a diversas especies animales de un desastroso diluvio. Junto con su familia, construyó un arca destinada a proteger la vida en la Tierra.

—Todos lo sabemos, Penn —comentó Stacey, y se volvió hacia Alison—. ¿Crees que nos está diciendo que ha sido elegido por Dios para hacer esto?

—Asesinos en serie visionarios —dijo Alison.

La ayudante de detective enarcó una ceja.

—¿De qué hablas?

—Mirad, dado que hay tres víctimas, nuestro tipo califica como asesino en serie. Por sus motivaciones, los asesinos en serie se dividen en cuatro categorías: iluminados, orientados a una misión, hedonistas y buscadores de poder o control.

—Continúa —la instó Stacey. Para esto habían llamado a Alison.

—Vale. Los asesinos en serie iluminados sufren rupturas psicóticas

con la realidad. A veces creen que son otra persona o que han sido obligados a asesinar por entidades como el Diablo o Dios. ¿Recuerdas al Hijo de Sam, David Berkowitz, a quien el perro del vecino enviaba mensajes?

—Podría ser nuestro hombre.

Alison negó con la cabeza.

—No lo creo. Estas cartas no indican ningún tipo de psicosis.

—¿Y el segundo tipo?

—Los asesinos orientados a una misión suelen justificar sus actos diciendo que están librando al mundo de cierto tipo de personas. Por lo general, no son psicóticos, pero afirman que hacen los deberes en nombre de un orden superior. Lo que buscan es mejorar el mundo. Se dirigen a grupos específicos de individuos. Suelen ser perfeccionistas y muy compulsivos. Son estables, tienen empleos remunerados y han sido residentes de larga duración en las zonas geográficas donde matan. Suelen ser muy meticulosos y asesinar con rapidez y eficacia.

«Joseph P. Franklin, antiguo miembro del Ku Klux Klan, fue condenado en 1980 por cuatro homicidios. Entre ellos, el tiroteo a distancia de dos hombres negros que caminaban por la calle con una mujer blanca. Franklin sentía que la mezcla de razas era un pecado y, en consecuencia, obraba por instrucciones de Dios.

Stacey pareció esperanzada. Si tan solo supieran a qué tipo de asesino en serie se enfrentaban, quizá Alison podría trazar un perfil y darles un punto de partida.

—¿Así es nuestro hombre?

Alison negó con la cabeza.

—Las víctimas no encajan. Se dirige a mujeres heterosexuales y blancas, dos de ellas con hijos. Las víctimas de los asesinos con misión suelen ser indigentes, prostitutas, negros y asiáticos. Creen que su trabajo mejora el planeta.

—¿Un hedonista? —Stacey ya estaba perdiendo la esperanza.

—No, seguro que no —dijo Alison—. A los asesinos en serie hedonistas los mueven la lujuria, la emoción o la comodidad. Nada de esto se evidencia en ninguno de los homicidios. No hay rituales, no hay ningún placer aparente en el acto de matar en sí. Y la última víctima es aún más improbable, ya que los asesinos en serie impulsados por el poder casi siempre abusan sexualmente de sus víctimas; aunque no por lujuria, sino más bien por la necesidad de dominar. Es el caso de Ted Bundy, que viajaba por los Estados Unidos en busca de mujeres a las que controlar.

—¿Qué clase de asesino en serie es este, entonces? —preguntó Stacey, confusa.

Alison sacudió la cabeza.

—Ninguno que yo haya visto antes —reconoció.

—Pero, si es un asesino en serie, tendrá que encajar en alguno de esos estereotipos —protestó Stacey.

—Vas a quedarte esperando a que modifique décadas de investigación para adaptarlas a ti.

—Sí, gracias —dijo Stacey. Tenía la sensación de haber aprendido mucho y, sin embargo, no haber recibido nada.

—¿Cuánto quieres que profundice en la investigación de Noé? —preguntó Penn. Su voz evidenciaba el mismo nivel de abatimiento que el de Stacey.

Alison movió algunos papeles en su escritorio.

—Déjalo por ahora —dijo—. Sigo leyendo estas cartas y no puedo evitar hacerme una imagen de Norman Bates.

—¿El de Psicosis? —preguntó Penn.

Alison asintió.

—En la primera carta, la referencia a no tener el control: es como si

el tipo se eximiera de toda responsabilidad, como si no tuviera libre albedrío. ¿Y si hubiera una voz en su cabeza?, ¿una madre muerta que le habla o algo así?

—¿Como si la que estuviera matando fuera otra personalidad? —preguntó Stacey. Le parecía un poco extravagante, pero habían ocurrido cosas más raras.

—O más personalidades —respondió Alison.

—¿Más de dos? —preguntó Penn.

Alison dijo que sí con un gesto.

—Hay muchos casos, pero uno que me viene a la mente es el de William Milligan. Tras haber incurrido en varios delitos graves, como robos a mano armada, fue detenido por tres violaciones cometidas en el campus de la Universidad Estatal de Ohio. Le diagnosticaron trastorno de personalidad múltiple, también llamado trastorno de identidad disociativo. Sus abogados alegaron locura. Decían que dos de las personalidades alternativas habían cometido los crímenes sin que Milligan fuera consciente de ello.

—¿Me estás tomando el pelo? —dijo Stacey.

—Fue la primera persona diagnosticada con trastorno de personalidad múltiple en plantear esa defensa, así como la primera en ser absuelta de un delito grave por ese motivo. Nunca fue encarcelado. Pasó un decenio en hospitales psiquiátricos.

—Maldita sea, Alison, no me gustaría estar metida en tu cabeza con toda esta gente rondando por ahí —dijo Stacey.

—He estado investigando mucho, ¿verdad?

—Sí, para un libro que ardo en deseos de leer, en caso de que alguna vez se escriba.

Alison le lanzó un beso.

—¿Así que de verdad crees que nuestro asesino podría tener doble personalidad? —preguntó Penn.

—Tal vez… O quizás no —dijo Alison, y, pensativa, cogió su lápiz.

Capítulo 54

Russell Southall sacudió la cabeza por cuarta vez. Seguía negándose a aceptar que la noticia que acababan de darle fuera verdad.

Kim y Bryant habían recorrido en coche la corta distancia que separaba el lugar del crimen de la casa de Nicola —un confortable chalé de cuatro dormitorios— para dar, por tercera vez en otros tantos días, una noticia devastadora a la pareja de la última víctima. Y seguían esperando, pacientes, a que el hombre por fin asimilara la noticia, pero no salía de su estupor.

Kim le calculó una estatura de alrededor de un metro setenta y ocho. El pelo oscuro de Russell empezaba a encanecer en sus sienes. El bigote bien cuidado y la leve barba daban a su rostro un aspecto amable. Ahora tenía los ojos llenos de dolor.

—Comprendemos lo difícil que debe ser para usted, señor Southall, y, desde luego, queremos atrapar al responsable lo antes posible —intentó tranquilizarlo Kim mientras recorría con la mirada la habitación. Se detuvo en una foto de tres chicos entre dos vespas en miniatura. Parecían tener edades comprendidas entre poco más de diez y poco menos de veinte años—. ¿Son sus hijos? —preguntó.

—Míos, de un matrimonio anterior —dijo él—. Nicola y yo no tuvimos hijos juntos. Nos conocimos hace mucho, solo que perdimos el contacto —sonrió con tristeza— y, hace unos once años, nos reencontramos en el pub de un amigo. Yo no tenía ni idea de que ya fuera famosa. Eso le gustó, creo —dijo, y se secó una lágrima—. Esa primera noche ni siquiera hablamos del tema. Charlamos sobre amigos comunes. Luego quiso saber de mi trabajo como rotulista. A pesar de la fama, ella no había cambiado nada. Aún le encantaba leer un buen libro, era una apasionada de los gatos, le gustaba ir al teatro y daba largos paseos a diario.

Por un momento, al revivir recuerdos más felices, pareció olvidarse de lo que los detectives acababan de revelarle. Sin embargo, la

mención del paseo lo trajo de vuelta a Uffmoor y a la noticia de que su esposa estaba muerta.

Sacudió la cabeza una vez más.

—¿Quién...? O sea, es que no lo entiendo...

Kim aprovechó la oportunidad para colar una pregunta entre el dolor.

—¿Su esposa tenía enemigos? ¿Había recibido alguna clase de amenaza?, ¿la que fuera?

El hecho de que se hubieran llevado el teléfono podía significar que Nicole tenía un vínculo con su homicida. Este no había cogido ninguno de los otros dos móviles.

Russell negó con la cabeza.

—Ya no. Todo eso quedó atrás.

—¿Qué es «Todo eso»? —preguntó Kim.

Él soltó un largo suspiro.

—Cuando Nicola tuvo ese papel en aquel culebrón, todo cambió. Al principio, fue asombroso ver que recibía el reconocimiento que merecía. En comparación con la vida que había llevado hasta entonces, ganaba cantidades brutales de dinero. Disfrutamos un poco de la buena vida, durante un tiempo, hasta que a los guionistas se les ocurrió un nuevo giro. Su personaje se quedaría embarazada y perdería al bebé, lo que la sumiría en una espiral de dolor. Ella estaba entusiasmada con la historia y aceptó el reto. Y lo hizo bien, demasiado bien.

Kim se sentó en el borde de la silla.

—Hábleme de eso.

—El suyo era un personaje popular que contaba con la simpatía y el apoyo del público, hasta que se le ocurrió secuestrar al hijo recién nacido de un personaje aún más popular. De la noche a la mañana,

la gente empezó a despreciarla. La insultaban en la calle. No podía salir sola de casa. Intentó capear el temporal durante un tiempo, pero era demasiado. Abandonó las redes sociales y rogó a los productores que la echaran de la telenovela.

Kim recordaba ejemplos de cómo el público percibía a los personajes de las telenovelas. Se había llegado al punto en que, cuando Deirdre Barlow fue encarcelada en Coronation Street, hasta el primer ministro había hecho comentarios al respecto.

—¿Y qué ocurrió?

—Estuvieron de acuerdo. Nicola mantuvo una presencia discreta. En cuanto desapareció de la pantalla, todo se calmó y volvió a la normalidad. Pero eso fue hace casi diez años. ¿No creerá que esto esté relacionado con…?

—Aún no lo sabemos, pero no podemos descartarlo. ¿Hubo alguna amenaza directa de la que usted se enterase? —preguntó Kim.

Russell negó con la cabeza.

—Esos asuntos los atendía su agente. Ella se ocupaba de todo.

—¿Nicola tenía un agente? —preguntó Kim. Sentía cómo su interés iba en aumento. Esa era una pregunta que nunca se le habría ocurrido hacer.

—Sí, una tal Sewell. Kate Sewell.

Capítulo 55

—La conozco —dijo Kim en cuanto estuvieron de vuelta en el coche —. Conocí a la exagente de Nicola el lunes, en la reunión del INEPT. También es agente de la celebridad que viene a visitarnos.

—¿De verdad? —preguntó Bryant, pero se quedó pensativo—. Aunque no debería ser una gran sorpresa. No creo que tengamos muchas agencias de talentos por aquí, así que podría no ser una gran coincidencia.

Kim sacó su teléfono.

—Aun así, me gustaría charlar con Kate.

—¿Crees que ha sido ella? —preguntó Bryant.

—Podría ser un asesino imitador —respondió Kim. Desplazó la pantalla hasta encontrar el nombre de Stacey—. El modus operandi ha aparecido en todas las noticias. Si hace años hubo alguna amenaza directa que pudiera seguir siendo válida ahora, la agente debería saberlo. Y si esto no estuviera relacionado con el papel que la víctima interpretó, tendríamos que descartarlo ya.

—Stace —dijo cuando la asistente le contestó al teléfono—, te he enviado el número de Nicola Southall. Entra en la red y mira con quién ha estado en contacto. Y consígueme la dirección de una agente de talentos llamada Kate Sewell. Gracias. Tengo que colgar. —Kim finalizó la llamada después de haber oído un pitido y haber leído en la pantalla el nombre de Woody—. ¿Señor?

—¿Dónde estás, Stone?

Kim se preguntó si no sería una pregunta capciosa. Antes de entrar en casa de Nicola Southall, lo había puesto al corriente del tercer asesinato. Por lo general, él no se metía en los asuntos tan rápido. Y, por lo visto, no estaba interesado en la respuesta de Kim, ya que ni siquiera le dio tiempo a contestar.

—Te necesito aquí ahora mismo.

Kim rara vez se molestaba con su jefe. Lo normal era que él tuviera buenas razones para hacer lo que hacía y para tomar las decisiones que tomaba, así que ella le concedía el beneficio de la duda. Casi siempre, incluso cuando la enviaba a esas inútiles reuniones del INEPT.

—Señor, necesito…

—Es una orden y no hay lugar a discusión, Stone. Quiero que vuelvas aquí ahora. Hay algo que necesitamos que hagas —dijo, y puso fin a la llamada.

Virgen santa, ¿cómo resolver el caso si el jefe seguía distrayéndola para hacer recados? Y, lo que era más importante, ¿quién demonios la necesitaba?

Capítulo 56

En veinte minutos, Stacey ya tenía el registro de llamadas del teléfono de Nicola Southall. La revelación de que había un niño desaparecido solía encender una llama en la mayoría de las personas a las que solicitaba ayuda.

En los registros, casi todo eran llamadas cortas con origen o destino a un número que, según Stacey había conseguido averiguar, era del marido de Nicola. Había descartado las llamadas a amigos y otros familiares dentro de las setenta y dos horas anteriores al asesinato de la víctima, con lo que le quedaba un solo número. Y desde ese número habían llamado a la exactriz a las nueve de la mañana.

Penn sacudió la cabeza.

—De verdad que se comió mucha mierda con ese personaje, ¿sabes? —Le habían encargado averiguar cuanto fuera posible sobre Nicola Southall.

—La recuerdo —dijo Alison. Stacey no sabía nada, ya que sus padres nunca se habían interesado por las telenovelas—: Mi madre solía gritar «Maldita zorra» cada vez que esa mujer aparecía en la pantalla.

Penn estaba de acuerdo.

—La mía también. Sé que la gente se mete mucho en esos programas. Mi madre veía todas las telenovelas, pero, sin duda, tal nivel de odio hacia un personaje de ficción no era natural. Fue tan intenso que alejó a Nicola del ojo público; y, por lo visto, nunca volvió a las redes sociales. Desapareció sin más.

—Penn, ¿por qué crees que la gente ve esos programas? —preguntó Alison.

—¿Historias trágicas que son cada vez más descabelladas, sobre todo en los especiales de Navidad?

Alison se rio y sacudió la cabeza.

—No, es por los personajes. Los espectadores se implican a sí mismos en esas vidas. —Para escuchar, Stacey tuvo que dejar de hacer lo que estaba haciendo. Siempre había valorado la perspicacia de Alison cuando se trataba de la psique humana.

«Los espectadores pasan muchas horas a la semana con esas personas. No encienden la televisión necesariamente para ver un programa; la encienden para ponerse al día con la vida de los personajes. Se convierte en algo importante para ellos, algo que tiene relevancia. Es como hacer una llamada a un padre o a un familiar. La gente graba sus telenovelas favoritas porque no soporta la idea de perderse nada. Cuanta más gente observan, más absortos se quedan y se implican, así que, si a uno de sus personajes favoritos le ocurre algo malo, se sienten dolidos, enfadados. Los personajes son personas reales, y el espectador siente que los conoce, que son sus amigos y familiares, y tal es el propósito de los guionistas. Quieren que el espectador viva todas esas emociones.

—Pero ¿hasta qué punto? —preguntó Stacey—. ¿Cómo se aseguran los guionistas de que un detalle realista no se convierta en una obsesión?

—No pueden. No tienen control sobre la intensidad ni sobre lo que esa intensidad puede hacerle a un individuo. La mayoría de las personas se emocionan. Es posible que se lamenten en redes sociales durante unos minutos, pero luego pasarán al siguiente programa, acostarán a los niños o leerán un libro. Otros, no. Otros se lo tomarán como algo personal, se enfurecerán y lo llevarán más lejos. —Alison hizo una pausa—. En 1989, Rebecca Schaeffer, una actriz de veintiún años, fue asesinada por un seguidor que la había estado acosando con insistencia. Tras más de tres años obsesionado con ella, la mató a tiros. Más cerca de aquí, aún tenemos el caso de Jill Dando, a quien tirotearon en la puerta de su casa. El caso nunca fue resuelto.

—¿Crees que eso es lo que ha pasado aquí?, ¿que un enloquecido fanático de las telenovelas al final ha atrapado a Nicola para castigarla? —preguntó Penn.

Alison se encogió de hombros.

—No podemos descartarlo tan pronto.

Stacey cogió el teléfono para llamar a la compañía telefónica.

Necesitaba saber quién estaba al otro lado de esa llamada de tres minutos.

Capítulo 57

—Ve a ver a los chicos mientras yo voy a quitarle a Woody el cabreo que tiene —dijo Kim en cuanto entraron en la comisaría. Ya pasaban de las cuatro y no recordaba cuándo había sido la última vez que había bebido algo. Parecían haber pasado dos días, en lugar de seis horas, desde que había tomado café con el grafólogo—. Ah, y, Bryant...

—Haré una jarra entera —dijo él sin mirarla.

Ella sonrió. Supuso que pronto ni siquiera tendría la necesidad de abrir la boca.

Antes de acordarse de llamar, ya tenía la mano puesta en el pomo de la puerta. El jefe detestaba esa mala costumbre y que Kim no pudiera romperla, así que se estaba esforzando por dejarla.

—¡Adelante! —gritó él después de oír dos golpes firmes.

Kim entró y se tomó un instante para estudiar a las dos personas que estaban sentadas con Woody en la pequeña mesa redonda. Para su mayor preocupación, había un asiento libre. Unn gemido trató de escapar de su interior. Sentarse en una reunión era señal de que iba a ser larga.

—Siéntate, Stone —dijo Woody en un tono al que ella rara vez se oponía si estaban solos, ya no digamos delante de otras personas—. Por supuesto, no conoces a Flora —dijo, y señaló hacia su izquierda.

Kim se sentó.

Flora Bridges formaba parte del equipo de enlace con la prensa y se encargaba de aleccionar a los agentes de policía acerca de lo que podían declarar y de lo que tenían que callarse. Rondaba los cincuenta y llevaba una permanente, de tono castaño rojizo, tan apretada como las blusas mal entalladas que llevaba siempre. Sus gafas, que colgaban de un cordón, a un lado de la tarjeta que la

identificaba, descansaban sobre un pecho capaz de poner a prueba la resistencia de la tela y los botones.

Casi todos los oficiales que Kim conocía temían a Flora. La mayoría de los miembros del equipo de enlace con la prensa se mostraban dispuestos a ofrecer directrices sobre el contenido y la presentación, pero no esa mujer. No, no, Flora escribía todo, palabra por palabra, con pequeñas anotaciones como «Pausa» y «En voz más baja» a modo de indicaciones escénicas. A Flora le gustaba el control.

Kim miró a la derecha de Woody.

—Y este es Frederick Hammond, psicólogo del laboratorio Ridgewood.

—Muy bien —dijo. Se preguntaba qué tenían que ver con ella. En busca de pistas, miró los papeles que descansaban sobre la mesa. Ante Frederick Hammond había copias de las cartas del asesino. Las hojas estaban cubiertas de anotaciones en rojo.

Delante de los brazos cruzados de Flora había un solo folio de papel mecanografiado con pulcritud y sin anotaciones.

—Tenemos una rueda de prensa convocada para las cinco —la informó Woody. Faltaba poco más de media hora. Aun así, ¿qué tenía que ver con ella?—. Serás tú quien hable con los medios —continuó, como respondiendo a la pregunta no formulada.

De haber estado solos, Kim se habría opuesto de inmediato con algún argumento. Detestaba hablar con la prensa, y Woody lo sabía.

En la expresión del jefe buscó algún margen de maniobra. No lo había.

Woody inclinó la cabeza hacia Frederick, quien, desde el otro lado de la mesa, ofreció la mano a Kim.

—Encantado de conocerla, inspectora detective Stone.

Ella lo dejó con la mano en el aire y siguió esperando. La cara del jefe fulguró de irritación, pero a ella no le importó. No tocaba a la gente si no había necesidad, fuera quien fuera.

El hombre retiró la mano.

—Estas cartas van dirigidas a usted, así que tiene algo en lo que él confía. Le está pidiendo ayuda. Quiere que lo ayude a parar. —Kim seguía a la espera: eso ya lo sabía, ya se había dado cuenta—. La admira y ha depositado su fe en usted. Su enfado por no haberlo detenido es casi como el de un niño que espera que un padre le ponga límites...

Kim miró a Woody.

—¿Señor? —Las palabras no pronunciadas «¿Cuánto tiempo tengo que aguantar esto?» flotaron entre los dos. No le gustaban mucho los psicólogos, pero ese tipo parecía demasiado entusiasmado con sus propias observaciones.

Woody entrecerró los ojos y se volvió hacia Frederick.

—El asesino le pidió ayuda en la primera carta y mostró su frustración con usted tras la segunda. Tengo entendido que hoy no se ha encontrado ninguna carta en la tercera víctima, ¿no es así?

—Todavía no.

—Aún desea ponerse en contacto con usted, pero tal vez tenga la sensación de que sus cartas han sido inútiles. Quizás busque otra forma de comunicar su descontento. Podría sentir que usted no le hace caso y optar por usar el arma más valiosa que tiene.

—¿Archie? —preguntó ella, que ahora sí empezaba a prestar atención.

Frederick asintió.

—Podría herir al chico o hacerle algo peor tan solo por llamar su atención, con tal de conseguir...

—Sí, lo entiendo —dijo Kim. No necesitaba esas imágenes en su mente.

Woody volvió a centrar la atención en sí mismo.

—Es necesario comunicar al público el asesinato de la tercera víctima, y esta es una oportunidad —dijo.

—Oportunidad ¿para qué? —preguntó Kim. No le gustaba el rumbo que las cosas estaban tomando.

—Para hablar con él, para darle una respuesta. Para demostrarle que sí ha captado su atención —intervino Frederick antes de que Woody lo mirara siquiera.

Una indómita parte de Kim quería sacarle la lengua al psicólogo para burlarse.

Este entendió el mensaje y cerró la boca.

—Estará atento a cualquier señal de que ha llegado a ti. Quiere que le respondas. Necesita que entres en contacto. Nosotros, por nuestra parte, tenemos que hacer lo posible por mantener a Archie a salvo.

Kim no dijo nada. Le preocupaba que todo eso hubiera venido por recomendación de un psicólogo de cuya existencia ni siquiera se había enterado hasta ese día.

Woody asintió hacia Flora y esta tendió la hoja de papel a la detective.

—Esto es lo que queremos que diga.

Kim empezó a leer. Al principio, parecía bastante normal: «Cadáver de una mujer...», «Condolencias...», «Ninguna piedra sin remover...», «Todo el peso de la ley...», hasta que llegó al tercer párrafo.

—¿Es coña?

Tres cabezas se agitaron a la vez.

Frederick miró a Woody para pedirle permiso para hablar. Woody asintió.

—Dada la naturaleza de las cartas que le ha enviado este criminal, creemos que es la mejor manera de dirigirnos a él.

—¿Quiere que le riña mientras aún retiene a un niño inocente?

—Estamos seguros de que ese hombre la ve a usted como una figura de autoridad, como una persona a la que admirar y respetar. Creemos que responderá al nivel de severidad que transmite ese mensaje.

—¿No cree que existe la posibilidad de que tenga el efecto contrario? —preguntó Kim, y leyó en voz alta el párrafo que la horrorizaba—: «Este es un acto abominable, llevado a cabo por un individuo sin conciencia..., una persona malvada..., aberrante..., desalmada..., el castigo más severo de todos... sin piedad...». —Hizo una pausa—. Un poco más, y lo enviamos a la cama sin cenar. ¿Por qué no le decimos que ya estamos preparando la silla eléctrica?

Flora se inclinó hacia delante.

—Porque eso...

—Sí, Flora, sé que ya no hacemos ese tipo de cosas, pero, aunque al asesino me gustaría decirle esto, y algo peor, no creo que tenga el efecto que deseamos.

—Y nosotros estamos seguros de que sí lo hará —dijo Frederick, y se cruzó de brazos.

—Y yo creo que tenemos que hacer algo, Stone —dijo Woody—. Tres mujeres muertas en otros tantos días y un niño desaparecido... Tienes que llegar a él de alguna manera.

Kim se planteó seguir discutiendo, pero era inútil. Tenía que desprenderse de sus propios recelos. Ellos eran los expertos, y a veces tenía que aceptar que otros sabían más que ella.

Pero no creía que fuera uno de esos momentos.

Capítulo 58

—¿Cómo vamos, chicos? —preguntó Kim en cuanto entró en la sala del escuadrón—. ¿Qué estáis haciendo?

Stacey fue la primera en hablar.

—Espero un correo electrónico de la operadora del número desde el que han llamado a Nicola a las nueve de esta mañana. Era un móvil desechable. Lo he marcado varias veces, pero salta el buzón de voz. La verdad es que no creo que vaya a responder, jefa.

«Bueno, esa forma de comunicarnos con el asesino no va a funcionar», pensó Kim. Aún llevaba en la mano el papel que acababan de darle en la reunión.

Desde la ventana, al fondo de la oficina, podía ver a la prensa congregándose fuera del edificio. Se dio la vuelta.

—¿Penn? —preguntó.

—Estoy buscando a los chiflados que trolearon a Nicola para ver si siguen igual de desquiciados, pero, por ahora, no hay nada.

—Yo te he llevado de un lado a otro todo el día y luego he preparado el café —dijo Bryant.

—Un gran trabajo —dijo Kim, y dio un sorbo a la taza que le había dejado junto a la impresora. —Miró las pizarras—. Todavía estoy intentando averiguar el porqué de las diferencias entre los delitos. El primero, mujer muerta y niña abandonada; el segundo, mujer muerta y niño secuestrado, y el tercero, mujer muerta, pero nada de niños. —Hizo una pausa y miró a Alison.— ¿Alguna opinión?

—Ya habíamos hablado de personalidades desdobladas —dijo Alison, aunque su respuesta carecía de la convicción que, con gusto, habría tenido ante una teoría bastante plausible.

—¿Hay alguna posibilidad de que otra de sus personalidades le esté diciendo qué hacer? —insistió Kim—. ¿Explicaría eso las diferencias?, es decir, que ambas personalidades asesinen, pero lo hagan de forma ligeramente distinta.

Alison negó con la cabeza.

—Nunca había visto algo así. Lo normal es que en las personalidades desdobladas haya un dominante y un sumiso. Incluso en las múltiples hay una voz clara que controla al resto, pero cada vez aprendemos cosas nuevas sobre las enfermedades mentales.

—¿Y qué crees que la personalidad o la colectividad harán con esto? —preguntó, y dejó sobre el escritorio de Alison la hoja de papel.

Muy atenta, Kim la observó leer. Notó que, al acercarse al final, Alison fruncía el ceño.

—¿Esto es lo que te han pedido que leas a la prensa? —quiso aclarar.

Kim asintió.

—Mi jefe, un psicólogo y una jefa de prensa. Y, sí, parece la primera frase de un chiste.

Alison volvió a leer, pero esta vez no frunció el ceño, sino que hizo un leve gesto con la cabeza al llegar al final.

Le devolvió el papel a Kim.

—Por la forma en que esa persona se ha comunicado contigo, sí, tiene mucho sentido que asumas el papel de una madre severa y le eches la bronca. Puedo entender la lógica de lo que pretenden hacer: esperan que tus palabras conmocionen al asesino para que deje de hacer lo que ha estado haciendo y suelte a Archie.

—Pero... —preguntó Kim.

—No hay ningún pero. Creo que es un buen plan. Podría funcionar.

—Vale, gracias —dijo Kim. Volvió a mirar por la ventana y consultó su reloj. Fue a coger su chaqueta—. Y supongo que estamos a punto de averiguar si, de verdad, es un buen plan. —Su compañero se levantó para seguirla.

«Está bien, Bryant, soy capaz de hacerlo yo sola —dijo, y le agradeció el gesto. Él sabía que Kim no se sentía cómoda con lo que le habían pedido.

—Sí, ve a hacerlo sola, jefa, enseguida estaré allí contigo.

Capítulo 59

Alison miraba con fijeza los papeles que tenía sobre el escritorio y hacía como que leía, pero las palabras se fundían unas con otras y carecían de sentido. Era como si hubiera dado una vuelta completa volando, pero no le gustaba dónde había aterrizado.

De niña, no se le habían dado bien las luchas con sus propios intereses. Se encogía ante las opiniones contrarias y se remitía a lo que siempre había considerado un poder superior y provisto de mayor autoridad. Los cientos de ejemplos para justificar su punto de vista solo se le ocurrían más tarde. Sin embargo, una vez que pasaba el momento, se daba cuenta de que, después de todo, sí que tenía una opinión.

Ya formada en Ciencias del Comportamiento y con dos licenciaturas a cuestas, se sintió lo bastante segura de sus conocimientos y sus capacidades como para lanzarse a experimentar el otro extremo del espectro. Los certificados que colgaban de una pared le daban la confianza necesaria para ofrecer una opinión, con gusto y convencida, tanto si se la habían pedido como si no.

Pero, en este instante, un malestar conocido reptaba en su estómago. Ese sentimiento se remontaba al día en que Dorian, uno de sus compañeros de nueve años, le dijo que los niños que comían gratis en la escuela eran estúpidos y no tenían padres. Y ella sabía que Molly, su vecina de al lado, tenía comidas escolares gratuitas, pero porque su padre había tenido un accidente y estaba temporalmente incapacitado para trabajar. Molly no era estúpida y sí tenía padres. Alison no estaba de acuerdo con Dorian, aun así, cuando otros niños empezaron a asentir, se desmoronó. Estaba en desacuerdo, pero también en silencio.

Ahora, el malestar le llegaba a la garganta. Levantó la cabeza y miró a las dos personas que aún quedaban en la habitación.

—Chicos, creo que he metido la pata.

Capítulo 60

Kim acababa de salir del edificio para encontrarse con la prensa cuando notó que su teléfono, que había puesto en silencio, empezaba a vibrar. Bryant volvió a situarse en el mismo lugar que había ocupado un par de días antes.

En el bolsillo trasero, la detective llevaba el papel que le habían dado. Si Flora esperaba que lo sacara y lo leyera palabra por palabra, podía pensárselo mejor. Ya que la obligaban a conferenciar con la prensa, hablaría, por lo menos, como era debido. De lo que le habían puesto en el papel, sabía de memoria lo suficiente como para cumplir con la encomienda.

El teléfono dejó de vibrar; sin embargo, mientras Kim se acercaba al grupo, volvió a empezar. No podía ser nadie de su equipo. Todos sabían lo que había ido a hacer allí. La única otra persona que importaba era Keats, y esperaba por Dios que no fuera él. Contestarle el teléfono al médico forense, justo delante de esas personas y de sus potentes micrófonos y altavoces, no era una buena idea.

—Bien, amigos, acérquense. —Hizo una pausa para darles la oportunidad de encender sus dispositivos. Frost eligió blandir su iPhone hacia ella.

Mientras empezaba a hablar, Kim se obligó a mantener una expresión neutra.

—Puedo confirmar que hoy, hace algunas horas, en el bosque de Uffmoor, ha aparecido el cuerpo de una mujer de cuarenta y seis años. —Hizo una breve pausa. Cada palabra que pronunciaba la acercaba más al tercer párrafo, con el que no estaba de acuerdo. Sin embargo, Woody le había dado una orden.

«La familia ya ha sido informada. Por supuesto, queremos expresarles nuestras condolencias a sus seres queridos. —Incluso Flora pensaba que era una buena idea.

«Es demasiado pronto para saber si el incidente está relacionado con otros casos aún en investigación. Sin embargo, se me permite revelar que no hemos descartado esa hipótesis. —El bueno de Freddie pensaba que era una gran idea.

«La autopsia tendrá lugar mañana. Después, les revelaremos la identidad de la víctima y empezaremos a buscar testigos. —E incluso Alison estaba de acuerdo.

«Quiero insistir en que atraparemos al responsable de este delito y lo llevaremos ante la justicia. Me gustaría aprovechar esta oportunidad para recordarles que aún no hemos localizado a un niño de seis años llamado Archie. La familia está desesperada por saber algo del pequeño. Hace más de veinticuatro horas que no tenemos noticias de él.

Terminada la primera parte.

Ahora tenía que pasar al segundo párrafo, uno en el que coincidían los expertos que la rodeaban. Todos y cada uno.

—Gracias por su tiempo, damas y caballeros. Mañana les daremos más información.

Se dio la vuelta, entró en el edificio y sacó el móvil. No se había retransmitido en directo a los noticiarios, pero las imágenes llegarían a Internet en unos treinta segundos; es decir, medio minuto antes de que Woody le reventara el teléfono.

Bryant entró tras ella.

—¿Qué demonios ha sido esto? —le preguntó.

—Dame un minuto —dijo ella, sorprendida de que las llamadas perdidas fueran de Stacey. Bueno, la ayudante tendría que esperar. Se desplazó hasta el número que quería y esperó cuatro segundos a que le contestara una voz aguda e incrédula.

—Stone, ¿qué…?

—Escúchame bien, Frost. Disimula y reúnete conmigo en la parte trasera del edificio.

—Stone, solo voy a la parte trasera de un edificio a fumar o a morrearme, y ninguna de esas cosas las quiero hacer con...

—Haz lo que te digo, Frost —le espetó Kim antes de colgar.

—Vale, ahora estoy aún más confundido —dijo Bryant.

—Ve a ver qué quiere Stacey y te lo explicaré todo más tarde.

Volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo, consciente de que, en cuanto Woody viera esa rueda de prensa abreviada, buscaría respuestas; sin embargo, independientemente de las instrucciones que había recibido, lo del escarmiento público no le parecía una buena idea. Eran muchas las cosas que quería decirle al asesino; a ser posible, con un atizador al rojo vivo en la mano, pero no mientras retuviera a un niño pequeño.

Estaba de acuerdo en que el homicida esperaba algún tipo de respuesta, y la iba a tener.

Tres segundos antes de que Frost apareciera en escena, Kim oyó el rítmico taptap de sus tacones altos.

—Stone, no sé a qué estás jugando, pero esa gente, la de ahí atrás, no está nada contenta.

—Con todo el dolor de mi corazón, Frost, necesito que me hagas un favor. —El rostro de la reportera se endureció de inmediato—. No te preocupes, te daré algo a cambio.

—Venga —dijo Frost, y ladeó la cabeza.

—Quiero que escribas tu propia historia, pero necesito que añadas algunas citas mías.

La mujer frunció el ceño.

—¿Puedo citarte?

—Debes citarme —aclaró Kim.

Frost sacó su cuaderno.

—Vale, Stone, ¿qué demonios estás tramando?

—Toma nota: quiero que digas que tememos por la seguridad de un niño inocente, que no hay necesidad de que Archie salga herido, que entendemos cómo, sin quererlo, se ha convertido en una víctima circunstancial. Añade que sabemos que su captor no quiere hacerle daño, que tiene buenos motivos para hacer lo que está haciendo y que yo le agradecería cualquier oportunidad de hablar con él sobre el tema.

—Joder, Stone, ojalá fueras tan empática con la gente que no va por ahí asesinando —dijo Frost con el bolígrafo en el aire.

Kim no sentía la menor compasión por alguien que había matado a tres mujeres en tres días. Era un movimiento calculado. Si el asesino buscaba una madre, no creía que la disciplina dura y fría fuera la solución.

Su teléfono empezó a sonarle en el bolsillo.

—¿Puedes hacerlo, Frost?

—Eeeh..., sí. Contenido exclusivo de la oficial superior de investigación en un caso de triple asesinato. Claro que lo haré, pero ¿por qué yo?

—Leí tu artículo de ayer en Internet. No mencionaste ninguna carta del asesino.

Frost puso los ojos en blanco.

—Sí, a veces pierdo el paso y hago lo correcto.

Kim le agradecía que hubiera decidido no desviar la historia y se hubiera concentrado en el niño desaparecido. Aun así, tenía que averiguar quién había sido el informante que estaba a punto de perder el empleo.

—Mira, tu fuente...

Frost miró hacia arriba y a la izquierda.

—Dile a ese tipo, al tal Mitch, que tenga más cuidado cuando vaya por ahí con bolsas de plástico para pruebas. Tengo zum en mi cámara, lo sabes bien.

—Joder, Frost, dijiste que había una fuga en...

—Sí, no soy tan buena chica, ya ves. Me habéis cabreado.

—¿Estamos en paz? —preguntó Kim. Era consciente de que utilizaban a la reportera solo si les convenía. Por una vez, estaba haciendo lo correcto en nombre de ellos.

—Por ahora —dijo Frost, y guardó su bloc de notas.

—¿Cuánto tardarás en publicarlo?

—En línea, estará listo dentro de una hora; en la edición impresa, mañana por la tarde.

Kim rezó para que Noah fuera de quienes buscaban en Internet. Cada hora que pasaba sin que la llamaran para ver el cadáver de un niño era un resquicio de esperanza, la ilusión de recuperar ileso a Archie.

Su teléfono volvió a sonar. Se acordó de que tenía que volver a enfrentarse a las consecuencias.

Pero no sin antes poner algo de su propia cosecha.

Capítulo 61

—Alison, al Tazón. Ahora —dijo Kim en cuanto entró en la sala de la brigada.

—Jefa, ella...

—Ahora no, Stace —espetó Kim. Su rabia había ido en aumento mientras subía las escaleras.

Alison entró y cerró la puerta.

—¿Qué coño creías que estabas haciendo?

—He metido la pata. Lo siento. Me he dado cuenta en cuanto te has ido...

—Pero no estabas equivocada, ¿verdad, Alison? Casi podría perdonártelo, porque la gente comete errores, pero has leído esa declaración y sabías que era una equivocación. Tú, que has estado estudiando estos crímenes, tanto la metodología como las cartas, sabías que me estaban aconsejando mal y no dijiste nada. —La expresión compungida de la mujer no ayudaba a suavizar la rabia de Kim.

«¿Qué crees que le podría haber pasado a Archie si yo hubiera leído esa puñetera declaración? Estoy bastante segura de que habría vuelto en una puta bolsa para cadáveres, y también sé que tú lo sabías. ¿Habrías venido conmigo a decírselo a su familia?, porque ese es mi trabajo, Alison. Esa es la consecuencia si me equivoco.

—Lo siento. Solo quería...

—Joder, demasiado tarde, Alison. Necesito tu puta opinión cuando te la pido, no cuando el daño ya está hecho. Si te he pedido ayuda no es porque crea que tu trabajo es una mierda. Te he pedido ayuda porque siempre has tenido los ovarios de decirme que me equivoco. Sí, rara vez escucho, pero pones coraje en tus convicciones. O, al

menos, eso hacías. —Kim hizo una pausa para respirar mientras Alison se hundía cada vez más en su miseria.

«Mira, sé que no te pagan por hacer esto. Aceptaste ayudarme, y eso hace que esta conversación sea aún más difícil, pero, servicio gratuito o no, si no puedo confiar en que eches mano de tu experiencia y la compartas, esto no tiene sentido...

—Si algo le ocurriera a ese niño, nunca...

—No la he usado —dijo Kim, y eso alivió un poco la desdicha de la psicóloga.

—¿No la has leído?

—No estaba de acuerdo, así que he tomado otro camino. Ahora seré yo quien cargue con esto, pero, en serio, Alison, que metas un dedo del pie no nos sirve de nada. O vuelves a montar o te largas del puto establo. Tú eliges —dijo Kim, y abrió otra vez la puerta de la sala del escuadrón.

Ya había dicho lo que tenía que decir. Ahora tenía que ir a que le patearan el culo.

Capítulo 62

Kim no había acabado de tragarse la cólera cuando se topó de lleno con la de otro. Las raíces de su ira estaban en la incapacidad de una persona para tomar una determinación, pero el origen de la rabia a la que ahora tenía que enfrentarse estaba en sus decisiones.

—No dejes que mi sereno exterior te engañe como para pensar que ahora mismo estoy algo menos que furioso —dijo Woody en cuanto ella cruzó la puerta.

—Señor, si me permite…

—¿Permitirte qué, Stone? ¿Salir impune de un asesinato sangriento? ¿Desobedecer deliberadamente una instrucción directa de tu superior? ¿Decidir por ti misma lo que vas a hacer, sin tener en cuenta los consejos de los expertos? ¿Crees que sabes más que todos aquellos a quienes conoces, sin importar su formación, experiencia y credenciales? ¿Qué crees que debería dejarte hacer?

Ah, esa era difícil. ¿Debería defender su punto de vista y sus razones en pleno arranque de ira de su jefe o dejarlo gritar y explicarse más tarde?

Sabía cuál era la salida más segura: dejarlo desahogarse, permanecer tranquila y evitar las confrontaciones. Eso era lo que debía hacer.

—Si quiere que le diga la verdad, yo estoy igual de cabreada con usted, señor —replicó. Esperar nunca había sido su fuerte.

El hombre echó atrás la cabeza y sus ojos brillaron aún más.

—¿Y qué es lo que te tiene cabreada, si es que me lo puedes decir?

—Que me envíe a luchar con las armas equivocadas. Yo he escuchado, comprendido y discrepado. De niña, hice muchas cosas que no debía haber hecho, pero ahora puedo decir que una buena

bofetada ra no me habría impedido repetir ninguna de ellas. De hecho, habría sido peor.

—Aquí no hablamos de tu infancia, Stone. Se trata de que te responsabilices de tus actos, y el resultado puede ser…

—Pero sí que hablamos de eso, señor, porque ustedes tres han asumido que esto solo podía ir en una dirección: que el tipo se acobardaría ante mi ira y mi dictamen. Nunca se han planteado que pudiera tener el efecto contrario. No decir nada era mejor que echar un rotundo rapapolvo.

—¿Y bien?, te has salido con la tuya, entonces, ¿no? Has pasado por alto una orden directa y has perdido la oportunidad perfecta para ponerte en contacto…

—No he cometido la imprudencia de pasar por alto sus instrucciones sin tener un plan. Estoy intentando llegar a él por otra vía; de una forma discreta, sin prejuicios y a través de Frost.

El rostro de Woody se endureció aún más.

—Stone, ¿estás intentando incitarme a la violencia? ¿Por qué demonios le confías a Frost algo de esto? Por su culpa, ya tenemos dos investigaciones internas, y esa mujer no tiene intenciones de decirnos…

—No ha habido ninguna fuga —reveló Kim—. Frost vio la carta a través de la bolsa de pruebas que Mitch se llevaba de la escena. Ella misma me lo ha dicho. Si apuntó a usted, fue por haberle cortado el paso.

El alivio, fugaz, se esfumó enseguida.

—En cualquier caso, siempre volvemos al problema al que nos hemos enfrentado históricamente, Stone, al mismo: no eres capaz de seguir las órdenes de gente a quien le pagan por tomar decisiones difíciles.

—¿Así que debo obedecer, pase lo que pase, para que sus decisiones me eximan de toda responsabilidad? ¿Cree que voy a seguir instrucciones solo para conseguir dormir de noche si sale mal?,

¿porque la decisión no ha sido mía? ¿De verdad cree que me va a importar menos la vida de un niño porque la decisión no la he tomado yo? Señor, usted me conoce mejor que eso, así que...

—Te recuerdo, Stone, que tres personas te han dicho...

—Y esas tres personas estaban equivocadas.

Woody dio un fuerte puñetazo sobre la mesa.

—¡¿Cómo te atreves?! —gritó, furioso—. ¿Con quién crees que estás hablando? Si yo no te apoyara por tus habilidades, ya te habrían echado muchas veces a la calle. No respetas las normas, ni los reglamentos ni los procedimientos. Más de una vez me he visto obligado a defender tu puesto. No has aprendido que hay una autoridad ante la que debes responder, y esa autoridad soy yo.

Kim se mantuvo firme, con la mirada inquebrantable.

—Todo eso es cierto, pero, aun así, usted se equivocaba.

Le resultó extraño el espeso silencio que de pronto llenó la habitación. Nunca le había echado en cara a su jefe que había tomado una mala decisión. Había discrepado, apelado y suplicado, pero nunca le había dicho que había cometido un error.

Cuando por fin él volvió a hablar, lo hizo con voz baja y contenida:

—Más te vale que nos hayamos equivocado, Stone, por el bien de un niño de seis años.

Capítulo 63

—No dices nada —comentó Kim mientras subían al coche.

—Jefa, acabas de partirle la cara a Alison, te has llevado un buen latigazo de Woody y luego les has dicho a los miembros de tu equipo que muevan el culo y se pongan manos a la obra. Creo que puedo decir que sé cuándo debo cerrar la boca.

—Pero ¿si fueras un hombre más valiente?

—Te diría que era lo último que los chicos necesitaban oír después de doce horas de trabajo.

—Bryant, yo…

—Y también creo que lo sabes, por eso no voy a decirlo.

—Vete a la mierda, Bryant —dijo, y se volvió hacia la ventana.

—Por supuesto, jefa —contestó él, y guio el coche fuera del aparcamiento. Faltaban unos diez kilómetros para llegar a casa de Kate Sewell, en Belbroughton, aunque antes tenían que hacer una parada. Bryant ya lo sabía, así que Kim prefería recorrer el corto trayecto en silencio.

El mazazo que le había dado Woody no había tenido nada que ver con la frustración que sentía mientras reñía a su equipo. Sí, el ambiente entre ella y su jefe era más tenso que nunca. Rara vez, por no decir jamás, habían tenido un enfrentamiento como ese; sin embargo, el enfado con su equipo se debía a que no estaban más cerca de encontrar al homicida de lo que lo habían estado el lunes tras el primer asesinato. Y ya habían muerto otras dos mujeres.

No era nada nuevo, aunque que Kim tenía la extraña sensación de que las pistas estaban ahí, todas juntas, como un cartucho de dinamita a la espera de que alguien encendiera la mecha.

Solo esperaba que algún miembro de su equipo encontrara una coincidencia antes de que alguien más perdiera la vida.

—Vale, vale, hemos llegado, y me encantaría saber por qué. —Bryant se detuvo en la entrada del desguace de Dobbie. Faltaban tres minutos exactos para las siete.

—Tu vida podría estar a punto de ser mucho más fácil —dijo ella al salir del coche; pero recordó las circunstancias—. O más difícil aún —añadió. Si perdía este chasis, quizás fuera mejor comprarles cascos protectores a todos—. Virgen santa, y ahora ¿qué? —exclamó cuando su teléfono le comunicó una alerta de Google—. Ah, ya está el artículo de Frost. —Pulsó el enlace.

Mientras leía, atravesó a pasos lentos la puerta del desguace. Buscaba en el texto las frases que había dictado, y las encontró.

«Buen trabajo, Frost», pensó, y se guardó el móvil. Ahora, lo único que le quedaba era esperar.

—¿Así que tienes un nuevo proyecto? —preguntó Bryant, esperanzado.

—Oh, sí. —Caminaron hacia la oficina, en el centro de los terrenos. La última vez que habían estado allí juntos había sido para contemplar los restos aplastados de una víctima de asesinato, comprimida hasta la muerte en la máquina de Dobbie. Alguien había descubierto una mano que sobresalía de un trozo de metal moldeado en forma de cubo. Hasta que consiguieron identificarla, habían apodado Rubik a la víctima.

A lo lejos, distinguió a dos hombres, uno con traje y otro con ropa informal, junto a un Dobbie de camiseta negra y vaqueros.

—¿Quiénes son esos tíos? —preguntó Bryant.

—Unos puñeteros ladrones potenciales —dijo ella—. Ahora, hazme un favor. Cuando veas que la puja supera las mil libras, haz como si intentaras evitar que yo siga subiendo.

—¿Qué...?

—Solo hazlo —dijo Kim.

Se reunieron con el resto del grupo. Los dos hombres la valoraron con la mirada mientras Dobbie consultaba su reloj.

—Pensaba que no ibas a llegar, inspectora.

Los otros dos bajaron la mirada.

—¿Cómo resistirme a tu oferta? —preguntó ella. Echó un vistazo al chasis apoyado en la pared del despacho.

—¿Todos habéis venido preparados? —preguntó Dobbie. —Kim se tocó el bolsillo trasero, donde tenía enrollados los billetes—. Vale. —Dobbie se relamió los labios—. Ya sabéis a lo que habéis venido, así que empecemos la puja en quinientos.

Dos manos se alzaron. Ella asintió.

—¿Seiscientos?

Dos manos y un movimiento de cabeza.

—¿Setecientos?

Dos manos y otro movimiento de cabeza.

—¿Ochocientos cincuenta?

Dos manos y un asentimiento.

—¿Mil? —dijo Dobbie con los ojos brillantes de emoción. Setecientas libras más de lo que había acordado con ella, y los tres postores seguían pujando.

—¿Mil doscientas?

—Jefa —dijo Bryant después de haberla visto asentir.

—¿Mil cuatrocientas?

Una mano y un asentimiento. El hombre del traje sacudió la cabeza.

Uno menos.

—¿Mil seiscientas?

Una mano y otro asentimiento mientras el hombre del traje se alejaba.

—¿Mil ochocientas?

—La Virgen, jefa, es demasiado…

—Chitón —dijo ella, y asintió.

—¿Dos mil? —preguntó Dobbie, incapaz de creerlo.

Una mano arriba y un asentimiento, pero la mano había titubeado.

—¿Dos mil doscientas?

Kim asintió mientras la mano, aunque sentía una buena picazón, se quedaba donde estaba.

—¿Está seguro? —presionó Dobbie.

El dueño de la mano agonizó durante unos segundos y terminó por negar con la cabeza. Miró con nostalgia el chasis de motocicleta antes de aceptar la derrota y abandonar el lugar.

—Parece que es mío después de todo, Dobbie —dijo ella y, con un gesto, pidió a Bryant que recogiera la pieza.

Dobbie se relamió los labios y sonrió.

—Para ser franco, quería que fueras tú quien se quedara con él.

—Ah, bendito seas, Dobbie, qué amor —dijo, y se metió la mano en el bolsillo trasero.

El brazo carnoso del hombre se elevó y ella le puso el dinero entre los dedos extendidos.

—¿Qué es esto? —preguntó él, frunciendo sus grandes cejas.

—Son las trescientas libras que acordamos hace un mes, Dobbie. Un trato es un trato, y nos dimos la mano. Solo tú intentarías estafar a una agente de policía. —Bryant ya iba de camino al coche con el chasis en la mano—. Pero ha sido una noche entretenida, así que gracias por la invitación —añadió, y se marchó con su primera sonrisa sincera del día.

Era el momento de ir a hablar con la agente de Nicola.

Capítulo 64

Miro la puerta cerrada y me maldigo por mi estupidez.

¿Qué se supone que debo hacer, entonces? ¿En qué demonios estaba pensando cuando me quedé con el niño? No es que lo quisiera ni que pudiera servirme para algo. Allí estaba y, en un momento de estupidez e impulsividad, me pareció ver un triunfo. Vi la victoria. Era el asesinato de Katrina, pero mejorado. El niño no se quedaría allí. Me lo llevé.

Pero, ahora, ¿qué hago con él? Ha visto mi cara. Podría identificarme.

Solo me queda una opción. Eso siento mientras, con la palma, agarro el cuchillo de cocina. Siento horror, pero no puedo dejarlo vivir ahora.

Cada paso que me acerca a la puerta hace que aumente la carga sobre mis hombros. Me estruja el corazón y, sin embargo, no puedo permitir que él lo destruya todo.

Con la otra mano, envuelvo el pomo de la puerta. Respiro hondo e intento no visualizar lo que tengo que hacer. Empiezo una cuenta atrás:

Tres.

Dos.

Mi teléfono me dice que ha recibido una alerta de Google. Solo dos cosas las activan: los asesinatos y la inspectora detective Stone. ¿Cuál ha dado la voz de alarma?

Vacilo un segundo. Mi deber no puede aplazarse. Este niño no puede vivir. Respiro hondo por última vez.

Tres.

Dos.

¿Un asesinato o la inspectora detective Stone? ¿Cuál?

Maldita sea. Tengo que mirarlo.

Cambio de mano el cuchillo y saco el móvil. Me niego a soltar el arma, eso sería una derrota. Esto es algo que puedo hacer. Debo hacerlo. Pronto.

La alerta es por la inspectora detective Stone. La han citado en un artículo de una periodista local. No es algo nacional. Ha sido Tracy Frost, del Dudley Star.

Paso por alto la narración. No me interesan esas palabras vacías. Solo busco lo que ella tiene que decir. Es lo único que me importa.

«… temor por la seguridad de un niño inocente…».

«… no hay ninguna necesidad de que Archie salga herido…».

«… por una casualidad, Archie se ha convertido en una víctima inocente…».

«… no quiere hacerle daño…».

«… una buena razón para lo que está haciendo…».

«… dar la bienvenida a la oportunidad de hablar…».

Me sorprende tanta empatía, tanta compasión. Sé que he hecho bien en confiar en ella, en buscar su ayuda. Ella sí me entiende. Sabe que no quiero hacerle daño al chico, pero…

Suena una segunda alerta.

¿Asesinato?

Me desplazo hasta el artículo y un titular escandaloso me dice todo lo que necesito saber:

Hallan asesinada en el bosque a una exestrella local de las telenovelas.

Suelto el cuchillo y cojo el teléfono. El otro teléfono. El mensaje está ahí, pero yo ya lo sabía.

Ahora sé lo que debo hacer. Es lo único que tiene sentido. Me doy cuenta mientras me dirijo hacia la puerta una vez más.

Capítulo 65

—¿Estás bien? —preguntó Stacey. Penn acababa de salir de la sala para llamar a Jasper. Eran más de las siete y no parecía que fueran a marcharse pronto.

—Estoy bien, Stace —respondió Alison, que no parecía estar bien en absoluto. Llevaba más de una hora sin tocar las galletas Whagon Wheels que había encima del escritorio.

—Siempre puedes irte —le sugirió Stacey, hablándole como amiga, y no como colega—. Nada de esto tendría que ser tu problema.

La mujer ni siquiera cobraba por el privilegio de que le gritaran dos veces en un día: una por separado, por no haber dicho lo que de verdad pensaba, y otra en la reprimenda colectiva de la jefa.

Ahora mismo, Stacey tenía ganas de irse, pero no lo haría porque, en el fondo, sabía que la jefa tenía razón. Allí faltaba algo y no se habían esforzado lo suficiente por encontrarlo.

El problema era que, después de doce horas, estaban destrozados.

Penn les habló en cuanto entró de nuevo en la sala:

—Sigo pensando que nos escapa algo sobre Noah. Me parece que los árboles no nos dejan ver el bosque —continuó, y empezó a pasearse.

—Quizá lo hemos complicado mucho y le estamos dando demasiadas vueltas —añadió Stacey.

Él se detuvo por un segundo.

—Señoras, cojan sus teléfonos y vengan conmigo.

Stacey miró a Alison, quien, como toda respuesta, frunció el ceño. Se encogió de hombros y cogió su móvil. Sentía que llevaba días

con el trasero pegado a la silla. Alison también se levantó.

—Muy bien, señoras, iremos a dar un paseo —dijo Penn mientras los tres salían del edificio por las puertas automáticas—. A limpiar las telarañas de la cabeza.

—Eeeh... ¿Nos puedes decir adónde vamos? —preguntó Stacey. Estaban delante de un inmueble de hormigón con aparcamiento. No eran las colinas de Clent, que digamos.

—Vamos a tomar un poco de aire fresco y a caminar en círculos alrededor del edificio para que la sangre bombee hasta nuestros cerebros.

Stacey no pudo evitar que una sonrisa se dibujara en sus labios. A veces, su compañero enloquecía de verdad. Se apretó más la rebeca. El sol se estaba poniendo en lo que había sido un día frío y miserable.

—¿En el sentido de las agujas del reloj o en sentido contrario? —preguntó.

—Al contrario —contestó Penn—. Me siento un poco rebelde.

Dieron la vuelta y caminaron hacia el otro lado, con Penn en medio.

—Desmenucemos esto y vayamos pieza por pieza. —Se volvió hacia su derecha—. Alison, ¿qué es lo que más te desconcierta de lo que has averiguado hasta ahora?

Ella metió las manos en los bolsillos.

—Creo que las diferencias entre los dos primeros asesinatos. En ambos hubo críos implicados, pero a la primera niña la dejó, y se quedó con el segundo. Muchos asesinos van en ascenso y, sin embargo, su patrón sigue siendo el mismo. La escalada suele estar relacionada con el tipo de delito, así que o les interesan los niños o no les interesan. Esto no es algo con lo que me hubiera topado antes.

Alison dejó de hablar y retrocedió un paso cuando un agente pasó junto a ellos camino de un coche patrulla. Antes de continuar,

aguardó a que el policía ya no pudiera oírla.

—En el tercer asesinato no hay niños implicados, pero lo demás es igual. Mujer y cuello roto, y esta víctima había estado en la mira del público. ¿Eso significa algo o no? Hasta ahora, no hemos encontrado ningún vínculo entre las fallecidas. No hay amigos en común ni lugares que hubieran visitado. Hay cosas en común, pero ellas no lo son, no sé si me entendéis.

Pasaban junto a los contenedores, a mitad de su primer circuito alrededor del edificio.

—Bien. ¿Y tú, Stace? —preguntó Penn.

—¿Por qué tanta prisa? ¿Qué ha ocurrido para que mate a tres mujeres en tres días? ¿Qué lo ha impulsado a empezar ahora?

Penn hizo un alto, pero Stacey y Alison siguieron caminando.

—A menos que estos no sean sus primeros crímenes —dijo, y volvió a ponerse a la par—. ¿Y si ha hecho otras cosas en otros sitios?

Stacey se percató de que eso demostraba lo cansada que estaba, porque era algo que debería haber tenido en cuenta. Después de que pasaran frente a puertas automáticas y siguieran adelante para empezar la segunda vuelta, se volvió a su compañero.

—¿Y a ti? ¿Qué te preocupa?

—Los arañazos —respondió—. Presentes en la primera víctima, pero no en la segunda.

Alison negó con la cabeza. Antes de hablar, esperó a que un camión articulado atronador pasara por la calle, frente al aparcamiento de la comisaría.

—¿Ves?, eso es lo que no tiene sentido. Si un asesino deja una tarjeta de visita, ya sea como mensaje o como un medio para burlarse de la policía, esa tarjeta está presente en todos los crímenes. No eligen cuándo hacerlo y cuándo no. Es parte del proceso, es importante…

—Ay, esperad —dijo Stacey. Su teléfono acababa de recibir un correo electrónico—. Es del proveedor de telefonía del móvil desechable desde el que Nicola ha recibido una llamada esta mañana.

Antes de abrir el anexo, se sentó en el muro del aparcamiento.

El documento era más corto de lo que esperaba y estaba ordenado. Muy ordenado.

—Qué raro —dijo Stacey mientras Penn se sentaba junto a ella. Alison se sentó del otro lado—. Aparte de la llamada de esta mañana al teléfono de Nicola, el número solo ha estado en contacto con otro más.

Penn miró la pantalla.

—¿Ocho llamadas a ese mismo número en el último mes? —Se esforzó por verlo mejor—. Y ninguna entrante.

Stacey comprobó las fechas en la parte superior de la página.

—No es un extracto mensual, Penn. Esta es la actividad de este teléfono durante los últimos doce años.

Capítulo 66

Eran casi las ocho cuando llegaron a casa de Kate Sewell, una construcción que sobresalía mucho de entre las propiedades de los vecinos. Estaba en una homogénea hilera de pintorescas casas de estilo rural, con bonitos jardines bien cuidados y bajos muros blancos. La excepción era el número diecinueve, que tenía un bordillo con cambio de nivel para los coches y un camino de entrada de ladrillo negro.

«Debe de haberles sentado de maravilla a los vecinos», pensaba Kim mientras Bryant, ya en el camino de entrada, bloqueaba un Toyota Corolla.

El pueblo de Belbroughton, situado a unos seis kilómetros al sur de Stourbridge, había sido, en su día, el centro del distrito de fabricación de guadañas del norte de Worcestershire. Tenía una población de unos dos mil trescientos habitantes y era famosa por su Festival del Espantapájaros, a finales de septiembre. La zona tenía fama de pacífica y opulenta.

Les abrieron la puerta a la segunda llamada.

La cara, una que Kim reconoció gracias a la reunión del lunes, frunció el gesto.

—¿Inspectora...?

—Stone —la ayudó Kim.

El traje de aquella ocasión había sido sustituido por un maillot y unos leggings de licra. Más allá, en el suelo, Kim vio una esterilla de yoga.

Kate siguió su mirada y echó la cabeza hacia atrás, con los ojos brillantes de miedo.

—Me relaja —dijo—. No le ha pasado nada a Tyra, ¿verdad?

Kim negó con la cabeza.

—No. Estamos aquí por un asunto totalmente distinto.

Cuando la mujer se apartó para dejarlos entrar, el alivio ya inundaba sus facciones. La puerta principal daba a un pequeño salón que parecía ser una segunda sala de estar.

—¿Dónde quieren sentarse? ¿Quieren café o...? Lo siento, no sé qué se debe hacer si la policía visita tu casa a altas horas de la noche.

No eran ni las ocho, así que aún no era plena noche.

—Me temo que el asunto es urgente y no puede esperar a un horario comercial. Sin café, y aquí mismo. Estaremos bien —dijo Kim, y se sentó en un sofá de cuero blanco.

Bryant ocupó el asiento individual y Kate se sentó sobre la esterilla de yoga, con las piernas cruzadas. Cogió el teléfono, miró la pantalla y volvió a dejarlo en el suelo.

El día que la había conocido, Kim no había tenido ningún presentimiento. No había necesitado formarse una opinión, pero ahora empezaba a hacerlo.

—¿En qué puedo ayudarlos?

—Tenemos entendido que fue representante de Nicola Southall.

Ella pareció pensar durante unos segundos.

—Dios mío, sí, pero de eso hace ya unos cuantos años —dijo, y cogió una botella de agua—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Me temo que Nicola ha sido asesinada esta mañana —dijo Kim sin suavizar el golpe. Había sido una relación de negocios, una que había terminado hacía algún tiempo.

La mujer dejó de beber por un momento.

—No. El cadáver del bosque. Está bastante cerca de...

—Sí, era Nicola, me temo.

Kate volvió a beber agua antes de enroscar de nuevo el tapón de la botella.

—Joder, pobre —dijo, como si se tratara de alguien a quien había visto una vez y de pasada, alguien en quien no había vuelto a pensar. Kim percibió que Kate hacía cálculos mentales de pérdidas y ganancias. Ya no significaba una amenaza para los beneficios; por lo tanto, tampoco suponía una gran pérdida. Esa mujer no le caía bien.

—¿Usted la representó durante algún tiempo? —quiso saber.

—Sí, estaba conmigo cuando hacía anuncios. Daba buena talla en la tele y era una actriz de calidad razonable, así que pensé que alguien terminaría fichándola, pero nunca imaginé que se convertiría en una diva nacional de las telenovelas. —Al recordar eso, sonrió con ojos brillantes de emoción—. Fueron buenos tiempos. Entrevistas, anuncios de radio, sesiones de fotos y hasta una entrevista en BBC Breakfast. Pero… —Abrió las manos expresivamente.

—¿Todo salió mal en cuanto le cambiaron el papel? —preguntó Kim.

—Sí, la historia era ficticia, pero el odio era real. La maltrataban en Internet y le escupían por la calle, y fue demasiado para ella. Le dije que eso pasaría, que podría seguir ganando dinero, pero estaba demasiado asustada.

«Ella podría haber seguido adelante y tú habrías ganado más dinero», pensó Kim.

—¿Así que se retiró?

—Escapó, según yo lo veo. No tenía entereza para mirar más allá. Punto. No salía sola, se buscó protección personal y dejó de asistir a las audiciones. Era obvio que, al final, cada una tenía que seguir por su lado.

«Cuando la vaca lechera ya no dio más», pensó Kim.

—Pero ¿hubo alguna amenaza directa contra la vida de Nicola?

Kate frunció el ceño mientras bebía otro sorbo de agua.

—¿Usted cree que alguien la podría odiar tanto como para esperar tanto tiempo?

—Es algo que debemos considerar. ¿Hubo amenazas de muerte?

—Sí, pero no eran serias. La mayoría eran guerreros del teclado.

—¿La mayoría? —presionó Kim.

—Tuvimos un par de raros que eran peores que el resto, un poco más específicos, pero hace ya diez años de eso.

—¿Y qué hizo con esas cartas?

—Las quemé. Las traté con el respeto que merecían.

—¿Y le contó todo a Nicola?

—La mayoría, no tenía sentido volverla aún más paranoica.

—¿Y está segura...? —El timbre de un teléfono interrumpió a Kim, pero no el que estaba junto a la botella de agua.

Kate se levantó de un salto y miró hacia la cocina.

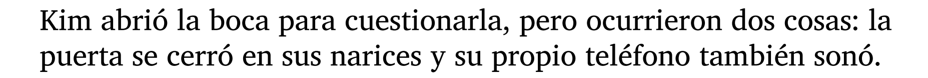
—Lo siento, tengo que cogerlo: es el teléfono de los clientes.

La detective se puso de pie y, de pronto, recordó la reacción de Kate cuando habían llegado.

—Lo primero que usted ha pensado al vernos ha sido que algo le había pasado a Tyra Brooks. ¿Tiene motivos para sospechar que podría ocurrirle algo?

Sin dudarlo un instante, y mientras el teléfono de la cocina seguía sonando, la mujer abrió la puerta para dejarlos salir.

—No, oficial, ninguna razón, en absoluto.


Kim abrió la boca para cuestionarla, pero ocurrieron dos cosas: la puerta se cerró en sus narices y su propio teléfono también sonó.

—Qué encanto —observó Bryant ya de camino al coche.

—Stone —respondió ella.

—Señora, soy Craig Harris, la oficial de enlace familiar de la casa Webb-Harvey.

Kim había trabajado con esa agente años antes. Encajaba bien en esa casa.

—Cuénteme —le dijo, incapaz de reprimir la ridícula esperanza de que Archie hubiera aparecido sano y salvo.

—Es Robyn, señora, está absolutamente furiosa y exige que venga ahora mismo.

—Joder —dijo Kim, y colgó.

Aunque no solía responder a ese tipo de reclamos, en ese caso haría una excepción. Le pidió a Bryant que se dirigiera a la casa de los Webb-Harvey.

Le tocaba dar algunas explicaciones.

Capítulo 67

Kate trataba de controlar su rabia mientras miraba el teléfono. Había dejado de sonar, pero comenzaba de nuevo. Conocía bien el número. Esta persona sabía muy bien que no debía llamarla. Así no se hacían las cosas. Sopesó la posibilidad de volver a su sesión de yoga, pero la pose del perro boca abajo en una silla no aliviaría la tensión que se le estaba acumulando en los hombros. No había manera.

La visita de la policía la había dejado inquieta, al igual que la conversación sobre Nicola Southall. Entre otras cosas, porque se acordaba de lo que aquella mujer habría logrado de haber estado hecha de una pasta más dura.

En representación de Nicola, Kate había negociado un acuerdo inicial de mil cuatrocientas libras por episodio, con una garantía de cien episodios al año y una cuota por las repeticiones. Era un buen trato. Incluso lo celebraron juntas con una o dos copas de vino espumoso. Kate, ya por su cuenta, en cuanto notó el rumbo por el que llevaban el personaje de Nicola, había celebrado otro poco. Los personajes buenos ganaban mucho dinero, pero los detestados ganaban mucho más.

Todos los programas diurnos querían una entrevista; todos los periódicos, un reportaje y todas las revistas, una sesión de fotos con los personajes más atroces de la pantalla pequeña.

Y Kate estaba a punto de empezar a ganar mucho dinero con las entrevistas y las apariciones personales. Las dos debían aprovechar la exposición hasta el último céntimo. Estaba preparada.

Por las malas, había aprendido a no compartir demasiado con sus clientes. Había cometido un error al hablar con Nicola sobre sus ideas. Bastó con que le hubiera desvelado los planes para que la mujer se doblegara ante la presión del abuso.

No, ya había aprendido que, cuanto menos supiera el cliente, mejor.

Más tarde se lo agradecería, al final, cuando rieran juntos.

Era mejor que no se implicara. Eso pensaba cuando el teléfono dejó de sonar. Lo cogió. No estaba dispuesta a hablar con la persona que la estaba llamando. Alguien podía grabar la conversación.

Pulsó el icono de los mensajes de texto.

Tecleó:

Ya te he dicho que no me llames. ¿Qué pasa?

La respuesta no se hizo esperar:

¿Td bn pr mañana?

Kate se tragó su molestia ante las abreviaturas. ¿Cuánto tiempo se ahorraba la gente con esas cosas que no eran palabras?

Tecleó:

¡Si hubiera habido algún cambio, te lo habría hecho saber!

La respuesta:

Solo cmpruebo ns vms mañana

Tecleó:

No, no lo harás, y apégate al plan. No vuelvas a contactarme.

Arrojó el teléfono a un lado, disgustada, y respiró hondo.

Sentía un nudo en la boca del estómago. No podía pasar por alto la sensación de que algo iba a salir terriblemente mal.

Capítulo 68

—Está en el dormitorio de Archie —dijo Craig en cuanto abrió la puerta. Señaló las escaleras con la cabeza—. La segunda a la izquierda.

Bryant dirigió a Kim una mirada interrogante y ella negó con un gesto. Hablaría con Robyn a solas.

—Haremos té —dijo Bryant, y siguió a Craig a la cocina.

Encontró la puerta abierta. Robyn estaba sentada en el borde de una cama decorada con coches de carreras. Tenía la cabeza entre las manos.

Kim tosió para anunciar su llegada.

—Usted —la señaló acusadora, y extendió la mano a la derecha para coger su teléfono—. ¿Le ha dicho todo esto al hombre que asesinó a mi esposa y secuestró a mi hijo?

Blandía el teléfono, como tratando de que Kim lo leyera.

—Robyn, déjeme explicárselo —dijo, y entró en la habitación. Las paredes, primero pintadas de blanco, habían sido decoradas a mano con coloridos personajes de dibujos animados. Kim tuvo la repentina visión de Robyn y Louise en mono, pincel en mano, preparándose para el nacimiento de su hijo. Ese pensamiento le produjo una profunda tristeza.

—Explicarme ¿qué? ¿Que usted entiende por qué esta persona se ha llevado a mi hijo? ¿Por qué ha asesinado a mi esposa y me ha dejado sin nada? —Kim sacó un taburete que había debajo de una mesita con libros y lápices para colorear. Eran dos adultas sentadas en muebles de tamaño infantil—. O sea, ¿está usted tratando de hacer nuevos amigos o algo así? ¿Quiere darle una palmadita en la espalda por joder mi puta...?

—Robyn, estoy tratando de mantener a su hijo con vida —expuso Kim con palabras suaves. En retrospectiva, deseó haberse tomado un momento para explicarle a Robyn lo que pretendía. Leer el artículo sin advertencias ni explicaciones tenía que haber sido una puñalada en el corazón—. Tenía que haber hablado con usted. Lo siento, pero nuestras locuras siguen un método. Créame si le digo que estamos tan enfadados como usted, pero suponemos que, en este caso concreto, un trato suave dará los mejores resultados. Todos queremos traer a Archie sano y salvo a casa. Y eso haremos —afirmó convencida.

La rabia de Robyn pareció aplacarse ante la mención del nombre de su hijo.

Kim esperó.

—El lunes por la noche —dijo, y sacudió la cabeza mientras sus pensamientos se reubicaban y se anclaban en otro lugar—, apenas hace dos días, hablábamos de darle a Archie un hermano o una hermana. Ahora es imposible. Biológicamente, Archie es hijo de Louise, pero sigue siendo...

—Por supuesto que es su hijo —dijo Kim. Suponía que, aunque había sido Louise quien diera a luz a Archie, Robyn nunca había considerado al niño otra cosa que su hijo.

—No todo el mundo piensa así. Mucha gente cree que no tengo ningún derecho sobre él; entre ellos, mi propio hermano.

—¿Usted tiene un hermano? —preguntó Kim, sorprendida. ¿Por qué no estaba allí, apoyándola? De hecho, ¿dónde estaban sus familiares?

—Es un capullo —dijo Robyn con sinceridad—. Está regresando de una conferencia en Ginebra, pero, si soy franca, preferiría que se hubiera quedado donde estaba. Si le tocara la desgracia de conocerlo, comprobaría lo que le estoy diciendo.

—¿No están unidos? —preguntó Kim. Acababa de acordarse de su propio hermano, Mikey, quien había muerto en sus brazos justo cuando tenía la edad de Archie. Habría dado su vida por salvar la

de él. Sabía que, si Mikey hubiera sobrevivido a una madre negligente y torturadora, hoy estarían tan unidos como lo habían estado entonces.

—Bah —dijo Robyn, asqueada—. Nadie puede acercarse a Robert. Compite con todo el que conoce y, si no puede vencerlo, se deshace de él. Nos vemos poco, pero no hay reunión en que no salga con algún comentario sarcástico o algún juicio sobre el estilo de vida que yo he elegido. —Remarcó la palabra «elegido».

—Ah, es uno de esos —dijo Kim, y enarcó una ceja.

Robyn sonrió apenas.

—Ah, sí, es uno de esos, en definitiva. Yo podría tener una vida heterosexual perfectamente normal, si quisiera. Él dice que solo quiere mi felicidad.

—¿Así que tiene buenas intenciones? —preguntó Kim con actitud caritativa.

—Por supuesto que no. Lo que quiere es una hermana con una familia normal, convencional. No le gusta que mi sexualidad se refleje en él, que lo señale como si fuera defectuoso, la gente podría pensar que está pintado con la brocha de la imperfección. Las apariencias lo son todo para Robert. Compra «Me gusta» para su negocio textil, uno que comercializa en todas las redes sociales.

—¿Compra los «Me gusta»? —preguntó Kim. No era que el tema le interesara mucho, pero, cuanto más hablara Robyn, más tranquila se quedaría.

—Sí. Uno puede comprar «Me gusta» para sus páginas. Te hacen parecer mucho más popular de lo que eres, y Robert lo hace siempre. Eso lo valida. Luego se lo termina creyendo. Es muy divertido. A Louise y a mí, esto nos parte de risa... —Sus palabras se fueron perdiendo. Se dio cuenta de que, por unos instantes, su mente se había dado permiso de esquivar la realidad.

—¿Se llevaban bien? —preguntó Kim.

Robyn negó con la cabeza.

—Yo me he acostumbrado a su forma de ser. He aprendido a no reaccionar, porque mis reacciones solo sirven para encenderlo. Louise no podía dejar pasar ningún comentario sarcástico. Lo cuestionaba por todo.

Kim tuvo la sensación de que Louise le habría caído bien. Se sintió invadida por una repentina oleada de tristeza. Recordaba haber entrado en esa casa el día anterior, como una intrusa, en una familia que se preparaba para lo cotidiano. La comida se estaba cocinando y el vino estaba servido, y ella había entrado a destruirlo para siempre.

—A él es a quien odio —dijo Robyn, como si hubiera leído sus pensamientos—. Cada fibra de mi ser quiere encontrarse con él cara a cara para hacerlo sufrir, tal y como yo estoy sufriendo ahora. Quiero coger las cosas importantes de su vida y hacerlas pedazos.

—Es del todo normal —dijo Kim.

—Pero no podría hacerlo —dijo Robyn mientras una lágrima resbalaba por su mejilla—. No puedo aferrarme a eso. Hay tantas emociones dando vueltas dentro de mí que ya no sé a cuáles agarrarme.

Kim lo entendía. ¿Cómo condolerse y, al mismo tiempo, conservar la esperanza? ¿Cómo derrumbarse, si aún necesitaba mantenerse entera? ¿Cómo ir en búsqueda de una nueva normalidad si su hijo seguía desaparecido?

Se levantó para marcharse. No había nada más que pudiera darle a esta mujer.

—¿Por qué? —preguntó Robyn de repente, con las cejas fruncidas. Kim se volvió y esperó—. ¿Por qué cree usted que esta es la mejor forma de tratarlo, si está claro que no es la práctica habitual? ¿Qué la hace pensar que el asesino responderá? —preguntó. Daba pruebas de que su rápida mente seguía atenta.

Por mucho que Kim quisiera, no podía divulgar qué clase de contacto se había establecido. Confiaba en Robyn, pero no en aquellos a quienes Robyn decidiera confiar la información.

—Eso es algo que no puedo responder —dijo Kim—. Todavía no.

—Tráigamelo de vuelta, inspectora —susurró. La fatiga ya se había apoderado de ella y se le cerraban los párpados.

—Eso pienso hacer —dijo Kim, y abandonó en silencio la habitación.

Capítulo 69

Stacey estaba segura de que el cansancio recorría la habitación como una ola mexicana. Los tres ahogaban bostezos tapándose la boca.

El paseo de diez minutos alrededor del edificio la había revitalizado temporalmente, igual que a Penn, pero había tenido el efecto contrario en Alison, cuyos párpados caían cada vez más.

—Alison, vete a casa. Ni siquiera tienes la obligación de estar aquí.

Como consultora no remunerada, Alison no tenía que esperar a que la jefa la enviara a casa. Podía irse cuando quisiera.

—Oye, el equipo que camina unido permanece unido… O algo así —protestó, y contuvo un bostezo.

Stacey volvió a su ordenador y, en el mismo instante en que el reloj marcó las nueve, oyó un fuerte golpe en el escritorio de reserva.

Se giró para mirar.

—¿Ha sido su cabeza? —preguntó.

—Sí —dijo Penn, y acercó su silla a la de Alison.

Tocó ligeramente el brazo de la psicóloga y un fuerte ronquido lo sobresaltó.

Stacey se reía por dentro. Cuanto más miraba los esfuerzos de Penn por despertar poco a poco a la Bella Durmiente, más divertida le resultaba la escena.

—Maldita sea, está más tiesa que un boxeador noqueado —dijo Penn.

Otro fuerte ronquido provocó a Stacey un ataque de risa. Quizás debido a los efectos del cansancio, por sus mejillas rodaron

lágrimas.

—Basta, Penn, me duele el estómago —dijo, y se secó los ojos.

—Stace, deja de reírte y ayúdame a despertarla. No quiero que se asuste.

La ayudante de detective consiguió aguantar la risa. Aunque hubiera sido un momento, la sensación había sido muy agradable.

—Vale, Penn. Hazte a un lado, yo me encargo —dijo.

Él rodó en su silla hasta su propio escritorio.

—¡Hola, jefa! —gritó Stacey.

Alison levantó la cabeza y balbuceó:

—¿Eh...?, ¿dónde...?

Stacey y Penn no pudieron contener la risa ante la expresión de pánico de la psicóloga.

—Alison, en serio, vete a casa —dijo Stacey.

La mujer se dio por vencida y cogió su bolso.

—Vaya pareja... Juro por Dios que...

—¡Calla, eso es! —gritó Penn. Se puso de pie y miró a Alison—. Noah, Noé, el nombre. Hemos agotado todas las teorías excepto una: los animales iban en parejas.

Capítulo 70

—Gracias por traerme, Bryant —dijo Kim cuando el coche se detuvo frente a su casa. El último encuentro con Robyn había agotado sus reservas de energía. Atrás quedaba una casa que, hacía apenas un par de días, era toda normalidad; una casa que albergaba una familia. Ahora estaba llena de extraños. Y Kim no pedía otra cosa que una ducha caliente, un café cargado y un paseo nocturno con el perro.

Bryant apagó el motor.

—Me encantaría entrar a tomar un café, gracias por invitarme.

Ella se bajó del coche.

—¿Estás bien? —le preguntó. Se sentía exhausta, pero, si Bryant necesitaba hablar, sacaría la energía de algún sitio.

—Estoy bien —respondió él, y la siguió hasta la puerta principal.

Ella abrió y se encontró con su imagen favorita.

—Barney, mi niño —dijo, y se inclinó para acariciar al perro mientras Bryant pasaba por un lado.

—Pondré la cafetera.

—¿Qué pasa? —preguntó Kim. Acariciaba la cabeza de Barney, que caminaba junto a ella. Abrió la puerta trasera para que el perro pudiera salir. El paseo nocturno vendría después, cuando Bryant se hubiera ido—. ¿Te has peleado con la parienta? —preguntó preocupada.

En el caso de esos dos, habría sido algo inusual, pero todos los matrimonios, incluso los mejores, pasaban por malas rachas. Y el de Bryant era el mejor ejemplo de buen matrimonio que Kim hubiera visto.

—Estamos en tu casa, así que sigo siendo Bryant, pero tú ahora eres Kim, ¿verdad? —preguntó.

—Así es.

Esa era la regla.

—¿Y estamos oficialmente fuera de servicio después de un día de catorce horas?

—Bryant... —lo previno. Era demasiado tarde para ese tipo de juegos—. Venga, escúpelo.

—Te has equivocado al hablarle al equipo como lo has hecho hoy.

Cuando Barney volvió, Kim cogió una zanahoria.

—¿Esto es por la llamada de Woody? —preguntó.

A su salida de la casa de Kate Sewell, el jefe había llamado para preguntar por qué el equipo estaba paseando alrededor del edificio.

La noticia la había hecho sonreír y, a la vez, la había impulsado a darle órdenes a Bryant de que los enviara a casa.

Bryant cogió un par de tazas.

—Alison acababa de irse. Los otros dos parecían delirar, y no lo digo en el buen sentido —dijo. Miró la taza que ella tenía siempre reservada para él y la devolvió a su sitio—. En realidad, no quiero café. Si te he pedido que me dejaras entrar ha sido para darte una bofetada de realidad.

—Venga, dámela —dijo ella, y se sentó en el taburete de la barra donde solía sentarse él. Bryant adoptó la posición de Kim, de pie, apoyado en la encimera y con los brazos cruzados.

La reprimenda llegaba un poco tarde. Hacía dos horas que ella se había dado cuenta de su metedura de pata, pero era importante dejarlo hablar.

—El equipo haría cualquier cosa por ti. Esa gente te seguiría a

cualquier parte. No esperan una palmadita en la espalda, una estrella dorada ni que les hagas galletas. No esperan que los alabes por haber hecho un buen trabajo. Tampoco esperan que les grites después de muchas horas de trabajo y el máximo esfuerzo.

—Sin duda.

—Tampoco esperan cargar con lo peor de tu frustración solo porque este tío se nos adelanta a cada paso.

—De acuerdo.

—Penn acaba de perder a su madre. Stacey se casa dentro de diez días, y Alison... Bueno, en realidad, Alison se merecía la bronca, pero, aun así, podrías haber sido más amable.

—¿Hay algún idioma en el que pueda decir que estoy de acuerdo contigo?, ¿un idioma que tú entiendas?

De lo que acababa de decirle su compañero, no había nada que no le hubiera pasado por la cabeza desde que salieron de la oficina.

Él descruzó los brazos.

—Y, para ser justos, quiero decirte que, al parecer, la reprimenda ha tenido un efecto positivo. Penn me ha contado algunas cosas interesantes que se les han ocurrido durante su pequeño paseo.

—Decídete: ¿tenía razón o estaba equivocada?

Ahora solo era un juego.

—El contenido estuvo bien; la entrega, fatal.

—Mensaje recibido. Y, hablando de entrega, a ver si le llevas a tu mujer un marido mediocre antes de que encuentre uno decente. Estoy harta de verte hoy.

Él sonrió.

—Sí, el sentimiento es mutuo —dijo, y se dirigió a la puerta. Pasó junto a Barney y le dio una palmadita en la cabeza—. Es toda tuya

—le dijo.

—Ah, y ¡Bryant! —gritó Kim cuando él estaba llegando a la puerta principal.

—No, no, está bien, no hace falta que me des las gracias por mi honestidad y valentía al señalarte que...

—Iba a decirte que no te olvides de sacar de tu maletero el chasis de mi motocicleta —lo cortó ella.

Mientras cerraba la puerta, Bryant se reía a carcajadas.

Kim fue al otro lado de la barra de desayuno, a terminar de preparar el café que Bryant había empezado.

—Madre mía, ¿y ahora qué? —preguntó Kim a Barney. Su teléfono acababa de acusar recibo de un mensaje.

Frost.

Echa un vistazo a mi artículo.

Kim tecleó una respuesta.

Ya lo he leído. Gracias.

Kim lo había consultado de inmediato, en cuanto lo vio publicado. Era perfecto, y Frost la había citado al pie de la letra. No había caído en la cuenta de que la mujer querría una palmadita en la espalda.

Un nuevo tintineo le anunció otro mensaje. Tras un emoji con los ojos en blanco, decía:

¡¡¡Vuelve a comprobarlo!!!

Tres signos de exclamación.

Kim buscó el artículo y este volvió a aparecer en su pantalla. Releyó lo que Frost había escrito. No había cambios. No lo había

actualizado. Pero había una diferencia: los comentarios. Antes, cuando había sonado la alerta de Google, acababan de subir el artículo, así que había leído el texto limpio. Ahora tenía cientro treita y tres mensajes.

Se desplazó hacia abajo. Casi todo lo que veían sus ojos era, ni más ni menos, lo que ella había esperado.

Malvado hijo de puta.

Un pedófilo, seguro.

Atrapad a ese cabrón y colgadlo.

¿A ti qué te pasa, cerda estúpida?

Stone es una puta cobarde.

El niño ya debe estar muerto.

Esto ayudará a atrapar al gilipollas, ¿no es cierto?

Dame diez minutos con él.

Yo lo resuelvo.

¿Esa poli quiere tirárselo o qué?

Esto, dale palmaditas a un maldito asesino.

Los mensajes y los insultos continuaban, y no había nombres que le sonaran conocidos, pero, a tres comentarios del final, vio uno que casi le detuvo el corazón.

Siento discrepar, amigos, pero la agente en cuestión da muestras de ser compasiva y haber comprendido. ¿Quién podría afirmar que esos crímenes son por odio?, ¿y por qué a la violencia debe responderse con

agresiones? ¿Cómo sabéis que esa respuesta mesurada y objetiva no acaba de salvar la vida de ese niño?

El corazón le dio otro vuelco cuando leyó que el mensaje era de alguien llamado Noah.

Capítulo 71

Penn aparcó delante de su casa un minuto antes de las diez, pero se quedó inmóvil. Las luces estaban encendidas, solo que una pequeña parte de él se negaba a entrar. Nunca había pensado que, tras la muerte de su madre, se abriría tal brecha entre él y su hermano.

El tiempo que la mujer había pasado en la clínica de paliativos debería haberlos preparado, pero no había sido así. Se encontraban en territorio desconocido y él no tenía mapas. Lo único que sabía era que, por el bien de su hermano, debía mantenerse fuerte. Por mucho que quisiera derrumbarse, tenía que aferrarse a la rutina y mantener la continuidad. Sobre todo después de un día como ese. No le quedaba más remedio que mantener la compostura.

Abrió la puerta principal y lo primero que oyó fueron risas. Risas de mujer.

—¿Lynne? —preguntó al llegar a la cocina.

Su hermano y su antigua colega comparaban dos bandejas de magdalenas de chocolate.

—Jasper me ha llamado. —Se balanceó, incómoda—. Quería cocinar —dijo. Al leer la sorpresa en el rostro de Penn, se ruborizó —. Lo siento, tal vez no debería haber...

—No, no, está bien —dijo él, cuando logró sobreponerse a la conmoción. Jasper no tenía permitido cocinar solo en casa, pero se había hecho amigo de Lynne en los actos sociales de la policía a los que había asistido como acompañante de su hermano.

Penn fue a despeinarlo.

—Hola, colega —le dijo. El chico se agachó y apretó el rostro.

Lynne, que captó el gesto, le dedicó una gran sonrisa.

—Oye, colega, ¿quieres seguir con tus videojuegos mientras esto se enfría?

—Vaaaleeee —dijo el chico, y salió de la cocina con el delantal puesto.

Penn soltó un profundo suspiro.

—Está enfadado porque he vuelto a llegar tarde —observó.

Lynne se quitó el delantal.

—No está enfadado por eso —dijo—. Está enfadado contigo porque eres demasiado fuerte.

—¿Qué? —preguntó él, y se dejó caer en una silla del comedor. El cansancio del día lo estaba venciendo.

Lynne se sentó a su lado.

—Joder, Penn, eres un hombre inteligente, pero, a menudo, no ves lo que tienes delante.

—¿Cómo qué? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—¿Qué más da?

—Lynne, yo no…

—¿Cuáles son las cualidades de Jasper? —preguntó Lynne con el tono que, él bien lo sabía, esa mujer reservaba para los niños pequeños y los testigos difíciles—. Descríbemelo.

—Es amable, dulce, considerado.

—Así es, en efecto, ¿y dónde ha adquirido esas cualidades?

Penn se encogió de hombros.

Ella echó la cabeza atrás y soltó un gemido.

—De ti, maldito idiota. Lleva toda la vida observándote e imitándote.

—Pero yo...

—¿Recuerdas aquel accidente de tráfico al que fuimos hace años?

Penn asintió. No necesitaba preguntarle a cuál se refería. Aquel día, dos familias, tres niños incluidos, habían sido aniquiladas.

—Aún pienso en eso —añadió ella—. Recuerdo todo lo que ocurrió ese día: qué tiempo hacía, las víctimas, dónde estaba cada pieza de metal destrozado, el olor a carne carbonizada y algo más.

—¿Qué?

—Que, antes de ir tú a tomar un respiro, enviaste a los demás agentes a descansar. —Penn aún veía los rostros afligidos de los agentes que se habían ocupado del caso. Algunos tenían hijos—.

No es que no tengas sentimientos. Es como si tuvieras una reserva extra de fuerza, una marcha más que solo utilizas si de verdad es necesario.

Lynne se quedó callada. Esperó a que su amigo terminara de asimilarlo eso.

Él movió la cabeza de un lado al otro mientras el cansancio seguía invadiendo su cuerpo.

—Caray, Penn, debe de haber sido un día largo. Jasper trata de mantenerse fuerte para ti.

—Pero está tan enfadado conmigo...

—Porque quiere derrumbarse. Y quiere que te derrumbes. Necesita que lo hagas para hacerlo él también.

—Aaaay, mierda —exclamó, y se pasó la mano por los rizos.

—Necesita que hables de ella, no que finjas que nunca ha existido. Necesita recordarla y llorarla. —Lynne acercó la mano a la de su

amigo, pero la dejó a un palmo de distancia—. Los dos lo necesitáis.

Él la miró a los ojos por primera vez.

—La he cagado, ¿verdad?

Ella sonrió. A él le gustaba esa sonrisa. De verdad, echaba de menos trabajar con ella.

—Sí, la has cagado, pero puedes arreglarlo. —Señaló el salón con un movimiento de cabeza.

De repente, él se sintió abrumado de gratitud. Ella había ido por su hermano, había dejado todo lo que estaba haciendo para ir a ayudar a Jasper.

—Escucha, Lynne, gracias...

—Olvídalo, Penn. Es lo que hacen los amigos. Ahora, entra ahí y habla con tu hermano. Yo puedo salir sola.

Él le dio las gracias con la cabeza y se dirigió al salón.

Jasper tenía los controles del juego en la mano, pero nada se movía en la pantalla.

Penn se le acercó con actitud alegre.

—Oye, colega, ¿a qué juegas? —De inmediato comprendió que eso era, ni más ni menos, lo que su hermano no necesitaba.

Se sentó en el sofá y apoyó los antebrazos en las rodillas. Se percató, entonces, de que ninguno de los dos se había sentado aún en el sillón preferido de su madre.

Oyó que la puerta principal de la casa se cerraba con un suave chasquido. Por un segundo, Penn deseó que la presencia tranquilizadora de su amiga siguiera en la cocina. Pero tenía que centrarse en arreglar las cosas con su hermano.

—Oye, chaval, la casa no parece la misma sin mamá, ¿verdad? —Sintió que la emoción le engrosaba la voz y, por primera vez, no

hizo nada por tragársela. No intentó ocultar nada—. Verás, cuando estaba en paliativos, no se había ido de verdad, ¿eh? —Jasper sacudió apenas la cabeza.

«Todavía podíamos ir a verla, tocarla, hablar con ella y, quizás, una parte de nosotros albergaba esperanzas de que volviera. —Penn no hizo ningún esfuerzo por impedir que las lágrimas rodaran por sus mejillas—. Vamos a echarla de menos, hermano. Va a doler muchísimo y no sé cómo vamos a superarlo —se lamentó, y dejó caer la cabeza entre las manos. Las lágrimas fluyeron y, con ellas, el reconocimiento de su pérdida, de su dolor.

Sintió que el cuerpo tembloroso de Jasper se sentaba en el sofá, a su lado. Oyó el desgarrador sonido de la pena de su hermano. Penn lo atrajo y lo abrazó con fuerza.

—Pero lo superaremos, mi pequeño. Te lo prometo. Nos tenemos el uno al otro, y eso nunca cambiará. Nos ayudaremos mutuamente, charlaremos y recordaremos las cosas buenas de nuestra madre. Ella sabía que estaríamos bien, Jasper —dijo, y buscó un pañuelo en su bolsillo.

El brazo de Jasper lo rodeó por la espalda. El chico apoyó una húmeda mejilla en el hombro de Penn.

—Estaremos bien, Ozzy, estaremos bien.

Capítulo 72

Con la cafetera ya encendida, Kim esperaba a su equipo para empezar el día.

Bryant, que fue el primero, echó un vistazo al borde de su escritorio.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó.

—Galletas —dijo Kim, a la defensiva—. Horneadas por mí.

—Dios mío, tenía que haber cerrado la boca. Lo sabía —dijo. Se quitó la chaqueta y echó otro vistazo de cerca.

Cogió una galleta y golpeó el plato con ella.

—¿Sabes? Cuando jugaba al hockey, solíamos aporrear un objeto…

—Bryant, si no tienes nada bueno que decir, te sugiero que cierres la maldita boca —espetó ella justo en el momento en que el resto del equipo entraba en la sala de la brigada, todos al mismo tiempo.

Seguridad por el efecto manada.

Stacey valoró el plato.

—Oooooooh —exclamó; pero, entonces, lo miró mejor—. Oh —dijo.

—Tómate la libertad de coger una —dijo Kim.

—No hace falta, jefa —contestó la ayudante.

—Acabamos de desayunar, jefa —aclaró Penn.

—No tengo hambre —se excusó Alison.

—Venga, Alison, sé que eso es mentira —Todos miraban el plato con precaución, como si estuviera a punto de echárseles encima.

—¿Nos estás castigando otra vez, jefa? —preguntó Stacey.

—Ay, vamos, chicos, siempre os gusta empezar el día con...

—Penn, sálvanos, por el amor de Dios —suplicó la ayudante.

Él metió la mano en su bolsa y sacó un táper. Todos los ojos se posaron en la caja, expectantes. El sargento la abrió.

—Magdalenas —dijo. El aroma llenó de inmediato la sala.

—¿De Jasper? —preguntó Stacey.

Penn asintió con una sonrisa. Stacey dedicó al táper una mirada nostálgica.

Kim se cruzó de brazos.

—Vale, no tengo ninguna posibilidad de competir con Jasper, ¿verdad? —quiso saber. Nadie dijo nada—. ¿Ninguno va a probar las galletas que he horneado a la una de la mañana? Vamos, Alison, tu sueles comer de todo —dijo Bryant.

—Tienes razón, siempre que sea comestible —replicó ella.

El metabolismo de la mujer tenía a Kim maravillada.

—Adelante, entonces —dijo Bryant, y extendió la mano.

—Me tomaré una por el equipo.

La mordió y dejó el resto en una esquina de su escritorio, justo a la altura de la papelera.

—Vale, vale —dijo Kim, y apartó el plato de galletas.

Como si aquello hubiera sido una invitación, el equipo se lanzó sobre la ofrenda de Penn como moscas sobre un montón de estiércol fresco. Kim no se enfadó. Eran las magdalenas de Jasper. Incluso ella cogería una más tarde.

—Vale, chicos, por lo visto, vuestro paseo de anoche por el edificio ha dado resultados. ¿Queréis contármelo?

—Quisiéramos saber si esto tiene que ver con las parejas, jefa —dijo Penn—. Es lo único que hemos conseguido relacionar con el nombre Noah.

—Así que nos preguntamos si otros delitos vienen de dos en dos —añadió Alison.

—Pero ¿no hemos tenido tres asesinatos? —preguntó Kim.

—Sí, solo que los dos primeros son similares: mujeres con hijos —respondió Penn.

—Y, sin embargo, son diferentes —dijo ella. Se volvió hacia Alison en busca de una respuesta.

—Sigo trabajando en eso.

—¿Y los registros del teléfono del que llamaron ayer a Nicola? —preguntó Kim.

—Solo se ha usado ocho veces en diez años, aparte de la llamada a la actriz.

—¿No hay llamadas entrantes ni mensajes?

—Ninguno. Ni siquiera del otro número, el único con el que se comunica.

—Stace, sigue con eso. Quiero todo lo que puedas encontrar. Penn, quiero que investigues crímenes que hayan ido en pareja, cualesquiera. —Ambos agentes asintieron—. Alison, quiero que estudies los arañazos de la muñeca de nuestra primera víctima, qué significan y para qué sirven, ¿entendido? Pero no antes de que hayas echado un vistazo a esto.

De atrás de la impresora, Kim cogió las copias del comentario que había capturado la noche anterior en su teléfono.

La primera copia se la entregó a Alison; luego hizo circular el resto.

—¿Es de nuestro hombre? —preguntó Kim, impaciente.

Alison leyó el comentario y extendió sobre su escritorio las otras dos cartas.

La sala esperaba en silencio, pero Kim no pudo soportarlo más.

—¿Y bien?

—No estoy segura, no puedo.

—No te pido que apuestes tu casa. ¿Qué opinas?

—Opino que sí. Podría ser nuestro hombre.

—¿Por qué? —preguntó Kim.

—La estructura de las frases es semejante, tanto si están escritas a mano como mecanografiadas. Eso aumenta las posibilidades, porque se trata de un patrón de pensamiento, de un estilo de expresión, si lo prefieres. Usa de la misma manera muchas de las palabras. Estoy bastante segura de que es él, y, si lo es...

—Gracias, Alison —dijo Kim. Cogió la impresión y salió por la puerta. No oyó a Alison terminar su frase.

—... creo que has podido haberle salvado la vida al niño.

Capítulo 73

—Si esto significa lo que tú crees que significa, has tenido suerte, y no cambia en nada lo que te dije ayer —dijo Woody después de haber leído tres veces el comentario de Noah.

Si el jefe se refería a la decisión que Kim había tomado, que así fuera. En cualquier caso, ella esperaba haberle dado al niño una oportunidad de luchar hasta que la policía encontrara al cabrón que lo tenía secuestrado.

Tenía que admitir que se había preguntado si el ambiente seguiría caldeado de ese despacho después del intercambio de palabras del día anterior. Por lo general, habría sido discreta durante unos días; sin embargo, había dejado de ser una opción. Necesitaba algo de Woody. Y ya tenía una idea de cuál iba a ser su respuesta.

—¿Tenemos alguna posibilidad de rastrear este comentario? —preguntó él.

Kim negó con la cabeza.

—Ha desaparecido, señor. Lo eliminó media hora después de haberlo publicado. Este tipo apenas me dio tiempo a verlo.

—¿Entonces?

—Quiere hablar conmigo. Publicó la respuesta para que yo la viera. Quiere que yo sepa que me está escuchando; si no, no se habría tomado la molestia.

Woody se reacomodó en su silla.

—Prosigue —dijo.

—Quiero intentarlo de nuevo. Quiero usar a Frost para llegar a él antes de que alguien más resulte herido.

—Sabes que mi respuesta es que no —dijo Woody—. Tu primera interacción fue un accidente. Se puso en contacto contigo sin que lo invitaras. El proceso de implicarse activamente con un asesino, cara a cara, sin el apoyo pleno de los recursos policiales, no es algo que podamos decidir en este despacho, y tú lo sabes.

Sí, y el día anterior, los recursos de la policía no les habían servido de nada, pero, maldita sea, Kim ya se esperaba que él dijera eso. Los protocolos exigían que cada prueba fuera examinada por una sala repleta de expertos antes de aprobar una orden para una interacción personal, y podía llevar días. Aparte, lo más probable era que le dieran una respuesta negativa. Pero a ella no le quedaba tiempo, de ninguna manera. Con un asesinato diario, era urgente llamar la atención del homicida.

—¿Señor?

—La respuesta es no, Stone. De hecho, hoy mismo, más tarde, daré una rueda de prensa. Me parece que, en este momento, no es conveniente que hables con los medios nacionales.

Kim ocultó la sonrisa que de sus labios. Algunos días, Woody superaba incluso sus expectativas. Ella solo necesitaba una palabra, y él acababa de dársela. «Nacionales».

Como de costumbre, el hombre estaba siendo justo y objetivo. Había sopesado los beneficios de lo que Kim pretendía hacer. Como siempre, no la había defraudado.

—Señor, sobre lo de ayer, yo...

—Creo que es mejor dejarlo como está, ¿no, Stone?

—No estoy de acuerdo.

En los labios del hombre apareció el atisbo de una sonrisa.

—¿Por qué no me sorprende?

—No debería haberle hablado como lo hice —dijo, y lo decía en serio. A pocas personas respetaba tanto como a ese hombre y, para Kim, era importante que él lo supiera—. No volverá a ocurrir.

Woody entrelazó los dedos.

—Confío en que así sea, y tu pasión y convicción son admirables... la mayoría de las veces.

Ella se dio la vuelta para marcharse, contenta de que, entre los dos, se pudiera respirar. Woody no le guardaba rencor y ella a él, tampoco.

Después de aquella discusión, habría podido perdornársele a su jefe que apenas le diera la hora, no solo que no la escuchara ni aceptara sus propuestas.

Y, por si a Kim le quedaba cualquier duda, en cuanto puso los pies en el umbral del despacho, él se lo dejó muy claro:

—Y saluda a Frost de mi parte, si por casualidad te la encuentras más tarde.

Capítulo 74

—¿Así que Jasper se ha puesto a hornear? —preguntó Stacey cuando la jefa y Bryant ya habían salido del despacho.

Al recordar la noche anterior, Penn sintió que se le dibujaba una sonrisa en los labios.

—Sí, anoche, mientras yo seguía aquí, él y Lynne estaban cocinando como unos salvajes.

Penn se sentía más alegre. Esa mañana, la pesada carga de su dolor era unos kilos más ligera.

Después de que Lynne se marchara, él y su hermano habían llorado, charlado y llorado un poco más. Les quedaba un largo camino por recorrer, pero ahora sabía que llegarían a la meta.

—¿Lynne? —preguntó Stacey—. ¿No es una de tus antiguas colegas de West Mercia?

—Sí, Jasper y Lynne congeniaron desde la primera vez que se vieron.

—Eso es porque tu hermano es increíble —dijo Stacey—. Pero háblame un poco más acerca de Lynne.

—No hay nada que contar, cotilla. Ahora, vuelve al trabajo —dijo, y cogió los cascos que guardaba en un cajón.

Stacey, después de haber captado el mensaje, descolgó el teléfono.

Con los auriculares puestos, Penn tenía un poco de intimidad para estar a solas con sus propios pensamientos. Debía admitir que, al llegar a casa la noche anterior, había sido una sorpresa ver a Lynne cocinando con su hermano. Lo había alegrado su cara sonriente. Se había sentido agradecido de que ella pasara tiempo con el chico.

Pero, más tarde, después de que un exhausto Jasper por fin subiera las escaleras para irse a la cama, Penn había vuelto a la cocina. Y la había encontrado más vacía de lo normal. Todavía podía ver a Lynne allí, comparando las magdalenas con su hermano, detrás del mostrador, vestida con un delantal de Penn, uno que tenía estampado un hombre desnudo.

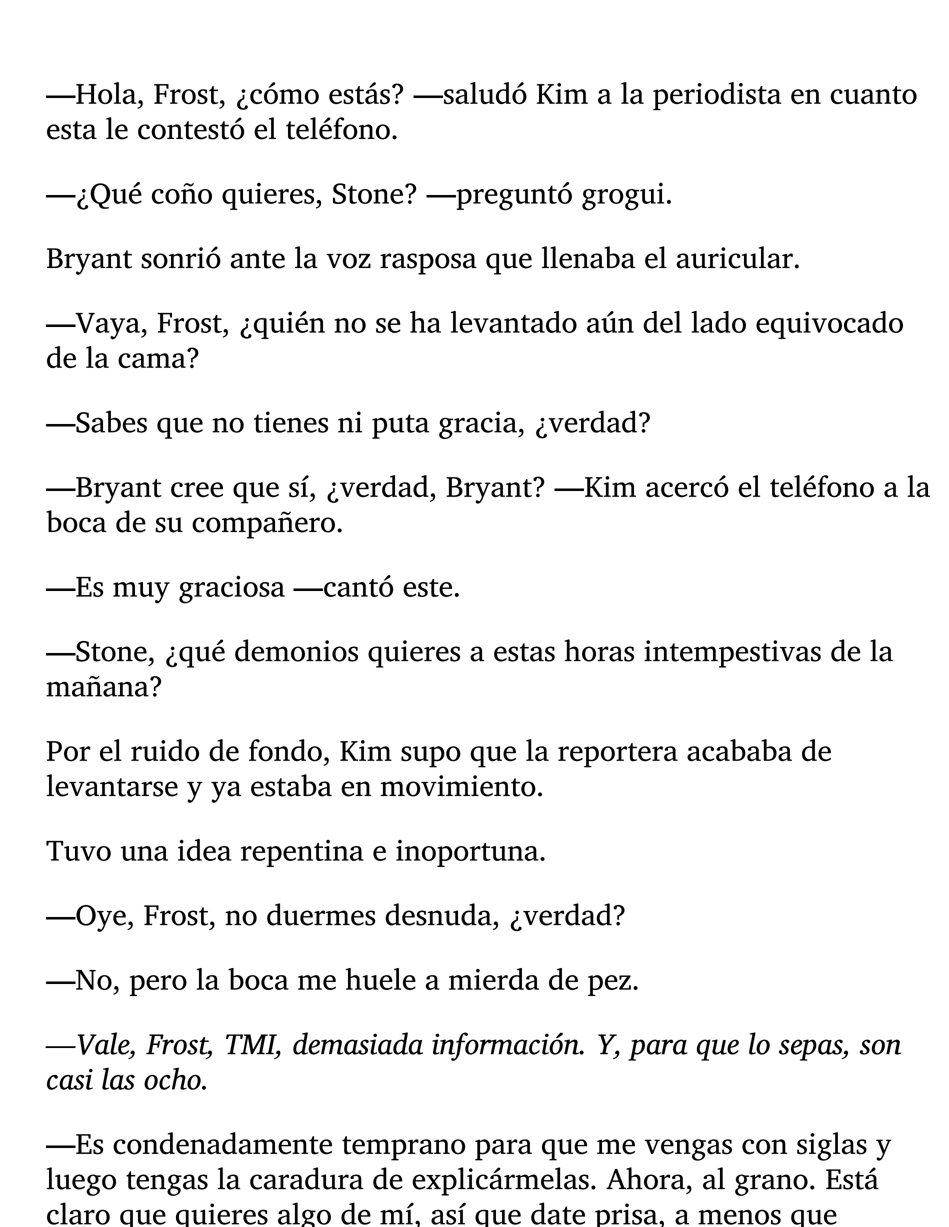
No le pasaba por alto lo mucho que añoraba trabajar con ella. Compartían el mismo sentido del humor. A menudo se reían de cosas que otras personas no encontraban graciosas. Él siempre había podido hablar con ella de cualquier tema. Lynne se había convertido en una muy buena amiga.

Pero la noche anterior también se había fijado en lo marrones que eran sus ojos y en cómo, al hablar, inclinaba un poco la cabeza.

Apartó esas imágenes. Lynne estaba comprometida. Era feliz. Tenía toda la vida por delante: una esplendorosa carrera y, tal vez, una familia. Sabía que él, por su propia situación, difícilmente podría convertirse en el soltero más codiciado, y Jasper siempre estaría en primer lugar.

Algo más con Lynne no era una opción, y por más de un motivo. Con firmeza, hizo a un lado sus pensamientos y centró la atención en el trabajo.

Capítulo 75



—Hola, Frost, ¿cómo estás? —saludó Kim a la periodista en cuanto esta le contestó el teléfono.

—¿Qué coño quieres, Stone? —preguntó grogui.

Bryant sonrió ante la voz rasposa que llenaba el auricular.

—Vaya, Frost, ¿quién no se ha levantado aún del lado equivocado de la cama?

—Sabes que no tienes ni puta gracia, ¿verdad?

—Bryant cree que sí, ¿verdad, Bryant? —Kim acercó el teléfono a la boca de su compañero.

—Es muy graciosa —cantó este.

—Stone, ¿qué demonios quieres a estas horas intempestivas de la mañana?

Por el ruido de fondo, Kim supo que la reportera acababa de levantarse y ya estaba en movimiento.

Tuvo una idea repentina e inoportuna.

—Oye, Frost, no duermes desnuda, ¿verdad?

—No, pero la boca me huele a mierda de pez.

—Vale, Frost, TMI, demasiada información. Y, para que lo sepas, son casi las ocho.

—Es condenadamente temprano para que me vengas con siglas y luego tengas la caradura de explicármelas. Ahora, al grano. Está claro que quieres algo de mí, así que date prisa, a menos que quieras acompañarme a la ducha.

—Uf…, no, gracias. A Bryant le gustaría invitarte a un café hoy, si tienes un minuto.

—¿Por qué?

—Porque eres su reportera favorita y…

—Stone, es demasiado pronto para toda esta mierda. Por el amor de Dios, suéltalo.

Kim calculó los tiempos entre su primera visita del día y la autopsia de Nicola Southall, a las diez.

—Nos vemos en el Sam's Bostin Bites, en Old Hill, a las nueve y cuarto. Ahora, ve a lavarte, que apestas.

Cuando Kim colgó, Bryant soltó una risita y le preguntó sobre el plan:

—¿Crees que aceptará?

Kim ya le había explicado lo que quería hacer.

—Creo que sí, si conseguimos que merezca la pena.

Resolverían ese problema más tarde. Por ahora, irían a ver lo que quedaba de una familia para ofrecerle el más mínimo rayo de esperanza.

Capítulo 76

—¡Qué mierda! —exclamó Stacey, y colgó de golpe el teléfono.

Alison levantó la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—El maldito proveedor de la red del otro teléfono, el segundo de prepago, está siendo mucho menos útil. No está registrado, pero están enrocándose con la protección de datos porque la relación del número con cualquier delito es poco o nada clara —dijo. Acababa de citar a la telefonista, quien le había dicho que iba a investigarlo. Eso, en código, significaba «Voy a olvidarme de su llamada en cuanto cuelgue». Stacey agitó la hoja suelta—. O sea, ¿quién usa un móvil así?

—¿Has pedido al operador el contenido del primer teléfono de prepago?

Stacey suavizó su respuesta con una sonrisa.

—No, Alison, no me aseguré de hacerlo anoche, antes de irme a casa.

Lo había hecho en el mismo instante en que se dio cuenta de que el teléfono solo se había utilizado para enviar mensajes de texto, excepto por la llamada a Nicola. Pero ahora estaba desesperada por saber a quién demonios se le habían enviado los mensajes de texto, y los de la operadora no estaban demasiado dispuestos a ayudarla a averiguarlo.

Penn se quitó los cascos.

—Stace, ¿tienes un minuto? —preguntó.

—Desgraciadamente, sí —respondió ella, ya que sus pistas parecían no llevarla a ninguna parte.

—¿Puedes examinar el asesinato de Rhona Stubbs, a ver si encuentras alguna mención a los arañazos? La apuñalaron hace ocho meses en Walsall. Y lo mismo en el caso de Bryan Thompson, agredido hace seis años en Kingswinford, a la salida de una tienda de patatas fritas.

—Maldita sea, Penn, ¿en qué estás? ¿Quieres que revise un caso de hace seis años?

Él asintió distraído mientras miraba la pantalla. Enseguida garabateó algo.

—No encuentro la forma de relacionar esos arañazos con nada —dijo Alison—. No están presentes en todos los delitos, por lo que no encajan en ningún patrón. Además, no dicen nada.

Alison había recibido el encargo de investigarlos más a fondo. Esa era su forma de decirle a Penn que perdía el tiempo.

Stacey estaba de acuerdo con la criminóloga.

—Así que, ¿qué estás pensando, Penn? —preguntó.

—Tengo que mirar más cosas, pero creo que puede haber algo en la teoría de los pares, y creo que lleva años ocurriendo.

Capítulo 77

—Está fuera, en el patio —dijo la oficial de enlace familiar en cuanto les abrió la puerta.

—¿Y cómo está, Craig?

—Como era de esperar. Anoche, cuando te fuiste, se quedó dormida en la cama de Archie, pero se despertó antes de las seis. Alterna entre llorar y querer salir a buscar a su hijo.

«Reacciones completamente naturales», pensó Kim.

La oficial de enlace familiar cerró la puerta y bajó la voz hasta casi el susurro.

—Por cierto, hay algo —dijo—. El hermano llegó a las siete y está...

—¡¿Quién es, Craig?! —gritó un hombre desde la cocina.

Kim no dijo nada. Esperó a que apareciera el de la voz.

—Detective Stone, le presento a Robert Harvey —dijo Craig—, el hermano de Robyn.

Kim distinguió un vago parecido, aunque los rasgos de ese hombre eran más duros, más afilados. Igualaba en estatura el metro ochenta y tres de Bryant, pero su cintura era unos cinco centímetros más ancha.

Él se acercó a Bryant con la mano extendida.

—Inspector Stone, mi hermana...

Bryant señaló a Kim antes de devolver el apretón de manos.

—La inspectora detective Stone es ella; aun así, estoy encantado de conocerlo —dijo.

Él se dirigió a ella, aunque sin disculparse por la equivocación. Y, en realidad, Kim no esperaba otra cosa.

—¿Tiene noticias? —preguntó. Se había situado en medio del camino para impedir que los detectives siguieran avanzando hacia el interior de la casa.

—Señor Harvey, vengo a hablar con su hermana —dijo Kim, y dio un paso al frente.

Como el tipo no se movía, ella quedó lo bastante cerca de él como para oler lo que causaba unas manchas de humedad en la axila de su camisa rosa palo.

—Le agradeceré que primero comparta conmigo cualquier noticia que tenga.

—Como usted no está directamente emparentado ni por matrimonio ni por sangre con nuestra víctima, eso no va a ocurrir, así que, por favor, apártese.

—La víctima... Ah, se refiere a Louise. Supuse que había venido con noticias de Archie, puesto que ya no hay nada que hacer por Louise. Y, si hubiera noticias, lo mejor para mi hermana sería que se las diera yo —dijo. Ahora sí, con la sensación de que había sido claro y había dicho la última palabra, se hizo a un lado.

A Kim la sorprendió esa actitud despectiva hacia Louise, la esposa de Robyn.

—Cualquier información la compartiremos primero con su hermana —dijo. Y, ya dueña de la última palabra, pasó por delante de Robert Harvey—. Por cierto, estará a salvo con nosotros, por si quiere aprovechar e ir a refrescarse.

Siguió hacia la parte trasera de la casa. Prefirió ignorar al hombre, que siguió a Bryant sin haberse dado por aludido.

Robyn estaba fuera, en una de las dos sillas de un romántico juego de jardín hecho de madera. En la pieza triangular que unía los dos asientos había una sola taza. La mujer vestía la misma ropa de la noche anterior. Un enorme cárdigan parecía sepultar su delgada

figura. El pelo largo y castaño lo llevaba recogido en una desordenada coleta.

De repente, Kim se sintió consternada ante esa solitaria mujer, quien, quizás, reflexionaba en que nunca volvería a compartir ese asiento con su esposa. Su mirada estaba fija en el fondo del jardín, en una pequeña casita de juegos.

—Ya sabíamos que el niño era demasiado grande —dijo en voz baja cuando Kim estuvo cerca—, pero no tuvimos el valor de deshacernos de ella. No podíamos tirar nada. ¿Sabe?, hay un recuerdo en cada cosa. Tengo toda la ropa de Archie. Parece una locura, lo sé, pero cada pieza evoca algo distinto; una pequeña cosa, tan solo, que me impide desprenderme de eso.

Kim se sentó junto a ella. Robyn se giró por fin, y la dejó sin aliento. Nunca había visto a una mujer tan atormentada, tan desprovista de emociones. Era como si le hubieran succionado los sentimientos.

—Ya no quiero estar aquí, ¿sabe? —dijo, y se volvió hacia el otro lado.

—Robyn, necesito…

—Por favor, inspectora, deme un momento para serenarme. Se lo digo porque me aterra lo que va a decirme en cuanto me calle, así que estoy intentando prepararme.

—Entiendo que…

—No, no lo entiende —dijo con autoridad, aunque sin ira—. Todo lo que amo en este mundo me ha sido arrebatado: mi esposa está muerta, mi hijo está…

—Bueno, si somos claros, no es tu hijo, ¿verdad? —preguntó Robert desde la puerta de la cocina—. Al menos, no biológicamente.

—Vete a la mierda, Rob —le espetó ella.

—Solo intento ayudar.

—Y eso, ¿cómo me ayuda? —preguntó Robyn—. ¿Crees que lo quiero menos porque no lo he parido?

—Bueno, técnicamente...

Ella se puso de pie y se dio la vuelta.

—¡¿Qué tal si te vas a tomar por culo?, ¿técnicamente?! —le dijo en un grito.

Bryant, que estaba más cerca del hermano, miró a Kim en busca de orientación. ¿Debería intervenir o no? Kim negó con la cabeza. A ella misma le habría gustado responder a esos comentarios insensibles y crueles, pero, tal como había admitido antes, la propia Robyn rara vez daba la cara. Dejaba que fuera Louise quien reaccionara en el matrimonio. Así que necesitaba hacerlo para conservar la cordura.

—Nunca la quisiste. Detestabas que viviéramos juntas. Nunca te tomaste en serio nuestro matrimonio ni has tratado a Archie como si fuera tu sobrino. Mírate. Ni siquiera lamentas que haya muerto.

La tensión entre los dos era palpable. Eso hizo que Kim quisiera saber qué hacía él allí. Era obvio que no había una buena relación.

Mientras lo pensaba, se preguntó si Robyn era capaz de escuchar esas cavilaciones.

—¿A qué has venido? ¿A hablar de tu esposa perfecta y de tus dos hijas perfectas? ¿A regodearte porque me siento desdichada, repleta de dolor? —Si bien la rabia ardía en los ojos de Robyn, lo que sorprendió a Kim fue la expresión divertida del hermano—. Siempre quisiste ser mejor que yo. Toda la vida has competido por llamar la atención. Siempre quisiste ganar en algo. Bueno, ya lo tienes. Ya no me queda nada, pero quiero que sepas que tu mujer es una puta, y tus hijas, unas malcriadas.

—Menuda vaca burra —dijo él, con la cara enrojecida—. No pudiste conseguir un hombre, así que te conformaste con una mujer, y ahora estás cabreada conmigo porque mi vida es genial y la tuya es...

Bryan dio un paso adelante.

—Señor Harvey, creo que es hora de que se vaya.

El hombre dudó unos segundos antes de meterse en la casa.

Robyn se desplomó de nuevo en su silla.

—Lamento que hayan tenido que presenciar esto —dijo—. Como les dije anoche, nunca nos hemos llevado bien. Antes fingíamos, por nuestros padres, pero ya no es necesario. Los dos se han ido —explicó. La mujer respiró hondo y se preparó—. Adelante, inspectora, estoy lista para lo que tenga que decirme.

—Robyn, estoy aquí para decirle que no pierda la esperanza. Creemos con firmeza que Archie sigue vivo.

Capítulo 78

Antes de meterlo en el bolso, Kate se aplicó una segunda capa de pintalabios. Quería estar lo mejor posible.

Debía recoger a Tyra en media hora para comenzar ese día, el último de la gira del libro. Otras dos sesiones de firmas y la hazaña quedaría completa. La gira de dos semanas había transcurrido sin incidentes, excepto por algunos gritos malintencionados de gente que pasaba por las librerías. Todo había transcurrido en paz y de forma segura.

La noche anterior, Tyra le había enviado un mensaje para pedirle que la pusiera al día sobre las ventas. Kate le había prometido que hoy tendría una cifra exacta, solo que era mentira. Tenía cifras exactas casi hora por hora.

Las ventas del libro no eran las esperadas ni por ella ni por la editorial. Al principio, la acogida había sido prometedora, pero, al cabo de dos semanas, no habían pasado por la caja ni el veinte por ciento de los pedidos iniciales. No era que Kate esperara que el libro estuviera en la lista de los más vendidos del Sunday Times, es que apenas aparecía en ninguna lista. Y al libro electrónico no le estaba yendo mucho mejor: con un precio de casi diez libras, los editores no parecían comprender que la mayoría de los lectores no pagaban esa cantidad por algo que no podían sujetar con las manos.

Esperaba que la gira y el interés que había suscitado le reportaran contratos y traducciones en el extranjero. Hacía apenas una semana, algunos editores de Alemania, Hungría y España habían mostrado cierto interés en cerrar un acuerdo, pero las conversaciones habían llegado a su fin, los correos electrónicos se habían terminado y a Kate ya no le respondían los mensajes. Lo que en principio había parecido un interés pasajero, ya había muerto por completo. Eso era lo que ocurría cuando uno no aprovechaba todas las oportunidades.

El público y la prensa perdían el interés. Las peticiones de

entrevistas brillaban por su ausencia, e incluso las redes sociales parecían haberse ablandado en favor de Tyra. La fascinación por la exmodelo de glamur y su historia estaban decayendo.

Sin embargo, Kate salió de su cabaña y cerró la puerta llena de energía, porque estaba segura de que todo iba a cambiar al caer la noche.

Capítulo 79

—No me parece que el hermano fuera muy comprensivo —dijo Bryant una vez que estuvieron sentados en Sam's Bostin Bites, en Old Hill. La cafetería tenía asientos por toda su doble fachada, así como un mostrador de productos caseros para llevar. Bryant ya había embolsado, para comer en casa, un par de huevos escoceses y dos panecillos de salchicha con cebolla roja.

A Kim, la apreciación de su compañero, le pareció demasiado amable.

Bryant continuó:

—Parecía un poco...

—Un gilipollas arrogante. Creo que esas son las palabras que estás buscando —dijo ella, solo por ayudarlo.

—Sí, pero es algo más que eso. Es altanero, prejuicioso, despectivo... Casi como en un regodeo malsano. —Kim asintió con la cabeza mientras daba un sorbo a su bebida—. ¿Crees que ha sido prudente contarle a Robyn lo de Archie?, ¿lo de que creemos que sigue vivo?

—Por supuesto. La mujer necesita esperanzas.

—¿De verdad crees que podremos traerlo de vuelta a salvo? —preguntó Bryant. Kim juraría haber detectado un elemento de duda en esa pregunta.

—Estamos a punto de averiguarlo —dijo Kim cuando vio a Frost entrar en la cafetería. Se contoneaba hacia ellos sobre sus tacones de diez centímetros.

Tiempo atrás, a Kim le hacía gracia la insistencia de esa mujer en llevar los zapatos más altos posible, a pesar de lo torpe y desmañada que parecía. Pero eso fue hasta que descubrió que Frost

tenía una pierna más corta que la otra y que la cojera la había convertido, toda la vida, en objeto de burlas.

Llamar aún más la atención sobre su propia forma de caminar era la forma única que Frost había encontrado para ocultar sus propias inseguridades.

Y, mientras ella tomaba asiento y colocaba en la silla de repuesto su bolso Michael Kors con tachuelas, Kim la recibió con un grato saludo.

—Hola, Frost.

—Ya basta, Stone. Me estás provocando ansiedad. Toda esta cortesía me inquieta. Te prefiero hecha una cabrona, es decir, como la persona que conozco y espero que seas.

—Frost, estamos de acuerdo en algo —dijo Bryant—: a mí también me asusta tanta simpatía.

Kim asaetó a su colega con la mirada.

—Quiero volver a hacerlo —dijo.

Frost no necesitaba más explicaciones.

—¿Estás segura de que era él? —preguntó.

Kim sabía que estaba pisando una línea muy fina con lo que podía revelar a la reportera o no, pero le estaba pidiendo un favor. Tenía la sospecha de que el criminal respondería mejor a un mensaje enviado a través de un pequeño periódico local que de uno nacional. Esa persona no buscaba fama ni notoriedad. Buscaba un contacto, y esto era algo más íntimo y personal. Le gustara o no a Kim, los artículos de Frost se estaban convirtiendo en el medio a través del cual dialogaría con el homicida.

También sabía que relacionarse con el asesino de tres mujeres no era un acto exento de riesgos. Con que dijera una sola cosa errónea, la relación con ese tipo podría derrumbarse, pero temía por la seguridad de Archie.

—¿Así que quieres otro artículo en línea? —Kim asintió—. ¿Tienes algo nuevo que añadir? —preguntó Frost, esperanzada.

—Buen intento, pero no. —No le estaba ofreciendo una exclusiva.— ¿No podrías hacer alguna recapitulación de los acontecimientos?

Frost enarcó una ceja.

—Claro, porque a mi editor le encanta que repita lo que ya hemos tratado. —Kim apreció ese sutil recordatorio de que Frost también tenía un jefe—. Lo siento, Stone, no puedo...

—Para ser una mujer tan inteligente, no piensas con mucha claridad —dijo Kim, que ya había previsto esa resistencia—. No puedo darte nada. Tan solo te estoy pidiendo un favor. ¿Quieres pensarlo un momento?

Una lenta sonrisa se dibujó en el rostro de la reportera.

—¿Así que me vas a deber una?

Kim asintió.

—¿Y podré reclamártela cuando quiera?

—Ni de coña —dijo la detective—. Pero te la pagaré, y lo sabes.

Frost dudó solo un segundo antes de coger su cuaderno.

—Vale, ¿qué quieres que ponga? Haré un artículo en torno a eso.

—Bien. Quiero que digas que no todos los asesinos son malos; que, si quieren, pueden dejar de matar. Que nadie más tiene que morir y que hay ayuda disponible y...

—Joder, Stone, ¿no querrás arroparlo también y leerle un cuento? Ese monstruo ha matado a tres mujeres y...

—Estoy tratando de asegurarme de que no mate a una cuarta. A menos que se trate de ti, porque entonces no estaré tan...

—Vale, continúa —dijo Frost, y sacudió la cabeza.

—Debes mencionar mi nombre y poner énfasis en que no se necesita que muera nadie más. ¿Entendido?

—Sí, sí, pero convertir esto en una maldita noticia es otra cosa.

—Confío plenamente en ti, Frost —dijo Kim, y apartó su silla.

—Como quieras —aceptó la reportera. Sacó su portátil, fue a la mesa de la esquina y se puso cómoda.

A su salida de la cafetería, Kim vio los dedos de la mujer volando por el teclado.

Más allá de las palabras que Frost decidiera usar, su intención era suplicarle a esa persona que dejara de hacer lo que estaba haciendo. A casi veinticuatro horas del último asesinato, solo esperaba no llegar demasiado tarde.

Capítulo 80

—Penn, ¿qué demonios estás haciendo? —preguntó Stacey cuando vio que su compañero se ponía a escribir en la pizarra con rapidez.

—Dame un minuto, Stace —contestó él sin volverse.

—Solo estás escribiendo incidentes al azar. No tienen nada que ver con...

—Vale, he terminado —dijo él, y se apartó.

Stacey miró el tablero completo con intenciones de asimilarlo.

Mayo de 2010: Robo, arañazos en el aparador.

Mayo de 2010: Robo, sin rasguños.

Agosto de 2012: Voyerismo, arañazos en el alféizar de la ventana.

Agosto de 2012: Voyerismo, sin rasguños.

Enero de 2014: Asalto, arañazos en la mano.

Enero de 2014: Agresión, sin rasguños.

Febrero de 2019: Asesinato de sintecho (mujer), arañazos en el brazo.

Febrero de 2019: Asesinato de sintecho (mujer), sin rasguños.

Tiempo presente: Homicidio 1 (Katrina Nock), arañazos

Tiempo presente: Homicidio 2 (Louise Webb-Harvey), sin rasguños

Tiempo presente: Homicidio 3 (Nicola Southall), ?

Cuando Stacey llegó al final de la lista, miró a Penn en busca de explicaciones.

Alison parecía tan desconcertada como ella.

—He buscado crímenes sin resolver relacionados con arañazos. También he buscado asuntos sin resolver que tuvieran similitudes con otros crímenes, así como con crímenes que hubieran ocurrido muy próximos entre sí. Después de haber cruzado muchas notas, esto es lo que tengo. Todos estos ocurrieron con pocos días de diferencia, y todos están sin resolver. —Hizo una pausa, miró la pizarra y señaló el primero de la lista—. En mayo de 2010, hubo un robo en una casa en West Hagley. Los arañazos se hicieron en el aparador que contenía las joyas. Era imposible no verlos. En el segundo robo, el modus operandi fue similar, solo que a la vuelta de la esquina, en Pedmore. No había rasguños.

Stacey escuchaba mientras el dedo índice de Penn bajaba hasta el segundo emparejamiento.

—En agosto de 2012, en Bilston, una mujer de veintisiete años denunció haber visto una figura sombría que la miraba fijamente a través de la ventana del dormitorio. Eran las once de la noche, más o menos. Vivía sola y estaba aterrorizada. Cuando señaló el lugar donde había aparecido la silueta, los agentes descubrieron arañazos recientes. Estaban por fuera, en la pintura del alféizar de la ventana. Les tomaron una foto y la guardaron en el expediente. Un día después, lo mismo le ocurrió a una mujer de veinticinco años, en Coseley. Fue igual, incluso a la misma hora de la noche. La víctima vio a alguien asomado por la ventana, pero no había ningún arañazo. ¿Me estáis siguiendo? —preguntó.

Tanto ella como Alison asintieron.

—En enero de 2014, encontraron inconsciente a un varón de treinta y nueve años. Volvía a casa desde su trabajo en una fábrica de

herramientas de Wall Heath. Los arañazos eran cortes en la mano. No le encontraron más lesiones. La noche siguiente, Barry Thompson, un hombre de cuarenta y dos años, fue atropellado por la espalda cuando salía de un pub de Kingswinford. No tenía rasguños ni más heridas que las de la cabeza. Ambos se recuperaron por completo, pero no pudieron ofrecer ninguna información sobre sus agresores.

—Maldita sea —dijo Stacey. Mientras escuchaba las explicaciones que acompañaban a cada anotación en la pizarra, se preguntaba si, de verdad, Penn tenía algo entre manos.

—En febrero de 2019, encontraron asesinada a una sintecho de cincuenta y cuatro años. La habían matado de una sola puñalada, en las afueras de Walsall, detrás de una estación de servicio de veinticuatro horas. Apareció una huella parcial, pero no hubo coincidencias. La víctima tenía arañazos en la parte inferior del brazo. La siguiente noche encontraron a Rhona Stubbs, una indigente de sesenta y tres años. La habían asesinado de la misma forma a las afueras de una urbanización que se estaba construyendo en Great Bridge. No había huellas parciales ni arañazos. Al principio, el equipo local tenía un sospechoso del asesinato de Rhona, ya que en esas obras estaban teniendo muchos problemas con los saqueadores y los vándalos, solo que no hubo pruebas físicas que relacionaran a ese sujeto.

—¿Así que crees que Noah es el responsable de todos estos crímenes y que ha ido escalando con los años? —preguntó Stacey.

—Creo que es posible —respondió Penn.

—Pero ¿por qué siempre de dos en dos? —preguntó Alison—. ¿Por qué hacerlo dos veces?

—No tengo ni idea.

—¿Y por qué solo se observan arañazos en el primer incidente de cada par? —preguntó Stacey.

—No tengo ni idea.

—Penn, ahora mismo estás planteando más preguntas que

respuestas.

—Lo sé —dijo él, y se sentó sin apartar la mirada de la pizarra.

Alison partió en dos un Kit Kat.

—¿Sabes, Penn?, en tu lista hay algo que no cuadra —dijo—. Mira las etapas de la escalada. De un delito al siguiente, hay un ascenso proporcional, excepto de la agresión al asesinato. El salto es demasiado grande.

—¿Qué me estás contando? —preguntó Penn con el ceño fruncido.

—Lo que digo es que te estás perdiendo algunos incidentes. Tiene que haber algo intermedio.

Capítulo 81

Kim consultó el móvil mientras Bryant entraba en el aparcamiento del Hospital Russells Hall.

—Nada todavía —dijo.

—Jefa, apenas han pasado veinte minutos. Dale una maldita oportunidad. Primero tiene que escribir el artículo, y no es que le hayas dado mucho con lo que trabajar.

—Por lo general, hacer algo de la nada no le resulta difícil —replicó Kim.

—Lo juro, a veces... —Dejó que la idea sobrevolara en el aire y salieron del coche—. ¿Sabes? Frost me desconcierta —dijo cruzaban la calle—. Nunca sabré si es un ser humano decente o una periodista despiadada y sin moral.

—Supongamos lo segundo y esperemos lo primero —dijo Kim, ya de camino a la morgue. Pero estaba de acuerdo con Bryant y a menudo se sentía igual de confundida.

A lo largo de los años, Frost había sido un constante dolor de muelas: aguijoneaba, incitaba, husmeaba y presionaba para obtener información. Sin embargo, a veces también hacía lo correcto, y ya se había abstenido de publicar descubrimientos o cosas a las que había tenido acceso. Sin contar el día en que había tenido en su poder el expediente completo de los servicios sociales de la infancia de Kim. Ese regalo lo había recibido de alguien que odiaba a la detective tanto como para, en sus asesinatos, escenificar los sucesos más traumáticos de su vida; el mismo caso que había estado a punto de cobrarse la vida de Alison.

Kim se sacudió esos recuerdos. Frost le había devuelto el expediente sin haberlo leído. Hiciera lo que hiciera esa mujer, Kim siempre recordaría ese acto de bondad.

—Oye, Keats, ¿me has echado de menos? —preguntó en cuanto puso un pie en la morgue. Hacía apenas dos horas que se habían visto.

—En tu caso, de mucho menos —dijo él sin volverse—. ¿Dónde está Penn?

—Joder, Keats, cualquiera diría que no te caigo bien, después de los años que llevamos de entendimiento y respeto recíprocos, de valorarnos nuestras opiniones y competencias.

El médico forense se volvió hacia Bryant.

—¿Está borracha?

—Keats, me has destrozado la patata —dijo ella, y se llevó la mano al pecho. Había pocos motivos para querer venir a la morgue, pero, sin duda, picar a Keats era uno de ellos.

—Inspectora, no tengo ni idea de qué es la patata ni dónde se encuentra en el cuerpo humano, pero no creo que tengas una. Lo dudo mucho.

Ah, eso era algo que ella no estaba segura de poder rebatir.

—Veo que has empezado sin nosotros —dijo después de constatar el estado del cuerpo sobre la mesa. La incisión en Y estaba bien cerrada.

—Las fechas y horarios que publica la dirección de este establecimiento se ofrecen a título meramente informativo y están sujetos a cambios cada vez que me da la gana.

Kim abrió la boca para echarle en cara algo así como que sus cálculos de la hora de la muerte tenían ese mismo nivel de incertidumbre, pero, justo a tiempo, detectó señales de contrariedad en el rostro del médico forense.

—¿Ha entrado algo más, Keats?

—Dos niños de un incendio en una vivienda.

La sala se quedó en silencio. Ya era bastante malo imaginar a dos almas jóvenes perdidas de una forma tan horrible, pero tener que hurgar entre sus restos en busca de respuestas requería un estómago más fuerte del que ella tenía.

La chanza se quedó en su boca.

—Vale, Keats, nos quedaremos con la versión compendiada y te dejaremos seguir con lo tuyo.

—Gracias. Como de costumbre, todos los pesos y medidas aparecen en mi informe oficial. Lo tendréis hoy mismo, más tarde. La víctima parecía gozar de una salud razonable y, aunque estamos bastante seguros de que nuestro asesino no comparte la comida con sus víctimas antes de matarlas, así que es poco probable que el dato sirva de algo, lo último que ingirió fueron huevos revueltos con beicon.

Lo normal era que Bryant preguntara de qué tipo y que Keats respondiera con alguna ocurrencia, pero no era un buen momento. La visión de dos niños muertos que aguardaban la atención del médico seguía presente en la mente de todos.

—No es que el dato nos sirva de mucho, Keats, para ser…

—Inspectora, se han resuelto casos con solo examinar el contenido de un estómago. —Sacudió la cabeza y se puso dogmático. Y a ella le sobraban cinco minutos para darle gusto—. Dos hombres asaltaron una cafetería en Eugene, Oregón. El camarero mató a uno, pero el segundo escapó. Las cámaras de seguridad no funcionaban, así que no hubo modo de identificar al segundo pistolero enmascarado. La autopsia del primero reveló alimentos apenas digeridos, con lo que los investigadores pudieron distinguir cierto tipo de patatas fritas que se servían en un restaurante local de comida rápida. Las cámaras de seguridad mostraron a ambos hombres comiendo en ese restaurante y probándose las máscaras antes del golpe. Trincados.

Kim enarcó una ceja.

—¿Trincados? —preguntó.

—Solo es jerga carcelaria, para que tú sí me entiendas.

—Gracias, Keats, ahora...

—En esta no hay señales de lucha —observó, y volvió al trabajo que tenía entre manos.

—Creemos que la víctima conocía a su asesino —dijo Bryant.

—¿Pero no las otras dos? —preguntó el médico.

Kim negó con la cabeza.

—De acuerdo. Ya está. Como voy justo de tiempo, solo tengo una cosa de interés para revelaros, y no habrá teatralidad.

En el caso de Keats, eso era inédito.

—¿En fotos o en la vida real?

—Ambas —dijo, y se situó a la izquierda de la camilla.

Kim hizo lo mismo. Se acercó al cadáver.

Él cogió el brazo derecho y lo giró hasta que la muñeca quedó hacia arriba.

—Arañazos —señaló Kim.

—No había reloj ni joyas en esta muñeca, así que no son el origen. Y, sin duda alguna, fueron infligidos después de la muerte.

—Igual que con Katrina —señaló Bryant—. Pero ¿por qué en la muñeca?

—Es un lugar de fácil acceso —respondió Kim—. Estamos en octubre, hace frío, y todas nuestras víctimas iban muy abrigadas. Es casi como si no quisiera violar el cuerpo, pero eso no es lo que me desconcierta.

—Ya lo he comprobado y no hay nada —dijo Keats, como si leyera sus pensamientos.

¿Qué demonios eran esos arañazos y por qué solo estaban presentes en dos de las tres víctimas?

Capítulo 82

Al términar su llamada con la jefa, Penn escribió la palabra «Arañazos» junto al nombre de Nicola Southall.

Stacey contempló la pizarra a la espera de algún tipo de inspiración.

—Vale, ¿por qué cada dos? —preguntó. Ninguno dijo nada. Podía sentir un creciente sentimiento de frustración en la sala—. ¿Alguien más tiene la sensación de que todas las piezas del puzle están sobre la mesa y que solo es cuestión de encontrar las esquinas para empezar a resolverlo? —Alison y Penn asintieron con tristeza.

«Tenemos las autopsias, informes de los sucesos, cartas del asesino. Tenemos fechas de incidentes que, según creemos, están relacionados, además de... —Su voz empezó a desvanecerse después de que estas últimas palabras activaran algo en su cerebro—. Un momento —dijo, y se puso a buscar un papel solitario.

Miró los registros del teléfono del que habían llamado a Nicola Southall la mañana anterior.

—Penn, ¿tienes las fechas exactas de todos los incidentes? —preguntó. El mes, que era el dato escrito en la enumeración, no bastaba para lo que ella quería comprobar.

—En algún sitio —dijo—. ¿Por qué?, ¿es importante?

—Podría ser —insinuó ella. Ya estaba cotejando la lista de la pizarra con el papel que tenía en las manos.

—Vale, ¿qué haces?

—Dime la fecha y ponte junto a la pizarra con tu rotulador.

—Lo bien que nos sienta que no me importe que me den órdenes, ¿verdad? —dijo, y se apartó de los ojos un mechón de rizos.

—Vale, primer robo, veintidós de mayo.

—Pon una marca ahí —dijo Stacey.

—Segundo robo, veintitrés de mayo.

—Junto a ese, pon una cruz —dijo Stacey. Los símbolos iban apareciendo junto a los delitos.

—Primer mirón, once de agosto.

—Marca.

—Segundo mirón, doce de agosto.

—Cruz.

—Primer asalto, cinco de enero.

—Marca.

—Segundo asalto, seis de enero.

—Cruz.

—Primer asesinato de vagabundos, nueve de febrero.

—Marca.

—Segundo asesinato de vagabundos, diez de febrero.

—Cruz.

—Nuestro primer asesinato, el diecinueve de octubre.

—Marca.

—Nuestro segundo asesinato, el veinte de octubre.

—Cruz.

—Nuestro tercer asesinato, ayer.

—Marca.

Penn se apartó.

—El segundo incidente siempre se produce un día después que el primero —señaló Alison. Pero, si bien el dato era cierto, no era lo que pretendía recalcar. Levantó el trozo de papel—. El mismo día en que ocurrió el primer incidente de estos delitos emparejados, el teléfono que contactó con Nicola ayer por la mañana envió un mensaje de texto a un número desconocido. —Hizo una pausa para asimilarlo.

—Solo que no hay respuestas. Además, falta una fecha —dijo Stacey, que seguía las marcas de verificación cruzadas—. El tres de mayo de 2018, alguien envió un mensaje desde el teléfono de prepago, pero no tenemos ningún incidente relacionado con eso.

—La fecha cae entre el asalto y los primeros asesinatos —comentó Alison, con la mirada fija la pizarra—. Os he dicho que el salto era demasiado grande. Nos faltan otro par de incidentes.

Stacey volvió a mirar la fecha en su lista, la que no tenía marcas.

Su corazón se aceleró.

Era una fecha que conocía.

Capítulo 83

—Ya está —dijo Kim en cuanto terminó su llamada para ponerse al día con Penn.

—Sí, ya veo —dijo Bryant, que se desplazó por el artículo.

—¿Qué coño…? —preguntó Kim, y se puso a leer. Ambos leyeron en silencio el artículo en línea de Frost. Con cada frase, Kim sintió cómo crecía su cólera.

—Hasta en el maldito titular —rabió—: «¿Se está ablandando la policía?». No debería haber confiado nunca en esa mujer, lo juro por Dios. Es…

—… muy inteligente —terminó Bryant. Eso no era lo que Kim estaba a punto de decir. El sargento señaló su teléfono y continuó —:

—Lo plantea como una pregunta, utiliza en su argumentario todas las palabras que le has pedido y expone, a modo de antítesis, casos de brutalidad policial.

—Sí, pero esto es un editorial, un texto crítico.

Bryant negó con la cabeza.

—En realidad, no, jefa. Esto es de una reportera que se ha esforzado por encontrar cierto ángulo y, a partir de ahí, escribir el artículo que le has pedido y citar lo que le has dicho. No le has dado ningún dato nuevo sobre el caso, nada que la ayudara a entrelazar las citas. En mi humilde opinión, para haber tenido una hora, ha hecho un trabajo increíble.

—Maldita sea, Bryant, móntale un club de admiradores.

—¿Y de verdad nos molesta tanto el contenido del artículo? ¿No son los comentarios lo que queremos?

—Sí, y todavía no hay ninguno —alegó ella.

—Ten paciencia —dijo él, y arrancó el coche.

Sí, así era Bryant. Siempre le pedía lo imposible. Y Kim había demostrado ser paciente. Ya habían pasado veinticuatro horas desde que le entregara a Reginald las dos cartas de Noah. Aun así, no había llamado a la puerta del grafólogo a las seis de la mañana. Para ella, sin duda, era todo un progreso.

—¿Sabes, Bryant?, a veces tu enfoque sensato y cuerdo es…

—… refrescante, tranquilizador, y una influencia sólida y estabilizadora sobre ti.

—Bueno, iba a decir «molesto», pero, si…

Cerró la boca cuando sintió que su teléfono emitía una alerta.

Se desplazó hasta los comentarios del artículo de Frost.

—Es él —dijo en cuanto leyó el nombre «Noah» en la parte superior del mensaje.

—Léelo en voz alta —le pidió Bryant.

—»Por mi parte, considero reconfortante ver que la policía está dispuesta a empatizar con los delincuentes, con personas que podrían tener diversas razones para hacer lo que hacen. Sí, hay criminales que cometen actos atroces por desviación o para buscar gratificaciones de algún tipo. Luego están los que cometen actos despreciables sin tener culpa alguna; porque se ven obligados, incluso forzados. Algunos pueden desear ser detenidos, ser comprendidos; pero, aunque haya dos tipos de asesinos, sigue habiendo un único punto en común: seguirán hasta que alguien los detenga».

—La Virgen, jefa, son un montón de palabras en respuesta a ese artículo —dijo Bryant.

Mientras Kim volvía a leerlo, aparecieron otros comentarios.

—Sí, Bryant, son muchas palabras para darnos un mensaje simple.

—¿Y qué mensaje es?

—Que tiene la intención de matar de nuevo.

Capítulo 84

—La agresión sexual a Gemma Hornley ocurrió en esa fecha —aclaró Stacey. Penn movió cosas en el tablero para dar cabida a los dos nuevos delitos.

Alison asintió con la cabeza.

—Ahora tiene más sentido —dijo—. La escalada que va del ataque a la agresión sexual y, de ahí, al asesinato, es más lógica que el salto que teníamos antes.

—Excepto que, en este momento, tenemos a un hombre llamado Sean Fellows cumpliendo una condena de siete años por la violación de Gemma Hornley, además de que, hace dos días, traté de hacerlo confesar la violación de Lesley Skipton.

—Si estamos en lo cierto, Fellows pronto será tu nuevo mejor amigo —señaló Alison.

Stacey sentía la urgencia de coger el teléfono y llamar a la comisaría de Brierley Hill, a la Fiscalía de la Corona o a quien fuera. Pero no podía. Le resultaba abominable la idea de que Sean Fellows pasara un instante más de lo necesario en prisión, pero tenían que estar absolutamente seguros antes de poner los engranajes en marcha.

Se golpeó en la frente.

—Arañazos sangrientos. Gemma fue la primera víctima de violación. Al terminar, el tipo usó una especie de cuchillo para arañarla. Maldita sea, debería haber...

—¿Tienes fotos? —preguntó Penn, que imprimía algo detrás de ella.

Stacey cogió una carpeta que había puesto a un lado.

—Aquí —dijo, y, de un escritorio al otro, empujó el expediente

abierto en la página que él buscaba.

Penn llevó la carpeta a la fotocopiadora y luego se la devolvió.

Stacey tuvo una idea repentina.

—¿Sabéis algo? —dijo—, si estamos en lo cierto, en realidad he charlado con dos de sus víctimas. —Mientras seguía hablando, Penn y Alison se volvieron hacia ella—. Y ha habido una gran disparidad en los relatos. El ataque a Gemma fue despiadado, brutal e incluyó un cuchillo. Lesley, de alguna manera, tuvo la sensación de que el tipo que la estaba atacando no quería hacerlo de verdad. Dijo que había habido emoción, ternura.

—¿En serio? —preguntó Alison. Incluso Penn apretó mucho el ceño —. Ternura y violación no encajan en la misma frase.

—Claro, pero ¿qué nos deja eso?

—Más confundidos que nunca —dijo Alison, y volvió a sus notas.

Capítulo 85

Después de lo aprendido en su primera visita a la casa del grafólogo el día anterior, Kim aceptó el café que le ofrecía su esposa, consciente de que, dijera lo que dijera, se lo traería.

—Veamos —dijo Reg. Cogió un bloc de notas que tenía junto a la planta bien regada—. Vamos a empezar con la letra te, que muestra más rasgos de personalidad que cualquiera otra del alfabeto:

«Esta persona es ambiciosa y segura de sí misma. Las barras de las tes son altas, pero no están justo en la parte superior. Esa sería una ambición excesiva, con objetivos lejanos. El grosor de los fustes de las tes de este sujeto, en relación con el resto de la escritura, revela niveles de fuerza de voluntad inferiores a la media.

Esta persona….

—Él —interrumpió Kim.

Reg la miró por encima de sus gafas.

—Yo no podría afirmar eso —dijo.

—¿No puede adivinar el sexo? —preguntó Bryant.

El grafólogo negó con la cabeza.

—Dado que las personas poseemos componentes masculinos y femeninos, sería, como mucho, una suposición, no muy diferente a adivinar el sexo de un autor de nombre neutro con solo contemplar un cuadro en una galería o leer una novela. Uno puede hacer suposiciones, pero no estar seguro. Por lo mismo, tampoco podemos detectar la edad. Algunas personas son maduras para su edad, mientras que otras son inmaduras.

—De acuerdo. Por favor, continúe, pero refiérase a esta persona como varón.

—Como referencia, sí, pero no como juicio. La perso... Perdón... El hombre no muestra ningún rasgo de dominación, ya que las barras de las tes no se inclinan hacia abajo. Se ve entusiasmo en las largas barras de esas letras, pero no procrastinación. Sus tes dan señales de cierta iniciativa, solo que el asta ascendente muestra castigos autoinfligidos. Se culpa de cosas que no son asunto suyo.

—¿En serio? —Kim se irguió en la silla.

—No muestra tendencia al mal carácter, ya que la barra de la te no está a la derecha del fuste. Cuando los fustes de las tes y las des se trazan muy altos, hay vanidad, el ego ha tomado el control; pero vea estos bucles en las astas verticales de la te y la de: indican que es sensible a las críticas. —Kim miró a Bryant. Menos mal que no había reprendido públicamente al asesino, como le habían ordenado.

«Y mire este amplio espacio entre el trazo ascendente y el descendente en la base de las letras te y de: es testarudo.

Kim frunció el ceño.

—Pero usted ha dicho que le falta determinación —alegó.

El grafólogo lo pensó por un momento. Se tomó algo de tiempo para encontrar una analogía mientras Henrietta llegaba con una bandeja cargada de café, tazas y trozos de tarta Battenburg cortados con delicadeza.

Los tres le dieron las gracias. Bryant se adelantó a servir el café.

Reg levantó la mano en señal de que no quería.

—Vale, mírelo de esta manera: la determinación es su capacidad de subir a la copa de un árbol para coger la mejor manzana, aunque usted esté cansada. La terquedad es negarse a echarse a un lado para dejar que otra persona la adelante y se lleve la manzana.

Kim entendió la diferencia.

—Vale —dijo.

—¿Ve este punto, donde los fustes de las tes y las des están cuidadosamente trazados, hasta abajo? —Kim asintió—. Esto me dice que posee un alto nivel de dignidad. —Por alguna razón que Kim no era capaz de comprender, y a pesar de que el tipo había asesinado a tres mujeres y secuestrado a un niño, no la sorprendió.

«Su escritura carece de bucles, que a menudo señalan a un solitario. Pero mire aquí, donde las líneas de escritura chocan entre sí. Esto demuestra confusión. La ausencia de formaciones en forma de ocho exhibe poca fluidez de pensamiento.

«Como le he dicho antes, la escritura muestra los rasgos, pero no revela si uno los usa. —Kim asintió.

«Ahora bien, si nos fijamos en la eme y la ene minúsculas, podemos descubrir su estilo de pensamiento. Hay cuatro: lógico, investigador, de comprensión aguda y analítico. Nuestro sujeto hace puntas redondeadas. Eso podría indicar un estilo de pensamiento lógico, con un par de bucles preocupantes en la eme y la ene. —Kim se sentía cautivada por todo lo que ese hombre tenía que decir. En su mente empezaba a construirse una imagen.

«Con el tiempo que me ha dado, esto es cuanto he conseguido deducir de las formas de los trazos y los rasgos individuales de la personalidad.

Kim disimuló su decepción. Sin embargo, sintió que empezaba a conocer bien a su asesino.

—El resto del tiempo lo he dedicado a calibrar la respuesta emocional, que es fundamental para saber con qué tipo de persona trata. —Sacó otro fajo de papeles—. Y aquí es donde la cosa se pone interesante.

Capítulo 86

Penn actualizó su correo electrónico y, como si este obedeciera a sus deseos, en la parte superior apareció el nombre de Keats. A las once de la mañana, le había pedido al médico forense que le enviara de manera urgente el informe oficial de la autopsia. Acababan de transcurrir los quince minutos más largos del día.

Se desplazó hasta los archivos adjuntos y se detuvo en el que ponía «Arañazos».

Amplió la foto, le dio la vuelta y la miró por los cuatro costados. Había curvas y rectas, pero nada claramente legible.

—Tiene que haber algo —dijo en voz alta. Los arañazos eran importantes, lo sabía, pero ¿cómo encontrarles sentido?

—¿Tiene que haber qué? —preguntó Alison.

—No te preocupes —dijo. Dejó frente a él, sobre el escritorio, las hojas impresas.

Pasaba de una a otra. Les daba vueltas. Sentía que la frustración crecía en su interior. Así no era posible.

De repente, tuvo una idea. Todas las imágenes de los arañazos estaban guardadas en una misma carpeta.

Hizo clic en cada fotografía individual, la amplió hasta hacerla caber en una hoja de papel A4 y se situó junto a la impresora. Mientras el aparato escupía las hojas, una a una, Penn le daba golpecitos de impaciencia.

—Stace, voy a usar el despacho de la jefa un minuto…

—Sí, claro, como quieras —dijo ella, y lo despidió con un gesto desdeñoso.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Sí, acaba de llegar el informe del proveedor de red del teléfono de prepago.

—¿Y?

—Los mensajes de texto son cortos y dicen exactamente lo mismo.

—¿Y qué dicen? —quiso saber Alison.

—»Tic».

Capítulo 87

Reg entregó a Bryant y a Kim un par de hojas de papel mientras Henrietta entraba con más café. La cosa no era como para quejarse. Con plenas facultades o sin ellas, la mujer hacía un café estupendo.

—¿Qué es esto? —preguntó ella. Las hojas eran las cartas de Noah, solo que aparecían cubiertas de líneas rectas que nacían de la base de la palabra. Estaban dibujadas de tal modo que rozaban cada letra como mil púas y apuntaban en todas direcciones.

—La respuesta emocional. ¿Ve las letras al final de cada conector?

Kim asintió. Reg extendió la mano hacia la mesa y sacó un semicírculo de plástico. Una escala lo recorría por el borde.

—La mayoría de la gente tiene una mezcla de tendencias, así que la cuestión es calcular un porcentaje aproximado.

Kim echó un vistazo a las secuencias de letras. Se preguntaba qué significaban.

—En el indicador hay siete medidas, pero nos fijamos en cinco respuestas emocionales clave. Las F y las secuencias FA señalan a alguien con poca o ninguna respuesta emocional. Es gente solitaria a la que le cuesta relacionarse con los demás. Aquí, el sociópata típico puntuaría alto.

—¿De verdad?, ¿con un medidor de plástico puede calibrar la respuesta emocional de una persona? —preguntó Kim, entre dudas. Desde luego, la ciencia tenía que ser más técnica que un endeble trozo de plástico.

Reg miró a Bryant.

—Y yo que pensaba que santo Tomás, el incrédulo, era su compañero. —Extendió el brazo por un lado de Kim y le pasó un papel—. Después de que haya dilucidado todo, usted me dirá si esto

es exacto, y entonces podrá explicárselo a su jefa.

Bryant contempló el papel con una sonrisa. Kim quiso mirar, pero su compañero ocultó la hoja, como un niño que no quiere que le copien las respuestas.

—¿Encuentra usted mucha gente que queda clasificada por las F? —preguntó.

—No mucha, pero recuerdo que, hace unos veinte años, me pidieron que analizase la caligrafía del personal de una empresa de inversiones de tamaño medio. Los propietarios notaron que alguien estaba malversando cantidades de dinero cada vez más grandes, solo que se las arreglaba para ocultar sus huellas electrónicas. De inmediato, uno de los empleados hizo saltar las alarmas. La persona en cuestión demostraba rasgos predominantes de codicia, ego, ambición y crueldad. Su capacidad de respuesta emocional era la más alta que yo hubiera visto en el rango efe y denotaba un total desapego emocional.

—¿Así que esta persona podría engañar con facilidad y sin sentir culpa de ninguna clase? —preguntó ella.

Reg asintió.

—Y sin mostrar ni una pizca de emoción mientras trataba el tema en una reunión de directores.

—Se necesita una buena cintura para ese tipo de regates —observó Bryant.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó Kim, deseosa de oír el resto de la historia.

—Con la información de que disponían, aislaron las actividades individuales. Esa mujer tenía un ego de tal tamaño, que solo era cuestión de tiempo que volviera a atacar.

—¿Mujer?

—Sí, una mujer de cuarenta y seis años. Hacía quince que trabajaba en la empresa. Y lo había estado haciendo casi todo el tiempo. Al

principio, con pequeñas cantidades, pero los montos fueron creciendo a la par que el ego y la confianza.

—¿Y? —preguntó ella.

Reg se rio.

—Sí, tratándose de una oficial de la policía, estoy seguro de que querrá oír el resto. Con setenta y seis cargos a sus espaldas, pasó ocho años en prisión. Pero, por suerte, las personas como ella no abundan.

«Las tres secciones centrales de este indicador muestran el área en que la gente suele caer con más frecuencia. Los de marcadores dominantes AB son fríos, tranquilos, serenos, no exhiben rasgos sociopáticos y son muy comedidos y fiables. Aquí querría tener a un controlador aéreo. Los BC ofrecen más emociones: simpatizan enseguida, aunque siguen siendo lógicos. Viven en la mediocridad y en completo equilibrio. Son grandes consejeros, ya que pueden empatizar, pero también ser objetivos. Los de tendencia CD muestran sus sentimientos con soltura. Se emocionan en exceso y no siempre toman decisiones lógicas. Las últimas categorías son la DE y la E: se trata de personas impulsadas puramente por las emociones. Son cariñosos y caen bien, pero se implican demasiado; son propensos a los arrebatos y manifiestan poca lógica en sus respuestas emocionales. Podrían llorar ante una simple mirada. O atacar en respuesta a una simple mirada.

Señaló a Bryant con la cabeza.

—¿Cómo vamos, sabiendo lo que ahora sabe?

Bryant echó un vistazo a su papel y sonrió.

—Sí, me ha pillado. Estoy vendido.

—¿Qué demo...? —exclamó Kim, y agarró la hoja.

No la sorprendió ver su propia muestra de escritura del día anterior. Menos aún la sorprendió ver que su dominante era AB.

Bryant recuperó la hoja y se la guardó en el bolsillo.

—Unos cuantos encontronazos más con Woody, y podrás reciclarte como controladora aérea, jefa —dijo.

Kim no le hizo caso. Estudió las dos cartas de Noah, una al lado de la otra, con los conocimientos que acababa de adquirir. Más tarde se aseguraría de que Bryant destruyera ese folio.

—Las dos escrituras muestran una mayoría de BC y CD —señaló.

El grafólogo asintió.

—Por supuesto. Este hombre expresa sus emociones. Lo guía la lógica y, a veces, tiende a ser demasiado emocional; sin embargo, cuando es importante, tiene suficiente capacidad analítica para refrenarse.

Kim agitó sus dos hojas.

—Entonces, considerando lo que ha observado en las barras de las tes, en los bucles y todo esto, ¿podría dibujarme un panorama general? —preguntó.

—Para hacer un análisis completo del personaje, necesitaría una semana, pero un esbozo de su asesino indica que este hombre, y considere que el sexo lo ha determinado usted, no yo, es muy inteligente y razonablemente ambicioso. Es seguro de sí mismo, pero no engreído. No es dominante y no deja las cosas para más tarde. No es propenso al mal genio, pero puede ser sensible a las críticas. No tiene un ego enorme y es digno. Es un poco solitario. Da muestras de confusión y culpa. Está en contacto con sus emociones y las tiene en cuenta, pero no permite que estas condicionen sus actos. —Hizo una pausa—. Vamos, si usted se lo encontrara por la calle, diría, tal vez, que es un buen tipo.

Sí, esa era la imagen que Kim empezaba a hacerse. Por eso, la única pregunta que seguía rondando por su cabeza resultaba aún más desconcertante.

¿Por qué asesinaba a mujeres inocentes?

Capítulo 88

Penn colocó todas las hojas impresas en el suelo del despacho de la jefa. Sabía que a ella no le importaría ver arrimados a la pared el escritorio y la silla, y necesitaba ese espacio para tener una visión más clara.

Colocó las páginas en orden cronológico, con los rasguños más antiguos en primer lugar.

Penn se situó al pie de los siete folios, uno por cada par de delitos.

De inmediato, vio que las marcas no eran idénticas. Algunas tenían más curvas; otras tenían más rectas. Después de moverse entre las hojas, había encontrado puntos en común en algunas, pero no en todas.

A esas horas, despegados de la gomina, algunos rizos le caían sobre los ojos cuando miraba hacia abajo. Sacó de su bolsillo un pañuelo y se lo ató a la cabeza.

Cuanto más observaba, más se abrumaba su cerebro con datos y posibilidades. Cambió de posición y volvió a mirar. A veces, para tener una nueva perspectiva, le bastaba con apartar la mirada de algún punto durante unos segundos. Sin embargo, nada lograba llamar su atención.

Se acarició la barbilla, pues se daba cuenta de que estaba intentando resolver siete enigmas diferentes al mismo tiempo.

Ya había escaneado las imágenes y las había buscado en Google para compararlas con símbolos o jeroglíficos antiguos, pero no había encontrado ninguna coincidencia.

Mientras sus ojos iban de una hoja a otra, se dio cuenta de que aquello era demasiado. Era una sobrecarga, una distracción.

Recogió las hojas y las apiló sobre el escritorio. Solo retuvo en su

mano la primera, la del robo cometido hacía más de diez años.

Su desordenado cerebro respiró aliviado ante la hoja sola, pero algo seguía sin encajar. Los arañazos estaban separados y, sin embargo, contenidos en una hoja de papel. No había fluidez ni movimiento.

Se le ocurrió una idea.

Salió del Tazón.

—¿Tienes algo con qué cortar, Stace, unas tijeras? —preguntó.

—La vida no es tan terrible —dijo ella, y metió la mano en el cajón —. Y hay caminos más fáciles.

Él cogió las tijeras y volvió a meterse en el Tazón.

Se sentó en el suelo, se puso a recortar los arañazos individuales y desechó el papel blanco que sobraba.

Con los recortes delante, sus piernas formaban una uve.

Ahora podía mover las piezas con fluidez, colocarlas una contra otra o boca abajo o de atrás para delante.

Cambió de posición una y otra vez, como un mago que escondiera un objeto debajo de una taza.

—Maldita sea. Esto sigue siendo...

Dejó de hablar en cuanto unió la primera y la última pieza. Los arcos de los dos símbolos juntos parecían formar un cero perfecto.

—Espera —dijo. Las demás piezas se deslizaron por el ojo de su imaginación.

Miró lo que formaban los arañazos.

—No me jodas —dijo, y sacudió la cabeza ante la simplicidad.

Se levantó, cogió el resto de las hojas y empezó a cortar tan rápido como pudo.

Capítulo 89

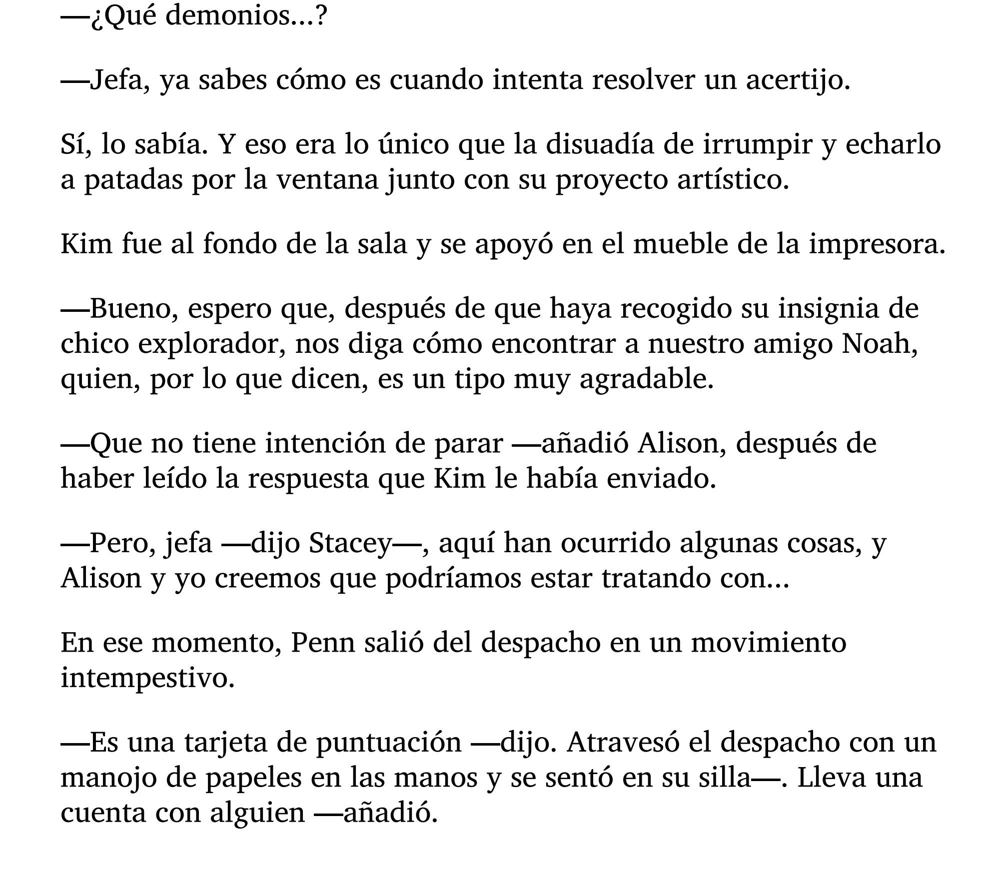
Kim miraba a través del cristal de su despacho.

—¿Cuánto tiempo hace que está ahí? —preguntó.

Penn, sentado en el suelo y con las piernas cruzadas, la había saludado con un movimiento de mano, pero enseguida había vuelto a enfrascarse en su proyecto.

—Alrededor de una hora —contestó Stacey—. Solo ha salido a buscar unas tijeras y pegamento.

—¿Qué demonios...?



—Jefa, ya sabes cómo es cuando intenta resolver un acertijo.

Sí, lo sabía. Y eso era lo único que la disuadía de irrumpir y echarlo a patadas por la ventana junto con su proyecto artístico.

Kim fue al fondo de la sala y se apoyó en el mueble de la impresora.

—Bueno, espero que, después de que haya recogido su insignia de chico explorador, nos diga cómo encontrar a nuestro amigo Noah, quien, por lo que dicen, es un tipo muy agradable.

—Que no tiene intención de parar —añadió Alison, después de haber leído la respuesta que Kim le había enviado.

—Pero, jefa —dijo Stacey—, aquí han ocurrido algunas cosas, y Alison y yo creemos que podríamos estar tratando con...

En ese momento, Penn salió del despacho en un movimiento intempestivo.

—Es una tarjeta de puntuación —dijo. Atravesó el despacho con un manojo de papeles en las manos y se sentó en su silla—. Lleva una cuenta con alguien —añadió.

—Penn, ¿en qué demonios...?

Alison asintió con la cabeza.

—Eso tiene mucho sentido, según las conclusiones a las que Stacey y yo hemos llegado hace unos cinco minutos.

Kim se puso a mirar de un lado al otro.

—¿Qué conclusiones? —preguntó.

—Que estamos tratando con dos asesinos, no uno.

Capítulo 90

Kim sintió cómo se le iba frunciendo el ceño.

—He estado fuera unas pocas horas y ¿me decís que hemos ganado un asesino?

—Tiene mucho sentido —dijo Penn. Aún con el manojo de papeles en la mano, se puso a escribir algo en la pizarra.

Stacey tomó la palabra:

—Noah nos ha dicho que todo ocurre por parejas —explicó—. Según los emparejamientos que están en la pizarra, el teléfono que contactó ayer con Nicola Southall envió un mensaje de texto a otro teléfono. Solo decía «Tic».

—¿Como un reloj? —preguntó Bryant.

—No, creo que es una señal para dar pie, como en un juego... —dijo Stacey—. Significa, básicamente, «Te toca» o «Es tu turno». De niña jugaba a eso con mis primos. A ese mensaje, en el plazo de un día, sigue un delito similar. Es como una incitación, un codazo. Nunca hay ningún mensaje de vuelta ni comunicación desde el otro teléfono.

—Vale, lo entiendo —dijo Kim—. Pero ¿qué tienen que ver los arañazos?

—Solo ocurren en el primero de los delitos, igual que los mensajes de texto. Nunca en el segundo.

Penn se puso a repartir las hojas de su trabajo.

—Y esto es lo que significan los arañazos —dijo.

Kim miró su hoja. Decía «2-1».

—Los números van de esta forma—dijo, y señaló la pizarra—: El

robo dice «1-0»; el mirón, «2-1»; la agresión, «3-2», y así, sucesivamente. El primer asesino es quien lleva la cuenta.

—Pero ¿por qué el segundo no hace lo mismo? —preguntó Kim.

—Creo que Noah es nuestro segundo asesino —dijo Alison—. Recuerda que su carta llegó después del primer homicidio. Él no mató a Katrina Nock en el Shop N Save, pero sabía que su compañero de fechorías lo había hecho, porque recibió un mensaje de texto. Cuando te envió la carta, aún no había asesinado a nadie. Él esperaba que lo detuvieras antes de que matara también. Es un asesino involuntario. Pero era imposible encontrarlo a tiempo. Su respuesta fue el asesinato de Louise Webb-Harvey en el parque Stevens, de donde se llevó al pequeño Archie.

—Jefa —Stacey recuperó la atención de Kim—, he hablado con las dos mujeres que, supuestamente, fueron violadas por Sean Fellows. Aunque fueron crímenes parecidos, la primera violación fue más brutal, más despiadada. En cambio, Lesley dijo que tuvo la impresión de que su agresor estaba pasando por el aro, que no quería hacerlo en realidad.

Kim intentaba hacerse una idea de lo que le estaban contando. Debía admitir que tenía mucho sentido. Mucho, pero no todo.

—Aun así, hay algo que no entiendo: si no quiere matar gente, ¿por qué no para? ¿Por qué deja que lo provoquen? Esa parte no tiene sentido.

—Pero eso ocurre —dijo Alison—. Noah se siente obligado, como si no tuviera elección. De alguna manera, ha perdido la voluntad de luchar. Ninguna víctima de maltrato doméstico se despierta rezando para que le den una paliza o un rapapolvo. Se va a trabajar y cuida de los niños mientras oculta los moratones. Tiene una puerta y puede usarla. No hay ninguna barrera física que le impida salir. Ha sido condicionada a quedarse, a aceptar el abuso. Esas cosas no ocurren de la noche a la mañana. Son graduales.

—¿Crees que estamos ante una situación de abuso doméstico?, ¿como de marido y mujer?

Alison negó con la cabeza.

—Es una situación de rivalidad. El parecido entre las víctimas, entre los crímenes, la escalada... Cada uno intenta superar al otro.

—Así que el juego...

—No es un juego —interrumpió Alison—, es un asunto de supervivencia. Se trata de igualar al oponente, de mostrar fuerza, de superar al rival. Aquí no hay juego. Esto solo terminará cuando uno de los dos muera.

—Pero ¿qué clase de rivalidad puede ser tan enfermiza y duradera como esta? —preguntó Kim, y señaló el tablero.

—Una que lleva mucho tiempo.

Capítulo 91

Kim se cruzó de brazos.

—¿Me estás diciendo que están emparentados? —preguntó.

Alison tomó aire.

—Puedo ver la duda en tu postura corporal, pero, escúchame: la relación con nuestros hermanos es la más larga de nuestras existencias. A menudo se considera un campo de entrenamiento para la vida: cómo compartir, turnarse, amar y cuidar, razonar, resolver problemas; cómo hacer frente a las decepciones; cómo levantarse después de una derrota. El conflicto constructivo entre hermanos consiste en aprender a ser asertivo sin ser agresivo. —Kim hizo un esfuerzo por no mostrar sus reservas. Seguía esperando a que la convencieran. Por fin Alison tenía una opinión, y la detective estaba dispuesta a tenerla en cuenta.

«Los hermanos tienen un impacto significativo en los principales hitos del crecimiento: la adquisición de habilidades interpersonales, el desarrollo cognitivo, el desarrollo emocional y la comprensión social.

—Pero hay millones de hermanos que no compiten —afirmó Kim.

—Mira de cerca y a menudo encontrarás cierto nivel de competitividad, solo que suele ser bastante inofensivo. Eso te dice cómo los padres manejaron el asunto en un principio.

—Explícate —dijo Kim. Todos escuchaban, atentos.

—Vale. Durante la infancia, los hermanos pasan más tiempo juntos que con sus padres. El vínculo es complejo. Influyen el orden de nacimiento, la personalidad, el trato de los padres y las experiencias fuera de la familia. Es especialmente intenso si los niños tienen edades muy próximas. Desde el primer año, son sensibles a las diferencias en el trato de los padres. A los tres, ya tienen una

comprensión muy compleja de las reglas sociales. Pueden evaluarse a sí mismos en relación con sus hermanos y saben adaptarse a las circunstancias dentro de la familia.

—Pero estoy seguro de que eso se acaba cuando crecen —sugirió Bryant.

Alison negó con la cabeza.

—En muchos casos, empeora. Las peleas entre hermanos, como recurso para llamar la atención de los padres, pueden agudizarse en la adolescencia. Según un estudio, el grupo de edad de diez a quince años es el que registra el mayor nivel de competencia entre hermanos. A menudo, esto continúa en la edad adulta, aunque puede cambiar muchísimo con los años debido a la enfermedad o muerte de los padres, o bien, al matrimonio. Un tercio de los adultos, más o menos, describe la relación entre hermanos como algo distante o como un tema de rivalidades.

«Cada niño compite por definir quién es como individuo. Quiere demostrar que es no es lo mismo que sus hermanos. Si los niños reciben cantidades desiguales de atención, disciplina y receptividad, todo puede ir a peor.

Kim seguía haciendo un esfuerzo por no caer en la incredulidad.

—Alison, no creo...

—Te he pedido que me escuches. Después, tú decides.

«Los hermanos se esfuerzan por ser importantes. El orden de nacimiento es una parte relevante en el desarrollo de la personalidad, al igual que la edad y el sexo. Que un hermano mayor responda agresivamente a un nuevo bebé es un rasgo común de la vida familiar.

Penn se inclinó hacia delante.

—Una hembra de águila negra pone dos huevos. En los primeros días, el primer polluelo incubado picotea al más joven hasta matarlo. —Alison confirmó con un movimiento de cabeza.— Entre las hienas moteadas, la competencia entre hermanos comienza en

cuanto nace la segunda cría.

—*Si estuviéramos filmando un episodio de Springwatch, sería fascinante, pero…*

—¿Qué tal Caín y Abel, Esaú y Jacob, Lea y Raquel?

Kim frunció el ceño.

—Stace, no creo que la Biblia sea…

—No es solo la Biblia —añadió Alison—. Se rumoreaba que Olivia de Havilland y Joan Fontaine, hermanas y actrices, se odiaban.

—Y los hermanos Gallagher —añadió Penn.

—Rudolf y Adolf —dijo Alison.

—¿Quiénes? —preguntó Bryant.

—Dassler. Alemanes. No se llevaban bien; uno fundó Puma, y el otro, Adidas.

—¿El mismo negocio? —preguntó Kim.

Alison movió la cabeza de arriba abajo.

—Los hermanos competitivos suelen seguirse unos a otros en carreras similares. Tienden a pelearse si uno ha desplazado al otro. En muchos países asiáticos, los papeles están determinados por normas culturales. Se espera que el primogénito asuma una mayor responsabilidad en el bienestar de la familia y que, por lo tanto, reciba una mayor parte de la herencia.

«De los más pequeños, se espera que muestren respeto y obediencia a los hermanos y hermanas mayores a cambio de cuidados y orientación. En otras culturas, los padres incluyen a un hijo mayor en el cuidado de un nuevo crío. La rivalidad entre hermanos se considera la forma más común de acoso escolar.

—Pero ¿cómo empieza? —preguntó Bryant—. Tengo hermanos, y no somos competitivos.

—Todo empieza por los padres, por supuesto. Si hay falta de estructura, si hay tensión por arriba, ausencia de jerarquía familiar, atención negativa o nula y falta de soluciones para resolver los problemas, la infancia se convierte en un deporte extremo. —Alison se volvió hacia Bryant—. Si uno de vosotros tenía un juguete y el otro lo quería, ¿cuál era la respuesta de vuestros padres?

—Mi madre nos preguntaba quién lo tenía primero.

—Exacto. Es una simple declaración orientativa: el niño que tenía el juguete en primer lugar se lo quedaba. ¿Y si tu madre os hubiera dicho que lo solucionarais vosotros mismos?

Bryant reflexionó.

—Probablemente nos habríamos peleado.

—Exacto, la rivalidad debe mantenerse dentro de unos límites sanos y constructivos. Hay pautas, tales como ignorar el chismorreo, no comparar, permitir la expresión de sentimientos sin culpar a nadie, animar a compartir, aunque sin forzar, valorar a los hijos de manera individual, dedicar tiempo a cada uno, disminuir…

Kim levantó las manos.

—Ya basta —dijo—. Estoy segura de que esa lista está en la mente de todas las madres que luchan por llegar a fin de mes después de terminar un turno de ocho horas en algún sitio. Es posible que se sientan aliviadas de que los niños no se hayan matado entre ellos. —No tenía tiempo para andarse con listas de comprobación de la paternidad perfecta. En su mayor parte, eran poco realistas, inalcanzables. Solo conseguían que la mayoría de los padres se sintieran incapaces—. Me interesan más las señales de alarma. ¿Hay algún tipo de escalada obvia?

—La rivalidad entre hermanos se caracteriza por niveles tan elevados de hostilidad que da lugar a conductas delictivas, problemas en la adolescencia, depresión, ansiedad, autolesiones…

—Es una lista larga —reconoció Kim, y no tenían tiempo para seguirla—. Pero hay una cosa que me molesta de esta teoría.

Entiendo las rivalidades entre hermanos, entiendo la competitividad de los ejemplos que has utilizado, pero ¿con qué frecuencia esas rivalidades conducen al asesinato?

—Chaw Cheng Hong, de veintiséis años, murió apuñalado por su hermano, que tenía veintitrés —relató Alison—. Hace poco, en Karnataka, un chico de diecisiete años apuñaló a su hermano de diez hasta matarlo, porque estaba celoso de...

—Pero eso es violencia entre ellos, no hacia otras personas. Dame algunos ejemplos de...

—Jefa, es posible que no nos sirva de nada, pero, pensando en lo que ha dicho Alison sobre las trayectorias profesionales y todo eso...

Kim se volvió hacia Stacey.

—Venga —la animó.

—Solo he mirado algunos detalles que he desenterrado de Ella y Andrew Nock.

—¿El marido y la cuñada de la primera víctima? —preguntó Bryant.

—Sí. Después de que Ella apareciera en la búsqueda de Archie, la jefa me pidió que investigara sus antecedentes. Hay tantas similitudes que resulta un poco raro: los dos se apuntaron al club de atletismo en el colegio; fueron al mismo instituto, se apuntaron al club de ajedrez, trabajaron a tiempo parcial en restaurantes de comida rápida, fueron a la misma universidad y acabaron en ventas.

Kim miró a Alison.

—Incluso tratándose de hermanos que compiten, parece demasiado —respondió la criminóloga.

—Pero ¿no podría tratarse de una competitividad que ha evolucionado y se ha descontrolado?

Alison lo pensó bien antes de hablar.

—Creo que, en definitiva, es una posibilidad...

—Jefa, se me acaba de ocurrir otra idea —dijo Stacey. Miraba el espacio, como quien hace cuentas mentales.

—Continúa, Stace, estás en racha.

—La primera carta fue enviada el lunes. ¿A ti, específicamente?

—Sí, Stace, pero…

—Así que tuvieron que haberla puesto en el correo a las cinco y media para que te llegara al día siguiente.

Kim frunció el ceño.

—¿Tendría algún sentido que hubiera llegado más temprano?

—El lunes hiciste una breve declaración a la prensa, pero no fue hasta la última hora de la tarde.

Kim entendió lo que Stacey quería decir. Noah no pudo haberla visto como jefa de la investigación en la televisión ni en la prensa, porque tal cosa no había ocurrido cuando la carta llegó al correo. Y eso solo podía significar una cosa: que la carta se la había enviado alguien a quien ya conocía.

Alguien como Ella Nock.

Capítulo 92

—¿De verdad crees que uno de ellos se llevó a Archie? —preguntó Bryant mientras golpeaban por segunda vez la puerta de Ella Nock.

Si Ella estaba en casa, no tenía intenciones de abrir; pero, dado que no había ningún coche en el camino de entrada, supusieron que no había nadie.

Después de escuchar las noticias que acababa de darles el equipo, Kim y Bryant habían corrido hacia el coche para localizar a una mujer —una hermana mayor controladora, sin duda— que había mostrado demasiado interés en el secuestro de Archie.

—¿Quieres entrar? —preguntó Bryant.

Kim se lo pensó un segundo. Luego negó con la cabeza y sacó el móvil.

Stacey respondió enseguida.

—Stace, os necesito a ti y a Penn en la casa de Ella Nock, ahora mismo. Consigue que un equipo se reúna aquí con vosotros y fuerce la entrada bajo mi autoridad.

—De camino, jefa —dijo Stacey, y colgó.

Bryant contempló la casa.

—Jefa, nosotros ya estamos aquí —dijo.

—Pero Ella no, y es a quien necesitamos. Si la mitad de nuestras sospechas son ciertas, muy pronto morirá otra persona. Vamos, tenemos que encontrarla —dijo Kim, y se encaminó hacia el coche —. Y la búsqueda comienza por su hermano.

Mientras se alejaban, se volvió a mirar la casa. Su instinto le decía que Archie no estaba allí. Penn y Stacey llegarían pronto y contaban

con su autoridad para entrar y buscarlo.

Por una vez, tenía que creer en la integridad de Noah, que le había asegurado que Archie no sufriría ningún daño.

Capítulo 93

—Maldita sea, Penn, ¿esto cumple la normativa, siquiera? —preguntó Stacey mientras se alejaban del aparcamiento de la comisaría. El coche era un cachivache.

La ayudante de detective ya había hablado con el inspector Plant y este había enviado un equipo para que se reuniera con ellos en la dirección de Ella Nock. Para forzar la entrada, llevarían un ariete de dieciséis kilos capaz de aplicar más de tres toneladas de fuerza en cada impacto.

—Claro que sí. Está en perfecto estado. Pasó con éxito la inspección técnica.

—¿Y el mecánico es buen amigo tuyo?

—Estás a salvo, Stace, te lo juro. —Giró bruscamente a la izquierda—. Llegaremos enseguida, y si Archie estuviera allí...

Stacey apoyó la espalda en el respaldo del asiento.

—¿Tú lo crees? —Sabía que Penn iba de prisa para llegar lo más pronto posible, pero no habría apostado el almuerzo a que los airbags de ese coche se activaran—. ¿Crees que Ella Nock podría haberse llevado a Archie?

—La vi apenas en la búsqueda y estaba muy tranquila, pero ¿cómo saber si alguien es capaz de secuestrar a un niño? Si la distancia emocional fuera un precursor, nuestra jefa podría tener la casa llena.

—Ni siquiera te lo puedes imaginar, ¿verdad? —Él cruzó un semáforo en verde en el último segundo.

—De lo que no estoy seguro es de esto: sabemos que Noah tiene a Archie, así que uno del par Noah tendría que estar cometiendo el segundo asesinato. Noah debe ser a quien están provocando, pero

Ella es la hermana mayor. Eso significaría que habría asesinado a su propia cuñada y...

—¿De verdad creemos que Andrew Nock habría continuado esta sangrienta competición si su propia esposa estuviera tendida en la morgue? —preguntó Stacey.

—Sí, pero nuestra teoría implica que, si Ella no mató a su cuñada, Andrew mató a su propia mujer. Es una o es la otra.

—Entonces, ¿cuánta fe tenemos en nuestra teoría? —preguntó Stacey mientras él giraba con brusquedad hacia la calle donde vivía Ella Nock.

Penn aparcó el coche y dejó la pregunta sin responder.

De camino hacia la casa, Stacey no pudo evitar preguntarse si, de algún modo, y a pesar de las pruebas, habrían tomado un rumbo por completo equivocado. Pero, una vez más, muchas de las cosas que habían descubierto tenían sentido.

No, tenían razón. Así tenía que ser.

Dejó a un lado sus dudas cuando vio que Penn daba a los agentes el visto bueno para usar el ariete.

Capítulo 94

—¿Ya lo habéis cogido? —preguntó Andrew Nock en cuanto abrió la puerta.

—Siento decirle que no hemos tenido ningún resultado, pero estamos avanzando —dijo Kim. Si Andrew no estaba involucrado, necesitaba manejar las expectativas del hombre sobre esa visita; y si lo estaba, la visita era una advertencia de que estaban en algo—. Solo queríamos pasarnos a ver cómo estaban. —Andrew los condujo al salón—. ¿No está Ella aquí? —preguntó Kim, aunque ya sabía la respuesta, dado que había un solo coche en la entrada. Solo lo había dicho con la intención de pronunciar el nombre de la mujer. Ahora mismo, podría estar sentada frente a Noah. Tenía que elegir bien cada palabra.

—Estuvo aquí, pero dijo algo de ir de compras. Me siento aliviado, si quiere que le diga la verdad. —Suavizó las palabras con una sonrisa.

Kim aprovechó la oportunidad:

—¿Están muy unidos? —preguntó.

—Lo siento —dijo Bryant, antes de sentarse—, ¿puedo usar su baño?

No hubo vacilaciones.

—Arriba, la primera a la izquierda; pero, por favor, no haga ruido. Mia está durmiendo la siesta.

Con un movimiento de cabeza, Bryant le hizo saber que había entendido la advertencia. Kim pensó que era un poco tarde para una siesta; sobre todo, si este hombre quería que la niña durmiera por la noche.

—¿Qué rutina? —dijo él, como si hubiera leído los pensamientos de

la detective—. Ha estado en todas partes desde… el lunes. —Aún le costaba trabajo pronunciar la palabra—. Tarde por la noche, temprano por la mañana. Tal como están las cosas, si se cansa, duerme.

Kim podía entenderlo. La pena no llevaba reloj.

—¿Cómo está? —preguntó.

—Ahora sí come. Una preocupación menos.

—Su hermana, Ella, debe ser de gran ayuda para usted. Aun así, podríamos traer un oficial de enlace…

—Así está bien. Ahora mismo, no quiero extraños cerca de Mia. Ella nos ayuda mucho, pero a veces me gustaría que se fuera.

—Aunque las hermanas mayores tengan buenas intenciones…

—Siempre saben más, inspectora. Pueden hacerlo todo mejor —dijo Andrew con un deje de amargura en la voz.

—¿Como con Mia?

Él puso los ojos en blanco.

—Con Mia, con todo. Ella lo sabe todo; siempre tiene razón, todo lo hace mejor, siempre. Si yo compro algo, ella compra lo mismo, pero mejor. Es una persona competitiva.

—¿Incluso cuando eran niños? —preguntó.

Para Andrew Nock, parecía una simple charla, pero Kim le estaba preguntando exactamente lo que quería, a partir de lo que Alison les había contado.

—Claro que sí. Mamá era madre soltera y nos dejaba a nuestro aire. Nunca encontramos formas alternativas de solucionar nuestros problemas, así que nos limitábamos a luchar por lo que queríamos. Nuestra madre, bendita sea, nos comparaba siempre. Creo que, unidos como familia, nunca hicimos gran cosa. —Sonrió—. Mamá siempre decía que Ella no pasaba suficiente tiempo en la cuna.

—¿Cómo ha dicho?

Lo que Kim esperaba era que esa conversación y los recuerdos impidieran a Andrew pensar en el tiempo que Bryant llevaba fuera del salón.

—Conforme nos iba pariendo, mamá nos ponía en su dormitorio, en una cuna, junto a ella. Luego, cuando llegaba otro hijo, el anterior se trasladaba a la segunda habitación.

Kim se preguntaba si un suceso tan remoto en la niñez podía afectar a alguien de por vida. ¿Sería percibido como un rechazo?, ¿provocaría una brecha de resentimiento entre un hijo y el siguiente?

Se esforzó por mantener un tono ligero.

—¿Y qué clase de cosas le hacía Ella cuando eran niños? —preguntó.

Quería dejar pasar el mayor tiempo posible antes de que Andrew se diera cuenta de que la conversación no tenía nada que ver con el caso.

En ese instante, Bryant entró en la habitación y, con un leve movimiento de cabeza, le dijo a su jefa que no había encontrado nada anormal en el tiempo del que había dispuesto. A Kim, los instintos no le revelaban que Archie estuviera en esa casa.

—Era mandona y controladora. Quería los juguetes buenos, quería tener el control. Cualquier cosa que hicieran los demás, ella tenía que hacerla mejor.

Puso los ojos en blanco, en un gesto cariñoso, y a Kim se le revolvió el estómago. Este hombre no odiaba a su hermana. Ella lo molestaba y lo frustraba, pero Kim percibía una profunda capa de amor bajo esa irritación. Andrew no estaba matando gente por una rivalidad enfermiza y retorcida con su hermana. La teoría acababa de saltar por los aires.

—De acuerdo, señor Nock, gracias… —Sin embargo, dejó de hablar cuando se le ocurrió una idea—. ¿Ha dicho algo sobre los demás?

—»A diferencia de «A mí»», pensó. El equipo había partido de una suposición tonta—. ¿Cuántos hermanos son?

—Cuatro, en total. Ella es la mayor. Yo, el menor, así que no era yo quien de verdad estaba en su radar. Si quiere enterarse de lo mala que Ella puede llegar a ser, debería hablar con mi hermano mayor. La odia a muerte. Hace años que no se hablan.

Capítulo 95

Penn se encontró con Stacey en el pasillo.

—Arriba no hay nada —dijo—, excepto un dormitorio principal, una confortable habitación de invitados y un pequeño trastero para lo que no cabe en las otras dos habitaciones. La de invitados no muestra indicios de haber sido utilizada hace poco.

Penn había pasado el dedo sobre las mesillas de noche y había cogido una fina capa de polvo.

—Nada en ninguna de las habitaciones de abajo tampoco; al menos, que yo haya visto —dijo Stacey—. No hay señales de que un niño haya estado aquí. No hay envoltorios ni nada. Las papeleras no se han vaciado en un par de días.

Penn hacía un esfuerzo por apaciguar el malestar que sentía en el estómago. Recordó una vez que Jasper tuvo una uña encarnada. Lo había llevado junto con su madre a una cita en el hospital. Ella quiso dirigirlos de memoria y, a pesar de su insistencia, Penn sentía que iban por el camino equivocado. Con cada metro que recorrían, sabía que no iban en la dirección correcta y se estaban alejando del destino.

Esa certeza había avivado el fuego de la irritación en su estómago, pues sabía que tenían una cita que cumplir y se les acaba el tiempo. Y así era como se sentía ahora.

De algún modo, en algún lugar, se habían equivocado de camino; a pesar de las pistas e indicaciones, estaban errando el tiro.

Stacey leyó su desconcierto.

—Debemos de tener razón, Penn, ninguna otra cosa tiene sentido.

Él sabía que su compañera hablaba con el cerebro, y no desde las entrañas, pero él no era capaz de acallar sus propios instintos.

Lo estaban guiando mal. Tal vez. Recordó algo que Lynne le había dicho días atrás: que a veces no era capaz de ver lo que tenía delante.

—Bien, Stace, intercambiemos. Tú ve arriba, yo me quedaré aquí abajo. Segundo barrido con ojos frescos.

Stacey hizo un movimiento de cabeza para darle a entender que estaba de acuerdo.

Con otro asesinato inminente y un niño de seis años aún desaparecido, tenían que volver a intentarlo y encontrar algo.

Capítulo 96

—No es broma, jefa —dijo Bryant mientras subían al coche—, no había ni una...

—Lo sé. Te creo. Supongo que Andrew no le ha hecho daño a nadie. Es el hermano equivocado. Si Ella está enfrascada en algún tipo de competición retorcida, no es con Andrew. Él no fue quien usurpó su puesto. Habría sido, en todo caso, Steven, el siguiente hermano en nacer.

—Quien también resulta ser jefe de ventas de casas de vacaciones de lujo —observó Bryant. Kim sacó su móvil. Andrew había tenido la amabilidad de darles el número de teléfono de su hermano mayor.

Desde la teléfono, le contestó una voz grave y profunda.

—Directo al buzón de voz —dijo, y colgó.

—¿Quieres que vayamos a buscarlo?

, Kim se daba golpecitos en la rodilla con el móvil.

—No —respondió. Andrew les había dicho que Steven vivía en las afueras de Bridgnorth—. Ahora mismo, dar vueltas en busca de los hermanos no nos va a servir de nada.

—Pero, jefa, podría haber algo. Tenemos que...

—Lo sé, Bryant —espetó. Ella también sentía cómo la arena se les escurría entre los dedos. El tiempo se les acababa. La réplica del asesinato de Nicola Southall era inminente.

—Tal vez deberíamos dejar de centrarnos en los jugadores y concentrarnos en el juego —dijo Kim. En su imaginación, veía la pizarra de la sala de la brigada.

—Habla —dijo Bryant. Apagó el motor y se giró hacia ella.

—Los delitos vienen por parejas: el asalto, la violación, el asesinato… Son todos pares. Nicola Southall ha sido la primera de una nueva pareja. ¿Cómo respondería nuestro segundo asesino? ¿Cómo igualar el desafío y, a su manera, superarlo?

—¿Otra exestrella de telenovelas? —preguntó Bryant.

—Tal vez, pero rastrear a una y… —Sus ideas se agolparon, sus palabras fueron perdiéndose—. No una estrella de telenovelas, Bryant, sino alguien que esté en el ojo del público. ¿Otro tipo de celebridad, tal vez?

Las miradas de los dos se cruzaron cuando sincronizaron sus pensamientos.

—Tyra Brooks, la amante del futbolista.

Kim consultó su reloj.

—Llegará al centro comercial dentro de diez minutos.

Bryant no malgastó un segundo antes de arrancar el motor y alejarse del bordillo.

Capítulo 97

No aguanto más.

Hay tantas partes de mi cuerpo que me duelen, que me duelen mucho, y nadie me escucha.

Que estoy contando cuentos. Que estoy exagerando. Que soy torpe. Que me estoy haciendo daño. Que soy un bebé, pero no soy nada de eso. De verdad que no, con franqueza.

Observo cómo las últimas ronchas rojas se convierten en moratones, cómo las líneas de los arañazos borbotean con pequeñas pompas de sangre que surgen de la piel y se endurecen.

Cada vez que ocurre esto, espero que sea la última vez. Rezo para que llegue el aburrimiento o aparezca otro interés u otra fascinación. A veces rezo para morir, aunque no sepa lo que es. Nanna Helen murió. Me dijeron que no la volvería a ver, que era algo definitivo, así que tal vez haga falta morir para detener esto.

He esperado mucho tiempo, pero nada cambia.

Tengo miedo, y trazo un plan.

Una noche me impido dormir. Agito mis párpados caídos, intento que mi cuerpo deje de temblar en la oscuridad. Tengo que hacerlo mejor. Tengo que hacer que esto pare.

Sé que la puerta se abrirá cuando todos se hayan ido a dormir.

Así es, y estoy preparado.

Sé que ha llegado el momento de contraatacar.

Capítulo 98

—Se suponía que aquí debería haber dos personas —dijo Kim mientras ella y Bryant se acercaban en el coche a la barrera del patio de servicio. La vigilaba un solo agente de seguridad.

Abrió la ventanilla.

—¿Dónde está el policía? —preguntó. Tenía entendido que el policía que acompañaba a Lena Wiley debía permanecer en la barrera para apoyar al agente.

El agente se encogió de hombros.

—Lo han llamado. Se ha ido corriendo hacia el edificio.

—Mierda. Déjanos pasar —exigió Kim.

Algo estaba ocurriendo.

—Tengo órdenes de...

—Tío, por tu propia seguridad, pulsa ese puto botón —gruñó.

El agente lo hizo y la barrera empezó a levantarse.

—Oye, no voy a asumir ninguna culpa por...

Antes de que la barrera alcanzara la posición vertical, Bryant se abalanzó por debajo de ella y dejó al agente con la palabra en la boca.

Kim vio las rayas rojas y blancas de la barrera más de cerca de lo que le habría gustado.

—¿También estás tratando de dar este Astra por perdido? —preguntó.

Él no le hizo ningún caso. Se detuvo detrás de un coche patrulla de

West Mercia que estaba aparcado justo detrás del de Kate Sewell, la agente de Tyra Brooks. Maldita sea, Kim había abrigado esperanzas de que Tyra y su agente se retrasaran unos minutos, pero, por lo visto, Lena Wiley era experta en llevar a todo el mundo por el camino correcto.

Había un agente en la entrada del pasillo de servicio.

—¿Usted también está solo? —Se suponía que en ambos puntos debía haber doble dotación. Dejar personas solas en la gestión de situaciones potencialmente peligrosas iba en contra de cualquiera de las órdenes operativas que hubiera visto, tanto de la policía como de las empresas de seguridad privada. Eso no era lo que se había debatido y acordado en las reuniones del INEPT.

Excepto en caso de emergencia extrema.

—Sí, el jefe ha llamado a Darren. Ha sido algo relacionado con un crío abandonado. Lo han encontrado vagando por los pasillos de servicio.

Kim contuvo la respiración.

—¿Niño o niña? —preguntó.

—Eeeh... Un niño pequeño, creo.

Kim miró a Bryant, que parecía tan confuso como ella.

—¿Has oído algún nombre?

El agente negó con la cabeza.

—Solo que una limpiadora había encontrado a un niño vagando por los pasillos y que todo el mundo había salido corriendo.

—¿Será algún tipo de distracción, jefa? —preguntó Bryant mientras entraban en el edificio y se dirigían a las escaleras.

—Que me aspen si sé lo que está ocurriendo —respondió ella. Subía los peldaños, y los pensamientos revoloteaban por su mente. ¿El asesino había retenido a Archie para usarlo como distracción? ¿Por

eso lo había mantenido con vida?

Con el corazón latiéndole con fuerza, llamó a la puerta trasera de la librería.

Se la abrió una dependienta de aspecto agotado. Agarraba ansiosa el cordón que llevaba al cuello.

Kim le mostró su placa.

—¿Dónde está el pequeño? —preguntó. Tenía muchas cosas en qué pensar, pero, ahora mismo, su prioridad era identificar a Archie y asegurarse de que estuviera sano y salvo.

—Está en la sección de niños. La policía ha estado...

—Vale, gracias. —Kim cruzó a toda velocidad la trastienda hasta llegar al fondo del local.

Habían cerrado la librería para la firma. Solo dejarían entrar a quienes hubieran comprado el libro para llevárselo a la exmodelo.

Mientras caminaba por el centro de la tienda, vio al niño en el rincón infantil. Estaba sentado en un puf. A un lado tenía a un empleado y, al otro, un agente de policía.

Su corazón se calmó, la invadió una sensación de alivio. Era Archie. Excepto por las mejillas manchadas de lágrimas, parecía estar bien.

Kim dio instrucciones a su colega:

—Ve a ver cómo está el niño; yo localizaré a nuestra celebridad. Pide a un oficial de seguridad que se quede con él y llama a Robyn. Necesita saber que está a salvo. Y haz que el equipo de seguridad del centro compruebe las cámaras para ver cómo ha llegado al pasillo de servicio.

Bryant asintió y se dirigió al niño.

Aunque el corazón de Kim ya se había ralentizado, su mente corría a toda velocidad. Era obvio que el asesino de Louise Webb-Harvey, en el parque Stevens, se había quedado con Archie. Tenía que creer

que esa persona era Noah. Era él quien le había pedido ayuda, puesto que el chico seguía vivo. Y la había escuchado.

Si era cierto, una parte de Noah no quería seguir matando. Kim tenía que asegurarse de que nadie más perdiera la vida.

Vio a Kate Sewell en la entrada de la tienda, entre los demás empleados, pero no a Tyra Brooks. A la modelo no se la veía por ninguna parte.

Estaba a tres metros de la multitud cuando sonó su teléfono.

Era Stacey, que la llamaba desde la casa de su principal sospechosa, Ella Nock.

—¿Stace?

—Sí, jefa, aquí tenemos un problema.

El corazón le palpitó con más fuerza, pero recordó que Archie estaba sano y salvo. Tal vez habían encontrado pruebas de que el niño había estado allí.

—¿Qué pasa?

—Ella Nock acaba de volver del Asda. No está nada contenta con el agujero que se ha encontrado donde antes estaba la puerta.

Los pensamientos de Kim se dispararon. «¿Qué coño está pasando aquí?», se preguntó. Su principal sospechosa estaba de vuelta en casa con la compra semanal.

—Stace, dile que se ponga una rebeca y que vaya con Penn a la librería de Halesowen. Aquí tenemos mierda como para regalarla.

Bryant apareció a su lado.

—El niño está bien —dijo—. Uno de los chicos de Chris está con él. Los de seguridad del centro comercial ya están revisando las imágenes.

Kim colgó el teléfono. En su cabeza, los revoloteos iban de mal en

peor. Siguió caminando hacia el personal que se apelotonaba en la puerta.

—Noah y Ella no son la misma persona —le dijo a Bryant.

Ya cerca del grupo de empleados, notó que faltaba la celebridad. La boca se le secó.

Fijó los ojos en Kate, la agente de la modelo. ¿Cómo era posible que hubiera perdido a su clienta?

—¿Kate, qué demonios está pasando aquí?

El rostro de la mujer se llenó de rubor. De inmediato puso cara de culpabilidad.

—¿Qué está…?

—¿No se ha dado cuenta de que le falta alguien? —estalló Kim—. ¿Dónde coño está Tyra Brooks?

Kate se volvió a mirarla como si hubiera perdido la razón.

—Tyra está por ahí, haciendo un recorrido entre la multitud. Ha insistido, a pesar de que yo…

Kim avanzó hasta ponerse al frente del grupo.

—Déjeme ver —dijo.

Y allí estaba la mujer, a unos cuarenta metros, recorriendo una larga fila de clientes, estrechando manos, sonriendo.

Pero, de repente, desapareció y la fila se descompuso. Como una serpiente, se enroscaba alrededor del lugar donde Kim había visto a Tyra por última vez.

—¡Mierda, jefa, la han arrastrado! —gritó Bryant, y salió corriendo de la tienda.

Pero Kim no se molestó en responder. En ese momento, algunas cosas empezaban a encajar. Miró a su alrededor, evaluó la

situación, se dio la vuelta y corrió hacia el otro lado.

Capítulo 99

Si Kim había decidido alejarse de la conmoción que se estaba produciendo en la entrada de la tienda había sido porque su instinto le decía que el verdadero problema estaba en otra parte.

Al salir por donde había entrado, aprovechó para asegurarse de que Archie estuviera bien. Se alegró de verlo a un lado de la dependienta, chupando una piruleta y leyendo un libro. A un metro de distancia estaba el agente de seguridad.

Pensó en detenerse para interrogar al niño, pero su mente la impulsaba a seguir adelante. Ninguno de los otros asesinatos había sido prolongado. No tenía motivos para pensar que este sería diferente. Si no encontraba a Noah pronto, alguien más iba a morir.

En el instante mismo en que había descubierto a Tyra entre la multitud, supo que su teoría acababa de derrumbarse.

Había mirado a su alrededor para ver quién faltaba y pensó en la progresión.

Su asesino no estaría interesado en una celebridad de folletín y escándalos sexuales. Sí, Tyra era un tema de actualidad, a diferencia de la exestrella de telenovelas, pero no era el blanco más atractivo. ¿Quién mejor que alguien que había estado en el punto de mira de la opinión pública y que, además, ocupaba un alto cargo de responsabilidad en la policía?

Kim se precipitó por la puerta trasera de la tienda y bajó las escaleras hasta la entrada del edificio, donde estaba el agente.

Era el último punto donde habían sido vistos, y ella ya había notado la presencia del coche patrulla de West Mercia.

Tenía que encontrarlos lo antes posible. Su instinto le decía que, ahora, el homicida tenía en su poder a una comisaria de la policía.

Capítulo 100

Ya cerca del grupo que tenía rodeada a Tyra Brooks, Bryant se sorprendió de ver que la jefa no iba tras él. No es que necesitara su ayuda para acabar con una reyerta. Los guardias de seguridad que vigilaban a la multitud también corrían hacia la estrella. Maldita sea, ¿dónde se había metido Kim? Por un momento, pensó en la posibilidad de dar media vuelta e ir a buscarla, pero tanto su instinto como su entrenamiento le dijeron que se ocupara de lo que tenía delante.

—¡Déjenme pasar! —gritó. Iba apartando a la gente para llegar al centro del mayor scrum de rugby que hubiera visto nunca. Se volvió un instante—. Vosotros dos —les dijo a los agentes que llegan corriendo—, volved a vuestros puestos. Y tú, trae de ese pasillo a un paramédico. Llama enseguida a tu jefe y dile que suba aquí.

Podría arreglárselas mientras no hubiera un nuevo estallido en otro punto de la línea.

El tercer agente se apartó para hablar por la radio y Bryant empezó a hurgar entre los cuerpos. Encontró abajo la figura magullada y desaliñada de Tyra Brooks. Se agachó y tiró de ella hasta ponerla de pie.

—¿Está usted bien?

Ella dijo que sí con la cabeza y sonrió al ver que Kate aparecía a su lado. Echó un vistazo a la multitud. Su mirada se detuvo en un hombre de pelo corto y rubio con un pendiente de tachuela.

—Dios mío, Tyra, ¿qué ha pasado? —preguntó Kate, horrorizada.

Bryant oyó la preocupación en la respuesta de la modelo, pero había entrevistado a suficientes criminales en su carrera como para captar algo más.

—No lo sé. Iba caminando por la fila, estrechando manos, cuando

alguien me ha agarrado y arrastrado.

El sargento distinguió un fino rastro de sangre que bajaba por el cuello de la modelo.

—Déjeme echarle un vistazo —dijo, y le levantó el pelo. Tras el lóbulo de la oreja, vio enrojecer un profundo arañazo de dos centímetros. El paramédico llegó y, en un instante, se llevó a Tyra a unos metros de distancia para examinarla.

Bryant se dirigió a la multitud.

—¿Alguien ha visto quién ha hecho esto? —dijo—. La han herido.

Vio cómo el chico rubio intentaba escabullirse.

—No tan rápido, compañero. Parecías estar muy cerca de la acción. ¿Has visto quién ha sido?

Él negó con la cabeza y suspiró.

Kate se acercó con Tyra.

—No es nada, oficial —dijo—. Es solo un rasguño. Estás bien, ¿verdad, Tyra?

—Creo que sí —dijo la modelo, y se alisó la ropa por segunda vez.

—Un rasguño, nada más —les dijo el paramédico—. Creo que está bien.

Kate asintió con entusiasmo.

—Por supuesto que está bien, y estoy segura de que, de todos modos, no querrá poner una denuncia, tiene que seguir haciendo lo que hemos venido a hacer.

Bryant percibía algo que no le gustaba, cierta dinámica molesta.

Se volvió hacia Tyra.

—¿Quiere que el paramédico vea si...?

—Estoy bien, de verdad, gracias.

Él se alegró de constatar que recuperaba el color del rostro.

—Vale, volved a la tienda —dijo a las dos mujeres antes de poner la mano en el hombro del joven.

—Y tú también puedes venir.

Capítulo 101

Kim volvió sobre sus pasos hasta la entrada del edificio. El solitario agente de seguridad, que estaba entre las puertas dobles abiertas, cubrió su radio con la mano.

—¿Va todo bien? —preguntó. Kim oyó que un colega pedía ayuda —. No me atrevo a dejar mi puesto —dijo a modo de explicación.

Ella lanzaba miradas frenéticas alrededor.

—No te muevas de este sitio —lo advirtió—. ¿Quién estaba aquí hace quince minutos?

La comisaria tendría que haber sido secuestrada allí mismo durante la confusión.

El agente se encogió de hombros.

—No lo sé. Yo estaba en la barrera. Se oían ruidos por la radio, voces distintas. He bajado a ver qué pasaba y, como esta zona estaba desierta, me he quedado. El jefe nos había dicho que este lugar debía permanecer vigilado en todo momento, así que no me movería ni aunque pasara por aquí la mismísima Beyoncé.

Kim dio una vuelta completa y volvió a mirar a su alrededor. «¿Dónde diablos puede...?».

En cuanto su mirada se fijó en la puerta de la vieja escalera, sus pensamientos se deshilacharon.

La escalera nueve.

La cerradura estaba rota.

—Mierda —dijo, y empujó la puerta hasta abrirla de par en par.

Subió los peldaños de dos en dos. El hueco de la escalera solo estaba bañado por luces de emergencia cada cinco metros.

Había puertas en desuso a ambos lados del pasillo. Este tenía poco más de veinte metros de largo y se volvía más oscuro y lúgubre a medida que se acercaba al fondo.

Kim avanzó por el pasillo. Se movía con lentitud a izquierda y derecha para asegurarse de que los candados de las puertas seguían intactos.

Además de comprobar las cerraduras, se detenía en cada puerta y escuchaba atenta cualquier sonido procedente del interior. Cerró los ojos un segundo para sintonizar el oído por encima de los lejanos murmullos de la gente que compraba en el centro comercial. Al otro lado de la pared, unos altavoces reproducían música ambiental.

Llegó al final del pasillo y se metió en un rincón oscuro al que las luces de emergencia no llegaban.

—Maldita sea —exclamó en voz baja cuando su pie chocó con una bolsa de basura negra que alguien había abandonado allí. Por el pasillo se desparramaban contenedores de plástico con restos de comida.

Solo quedaban dos puertas, ninguna de las cuales tenía cerradura: el cuarto de limpieza y una antigua sala de instalaciones.

Se colocó entre las dos, bloqueó cualquier otro sonido a su alrededor y escuchó.

A la izquierda, un ruido llamó su atención. Dio un paso hacia la antigua sala de máquinas. Ya conocía ese sonido.

Se acercó y volvió a escuchar.

Capítulo 102

Bryant entró en la librería y cerró la puerta.

—Ponte ahí y no te muevas. —Hizo señas al joven de que se sentara a la mesa de firmas—. Y mantén las manos donde yo pueda verlas.

El chico las puso encima del tablero, junto a una pila de libros que esperaban a ser firmados.

El encargado de la tienda dio un paso al frente.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Tenemos un problema —dijo Bryant. Vio que Tyra se frotaba la herida detrás de la oreja.

—Pero tenemos que continuar…

El sargento habló con contundencia.

—Esto queda cancelado.

Kate se revolvió el pelo y frunció el ceño.

—No puede cancelarlo —alegó—, no tiene la suficiente autoridad para hacerlo…

—Como oficial de mayor rango en este sitio, por supuesto que puedo. Los riesgos se evalúan sobre el terreno, de manera dinámica, y, como ha habido un delito de orden público y una persona lesionada, incluso antes de que esto haya empezado, sería temerario permitir que siguiera adelante.

—Yo estoy muy bien —dijo Tyra, que miraba la pila de libros.

Bryant comprendía el deseo de Tyra de continuar, y estaba seguro de que Kate Sewell tenía las mismas intenciones, pero la decisión ya no era asunto de ellas. Si les daba permiso y se producía un nuevo

incidente, era él quien se jugaba el cuello.

Señaló con la cabeza la multitud que esperaba fuera.

—Échelos de aquí —dijo.

Sí, era posible que a la jefa le llegaran un par de quejas, pero ella apoyaría su decisión. La celebridad visitante había sido agredida. Sería una imprudencia permitir que el acto continuara.

Todos se quedaron mirándolo, como a la espera de que cambiara de opinión. No lo haría. Algunas personas terminarían perdiendo unas cuantas libras por no haber podido vender libros sobre una aventura extramatrimonial. Si ese fuera el daño colateral de sus decisiones, Bryant dormiría tranquilo.

Fijó la mirada en la puerta para dejar claro su punto de vista.

Kate, con el rostro desdibujado de rabia, le espetó:

—Dígame el nombre de su superior.

—Inspectora detective Kim Stone. Usted ya se ha reunido con ella unas cuantas veces; y, si eso no le parece suficiente, busque al inspector jefe de detectives Woodward, en la comisaría de Halesowen. Sin embargo, antes que nada, me gustaría que me diera su teléfono.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó Kate. Mientras tanto, el personal de la tienda salió para hablar con la multitud que seguía a la espera.

Bryant tendió la mano a una Kate que fruncía el ceño.

—Solo un minuto.

Ella metió la mano en el bolso y le entregó el iPhone, el móvil que tenía a un lado de la esterilla de yoga cuando los detectives visitaron su casa.

—El otro —dijo Bryant. Se refería al que había oído sonar en la habitación contigua.

—No tengo otro —mintió ella.

Él sopesó la posibilidad de continuar la conversación en la comisaría, pero necesitaba resolver el asunto con urgencia y salir a buscar a la jefa.

Se volvió hacia el chico que estaba sentado a la mesa.

—Dame tu teléfono, colega. —Un titubeo—. Ahora mismo, tienes muchos menos problemas que ella.

El joven sacó su móvil y lo activó con la huella del pulgar.

Bryant repasó los mensajes, moviendo la cabeza de un lado al otro, y volvió al registro de llamadas. Presionó en la tercera.

Algo sonó en el bolso de Kate.

—Ese es el teléfono que le pedía.

—No lo entiendo —dijo Tyra—. ¿Os conocéis?

—No solo se conocen, sino que esta señora, que tan bien ha estado cuidándola, le ha dado instrucciones precisas a este tipo.

Tyra negó con la cabeza.

—No, debe estar cometiendo un error, ella nunca...

—¿... se pondría de acuerdo con alguien para que la agrediera físicamente? Me temo que eso es lo que ha hecho, ni más ni menos, señora Brooks. Más bombo, más publicidad, más reservas, más dinero.

Tyra, con los ojos llenos de lágrimas, se volvió hacia su agente.

—¿Cómo has podido?

Bajo la mirada de Bryant, la despiadada mujer trataba de aferrarse a alguna explicación, por poco convincente que fuera. Pero no había ninguna. Se limitó a encogerse de hombros.

Bryant dejó ambos teléfonos sobre la mesa de firmas.

—Tyra, críe cuervos y le sacarán los ojos —sentenció—. Esto continuará en la comisaría.

Ahora, solo necesitaba encontrar a alguien que se quedara con los tres.

Oyó una voz familiar que venía de atrás.

—Hola, ¿necesitas ayuda?

Bryant se volvió.

—Penn, menos mal —saludó a su colega.

—Stace ha ido directamente a la sala de control a examinar el circuito cerrado.

Por supuesto.

—Bien, no pierdas de vista a esta gente hasta que regrese.

Penn miró a su alrededor.

—¿Dónde está la jefa?

—Eso es lo que yo quisiera saber —respondió Bryant. Dio media vuelta y se alejó a toda velocidad.

Capítulo 103

En los pocos segundos que Kim tardó en identificar el origen del ruido, toda la semana pasó ante sus ojos. Cada uno de los datos que había obtenido de quienes la rodeaban empezaron a encajar.

Mientras empujaba la puerta, oyó el crepitar de la radio.

—Chris, esto no es lo que quieres hacer —le dijo al jefe de la compañía de seguridad, que estaba sentado junto a la comisaria, atada y amordazada. En la mano del hombre brillaba un cuchillo.

Un aleteo de los párpados confirmó a Kim que la mujer policía estaba viva.

Con la mirada de Chris fija en ella, siguió adentrándose en la habitación, aunque no demasiado. No quería asustarlo e impulsarlo a cometer una imprudencia. Si la puerta se mantenía abierta, cualquiera que pasara por el pasillo vería el rayo de luz que salía de esa habitación.

—No, no lo entiendes.

Kim se sintió sorprendida por la falta de emoción en el tono del hombre. No había más que resignación. Era como si ya hubiera cometido el delito, como si estuviera extendiendo los brazos y ofreciéndole las muñecas para que le pusiera las esposas. Tenía que desviar sus pensamientos. De otra forma, el mero acto de usar ese cuchillo dejaría de ser importante, porque, en su mente, ya lo había hecho.

—Esto no tiene por qué acabar así, Chris. Sigue viva —dijo Kim—. Es igual que con Archie: lo has mantenido vivo. Nadie más tiene que morir.

Los ojos de Lena iban de uno al otro. Sin poder evitarlo, Kim se preguntaba si la mujer estaría deseando haber sido un poco más amable con ese hombre a principios de semana. De haber sido así,

quizás no se habría convertido en su objetivo.

—No lo entiendes —dijo él, que empezaba a perder la paciencia.

Ella se agachó. Tenía que crear un momento de intimidad, conseguir que él centrara su atención en ella y no en su rehén. La hoja estaba peligrosamente cerca de la tierna piel de la muñeca de Lena.

—Sí que te entiendo, Chris, te entiendo —dijo, y se sentó en el suelo. Tenía que dejar que la puerta se cerrara, si bien era consciente de que no había dejado ningún rastro de migas de pan que condujera a ese lugar. Nadie sabía que estaba en la escalera nueve. La experiencia le decía que no había señales más allá del pasillo ocho.

«Entiendo es que no quieres hacerle daño a nadie; entiendo que me escribiste después de que nos conociéramos en la sesión informativa del EPT. Me rogaste que te impidiera matar. No querías asesinar a la mujer del parque, pero te desafiaron, te obligaron a hacerlo.

Chris asintió.

—Ahí está, ¿lo ves?, esa voz... Está en mi cabeza. Siempre está ahí, diciéndome lo que tengo que hacer. Pensé que, si me defendía, esto iba a mejorar, pero ha empeorado.

Por la forma en que él cerró los ojos, como si quisiera bloquear los sonidos, Kim se preguntó si habían estado en lo cierto desde el principio: las voces estaban en su cabeza. Esta no era la primera vez que se enfrentaba a una doble personalidad, pero, la vez anterior, solo una de las personalidades había matado. La otra ni siquiera se había dado cuenta.

—Los mensajes —dijo—. No paraba de recibir mensajes. Pensaba que había terminado, pero luego recibía otro mensaje.

¿Se estaba enviando los mensajes a sí mismo?, ¿era eso posible?

—Los crímenes fueron en aumento, ¿verdad, Chris? —preguntó—. Primero eran delitos que no hacían daño a nadie, pero después se volvió violento. La agresión sexual a Lesley Skipton... Fuiste tú,

¿verdad? —Kim iba recordando los detalles de los crímenes—. Ella salía del festival de música, de un evento que tú trabajabas —dijo —. Y Rhona Stubbs, la indigente que mataste, estaba cerca de una urbanización que estaba siendo saqueada. Tu equipo vigilaba la zona.

Eran hechos que habían pasado por la mente de Kim mientras estaba del otro lado de la puerta. Además de que ella debía haber conocido a Noah antes de la rueda de prensa del lunes. Por las cartas, Reginald sabía que buscaban a alguien que daba la impresión de ser un tipo decente y honrado. Esas eran, casi exactamente, las palabras que Bryant había utilizado para describir a ese hombre. Pero habían centrado su atención en Ella; habían mirado hacia el lado equivocado.

—Ya había recibido el mensaje y quería que me ayudaras. Confiaba en ti. Sabía que eras la única que podría detener...

Lena emitió un sonido ahogado y Chris dejó de hablar.

Mierda, estaba tardando demasiado. La mujer hacía esfuerzos por coger aire.

Kim tenía que convencerlo de que le quitara la mordaza. Ahora mismo, ya no le importaba que fuera una comisaria de la policía; y una persona desagradable, además. Era una víctima cuya vida corría peligro.

Chris le pegó un grito:

—Cállate. —La rabia ardía en sus ojos.

—Chris, no es demasiado tarde. No tienen que morir más inocentes —rogó.

La expresión del hombre cambió. Era de decepción mezclada con pesar. Kim se daba cuenta de que estaba perdiendo el vínculo que había intentado establecer.

—Creía que ya lo habías entendido.

Maldita sea, ¿qué había dicho mal?

El cuchillo que Chris tenía en la mano arañó la piel de la muñeca de Lena. La sangre brotó de inmediato.

—Por favor, ten cuidado, Chris, podrías hacerle daño —advirtió. La punta de la hoja estaba demasiado cerca de la arteria.

El empresario de seguridad frunció las cejas.

—¿Por qué debería de tener cuidado, si estas cosas son las que ella me ha hecho toda la vida?

Capítulo 104

—¡Díselo, Lena, vamos, díselo! —gritó Chris, y aflojó la mordaza.

La comisaria jadeó antes de sacudir la cabeza, confusa.

—No tengo ni idea de lo que habla, señor Manley. He llegado a este lugar con Tyra Brooks, ha habido una especie de alboroto y usted me ha arrastrado hasta aquí.

Kim miró a uno y a otro. ¿Qué coño estaba pasando?

Lena se volvió hacia ella.

—Oficial, le sugiero que desarme a este...

Kim no le hizo caso.

—Aguarde. Chris, ¿me estás diciendo que Lena Wiley es tu hermana?

Él apuntó a la mujer con el cuchillo y asintió.

—Esto tiene que terminar, y solo terminará con la muerte.

Lena empezó a recuperar la voz.

—¡No sea tan ridículo! —gritó—. Está mal de la cabeza. Tiene fijación conmigo. No le crea ni una palabra...

—Sí le creo —dijo Kim en voz baja mientras las últimas piezas terminaban de encajar.

El primer asesinato y el tercero habían ocurrido el lunes y el miércoles, días en que Lena había estado en esa zona para asistir a las reuniones del INEPT. Que se burlara de Chris en esas reuniones no tenía nada que ver con que lo considerara inferior. Lo odiaba, eso era todo.

Chris le había contado que, hacía unos diez años, antes de entrar en la policía, Lena había trabajado como escolta privada. Debió de haber ayudado a proteger a Nicola Southall cuando recibía amenazas de muerte y por eso tenía su número de teléfono.

—Usted llamó a Nicola y concertó la reunión. Sabía que ella acudiría, porque en el pasado usted la había protegido de los abusos y amenazas.

Kim recordó lo que Alison había dicho sobre los hermanos competitivos que terminaban trabajando en el mismo tipo de negocio. Lena era policía. Chris había intentado serlo. Habría ingresado en el cuerpo, pero un incidente de orden público había acabado con su carrera; en su lugar, tuvo que dedicarse a la seguridad privada.

—¿Qué Nicola? —preguntó Lena. Quería seguir fingiendo, pero Kim distinguió el titubeo en sus ojos.

—Usted lo ha estado picando todo el tiempo. Usaba los arañazos para llevar la cuenta, para alardear en su cara de que le llevaba ventaja. Luego le enviaba mensajes para incitarlo a seguir el ejemplo. —Por un momento, se olvidó del cuchillo y se volvió hacia Chris—. ¿Qué demonios os pasó de niños?

Miró del uno al otro. Los ojos de Lena ya no tenían la arrogancia de antes. Kim había deducido más de lo que la comisaria había imaginado.

—Ocurrí yo —dijo Chris—. Nací, y no le gustó mucho a Lena. Ha abusado de mí desde que tengo memoria. Cuando nací, ella tenía casi tres años. Me pellizcaba y me arañaba de pequeño. Después, ya un poco mayor, se metía en mi habitación por la noche para hacerme daño. Me ponía una almohada en la cara. Trataba de matarme. —Miró a su hermana como a la espera de algún tipo de refutación. Ella se limitó a mirarlo con un odio gélido en los ojos—. Nuestros padres no eran cariñosos, no demostraban el menor afecto, pero les gustaban los bebés. Al llegar yo, Lena dejó de recibir atenciones. Quise decirles lo que mi hermana me hacía, pero no me escucharon. Me dijeron que era descuidado y torpe, y casi me convencieron de que era yo mismo quien me hacía daño. No

querían creer que tenían una hija capaz de odiar y de llegar a tal nivel de violencia, y a una edad tan temprana. Si llegaron a creerme, no hicieron otra cosa que esperar a que se solucionara solo.

—¿Qué hiciste, entonces? —Kim se preguntó qué podría haber hecho Chris de pequeño, maltratado físicamente por su hermana y con unos padres que hacían la vista gorda.

—Una noche esperé a que llegara y le di un puñetazo en la cara. Creí que eso la detendría. Yo pensaba que, si le hacía frente, ella me dejaría en paz, pero no fue así. Lo único que conseguí fue que la tortura cambiara. A medida que crecíamos, competíamos por la atención; cosas estúpidas al principio, pero Lena siempre subía la apuesta. Hacía algo y luego me decía que era mi turno.

—¿Y no podías dejarlo, sin más?

Chris negó con la cabeza.

—No, porque yo también quiero ganar. Quiero vencerla. Tengo que demostrarle que no tiene el control, que no es mejor que yo. Toda mi vida ha estado ahí, en mi oído, atormentándome. Esto no terminará hasta que ella…

—Uf, qué patético pedazo de mierda eres —dijo Lena en un tono lleno de aburrimiento. Kim se preguntó si se habría olvidado de quién sostenía el cuchillo—. Eres ridículo. Siempre has sido un imitador. Eres débil y no tienes voluntad. Yo soy quien te define, gilipollas inútil. Todo lo que tienes es gracias a mí. Yo te he hecho. Yo te he moldeado. Que quieras hacerme daño va más allá de la estupidez. ¿De verdad quieres que esto pare? ¿Crees que parará? En tu vida, yo soy la única persona que tiene sentido. No tienes mujer, no tienes novia ni amigos de verdad, porque eres invisible, porque no eres nada. Nadie se acuerda de ti. Eres como un vaso de agua: incoloro, insípido, sin personalidad y olvidable por completo.

En silencio, Kim observó cómo cada dardo daba en el blanco y, aun así, Chris seguía sin usar el cuchillo. La detective constató el control que Lena tenía sobre él. Ahora mismo, aquello era cosa de dos. No tenía ni idea de cómo evitar que usara el arma que tenía en la

mano.

Lena siguió hablando:

—Quien te convalida soy yo, maldito pajillero, cero a la izquierda. Todo lo que has conseguido me lo debes a mí. Me has seguido, has querido competir conmigo a todos los niveles. Te crees mejor que yo, cuando lo único que has logrado es igualarme. Nunca has podido adelantarme.

—He secuestrado a un niño —dijo él con voz infantil.

—Y lo has traído de vuelta ileso, así que ¿qué puto sentido ha tenido eso?

A medida que el intercambio continuaba, Kim notó dos cosas: una, cómo había sido siempre la vida de esos dos; la otra, que Chris seguía buscando la aprobación de su hermana mayor. Y lo entendió todo: si Lena era la única persona que le había prestado atención de niño, lo que él ansiaba ahora era su atención, además de su aprobación.

Y, si Lena era capaz de comprenderlo, había alguna posibilidad de que salieran ilesos de esa habitación.

Ahora caía en la cuenta de que, si Chris se había puesto en contacto con ella, específicamente con ella, era porque Kim había plantado cara a su hermana en aquel primer encuentro. Era lo que, desde hacía años, una pequeña parte de él había deseado hacer.

En silencio, Kim rezó por que Lena echara mano de su influencia para garantizar la seguridad de todos, porque, por ahora, nadie sabía dónde estaban.

—Nunca me has sorprendido, Chris —dijo la comisaria tras un sonoro suspiro—. Nunca has superado lo poco que he esperado de ti. Ni una sola vez has tomado la iniciativa ni has demostrado ser digno de afecto ni respeto.

Sí, Kim se dio cuenta de que Lena lo había entendido. Sabía lo que su hermano quería de ella. «Dile que suelte el cuchillo —pensó Kim —, te escuchará».

—Nunca te he gustado —se quejó Chris.

—Nunca me has dado motivos para hacerlo. Eres insustancial, Chris. Aburrido y predecible. Nunca corres riesgos. Te dejas llevar, te dejas manipular. No tienes sentido. Ahora mismo, tienes la oportunidad de hacer algo espectacular y ni siquiera te has dado cuenta.

Aquello no había sonado como si estuviera invitándolo a bajar el cuchillo. Sonaba, más bien, como un acicate, como una llamada a la acción y, de alguna manera, el próximo acto la incluiría a ella.

Algunas personas utilizaban su poder para el bien; otras, no.

Era urgente romper ese vínculo. Había que lograrlo de algún modo.

—Deja de escucharla, Chris —dijo.

Él miró a Kim como si se hubiera olvidado de su presencia.

—Hermano, esta es tu única oportunidad de demostrarme de qué estás hecho. Querías a un policía que estuviera en el punto de mira. Bueno, ahí tienes una. Y está sola. Mátala y podremos irnos. Nadie...

—No le hagas caso, Chris. Está haciendo lo de siempre. Está tratando de que...

—Podrías devolvernos la libertad, Chris. Pero, si la dejas vivir, tú y yo pasaremos el resto de nuestras vidas en prisión. Yo estaría protegida; sin embargo, para las pandillas, un chico guapo como tú...

—Chris, despierta —soltó Kim. Quería quitarle esa imagen de la mente—. Te quiere usar para librarse de la justicia por todo lo que ha...

Lena gritó por encima de la voz de la detective.

—¿Yo? ¿Cómo podría no respetar al hombre que nos libere? —preguntó.

Maldita sea. Esa mujer le estaba ofreciendo a su hermano lo que él siempre había querido de ella: atención, respeto, incluso afecto.

En cambio, lo único que Kim podía ofrecerle era una vida en prisión. Estaba perdiendo la batalla.

Chris fue al centro de la habitación, hasta quedar entre las dos mujeres. Era la prueba de que Lena había conseguido dirigir su atención hacia Kim. En ese instante, la detective se dio cuenta de que le quedaba una última oportunidad

Estaba sentada de espaldas a la doble puerta. No había salida, y lo sabía. No le quedaba otra que jugar al mismo juego que la hermana.

—Chris, has sido tú quien me ha buscado —dijo con voz suave. La empatía y la comprensión habían salvado la vida de Archie. Si se ponía a gritar por encima de Lena, habría solo un ganador—. Una parte de ti que quiere que todo esto termine. Dentro de...

—No la escuches, Chris. Sabe que su vida está en peligro. Sabe que no va a...

—En tu interior, hay una parte que quiere acabar con ese control. Verás, yo sé cosas de ti que tu hermana no sabe.

Él volvió su atención hacia la detective.

—Sé que no querías hacerle daño a ninguna de estas personas —dijo. Recordaba el informe del grafólogo—. Eres una persona decente y...

—Ay, cállese la boca —gritó Lena—. Solo hazlo, Chris. Por una vez, eres tú quien tiene el poder de...

Kim hacía lo posible por no escucharla mientras se esforzaba por mantener la atención del hombre.

—Eres una persona decente, íntegra. Lloras por tus víctimas; sientes empatía por...

—¡Hazlo, Chris! —gritó Lena—. Solo coge el cuchillo y hazlo. ¿Cómo podría vencerte? Por fin te habrás apuntado una victoria.

Chris se acercó a Kim, quien seguía tratando de mantener la calma.

—No lo hagas —dijo—. Si lo hicieras, nunca te librarías de Lena y...

De pronto, con el cuchillo en ristre, el hombre se abalanzó hacia Kim. Ella vio la hoja que se acercaba a su pecho y la mirada decidida en los ojos de su agresor.

Lena había dicho las palabras mágicas. Le había dicho que podía ganar.

Kim levantó los brazos para protegerse de la embestida.

En el fondo, la hermana canturreaba mientras Kim se tumbaba en el suelo y se retorcía para alejarse del brazo que la atacaba.

Con la mano que le quedaba libre, él la agarró del pelo y la arrojó contra el frío suelo de cemento. Kim se puso a dar patadas, pero, como él ya estaba del otro lado, sus pies no encontraron más que aire. Y cuando quiso incorporarse, la mano de Chris la agarró por el cuello y la mantuvo inmóvil.

Trataba de coger aire, hacía esfuerzos denodados por apartar a su agresor y cubrirse el pecho.

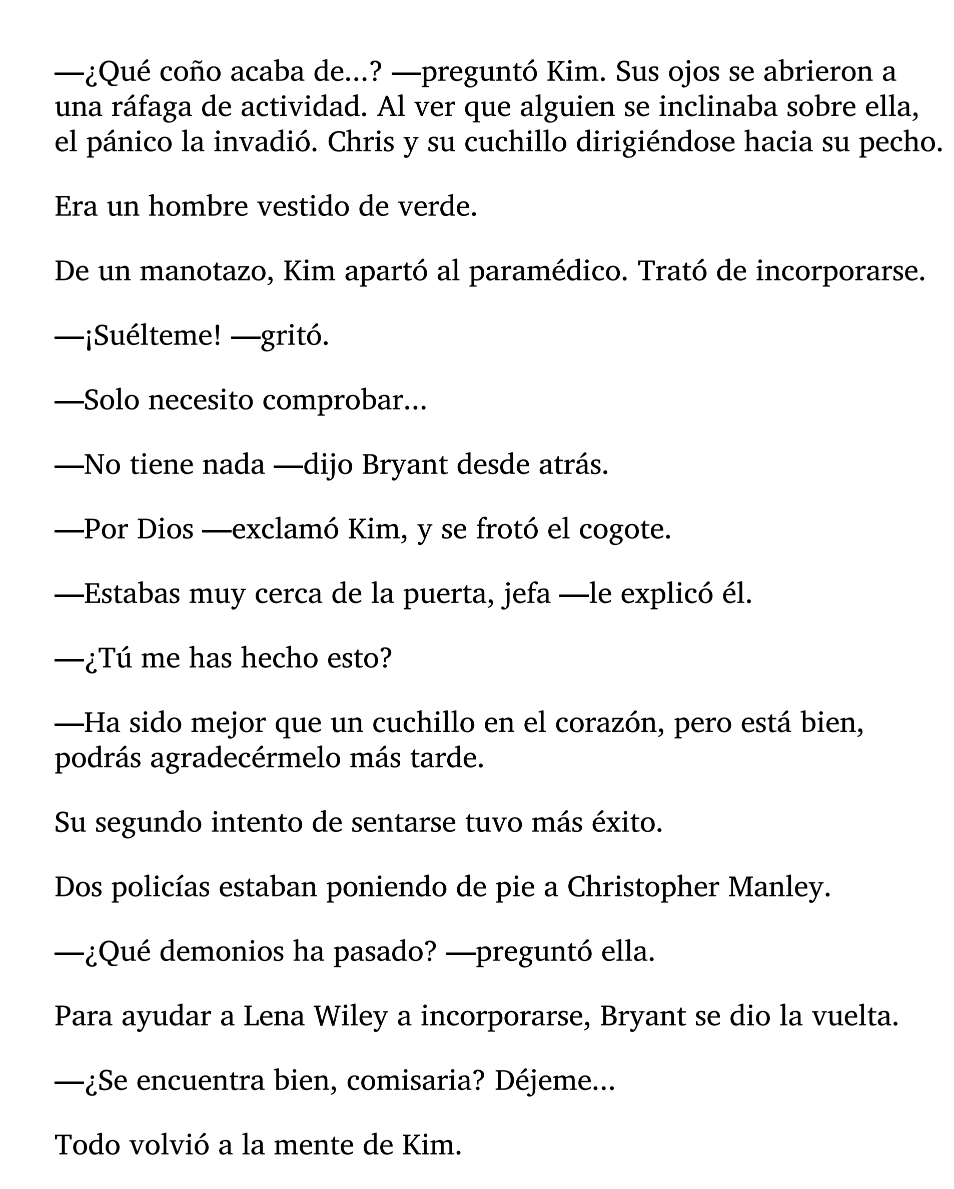
Él levantó el cuchillo y la miró a los ojos.

—Lo siento, pero tengo que ganar.

Kim vio horrorizada cómo el cuchillo descendía hacia su corazón.

Abrió la boca, aunque que ya no pudo decir nada, porque un dolor punzante explotó en su cabeza y llenó su mundo de oscuridad.

Capítulo 105



—¿Qué coño acaba de...? —preguntó Kim. Sus ojos se abrieron a una ráfaga de actividad. Al ver que alguien se inclinaba sobre ella, el pánico la invadió. Chris y su cuchillo dirigiéndose hacia su pecho.

Era un hombre vestido de verde.

De un manotazo, Kim apartó al paramédico. Trató de incorporarse.

—¡Suélteme! —gritó.

—Solo necesito comprobar...

—No tiene nada —dijo Bryant desde atrás.

—Por Dios —exclamó Kim, y se frotó el cogote.

—Estabas muy cerca de la puerta, jefa —le explicó él.

—¿Tú me has hecho esto?

—Ha sido mejor que un cuchillo en el corazón, pero está bien, podrás agradecérmelo más tarde.

Su segundo intento de sentarse tuvo más éxito.

Dos policías estaban poniendo de pie a Christopher Manley.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó ella.

Para ayudar a Lena Wiley a incorporarse, Bryant se dio la vuelta.

—¿Se encuentra bien, comisaria? Déjeme...

Todo volvió a la mente de Kim.

—Bryant, espósala.

El sargento se volvió con expresión horrorizada.

—Jefa, ese golpe en la cabeza...

—Confía en mí, Bryant, es la hermana de Chris. Espósala.

Él vaciló un segundo antes de pedirles a otros dos agentes que entraran en la habitación.

—Ya habéis oído a la inspectora detective. Ponedle las esposas.

Cuando entraron los dos policías, él se situó al lado de su jefa, que seguía frotándose la cabeza.

—¿Cómo me has encontrado?

—Le pregunté al oficial de abajo si te había visto. Entonces, los dos empezamos a buscarte. Yo sabía que no podías estar muy lejos —explicó, y levantó su teléfono—. Quise llamarte, pero saltó el buzón de voz. Estabas en un punto ciego. Vi la bolsa de basura derramada en el pasillo. Oí a la comisaria gritar algo y abrí la puerta de un empujón. Estoy seguro de que, cuando te encuentres mejor, me explicarás bien qué eran esos gritos.

Kim asintió y se aguantó las náuseas. En ese momento, las esposas chirriaron al cerrarse en las muñecas de Lena. La detective se puso en pie. Después de lo que había presenciado, quería encarar a esa mujer.

Lena se puso a su altura y cruzaron miradas.

—He ganado, ¿sabe? —dijo—. Él iba a matarla.

Era sorprendente ver el triunfo en su ojos. Incluso entonces, cuando estaban a punto de llevarla a la comisaría, seguía concentrada en su juego.

—¿En serio?, ¿qué ha ganado, Lena? —le preguntó—. No puede ganarle a alguien que ni siquiera juega en el partido. Ha tirado por la borda su vida entera solo para triunfar sobre alguien que ni siquiera pidió nacer, solo porque le tenía celos. Yo la respetaba. La veía como una mujer fuerte que había triunfado en este difícil

entorno, pero ahora veo que, para el cuerpo de Policía, Chris habría sido mucho mejor que usted. De algún modo, él consiguió mantener una pizca de decencia incluso mientras cometía crímenes horribles. Él es humano, usted no.

El rostro de la comisaria enrojeció.

—No puede hablarle así a...

—Oiga, cállese, que aún no he terminado, y será mejor que se acostumbre a no tener la última palabra. He visto con mis propios ojos cómo lo ha manipulado y moldeado. Ha muerto gente inocente. Un niño ha padecido, aterrorizado, alejado de su familia, y todo porque usted quería ser la mejor. Pero hay algo increíblemente retorcido y deformado, y ni siquiera usted misma se ha dado cuenta.

Lena echó la barbilla hacia delante en señal de que desafiaba cualquier cosa que Kim quisiera decir.

—¿Qué? —No había nada que esa mujer no supiera ya.

—Lo que ha dicho de su hermano es igual o más cierto en usted. Qué existencia tan triste, qué desesperada ha vivido, porque nunca ha sido capaz de detenerse. Chris habría parado, pero usted siempre iba por delante. No podía dejarlo en paz. Era usted quien buscaba la atención, el amor y la aprobación de su hermano, así que llénese las botas de triunfo: podrá saborear y disfrutar esta victoria durante los próximos veinte o treinta años.

—Ah, eso lo veremos...

—Váyase a tomar por culo, Lena. Ya no tiene el control. No quiero ni verla. —Hizo una seña con la cabeza a los agentes—. —Apartadla de mi vista.

—Vale, creo que empiezo a entenderlo —dijo Bryant mientras los policías se llevaban a Lena de la habitación.

—Todavía no —dijo Kim, y se apoyó en la pared. La sala, que ya se había vaciado, giraba ahora cada diez segundos, más o menos.

—Vamos, jefa, ahora que estamos solos —dijo Bryant—, ya puedes admitirlo: te he salvado la vida, ¿no?

—¿Noqueándome?

—Sí, pero estás viva, así que, adelante, entre nosotros, puedes decirlo.

Cuánto deseaba Bryant oír esas palabras. Era un regalo sencillo para un hombre sencillo.

—Bryant, tú… —hizo una pausa—, tenías que haber llegado un poco antes.

Él se rio a carcajadas y le miró la nuca.

—Sí, no me queda ninguna duda: no hay daños permanentes.

Kim se apartó de la pared y dio unos pasos vacilantes mientras su dolorida cabeza se adaptaba al movimiento.

Y Bryant, consciente de que no debía ofrecerle ayuda, se puso a su lado.

El mareo había pasado, pero la rabia, no.

Ahora, tres familias tenían que enterarse de que habían perdido a sus seres queridos por culpa de un puto juego.

Capítulo 106

—¿Estás bien? —le preguntó Kim a Alison mientras volvían al coche.

La criminóloga se estaba secando una lágrima.

—Alergia —contestó.

—¿Nada que se relacione con haber visto a Archie rodeado de una tonelada de Lego y a su madre contemplándolo desde el sofá, sonriente de puro amor y alivio?

—No, nada que ver con eso, en absoluto.

—Tú has ayudado a componer esa escena —dijo Kim.

La detective había pensado visitar a las tres familias sola, pero, por un par de razones, había decidido pedirle a Alison que la acompañara.

Y esta irrumpió en sus pensamientos.

—Sé por qué me has pedido que viniera. Crees que volveré al servicio activo.

Kim negó con la cabeza.

—Esa es tu decisión. Te he pedido que vinieras para que explicaras la dinámica de la rivalidad entre hermanos, para que ofrecieras a las familias cierta comprensión de lo ocurrido.

Kim sabía que nada de lo que dijeran aliviaría el dolor, pero, al menos, les había ofrecido la tranquilidad de saber que los responsables habían sido capturados.

Alison se guardó el pañuelo.

—¿Y esa es la única razón? —preguntó.

—Vale. También quería que vieras de primera mano los frutos de tu trabajo. Sé que he sido dura contigo esta semana y no tenías por qué aguantar ni un minuto, pero ha dado resultados.

Y también quería que Alison fuera testigo del consuelo y el cierre que sus hallazgos suponían para las familias de las víctimas, que su aportación había sido valiosa y suficiente para provocar un cambio. En el fondo, esperaba que la mujer reconsiderara su papel en el servicio activo, que volviera a asesorar a equipos y que estos se beneficiaran de su experiencia.

—Mi cabeza no ha estado en esto tanto como debiera...

—Eso no te lo voy a consentir, Alison. Fuiste tú quien comprendió el tipo de rivalidad intensa y devoradora que teníamos delante, y no creo que ninguno de nosotros hubiera sido capaz de establecer semejante conexión. Si quieres alejarte de la consultoría porque no te conviene o porque quieres centrarte en otra cosa, adelante, pero no porque te hayas convencido de que eres una mierda en esto. No lo eres.

Alison negó con la cabeza, asombrada.

—¿Quién iba a pensar que, después de todos estos años, oiría esas palabras de ti?

—Sí, bueno, disfrútalas, porque no las oirás de nuevo. Para ser una perfiladora de delincuentes, no estás tan mal.

—Criminóloga —la corrigió Alison, igual que lo había hecho durante su primer encuentro.

Ambas se rieron.

—¿Crees que esa mujer terminará por romperse? —dijo Alison.

Kim no tuvo que preguntarle a quién se refería. Era el segundo día de interrogatorios y Chris ya había hablado con plena libertad, por más advertencias de su abogado en el sentido de que no lo hiciera, a diferencia de Lena Wiley, que aún no había pronunciado una sola palabra. Y, a pesar de los esfuerzos de Bryant y Penn, Kim sospechaba que esa situación no iba a cambiar.

Kim agitó la cabeza con incredulidad.

—¿Qué podría alegar, siquiera, en defensa de lo que ha hecho? ¿Se atrevería a negar el cuadro que Chris ha pintado de abusos verbales, físicos y psicológicos sistemáticos a los que lo sometió por falta de un buen control parental? —preguntó—. ¿Negaría los cortes y los moratones, los pellizcos y las bofetadas? ¿Rebatiría sus afirmaciones de que había intentado asfixiarlo con una almohada o ahogarlo sujetándole la cabeza bajo el agua de la bañera?

—Las lesiones físicas ni siquiera se acercan al daño psicológico que esa mujer le ha infligido a lo largo de los años —dijo Alison mientras el coche empezaba a moverse.

Kim había vislumbrado esos métodos. Ese nivel de degradación y los insultos y menosprecios a lo largo de los años, sin nada positivo a cambio para ofrecer un poco de equilibrio… Todo eso había sido mucho más perjudicial que cualquier otra forma de violencia.

—Chris apenas ha mencionado a sus padres —dijo Kim—. Es casi como si no existieran.

—Si los padres estaban tan alejados, entonces Lena y Chris existían uno en torno al otro —explicó Alison—. Si la rivalidad empezó a gestarse a una edad temprana y no fue controlada por los padres, ¿dónde estaban los límites? —preguntó sin esperar respuesta—. Nuestros límites los ponen nuestros padres; sin ellos, quedamos a la deriva y nos inventamos otros.

—Chris explicó que Lena siempre había sido competitiva y que no dejaba de incitarlo a demostrar su valía, pero empeoró cuando los padres murieron juntos en el incendio de un hotel en Filipinas.

Alison asintió.

—Eso suele servir de catalizador para que aumente la rivalidad entre los hermanos. En la mente de Lena, se extinguió para siempre la oportunidad de obtener la aprobación y la atención de sus padres, y por eso culpaba a Chris.

Durante los interrogatorios, el empresario de seguridad había

contado su propia historia y, al hacerlo, había revelado también la de Lena. Sin quererlo, había pintado el retrato de una niña de tres años a la que, sin más, los padres habían dejado de lado en cuanto nació su hermano. Y ella, desde el momento en que le puso los ojos encima, le guardó rencor. En su mente reduccionista, lo único que quería era que se fuera, que todo volviera a la normalidad. Pero sus esfuerzos fracasaron. Así que se había convencido de que, para recuperar el afecto de sus padres, tenía que ser mejor que su hermano en todo. Tenía que ganar. Solo que Chris, al final, había decidido defenderse. La guerra entre los dos había surgido porque él también quería ganar.

Sin importar lo que hubiera retorcido a la niña Lena, la detective sentía muy poca simpatía por esa mujer. La propia Kim había sido hermana mayor, solo durante seis cortos años y gracias a que había nacido diez minutos antes que su gemelo. Sin embargo, no había sentido hacia Mikey otra cosa que la urgencia de protegerlo, de amarlo.

Los actos de Lena en contra de sus inocentes víctimas habían sido más brutales, más agresivos que los de su hermano. En parte, ella había disfrutado al causar daño y quitar vidas. Kim no había percibido en Chris semejante falta de humanidad.

No había duda de que él había empatado con Lena crimen por crimen. Y los había admitido todos. Había entregado el móvil al que su hermana enviaba los mensajes incitadores, pero la detective no detectó alegría ni logro alguno en sus actos. Un día, ella le había pedido que no le hiciera daño al niño, y él la había escuchado, le había rogado que lo ayudara.

En los interrogatorios, había admitido que nunca tuvo la intención de llevarse a Archie después de haber matado a su madre. En su imaginación, cogerlo era una especie de victoria, algo que Lena no había hecho. Por encima de un montón de ideas retorcidas, no había querido dejar solo al niño.

Mientras Archie estuvo en Malvern, en la espaciosa casa de Chris, fue bien atendido. Su captor le dio de comer, lavó y secó su ropa, lo entretuvo con juguetes y artefactos. Y ese mismo captor admitió que, en un momento dado, no había sabido qué hacer con el niño y

que incluso había considerado la posibilidad de matarlo, pero la súplica de Kim de que no le hiciera daño había llegado a tiempo. Luego, después de que Lena matara a Nicola Southall, había elaborado un plan para usar a la criatura como distracción y llegar a ella.

Y Archie, en un amable interrogatorio, había confirmado la historia de Chris. No había padecido ningún sufrimiento al cuidado del hombre, más allá de que echaba de menos a su familia y se sentía confundido.

Kim detuvo el coche en un semáforo en rojo.

—Te costó trabajo entenderte con Ella Nock, ¿no? —le preguntó Alison.

—No es la presidenta de mi club de admiradores —admitió Kim.

Le había tenido que dar muchas explicaciones, tanto acerca de la destruida puerta de la casa como de sus sospechas. Después se había ofrecido a pagarle los daños con su propio dinero y, entonces, Ella se había apaciguado un poco. Para ser justos, la principal preocupación de esa mujer había sido Archie. Tras pasar una hora con Andrew, Mia y Ella, Kim comprobó lo unida que estaba esa familia. Sí, se trataba de una mujer mandona y directa, un poco dominante, pero estaba claro que no sentía más que amor por su sobrina y su hermano menor.

De hecho, había sido más amable de lo que Kim habría sido si los papeles estuvieran invertidos.

—¿Qué ha sucedido con Sean Fellows? —quiso saber Alison—, puesto que Lena aún no ha confesado haber sido la autora de la agresión sexual a Gemma.

—Tanto Brierley Hill como la Fiscalía de la Corona se sienten a gusto de seguir adelante con el proceso, pues están tomando en cuenta tanto la falta de pruebas contra Sean Fellows como la certeza de que Chris testificará contra su hermana.

En cuanto supo que el empresario de servicios de seguridad había

admitido el ataque a Lesley Skipton, Stacey había telefoneado a Brierley Hill para poner en marcha el engranaje y conseguir que Sean Fellows saliera de la cárcel.

La ayudante de detective había acertado: el hombre que estaba dentro de Featherstone no había atacado ni a Lesley ni a Gemma. Por desgracia, el papeleo y el proceso no hacían más fácil la liberación inmediata de Sean, pero se hablaba de días, ya no de semanas.

Kim giró a la derecha, hacia Lutley Mill.

—En la siguiente, a la izquierda —le dijo Alison.

En cuanto estuvieron delante de una pequeña fábrica reconvertida en apartamentos, señaló una zona donde aparcar.

—Ahí —dijo.

—Así que no hay más asesinos de los que hacer perfiles, no más reprimendas, paseos alrededor de la comisaría ni visitas a las familias. ¿Significa esto que hemos terminado? —preguntó Alison con una sonrisa ladeada.

Kim, si era franca, tenía esperanzas de que esa mujer se planteara con seriedad volver al servicio activo, sobre todo después de lo que había presenciado ese día; pero esa decisión la que tendría que tomar ella misma.

—Sí, Alison; por fin, hemos terminado —le dijo mientras la veía salir del coche. Antes de marcharse, gritó por la ventanilla—: ¡Hasta la próxima!

Capítulo 107

Ya en el Tazón, Stacey recuperó la serenidad antes de descolgar el teléfono. Su jefa le había ofrecido la intimidad de su despacho para que hiciera una llamada muy especial. Ella se habría conformado con una noticia transmitida por los cauces normales, pero la jefa había insistido en que llamara ella misma.

Tecleó un número de móvil que le habían dado. Le cogieron al segundo timbrazo.

—Hola —dijo una voz grave. Ella sabía que el sonido no encajaba con la persona que sostenía el teléfono.

—¿Nathan? —Quiso asegurarse de que hablaba con el joven funcionario de prisiones a quien había conocido el otro día.

—Sí, soy yo.

—Habla la ayudante de detective…

—Lo sé. Estaba esperando su llamada. Aquí está él, junto a mí, y no tiene ni idea.

Cuando oyó que le pasaban el teléfono a Sean Fellows, Stacey sintió que un escalofrío de expectación recorría la carne desnuda de sus brazos.

—¿Qué coño…?

—Sean, soy Stacey Wood —dijo ella de inmediato. Ese hombre no tenía la costumbre de que un funcionario de prisiones le pasara el móvil, de eso estaba segura—. ¿Me recuerda?, fui a hablar con usted a principios de semana.

—Sí, la recuerdo, pero esto me parece raro. ¿Quiere algo conmigo?

Ella se rio.

—No, Sean, usted no es mi tipo, amigo.

—Qué lástima —dijo, y ella casi pudo verlo encogerse de hombros —. Entonces, ¿qué...?

—¿Recuerda cuando me dijo que era inocente? —preguntó.

—Joder, claro que sí. Y usted me echó la misma mirada que todos los ca... desgraciados a los que les he dicho lo mismo.

Stacey apreció su esfuerzo por cuidar los modos.

—Bueno, pues resulta que tenía razón.

Diez segundos de silencio.

—¿Está de coña?

—No, Sean. Es verdad.

—¿Así que me llama para decirme que me cree? —preguntó con suspicacia, como si le estuvieran gastando alguna broma.

—Ah, por supuesto que le creo, Sean, sobre todo porque tenemos en custodia al verdadero culpable.

Silencio.

Más silencio.

—Sean, ¿me oye?

—En serio, ¿no me está tomando el pelo? —preguntó con voz temblorosa.

Stacey sintió que una lágrima se esforzaba por brotar.

—No, no, no estoy de cachondeo. Sabemos que usted es inocente, las víctimas saben que usted es inocente y, en cuanto quede listo el papeleo, podrá salir. A quien quiera escucharlo, podrá decirle que es inocente.

—Yo no... O sea... Yo solo... ¿Esto es de verdad? —volvió a

preguntar, y Stacey se dio cuenta de que el hombre estaba llorando.

Sintió que la emoción se le agolpaba en la garganta.

—Sí, Sean, esto es de verdad. Saldrá de ahí.

—La cuestión no es el tiempo que uno pasa aquí, ¿sabe? Eso puedo soportarlo. Es...

—... haber sido condenado por algo que usted no ha hecho. Que lo tachen de violador y no de lo que de verdad es: un cabrón engreído —dijo. La sonrisa se le notaba en la voz.

—Ya no tanto —alegó él con tono ronco.

Aquella arrogancia había provocado que lo condenaran.

Mientras Sean se recomponía al otro lado de la línea, ella se llenaba de orgullo por haber participado en ese proceso. Aun sin el apoyo de Penn, había aceptado el caso, y todo por la injusticia cometida contra Lesley Skipton. ¿Cómo adivinar que el hilo de aquel asunto conduciría a una injusticia aún mayor? La mayoría de los policías que había conocido se oponían con igual vehemencia a que un culpable no cumpliera su condena como a que un inocente fuera quien pagara. No era cuestión de números, sino de justicia.

—Así que, Sean, cuídese y sea bueno, ¿vale?

—Eso haré, Stacey. Y... gracias.

Stacey colgó, se secó una lágrima y salió del despacho de la jefa.

Capítulo 108

De pie junto a la ventana de la sala de la brigada, desde una oficina vacía, Kim miraba el aparcamiento. La mayor parte de su equipo disfrutaba de un merecido descanso en casa tras una semana extenuante tanto para el cuerpo como para el espíritu. La mayor parte. No todos.

La junta de cierre del caso con Woody acababa de terminar, y se habían tratado muchos temas.

Después de felicitarla, Woody la había informado de que la gente de West Mercia estaba redactando largos comunicados de prensa que parecían ofrecer apoyo a su comisaria, al tiempo que marcaban distancias con respecto a ellos. ¿Cómo gestionar ambas cosas al mismo tiempo? Kim no lo sabía. Lo que sí sabía era que la corporación, por su propia cuenta, no podía declarar culpable a Lena Wiley antes de que lo hiciera un jurado. La mujer se aseguraría de conseguir un amplio asesoramiento jurídico antes de pronunciar una sola palabra.

Las noticias de la televisión ya habían dejado todo atrás, pero los periódicos locales, tanto los de West Midlands como los de West Mercia, seguían escupiendo detalles escabrosos y aprovechando hasta el último bocado de la historia. Y Frost no se estaba quedando atrás, lo que no sorprendió a Kim. Sabía que la reportera enarbolaba ciertos principios morales, pero también que tenía un jefe y unos lectores a los que satisfacer.

Durante la reunión con Woody, había flotado entre los dos la convicción de que el planteamiento de llegar a Christopher a través de los medios de comunicación locales había sido un acierto. Ninguno de los dos había dicho nada al respecto, pero tanto ella como Woody estuvieron de acuerdo en que, dados los últimos acontecimientos y, más concretamente, la incapacidad de Kim para acatar una orden que consideraba errónea, su ascenso a inspectora jefa de detectives no era viable por el momento. Kim ya se lo había

dicho a principios de semana.

Después hablaron un poco de los progresos profesionales del equipo y esbozaron, en particular, las oportunidades de Stacey.

Y era en Stacey donde se habían quedado los pensamientos de Kim. Entre los casos de la baraja, había unos fáciles de estudiar, pero Stacey había elegido el más duro, el más complicado, lo que decía mucho de la mujer y la agente de policía en que se había convertido. Ahora estaba a punto de embarcarse en una nueva etapa: su matrimonio con Devon. Y desde que Penn le había ofrecido los servicios de Jasper para hacerle la tarta nupcial, el equipo no encontraba el modo de hacerla callar.

Su capacidad y la confianza en sí misma habían crecido mucho más allá de las expectativas de Kim. Mientras la detective pensaba que, en cada nuevo caso, Stacey la impresionaba un poco más, vio a la agente caminar por el aparcamiento.

La ayudante de detective le había pedido permiso para llevar a Lesley Skipton y reunirla con Sean Fellows, en caso de que ambas partes estuvieran de acuerdo. Suponía que eso le daría a Lesley un cierre y que la ayudaría a comprender por qué sentía lo que sentía en relación con el ataque. Era posible que eso le diera, incluso, la oportunidad de seguir adelante.

Todas las partes estuvieron de acuerdo y la reunión acababa de celebrarse.

Y Stacey, que abrazaba a Lesley y la metía en un taxi, no sabía que su jefa la estaba mirando.

Kim sabía que su ayudante no tenía ni idea de lo lejos que había llegado en esos años de trabajo juntas. Había crecido de forma drástica en su capacidad de compadecerse, en su humanidad y su voluntad de ir un paso más allá. Era una agente de policía hasta la médula. Era muy buena y ni siquiera se daba cuenta.

Woody lo sabía, Kim lo sabía, y, mientras la observaba agitar la mano hacia el taxi, supo que había llegado la hora de cambiar algunas cosas.

Carta de Angela

En primer lugar, quiero darte las gracias por haber elegido Rivalidad letal, la decimotercera entrega de la serie de Kim Stone; y, a muchos de vosotros, por estar con Kim Stone y su equipo desde el principio. Este libro lo disfruté desde que cogí el lápiz por primera vez. Espero que a ti también te haya gustado.

Si ha sido así, te estaré eternamente agradecida de que escribas una reseña. Me encantaría saber qué piensas. Además, tus comentarios podrían ayudar a otros lectores a descubrir mis libros por primera vez. O tal vez puedas recomendárselo a tus amigos y familiares... Y, si quieres estar al día de mis novedades, solo tienes que suscribirte en el sitio web que aparece a continuación:

La idea de este relato surgió mientras escribía una novela anterior, en la que abordaba la rivalidad entre hermanos cuando se trataba de niños genio. La idea se me quedó grabada y fue creciendo a medida que empezaba a plantearme preguntas: ¿cuáles son los efectos a largo plazo de una rivalidad que comienza tan temprano?, ¿qué podría provocar una competencia feroz entre personas que crecen juntas?, ¿hasta dónde puede llegar?

Como ocurre con mis libros, cuanto más leía sobre el tema, más me intrigaba la psicología que subyace en esta dinámica familiar.

Además, tenía deseos de explorar la ciencia de la grafología. A lo largo de los años, dos veces sometí mi propia escritura al análisis, y los resultados fueron terriblemente precisos.

Me encantaría saber de ti. Por favor, ponte en contacto conmigo a través de mis páginas de Facebook o Goodreads, a través de X o en mi sitio web.

Muchas gracias por tu apoyo, que valoro muchísimo.

Angela Marsons

Agradecimientos

Como siempre, mis primeras palabras de agradecimiento son para mi compañera, Julie. Recuerdo un momento en que estuve horas y horas lidiando con una parte de la trama que no terminaba de funcionar. No quería eliminarla, pero tampoco conseguía que encajara. Ya desesperada, le pedí a Julie una reunión (café en el patio) para compartir con ella lo desdichada que me sentía por tener que hacer lo que estaba a punto de hacer. Me escuchó, asintió con la cabeza y me hizo una sugerencia que lo resolvió todo. Eso me llevó de nuevo al escritorio con energía y entusiasmo renovados, así como con una solución a mi problema. El episodio es un símbolo de su participación en los relatos y un ejemplo de por qué es, de verdad, mi compañera en el crimen.

Gracias a mi madre y a mi padre, quienes, con orgullo, siguen corriendo la voz a todo el que quiera escucharlos. Y también a mi hermana Lyn, a su marido, Clive, y a mis sobrinos Matthew y Christopher por su apoyo.

Gracias a Amanda y Steve Nicol, que nos ayudan de muchas maneras, y a Kyle Nicol, que busca mis libros donde quiera que va.

Me gustaría dar las gracias al equipo de Bookouture por su continuo entusiasmo por Kim Stone y sus aventuras; especialmente a Oliver Rhodes, quien dio a Kim Stone la oportunidad de existir, así como a Jenny Geras, quien, desde su trono, sigue abanderando mis historias.

Un agradecimiento especial a mi editora, Claire Bord, cuya paciencia y comprensión agradezco de verdad. Siempre está disponible como persona y profesional. Hay que decir que, en numerosas ocasiones, al explicarle hacia dónde planeo llevar las tramas y los personajes, he estado a punto de provocarle un infarto. Me llena de humildad la confianza que deposita en mí al dejarme contar la historia que quiero contar. Y yo también confío en ella. Sé que siempre me sacará del abismo y que juntas produciremos el

mejor libro posible.

Gracias a Kim Nash (Mamá Osa), que trabaja incansablemente para promocionar nuestros libros y protegernos del mundo exterior. A Noelle Holten, cuyo entusiasmo y pasión por nuestro trabajo no tienen límite, y a Sarah Hardy, por su contribución al dream team.

Muchas gracias a Alex Crow, Hannah Deuce y Rob Chilver por su genialidad en la comercialización de los libros. También a Natalie Butlin y Caolinn Douglas por esforzarse tanto para conseguir promociones. A Nina Winters, que trabaja duro entre bastidores, y a Alexandra Holmes, que se ocupa de producir el audio de las historias en inglés. Muchas gracias también a Peta Nightingale, que me envía los correos electrónicos más fantásticos.

Un agradecimiento especial a Janette Currie, quien ha corregido los libros de Kim Stone desde el principio. Su conocimiento de las historias ha garantizado una continuidad que agradezco mucho. Y también quiero mencionar, de manera especial, a Henry Steadman (y su perro, Archie), el responsable de nuestras fabulosas cubiertas, que me encantan.

Gracias a la fantástica Kim Slater, que ha sido para mí un apoyo y una amiga increíble durante muchos años. A pesar de que se dedica a escribir novelas excepcionales, siempre encuentra tiempo para charlar. Muchas gracias a Emma Tallon. Ella no sabe cuánto valoro su amistad y apoyo. También a las fabulosas Renita D'Silva y Caroline Mitchell, sin las cuales este viaje sería imposible. Un enorme agradecimiento a la creciente familia de autores de Bookouture, que siguen divirtiéndome, animándome e inspirándome a diario.

Mi agradecimiento eterno va para todos los estupendos blogueros y críticos que han dedicado su tiempo a conocer a Kim Stone y seguir sus historias. Esta gente maravillosa grita con todas sus fuerzas y comparte generosamente, no solo porque es su trabajo, sino porque es su pasión. Nunca me cansaré de darle las gracias a esta comunidad por el apoyo que me brinda tanto a mí como a mis libros. A todos vosotros, muchas gracias.

Montones de gracias a mis fabulosos lectores, en especial a quienes

han robado un poco de tiempo a un día ajetreado para venir a mi sitio web, a mi página de Facebook, a Goodreads o a X.